



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año IV, Vol. XIX, Núm. 1 (enero-febrero de 1945).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

1

CUADERNOS
AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Av. Rep. de Guatemala No 43
Apartado Postal 905
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE:
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:
JUAN LARREA

AÑO IV

1

ENERO-FEBRERO

1 9 4 5

INDICE

Pág. V



EL TEPOZTECO

SOBRE ENORMES BARRANCOS QUE CAUSAN VERTIGO Y A CUYOS PIES FLORECEN LAS PLANTAS TROPICALES MAS RARAS Y HERMOSAS, SE LEVANTA ESTE TEMPLO AL DIOS "OMETOCHTLI", OBRA DE LA CIVILIZACION TLAHUICA, QUE EXTENDIA SUS DOMINIOS POR TODO LO QUE ES HOY ESTADO DE MORELOS, CUNA DE CULTURAS AVANZADAS, EXTENDIDAS DESPUES POR TODO EL PAIS.

VISITAR ESTOS LUGARES, ES DARLE AL ESPIRITU UNAS HORAS DE TRANQUILIDAD Y GRANDE EMOCION CONTEMPLANDO LOS ANCHUROSOS PANORAMAS.

ESTACION "EL PARQUE".

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

"A SUS ORDENES".

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Desea a todos sus clientes y amigos un año
lleno de prosperidad para 1945 y ofrece, una vez más
sus servicios para:

COLOCACION Y VENTA DE VALORES,
COLOCACION DE EMISIONES,
CREDITOS,
FIDEICOMISOS,
PROMOCION DE EMPRESAS INDUSTRIALES.

Cualquier información se proporcionará en
nuestras oficinas, Venustiano Carranza No. 45, de esta
ciudad.



TEL. ERIC. 18-11-60
o Servicio por Nombre

TEL. MEX. J-49-07



SABOR IMPORTADO A
MITAD DE PRECIO

La mezcla de selectos tabacos Virginia Burley y Turco hacen de BELMONT un cigarro de tan exquisito gusto como el mejor de los "importados" con la ventaja que su precio es inferior a la mitad del de las marcas extranjeras.



PARA LOS FUMADORES DIFICILES

En 1944
Fondo de Cultura Económica

Puso a la venta

80 TITULOS

ENTRE ELLOS:

Max Weber, <i>Economía y sociedad</i> , 4 vols.	\$ 50.00
Frazer, <i>La rama dorada (Magia y religión)</i>	,, 22.00
S. F. Bemis, <i>La diplomacia de Estados Unidos en América Latina</i>	,, 13.00
Conte Corti, <i>Maximiliano y Carlota</i>	,, 22.00
Jaeger, <i>Paideia</i> , vol. II.	,, 15.00
Dilthey, <i>Introducción a las ciencias del espíritu</i>	,, 12.00
„ <i>Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII.</i>	,, 14.00
„ <i>Hegel y el idealismo</i>	,, 10.00
„ <i>El mundo histórico</i>	,, 12.00
Vaillant, <i>La civilización azteca</i>	,, 9.00
Diez-Canedo, <i>Letras de América</i>	,, 8.00
Alfonso Reyes, <i>El Deslinde, prolegómenos a la teoría literaria</i>	,, 10.00

Nuestro catálogo contiene más de 300 títulos. Pídalo y lo recibirá a vuelta de correo. Servimos pedidos por correo reembolso (C. O. D.)

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63.

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 1

Enero-Febrero de 1945

Vol. XIX

INDICE

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
ANTONIO CARRILLO FLORES. El problema universitario de México	7
JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA. La panacea del federalismo	28
FRANCISCO AYALA. Nosotros en la post-guerra	49
<i>La Conferencia económica interamericana</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	57
AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
WILLIAM PEPPERELL MONTAGUE. El primer misterio de la conciencia	67
JOSÉ ANTONIO PORTUONDO. La Historia, forma poética	75
JUAN OROPESA. El tema de la muerte en la sensibilidad americana	89
<i>Personas y lugares</i> , por JOAQUÍN XIRAU	107
<i>Max Weber</i> , por EUGENIO IMAZ	112
PRESENCIA DEL PASADO	
EDUARDO NOGUERA. Exploraciones en Xochicalco	119
GERMÁN ARCINIEGAS. De cómo los rivales de Europa introdujeron el zafarrancho en el Caribe	158
<i>El indio en las Bellas Artes</i> , por ARTURO ARNAIZ Y FREG	175

	Págs.
DIMENSION IMAGINARIA	
HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA. Réquiem .	181
D. J. VOGELMANN. El Aventurero .	195
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo	199
JORGE CARRERA ANDRADE. Poetas jóvenes de los Estados Unidos	211
Reflexiones sobre Tomás Mann y su JOSÉ, por WALDO FRANK	225
Versos escondidos de Gustavo Adolfo Bécquer, por MANUEL ALTOLAGUIRRE	232

EDICIONES

CUADERNOS AMERICANOS

LA COLECCION DE LIBROS EN CASTELLANO QUE
MEJOR CORRESPONDE A LA PRESENTE HORA,
HORA DEL NUEVO MUNDO

- 1.—GANARÁS LA LUZ, *Poesía, Biografía y Destino*, por León Felipe.
- 2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *su Vida y su Obra*, por Antonio Castro Leal.
- 3 y 4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (*Introducción a un Mundo Nuevo*), por Juan Larrea.
- 5.—LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.
- 6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, por Waldo Frank.
- 7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez.
- 8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor.

LA PREPONDERANCIA INGLESA

Esta obra forma parte de la conocida colección francesa de historia general publicada bajo el esgrafe de PUEBLOS Y CIVILIZACIONES y dirigida por Louis Halphen y Philippe Sagnac. De esta obra es autor el profesor PIERRE MURET con la colaboración de PHILIPPE SAGNAC, profesor de la Sorbona.

No se trata de una obra de política concerniente a la guerra actual sino de un verdadero tratado de historia de Inglaterra y de la forma como fué avasallando al mundo.

De esta misma colección están en prensa LA PREPONDERANCIA ESPAÑOLA, LA PREPONDERANCIA FRANCESA, EL FIN DEL ANTIGUO REGIMEN Y LA REVOLUCION AMERICANA.

24 x 17½, 508 páginas \$ 18.00

PINTORES ITALIANOS DEL RENACIMIENTO

por Bernardo Berenson. La obra más importante escrita hasta ahora para el conocimiento de la pintura italiana.

17½ x 23½, 409 páginas \$ 35.00

ORGANIZACION Y FINANCIAMIENTO DE EMPRESAS

El Lic. Antonio Manero, autor de esta obra, es una de las personalidades más destacadas de la Universidad de México. Director de varias negociaciones industriales, adna a un conocimiento jurídico profundo del tema una experiencia mercantil poco común. Los principales temas de la obra son los siguientes: Orígenes y evolución de las empresas.—Su clasificación general y jurídica.—Promoción.—Sus métodos.—Formas jurídicas de organización.—Sociedades colectivas, comanditas, anónimas y limitadas.—Capitalización de las empresas.—Capital propio y capital prestado a corto y largo término.—Acciones y bonos.—Su clasificación y usos.—Financiamiento de las empresas.—Capital de trabajo.—Utilidades, reservas y dividendos.—Inversiones.—Presupuestos.—Combinaciones y reorganización de las empresas.

24 x 17, 395 páginas \$ 15.00

DERECHO PENAL MILITAR

Esta obra ha sido editada bajo los auspicios de la Universidad Nacional de México, Facultad de Derecho. Su autor, el Lic. Ricardo Calderón Serrano, es profesor de la Universidad y Tte. Coronel del Ejército. Es la primera obra que se edita en español sobre la materia y está prologada por el prestigiado penalista Lic. Emilio Pardo Aspe.

24 x 17½, 435 páginas \$ 15.00

SPRANGER O LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU

Editada a iniciativa del Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional de México bajo la dirección del Dr. E. García Mainez, es indispensable a todos los estudiosos de las corrientes filosóficas contemporáneas. Su autor, el profesor de la Universidad de México, Juan Roura Parella, fué discípulo de Spranger y refleja fielmente el carácter, total y unitario de la obra y pensamiento del gran filósofo alemán.

24 x 17½, 273 páginas \$ 10.00

CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El autor, Lewis L. Lorwin, es uno de los economistas americanos contemporáneos más valiosos.

Obra que resalta las más variadas apreciaciones sobre los problemas de la post-guerra y cuya lectura evita a los estudiosos de estos temas el tener que adentrarse en el farrago de literatura inútil publicada al respecto.

24 x 18, 425 páginas \$ 10.00

De venta en todas las librerías Al por mayor exclusivamente

UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES, S. DE R. L.

Av. Hidalgo No: 11. Apartado 2915. Eric. 12-27-13 Mex. J-56-88

**ACADEMIA
HISPANO
MEXICANA**



**ENSEÑANZAS SECUNDARIA,
PREPARATORIA Y COMERCIAL**

Medio Internado - Externos

PASEO DE LA REFORMA 80

Tels: 13-03-52 - L-51-95



KINDER Y PRIMARIA

Medio Internado - Externos

REFORMA, 835 (LOMAS)



CONSEJO - PATRONATO

LIC. AARÓN SÁENZ

ING. GONZALO ROBLES

ARQ. CARLOS OBREGÓN SANTACILIA

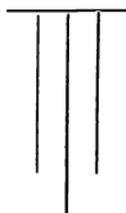
LIC. DANIEL COSÍO VILLEGAS

LIC. JOSÉ CARNER

DR. JUAN ROURA PARELLA

DR. RICARDO VINÓS, Director de la Academia.

LAS CERVEZAS MEXICANAS
CONSTITUYEN INCUESTIONABLEMENTE
UN POSITIVO ORGULLO
DE LA INDUSTRIA NACIONAL,



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza*



ORGULLOSAMENTE MEXICANO!



Mexolub

Entre las preferencias del público mexicano en materia de música el Mariachi ocupa un lugar de honor. Simboliza una modalidad en la interpretación musical y es el

mejor intérprete de la Canción Vernácula.

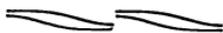
MEXOLUB disfruta de un lugar de honor ante el automovilismo mexicano. Simboliza un esfuerzo nacional en el progreso industrial de nuestra Patria, y ha fincado su sólido prestigio en el servicio de protección invariable que rinde en los motores de combustión interna.

¿Problemas de lubricación? Deje que Mexolub le dé su respuesta en el camino!!

PETROLEOS MEXICANOS



*** VEINTE MILLONES DE LITROS VENDIDOS; NI UNA SOLA QUEJA**



RESERVADO PARA LA
UNION NACIONAL
DE PRODUCTORES
DE AZUCAR



ARTE LITERATURA HISTORIA



LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el publico como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicacion.

LA HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los limites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera ¡Y LA ÚNICA! que presenta al publico de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por si sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un Lujoso FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 bis. MEXICO, D. F.



EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.
APDO. 140 bis MEXICO, D. F.

Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos

Profesión y ocupación

Dirección



LA PAZ DE AMERICA

No debiera olvidarse la lección de los años anteriores a la guerra. Es manifiesto que los esfuerzos realizados por algunos países europeos para atraerse los contingentes turísticos de nuestra América, no sólo mediante una hábil propaganda sino, sobre todo, merced al ofrecimiento de marco y lira turísticos, encerraban intenciones nada favorables a nuestros ideales democráticos. Aquellos marcos y aquellas liras, comprados aparentemente a bajo precio por nuestras monedas americanas, contribuyeron a financiar las empresas bélicas que tanta sangre, lágrimas y dinero están costando al mundo.

Las perspectivas que presenta en la actualidad la liquidación del conflicto no son nada tranquilizadoras. Nadie sabe lo que el porvenir nos reserva pero todos temen que los años venideros exijan nuevos sacrificios y sinsabores a los países que aman la paz porque siguen creyendo, a pesar de todo, en el destino pacífico del hombre sobre la tierra.

¿Cuáles son los cauces por los que, en estas condiciones, debiera derramarse nuestro turismo? ¿Regará sus millones a tontas y a locas en el viejo continente, con el peligro de que sirvan para madurar nuevos amarguísimos frutos, o derivará sus caudales hacia los países pacíficos de nuestro hemisferio que tanto necesitan unos de otros y todos los latinos de la maquinaria yanqui para contribuir con su trabajo honrado a la prosperidad, primero, del continente y, luego, del planeta?

El turismo es industria específica de paz pues que arranca de la paz y a la paz se dirige. Bien entendida, no puede orientarse sino al robustecimiento de las posiciones y voluntades antibélicas. Si sus actividades sirvieran para que nuestra América se conociera a sí misma y se creara, contribuyendo al esplendor pacífico de su destino; si los dólares norteamericanos valieran para que los países ricos en atractivos naturales pero pobres en divisas adquirieran el equipo que necesita su desarrollo y el desarrollo de su capacidad adquisitiva, necesitada a su vez por la industria norteamericana, y el desarrollo y fortalecimiento consiguiente del bloque que sostiene la paz del mundo, bien pudiera decirse que nuestro turismo, al mismo tiempo que cumple con su cometido de proporcionar agrado y descanso saludables, obedece a las exigencias de toda actividad humana que es contribuir a la realización de un destino humano más elevado y vivible que el que nos ha proporcionado hasta el presente la tan cacareada civilización que nos legaron los siglos.

Y si miramos un poco más al porvenir y un poco menos a ese pasado que tantas ruinas y calamidades nos cuesta ¿acaso no presenta América mayores atractivos que los que pueden ofrecernos las demás partes del mundo?

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO
AVENIDA JUAREZ 76
MEXICO, D. F.

Lotería Nacional

(PARA LA ASISTENCIA PUBLICA)

Hace Hogares Felices

Juegue su suerte y ayude
a los desheredados de los
Asilos y Hospitales

SORTEOS SEMANALES

Lunes	\$ 25,000.00
Miércoles	60,000.00
Viernes	100,000.00

SORTEOS EXTRAORDINARIOS

\$ 500,000

\$ 1.000,000 Y \$ 3.000,000

VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES DE

Vidrios transparentes para ventanas,
aparadores, vitrinas,
cubiertas de mesa, etc.

Vidrios cilindrados para cancelos.

Silicato de Sodio.

Apartado Postal No. 372

Monterrey, N. L. México

EDICIONES

CUADERNOS AMERICANOS

LA COLECCION DE LIBROS EN CASTELLANO QUE
MEJOR CORRESPONDE A LA PRESENTE HORA,
HORA DEL NUEVO MUNDO

- 1.—GANARÁS LA LUZ, *Poesía, Biografía y Destino*, por León Felipe.
- 2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *su Vida y su Obra*, por Antonio Castro Leal.
- 3 y 4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (*Introducción a un Mundo Nuevo*), por Juan Larrea.
- 5.—LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.
- 6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, Por Waldo Frank.
- 7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez.
- 8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor.

CUADERNOS
AMERICANOS
AÑO IV VOL XIX

1

ENERO-FEBRERO
1945

MÉXICO, 1º DE ENERO DE 1945

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura
Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;
Eugenio IMAZ, escritor;
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de
Madrid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medicina
de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Antonio Carrillo Flores El problema universitario de México.

Jose Medina Echavarría La panacea del federalismo.

Francisco Ayala Nosotros en la post-guerra.

Nota, por Jesús Silva Herzog.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

William Pepperell Montague. El primer misterio de la conciencia.

José Antonio Portuondo La Historia, forma poética.

Juan Oropesa El tema de la muerte en la sensibilidad americana.

Notas, por Joaquín Xirau y Eugenio Imaz.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Eduardo Noguera Exploraciones en Xochicalco.

Germán Arciniegas De cómo los rivales de Europa introdujeron el zafarrancho en el Caribe.

Nota, por Arturo Arnaiz y Freg.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Humberto Díaz Casanueva Réquiem.

D. J. Vogelmann El Aventurero.

Luis Cardoza y Aragón Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo.

Jorge Carrera Andrade Poetas jóvenes de los Estados Unidos.

Notas, por Waldo Frank y Manuel Altolaguirre.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Atenas. (Foto Hamann)	48
Moscú. (Foto X.)	49
GOYA. El Tiempo mostrando a España ante la Historia. Oleo. (Col. Deering)	80
TICIANO. España defiende la religión. Oleo. (Museo del Prado)	81
XOCHICALCO. Monumento principal	120
Detalles	"
Plano I	121
Figs. 1 a 11	124
Plano III	128
Figs. 14 a 17	152
GROS. Francisco I y Carlos V visitando los sepulcros de la iglesia de St. Denis. Oleo. (Museo del Louvre)	164
Francisco I en la batalla de Pavia, según un grabado antiguo y según tapicería de Van Orley	165
Altar 2 de La Venta, Tabasco. Cultura Olmeca	176
Decoración escultórica de una escalinata de Copán, Hondu- ras	"
Sacerdote maya de Jaina, Campeche. Cerámica	"
Cabeza de cerámica. ¿Cultura olmeca?	177
Estatua griega de principios del siglo V (Museo de la Acró- polis, Atenas)	192
TICIANO. Asunción. Detalle	193

Fotografados de

FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. R. L.

Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO DE MEXICO

Por Antonio CARRILLO FLORES

LA Universidad Nacional de México fué fundada por ley de 26 de mayo de 1910. Formuló el proyecto y lo sostuvo ante el Congreso en los debates, uno de los mexicanos más ilustres, Ministro entonces de instrucción Pública y Bellas Artes, don Justo Sierra, que cinco lustros antes había ya, sin éxito, intentado la misma empresa. No surgió sin controversia; el proyecto gubernamental, a pesar de la paz política en que las instituciones públicas operaban nominalmente entonces, se discutió a fondo y con los más distintos argumentos: hubo hasta quien, como el diputado Víctor Manuel Castillo, negara competencia al poder federal para crear la institución. Pero venció don Justo Sierra y la Universidad nació recogiendo la Escuela Nacional Preparatoria y un grupo de colegios profesionales formados en el curso del siglo XIX, con más una escuela nueva dedicada al "saber desinteresado": la de Altos Estudios.

Fué la Universidad, con retraso de décadas, el último de los grandes frutos de la Reforma liberal, que si al apuntar en 1833 había acabado con la Real y Pontificia Universidad de la Colonia (para entonces Nacional y Pontificia y que con dos breves resurrecciones desaparece en definitiva por los sesentas), verá pasar sus mejores tiempos antes de convencerse de que era congruente con su inicial postura dotar a la nación mexicana de un instituto de enseñanza intermedia y superior y de un centro impulsor de investigaciones que sirviese como eslabón entre "el amor puro de la verdad", "el movimiento general de la cultura" y "las peculiares preocupaciones y problemas de México", de modo de marcar siempre un acento sobre éstos para

lograr "nacionalizar la ciencia", "mexicanizar el saber". El anhelo era fabricar una comunidad a la que llegasen "las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a una Atenea promakos, a la ciencia que defiende la patria".

En el curso de este ensayo habrá ocasión de exponer las ideas políticas, la función social y hasta, muy de paso, la concepción jurídica que cobijan el nacimiento de 1910; pero importa desde luego subrayar la desvinculación plena de la Universidad Nacional de México frente a la vieja institución que fundó España. "¿Tenemos una historia? —se preguntaba el Ministro—. No; la Universidad Mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces, sí, las tiene en una imperiosa tendencia a organizarse, que revela en todas sus manifestaciones la mentalidad nacional. . . Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene precursores: el gremio y el claustro de la Real y Pontificia Universidad Nacional de México *no es para nosotros el antepasado, es el pasado*". El punto no carece de importancia: aclara que los fundadores quisieron positivamente una institución nueva, vuelta al futuro más que al pasado de México.

En ese mismo año de 1910 se inicia la Revolución Mexicana. Movida en sus primeros tiempos por inquietudes de apariencia puramente política, ligadas con el funcionamiento del aparato constitucional que a imitación de Francia y Estados Unidos había acogido México, pronto se advirtió que no era posible soñar con el asentimiento de una estructura constitucional real diversa de la que cuajó por obra del caudillo Porfirio Díaz, con el apoyo tan precario de formas políticas importadas. El sacrificio de Francisco I. Madero antes de cumplir dos años en ejercicio del poder, actuó como estímulo para dotar de mayor hondura, ahora sí social, al movimiento reformador. Las ideas no fueron, no pudieron ser claras. La Revolución Mexicana es ininteligible como ejecución o cumplimiento de una filosofía política o de un programa trabajado y congruente. Lo valioso en ella fué —y acaso es— la confusa manifestación de necesidades y sentimientos que apenas alcanzan más decidida concreción en el repartimiento

de los latifundios a las comunidades indígenas, en la protección (desorbitada a ratos por exceso o por desorden o por defecto) de la clase proletaria al servicio de la naciente industria, en la lucha intermitente entre el Estado y la iglesia—en que la Revolución solamente recoge una herencia ya secular— y, —también con alzas y bajas— en una política de nacionalismo defensivo librada casi siempre con buena estrategia por medio de la que, sin ganarse todo, se ha salvado lo suficiente para tener derecho México a ser tratado como país soberano aunque colocado, al igual que todos los estados menores en los tiempos presentes, dentro de la esfera de intereses de una de las grandes potencias del mundo.

Frente a este panorama, el sitio de la educación universitaria, o de modo más amplio, de la educación superior, por fuerza ha padecido de la misma falta de claridad en las ideas y de congruencia en los propósitos. Consecuentemente, señalar, también frente a ese panorama, las líneas generales de la evolución de los problemas universitarios mexicanos es tarea compleja, porque descubre aspectos, lo mismo de orden político que social y económico o simplemente jurídico que constantemente se han entrecruzado e influido recíprocamente dificultando, y a veces hasta imposibilitando, la solución de esos problemas o siquiera su planteo claro y honrado. Voy a esforzarme por presentar separadamente cada uno de esos aspectos.

I.—*LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO Y LAS IDEAS POLITICAS EN MATERIA EDUCATIVA*

QUEDÓ dicho que la Universidad Nacional de México nace en el clima de 1910. El viejo dictador había declarado en famosa entrevista a un periódico norteamericano que el país estaba maduro para la democracia. No es entonces extraño que el pensamiento de que consolidada la paz por el largo régimen del general Díaz, México podría entrar de lleno a vivir sus instituciones políticas nominales, en forma más o menos completa pero sin trastornos graves, se repita en los momentos y en las ocasiones

más solemnes de la época. Y esto, no nada más en los grupos que empiezan a organizar la acción política independiente y de oposición, sino dentro del Gobierno mismo. Fué entonces cuando en las fiestas del Centenario, Salvador Díaz Mirón dijo en ceremonia oficial llena de pompa, su poema, "El Buen Cura", que terminaba así:

Esperemos en paz el sol que sube,
y alondras trinen por la nueva gracia,
en la dulce clemencia de la hora. . .
¡Salve a Nuestra Señora
la Virgen Democracia,
que al ceño, a la inquietud y a la fatiga
llega en el resplandor de una cuadriga!

En ese clima aparece la Universidad Nacional. Justo Sierra quiere que la nueva institución se ponga al servicio de la libertad y de la democracia. En sus palabras finales de la fiesta inaugural, dirigiéndose al Presidente de la República dice: "Habéis preparado el porvenir pero era preciso de quien tuviera conciencia de ese porvenir, fuese un pueblo libre, un pueblo libre no sólo por el amor de sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; para ello habéis incesantemente impulsado y fomentado un vasto sistema de educación nacional, *matriz fecunda de las democracias vivas* y este sistema queda teóricamente coronado hoy". Semanas antes había declarado ante el Congreso fundando la iniciativa: "Se necesita formar lo que en todas las naciones se llama los grupos conductores, los grupos que deben guiar a los otros que se encargarán por una serie de selecciones (pues sin selección no hay evolución posible) de contribuir en primera línea a guiar a la nación, *a gobernarla probablemente*. Estos grupos, pues, están ligados íntima y profundamente *con la base democrática* de donde toman su origen". En cuanto a las ideas —o, mejor, a las ideologías que tanto habrán de inquietar a la Universidad años más tarde— su fundador se mueve con firmeza en el terreno conquistado por la Reforma liberal: "El Estado no podría, declara con énfasis, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja a todos en absoluta libertad para profesar el que se les imponga, por la razón o por la fe".

Se sabe cómo fracasó el optimismo. La Revolución vino y con ella la nueva Constitución que sólo *temporalmente* encomienda al Estado los planteles de educación superior: “entretanto, dice textualmente, dichos establecimientos pueden sostenerse por la iniciativa de los gobernantes”. ¿La Revolución no tenía ningún interés fundamental que defender en la educación universitaria? Tal parece la idea, si es que llegaron a plantearse el problema, en los hombres de 1917. En 1921 el texto se modifica—aunque el motivo central de la reforma no es la educación universitaria sino la popular— y se acaba la “temporalidad”, pero no es sino en 1929, al dictarse la norma para dar a la Universidad autonomía limitada, cuando la defensa de los “principios revolucionarios” aparece como una cuestión que preocupa al gobierno al abandonar la responsabilidad de la dirección universitaria: la ley expresa “que es un propósito de los gobiernos revolucionarios la creación de instituciones democráticas funcionales *que debidamente solidarizadas con los principios y los ideales nacionales* y asumiendo responsabilidad ante el pueblo, queden investidas de atribuciones suficientes para el descargo de la función social que le corresponde” y más concretamente “que es necesario capacitar a la Universidad Nacional de México, *dentro del ideal democrático revolucionario* para cumplir los fines de impartir una educación superior, de contribuir al progreso de México en la conservación y desarrollo de la cultura mexicana para participar en el estudio de los problemas que afectan a nuestro país, así como el de acercarse al pueblo por el cumplimiento eficaz de sus funciones generales”.

Esta defensa de los principios revolucionarios que su ley le encomendaba no fué causa por varios años de ninguna escisión importante en su propio seno o frente al Estado. Bruscamente en 1933 cambia la situación: un congreso de universitarios de septiembre de ese año, en que son figuras centrales y opuestas por una parte don Antonio Caso, maestro respetable, símbolo del renacimiento espiritualista de principios del siglo, y por la otra don Vicente Lombardo Toledano—universitario y dirigente obrero— discute la fijación de los propósitos genera-

les de la educación universitaria y de sus bases ideológicas y tras debates que apasionaron al país se decide mayoritariamente por el materialismo histórico. Es entonces cuando por primera vez se define en México, junto al viejo postulado de la autonomía, el de la "libertad de cátedra", preocupación varias veces secular en las universidades de Europa, pero inquietud nueva en la joven Universidad mexicana. Las luchas ideológicas degeneran en conflicto: el Consejo Universitario, quebrantando ciertas normas procesales, destituye al Director de la Facultad de Derecho, renuncian en señal de protesta los profesores de ella y se provoca entonces uno de esos grandes escándalos universitarios, con alteración de la tranquilidad urbana, que la capital de la República conoce bien. Para resolver el problema, el Ministro de Educación Pública don Narciso Bassols obtiene del Gobierno la ley de octubre que rompe las últimas conexiones con el Estado.

La paz dura muy poco. La zozobra iniciada por el congreso de universitarios habrá pronto de avivarse y acrecentarse con motivo de los acontecimientos que precedieron y siguieron a la reforma del artículo 3º de la Constitución de 5 de febrero de 1917, normativo de la educación pública. Este precepto, conservando y acentuando la tendencia de la reforma liberal de 1857, consagró, a pesar de la resistencia del jefe del movimiento revolucionario que hizo la Carta, el laicismo absoluto en la educación primaria. La regla permanece prácticamente olvidada hasta 1926, cuando se produce el conflicto político religioso más serio que ha vivido México en este siglo y en una breve tregua derivada de la solución de ese conflicto en 1929, hasta 1932. Las resistencias halladas entonces para hacerlo respetar llevan al partido del poder, en la campaña electoral siguiente, a proponer una reforma encaminada a hacer más efectivos los principios que el texto ya consagraba, pero la convención general movida por algunas delegaciones locales, aprueba que la modificación al artículo 3º implante la "educación socialista".

Excedería con mucho los propósitos de este trabajo seguir la controversia que dentro del mismo Gobierno, en el Congreso, en la prensa y en los círculos de toda clase

origina el proyecto, que finalmente habrá de tomar cuerpo en la reforma del año de 1934. Los universitarios, sin duda por el recuerdo tan fresco del congreso de septiembre de 1933, consideraron inmediatamente que la única postura compatible con la dignidad de la Universidad y el mantenimiento de sus funciones esenciales era la de oponerse a un texto que a su juicio acababa con la libertad en la investigación y en la cátedra; tan organizada, tan general, tan firme fué la oposición, que el Estado mexicano, y de modo más concreto los hombres y los grupos que dentro de él hicieron posible la reforma del artículo 3º contra el parecer del propio Presidente de la República, Rodríguez, entendieron pronto que la reforma no podría afectar a la Universidad. Más todavía, cuando ya puesta a un lado la Universidad Nacional, se esforzaron por fijar el alcance de la misma frente a la educación superior, aquellos hombres la entendieron antes en el sentido de poner la educación superior al alcance de los grupos más necesitados del país que en el de imponerle una doctrina o credo determinado. No puede ser más claro, en efecto, el dictamen de las comisiones unidas primera y segunda de puntos constitucionales y primera de educación pública de la que salió el artículo 3º tal como figura hoy en la Constitución Mexicana: "Un cambio en la línea de conducta que hasta aquí ha seguido el régimen (respecto de la Universidad), no traería más consecuencias concretas que una serie de *problemas de orden público*, pequeños en su contenido y aparatosos en su forma, que serían aprovechados e instigados por los enemigos del régimen como escandaloso recurso de propaganda en contra nuestra. Todo ello aparejado a inevitables y cuantiosas erogaciones que más útiles serán en otros campos educativos. . . Frente a ese estado de cosas los gobiernos revolucionarios. . . han seguido la política de *aislar la cuestión universitaria* dentro de sí misma, dejándola que opere de modo que por sus propias fuerzas llegue a sus propios destinos. . ." Adelante expresa: "Lo expuesto someramente hasta aquí demuestra cómo está excluido el obrero, por selección económica, de toda posibilidad seria de cultura superior. Desde un punto de vista socialista *este es el verdadero problema a resolver*".

Importa mucho recordar las ideas expuestas en el mismo documento respecto de la compatibilidad entre el socialismo y la educación superior, ya no en los centros universitarios, pues se ha visto claramente cómo se pensó dejarlos operar en su propia órbita, sino en los diferentes que se recomendaba fundar: "El Socialismo no es el resultado de una posición a priori respecto de los fenómenos de la vida social, sino una consecuencia rigurosa del estudio sistemado y científico de los mismos, coherentes con todos los demás elementos del saber y con la interpretación general del universo derivada de ellos. Si el Socialismo no fuera sino un hijo de la generosidad espiritual de sus grandes pensadores, o una fórmula concreta de lucha para los descontentos y los oprimidos, la Escuela Socialista, al desenvolverse, tendría que resultar obscurantista y sectaria, y excluir de su seno todo conocimiento científico o todo hecho comprobado que fueran contradictorios con su finalidad última. *En esas condiciones habría que dar la razón a quienes se oponen a la Reforma que actualmente se plantea.* Pero la situación es diversa. El libre y pleno desenvolvimiento de la idea socialista requiere *mentalidades libres de prejuicios*, disciplinadas en el conocimiento positivo de los hechos, habituadas a distinguir lo hipotético y lo supletorio, de lo real. La Escuela Socialista debe, pues, organizarse de manera que quede claro en la mente de los alumnos, que el Socialismo es el conjunto de juicios y normas de acciones derivado DE LAS CONCLUSIONES COMPROBADAS E INELUDIBLES DEL SABER HUMANO".

Opínesse lo que se quiera sobre la verdad de la postura en que los autores del artículo 3º se situaron, es lo cierto que ellos admitían que llegada la educación al plano superior exigía mentalidades "libres de prejuicios"; confiaron que disciplinadas en el conocimiento científico, apoyadas solamente en hechos comprobados, esas mentalidades aceptarían los principios socialistas. En rigor hay dos partes claramente diferenciadas en el pensamiento de aquellos legisladores, de las cuales solamente una quedaba bajo su imperio: abrir los centros de educación superior que imaginaban a todas las investigaciones científicas y a todos los hechos comprobados del saber humano; la otra era nada

más una esperanza: que los hombres formados en sus centros —de origen obrero o campesino como se verá después— llegarían necesariamente al socialismo a través del estudio sistemado y científico.

A estos hechos, poco conocidos en su día, casi totalmente olvidados hoy, siguió en los primeros tiempos de vigencia de la reforma —primer semestre de 1935— una gran tensión entre la Universidad y el Estado, franca hostilidad de éste en varias formas, disputas muy agrias sobre el derecho de impartir educación secundaria y sobre la definición de lo que por ella debía entenderse, etc. . . Así se explica que al cabo del tiempo, socialismo en la Universidad tanto quiera decir como negación de libertad en la investigación y la docencia, esto es, sectarismo puro; ser socialista en la Universidad Nacional de México ha significado, para los grupos más activos, más organizados, de más fuerza, hasta de mejor preparación académica si se trata de estudiantes, ser enemigo de la institución.

Tan extraña situación, incomprensible sin duda y hasta grotesca para el que no conozca o no recuerde los antecedentes de ella, se ha visto todavía más gravemente complicada con este hecho: supuesto que la Universidad Nacional es centro de resistencia y de refugio contra el artículo 3º “de libertad”, se ha dicho reiteradamente, debe brindar su amparo a otros centros docentes, lo mismo regionales que particulares, “incorporándolos” a su seno para que también disfruten de libertad pero no al modo previsto en 1929, mediante la absorción total, en lo docente y en lo administrativo, de los planteles para transformarlos en establecimientos colocados en idéntica condición que las escuelas universitarias tradicionales, sino “incorporándolos” exclusivamente para compartir con las enseñanzas de ellos el privilegio de la validez oficial de los estudios, sin tocar su autonomía administrativa, su personalidad jurídica y, como es obvio, su calidad de empresas lucrativas, servidoras de los grupos económicamente más favorecidos, menos dispuestos como es natural a aceptar la educación “socialista” y antirreligiosa del artículo 3º. Además de sus propios y ya complejos problemas, la Universidad ha tenido, pues, que cargar con los ajenos, con los de estableci-

mientos que en situaciones ordinarias, y conforme a elementales principios jurídicos, debieron buscar su liga —que corresponde a una descentralización por colaboración— con las agencias directas del Estado y no con otra entidad descentralizada.

Las derivaciones de la constante tensión interna y de la casi perenne suspicacia y desconfianza frente al poder público hacia los problemas de política educativa nacional y aun de la general del país, ya no pueden ser tocadas aquí, pero se adivinan sin dificultad. Por una mecánica sencilla, los grupos destinados a lograr mayor autoridad y prestigio en la Universidad Nacional de México, como defensores de las conquistas y derechos de la institución, también se perfilan con claridad.

II.—LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO COMO SERVIDORA DEL PAIS

AL nacer, la tarea de la Universidad Nacional tenía gran precisión: prestar la educación secundaria y formar un tipo bien definido de profesionales: “El Estado —cito otra vez al ilustre fundador— juzga necesario al bien de todos que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exigen la paz social, la salud social y la riqueza y el decoro sociales, satisfaciendo necesidades de primera importancia”; esto, aparte de la tarea superior de la investigación de los problemas nacionales de que se habló ya al principio). Los jóvenes salidos de los grupos menos favorecidos de la fortuna recibirían un título que “los lanzaría a la lucha por la existencia en un plan social superior”.

En 1917, la meta —ya enunciada— del abandono en un futuro más o menos próximo de la educación superior a la iniciativa privada desconcierta en cuanto a fijar la idea implícita en los revolucionarios constitucionalistas: ¿pensaron solamente en el ejemplo de las universidades norteamericanas, olvidando que, como tendencia y salvo casos aislados de generosidad, la iniciativa y el dinero particulares forman un tipo de profesionales y, sobre todo, absorben

una población escolar conectados casi privativamente con las clases económicamente poderosas? ¿Creyeron que era inconveniente la educación profesional para los jóvenes sin recursos y entre ellos para los que viven de un salario?

El problema, como bien se sabe, dista mucho de ser peculiar de México. "La sociedad, ha dicho José Ortega y Gasset, formulando un pensamiento muy similar en su primera parte al de Justo Sierra contenido en párrafo inserto en páginas precedentes, necesita buenos profesionales —jueces, médicos, ingenieros—, y por eso está ahí la Universidad con su enseñanza profesional. Pero necesita, antes que eso y más que eso, asegurar la capacidad en otro género de profesión: la de mandar. En toda sociedad manda alguien —grupo o clase, pocos o muchos—. Y por mandar no entiendo tanto el ejercicio jurídico de una autoridad como la presión e influjo difusos sobre el cuerpo social. Hoy mandan en las sociedades europeas las clases burguesas, la mayoría de cuyos individuos es profesional. Importa, pues, mucho a aquéllas que estos profesionales, aparte de su especial profesión, sean capaces de vivir e influir vitalmente según la altura de los tiempos. Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. *Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad.* Si mañana mandan los obreros la cuestión será idéntica: tendrán que mandar desde la altura de su tiempo; de otro modo serán suplantados. *Como de hecho hoy ya mandan también y comandan con los burgueses, es urgente extender a ellos la enseñanza universitaria*".¹

Reconociendo sin duda que la nueva situación creada en los años inmediatamente posteriores a la Revolución impedía o hacía inconveniente dejar a las clases acomodadas la formación de las personas que de una o de otra manera habrían de gobernar o de contribuir muy importante-mente al gobierno del país, en 1921 ya no se da carácter temporal a la intervención del Estado en la educación profesional y en cuanto a la secundaria, en 1926 el Estado la

¹ Misión de la Universidad, en *El libro de las Misiones*, ed. Espasa Calpe Argentina, 1940, pp. 77 y 78.

asume directamente (conforme a ideas que venían labrándose de años atrás y que lo llevaron, por un plazo breve, en 1920, hasta a confiar la Escuela Nacional Preparatoria a las autoridades de la ciudad de México).

¿Cómo entonces se entiende que el más vigoroso animador de la reforma del artículo 3º, no en su origen sino cuando ésta se volvió una necesidad política después de la convención del partido del poder en 1933, don Narciso Bassols, declarara cuando la jefaturaba que: "La Secretaría de Educación Pública está enteramente de acuerdo con la idea que contenía la redacción original de la antigua fracción XXVII del artículo 73 de la Constitución"? Seguramente que no porque él estimase que las clases populares recibirían su educación superior o profesional de establecimientos privados, sino porque pensó que la formación profesional de tipo tradicional no era la más adecuada para gentes de esas clases. Así lo indicó en el discurso que produjo ante la Cámara de Diputados al sostener el proyecto de ley universitaria de octubre de 1933: "¿Qué interés pueden tener los verdaderos proletarios, los que viven de un jornal arrancado con esfuerzo cerca de la máquina; qué interés podrían tener en ser abogados, médicos, ingenieros o dentistas? ¿Cuál, si su vida no les permite el ocio, la cantidad infinita de ocio que el universitario gasta, que mal emplea en largos años de su juventud y de su edad adulta? ¿Para qué las grandes masas van a pensar en que se les abra la Universidad, cuando nosotros, junto con las diez mil escuelas rurales abiertas ya a estas horas por el Gobierno de la Revolución, pensamos abrirles, les hemos abierto y les abriremos cada día más centros de enseñanza técnica, certera, eficaz, que los capacite para satisfacer sus necesidades, sin gastar la vida en ocios verbalistas?". El Diario de los Debates indica que la Cámara de Diputados acogió con "aplausos nutridos" tan enfática declaración que tan cercana se siente de Veblen.

El pensamiento estaba trunco. Desconocía lo que certeramente se ha puesto de relieve tantas veces: que el profesionalista, además de su disciplina propia, se prepara para otra actividad, la de gobernar al país en forma más o me-

nos directa que el técnico manual no lo hace.² En el dictamen de las comisiones unidas de la Cámara de Diputados, obra también de don Narciso Bassols según es sabido, la idea se integra y se habla ya de que "la obra y los recursos económicos del Estado deben encaminarse a resolver el problema de dotar a las masas de obreros y campesinos, de todos los tipos técnicos, *profesionales*, etc., que éstas necesitan para la defensa de sus intereses y, además, dotar al país de los individuos directores y de cultura superior que la conducción y el manejo de conjunto de los problemas nacionales reclaman, pero que tales directores deben ser formados cuidadosamente con la más alta cultura y extraídos siempre de las masas obreras y campesinas".

Ahora bien, la experiencia recogida de 1934 a la fecha, dentro de la Universidad Nacional de México y fuera de ella, revela que por causas tan complejas y tan variadas que su sola enunciación resultaría audaz en este ensayo, los jóvenes proletarios no se han conformado con abandonar los caminos tradicionales que la Universidad abre y que el gobierno, por su parte, tampoco ha podido, al menos en grado adecuado, ofrecerles en sus propios establecimientos los incentivos para que acudan a ellos y olviden los estudios que reclaman "ocio infinito". La Universidad Nacional, en vez de reducirse como se previó en 1933, recoge cada día en número mayor a los jóvenes mexicanos; el Estado, que pensó liquidar con ella sus compromisos mediante la entrega de diez millones de pesos y algunos edificios como única y final aportación, se ha visto precisado a concederle subsidios anuales que han sido y tendrán que ser crecientes. El problema es cada día más grave: acaba de anunciarse que el sesenta por ciento de los veintitrés mil jóvenes que pueblan la Universidad Nacional no terminan sus estudios, y entre los que lo hacen, su preparación profesional es cada día más deficiente y sus posibilidades de éxito, para los que no vienen de las clases acomodadas o no tienen una capacidad excepcional, son cada vez más remotas.

² Brogan ofrece datos muy ilustrativos sobre este punto en Inglaterra y Estados Unidos en *Inglaterra, Apariencia y realidad*, edición mexicana del Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 65.

Todo esto contribuye a hacer más tensa la situación política ya explorada: el estudiante proletario está destinado a ser, en la generalidad de los casos el mal estudiante; el otro —que no es necesariamente el rico, sino también el hijo de la clase media que puede dedicar todo su tiempo a la escuela y que cuenta con recursos para adquirir sus útiles— es el que forma como regla al alumno mejor, al universitario “auténtico”, al que por sus buenas notas escolares conquista, con legitimidad formal irreprochable, el derecho de participar en el gobierno de la institución, de marcar sus propósitos, de defender sus prerrogativas frente al Estado. El primero, en cambio, produce al “radical” sin más lecturas que unos cuantos folletos de propaganda y ayuno a veces hasta de lenguaje inteligible. (Salvo en dos o tres escuelas pequeñas de población estudiantil casi exclusivamente trabajadora donde la situación, por eso mismo, varía).

III.—EL DATO JURIDICO

ESTE punto, tan sugestivo para los profesionales por otros conceptos, tiene interés para la intención de este trabajo solamente en la medida que su examen refleja los problemas de mayor amplitud y trascendencia que se han tocado antes.

La Universidad de México fué, sin que nadie lo pusiese en duda, una corporación pública, un órgano descentralizado estatal, conforme a las leyes de 1910 y de 1929. Más todavía, de 1917 a 1921 fué incorporada, como un departamento administrativo, a las agencias directas del Gobierno Mexicano. En 1933, a la inversa, intencionalmente se elimina de la definición de la Universidad los caracteres de “nacional” y “pública” que le atribuían los ordenamientos anteriores, declarando en forma expresa su deseo el Estado de que la institución se transforme en centro privado de investigación y docencia, en plan de igualdad con cualesquiera otros de este tipo.

Fuera de cuestiones de orden secundario —como la de establecer la naturaleza legal de las relaciones entre la Uni-

versidad y sus profesores y empleados— la modificación que se intentaba dentro del orden jurídico mexicano acarrearía dos consecuencias de la mayor significación: desobligar al Estado económicamente para el futuro mantenimiento de la Universidad, cumplida su única aportación en edificios y en dinero y privarla, a lo menos potencialmente, del derecho a obtener de todas las autoridades nacionales o locales el reconocimiento automático de la validez de sus títulos para el ejercicio profesional de sus graduados: los tribunales del Estado de Jalisco, por ejemplo, llegaron a enjuiciar penalmente a un egresado de la Universidad “por ostentarse como abogado”.

La opinión universitaria se dividió. Un grupo de profesores sostuvo desde luego, con argumentos jurídicos que no es éste sitio de reproducir,³ que a pesar del silencio de la Ley la Universidad seguía siendo una corporación nacional y pública; las autoridades universitarias, en cambio, celosas de que como institución pública la Universidad se viese afectada por los programas de educación nacional que ya apuntaban hacia la reforma del artículo 3º, declararon que la Universidad no era una corporación pública sino solamente “del más alto interés público”. El primer Rector de la Universidad plenamente autónoma, don Manuel Gómez Morín, redactó en ese sentido un memorándum que aprobó el Consejo Universitario.⁴

La Suprema Corte de Justicia, órgano supremo de la definición del derecho mexicano, decidió el punto, sucesivamente, en los dos sentidos opuestos: primero, en treinta de agosto de 1935, pronunciándose por el carácter privado de la institución y, posteriormente, de manera firme a partir de 1941, reconociendo el carácter público de la Universidad, su calidad de órgano estatal para difundir la cultura superior en el país, con las prerrogativas que en cuanto a la validez de sus títulos fija a los establecimientos

³ Puede consultarse: ANGEL CARVAJAL, MANUEL SÁNCHEZ CUÉN y ANTONIO CARRILLO FLORES. *La naturaleza jurídica de la Universidad Autónoma de México*, en la “Revista General de Derecho y Jurisprudencia”, México, 1934.

⁴ Véase el mismo volumen.

de ese tipo el texto varias veces mencionado de la Constitución Mexicana.⁵ Esta solución, jurídicamente irreprochable, se aparta de la "voluntad del legislador", a lo menos del legislador de 1933 y del que elaboró la reforma constitucional de 1934, pues en cuanto a los más recientes, como los redactores de la Ley reglamentaria del citado artículo 3º constitucional y del proyecto, en estudio ahora por el Congreso, del estatuto reglamentario del ejercicio profesional, la situación ha variado y ambos admiten el carácter de servicio descentralizado de la Universidad, si bien apartándola del régimen del artículo 3º constitucional.

En párrafos precedentes quedó expuesto que todo intento de demostrar la compatibilidad entre el artículo 3º constitucional y la vida plena de la Universidad Nacional de México estaría, en la realidad de la situación universitaria mexicana, condenado de antemano al fracaso, seguramente antes de que pudiera ofrecer siquiera sus argumentos. Esto lo sabe bien el Estado y lo reconocen los universitarios más afines a una postura socialista. Así se explica la nueva tendencia legislativa que acaba de apuntarse. Y sin embargo, si se juzgara en abstracto, procedimiento siempre peligroso para tratar los problemas universitarios de México, atento el acusado carácter político que tienen, la antinomia entre un órgano estatal indirecto—que eso es una corporación pública— y la política general educativa del Estado no dejaría de sorprender.

IV.—LAS INQUIETUDES DE HOY

LA Universidad Nacional de México pasa ahora, diciembre de 1944, otra vez una crisis profunda, solamente que a diferencia de las de 1929 ó 1933 y de las posteriores de 1935 y 1938, meros incidentes estas dos últimas en la ya larga vida de inestabilidad y de agitación, la crisis actual tiene muchas características que parecen dibujarla como definitiva. Derrocadas en agosto de este año las autoridades

⁵ ALVARO RODRÍGUEZ REYES. *Consideraciones Jurídico-sociales sobre la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, 1944, pp. 45 y 46.

por un movimiento en que se suman la legítima inconformidad y la acción oscura, la Universidad de pronto —hecho nuevo en la penosa historia de sus conflictos— se parte en dos: un grupo de facultades, encabezadas por la de Medicina, reconoce a un Rector y unas autoridades que se llaman “legítimas” que recogen del régimen vencido su investidura nominal; otras, encabezadas por Derecho, aceptan la autoridad de otro Rector y de un directorio y un Consejo “revolucionarios”. El conflicto no encuentra solución posible; el Presidente de la República interviene y una junta arbitradora, formada por todos los ex Rectores de la etapa autónoma de la Universidad, eligen a un hombre de ciencia, el arqueólogo Alfonso Caso, y le encargan con poderes omnímodos el gobierno provisional de la Universidad y su reestructuración orgánica. La paz vuelve a las escuelas, pero cuando Caso plantea la necesidad de solicitar del Gobierno una nueva ley que cree una autoridad suprema estable (compuesta por quince personas electas democráticamente por los mismos universitarios a través de un “consejo constituyente”), que designará a las autoridades superiores ejecutivas y arbitrará con poderes discrecionales los conflictos graves que puedan suscitarse, la inquietud reaparece. En forma dramática se retira la mayoría de los representantes estudiantiles al Consejo Universitario y se denuncia que la autonomía de la Institución está en peligro al limitarse la democracia, olvidándose que la “democracia universitaria”, obra del legislador de 1929 desembocaba, ya un poco monótonamente, cada tres o cuatro años, cuando se acercaba la designación de Rector y Directores de Facultades y Escuelas, y a veces con intervalos menores, en episodios de violencia estéril que han mermado muy seriamente el prestigio de la Universidad ante los ojos del país olvidándose también que el ejercicio continuo de la democracia, tan fecundo en la gobernación de los pueblos, dificultosamente es compatible con las peculiares relaciones entre maestros y alumnos.⁶

⁶ “Toda educación es, por la relación de maestro a alumno, de Director intelectual a discípulo que establece, esencialmente autoritaria y autocrática”. Kelsen, *La Democratie sa nature sa valeur*, Paris, 1932, p. 102.

V.—REFLEXIONES FINALES

SI se acepta la conocida definición de Abraham Flexner de que "una universidad es una institución dedicada conscientemente a la persecución del conocimiento, a la solución de los problemas, a la apreciación crítica de los resultados, y a la preparación de hombres a un nivel verdaderamente elevado",⁷ tendrá que convenirse en que el problema universitario mexicano, de manera paradójica, crece en importancia para el país, en trascendencia para la formación de los hombres que directa o indirectamente van a gobernarlo a plazo corto, en la medida en que la Universidad Nacional ha venido alejándose de aquella fórmula. Más que centro de investigación, de búsqueda desinteresada de la verdad, de enlace, como Justo Sierra quiso, entre las conquistas del pensamiento humano en sus más levantadas formas y los problemas del país, la Universidad se ha vuelto centro de casi pura capacitación profesional, a un nivel constantemente en decadencia por limitación de recursos, por sobrepoblación, por deficiente preparación de los jóvenes que en ella ingresan y, de modo principal, porque desde la reforma del artículo 3º Constitucional el predominio político dentro de la Universidad, la conquista del poder, para muchos grupos, por razones ya expuestas, se ha convertido en la aspiración fundamental; de modo que cualquier otro interés, inclusive el docente o de investigación, se ha postergado y es incapaz de agrupar a los universitarios y de moverlos, lo que sí logra, en cambio, con relativa sencillez y en muchas gentes con exaltado entusiasmo y hasta pasión, cuando toca o puede tocar al problema político interno de la Universidad. Y todo ello complicado con una constitución real, con un equilibrio del poder, tan frágil, tan sensitivo, que inevitablemente obliga a los dirigentes universitarios, para gobernar, a conquistar y a retener el apoyo de los grupos y de los líderes activos (precisamente en función de esa calidad y no de merecimientos o de prestigio académico), con las

⁷ A. FLEXNER. *Universities*, Oxford University Press. 1930, p. 42.

consecuencias que fácilmente se advierten. Toda medida de orden, de sana regeneración universitaria, puede alterar el equilibrio y dejar a las autoridades desasistidas y al borde de la caída.

Es claro que la situación mexicana, insólita en su gravedad, ofrece ciertas causas comunes a otros países. La participación de los estudiantes en el Gobierno preocupa a casi todas las universidades latinoamericanas y ha contado con destacados defensores, Alfredo L. Palacios, por ejemplo, quien no obstante tuvo que reconocer, desde la Rectoría de la Plata, que "esa intervención ha sido frecuentemente hosca y tumultuosa, debido al ambiente subalterno de menguados intereses personales que suelen prosperar, indebidamente en las Casas de Estudio".⁸

En cuanto a la disputa del poder universitario desde fuera, otra de las grandes preocupaciones de los universitarios mexicanos, Veblen la exploró respecto de las universidades americanas, relacionándola con la pugna entre la *ciencia* y los *negocios*; pugna que entorpece la gestión de las autoridades y provoca la que llama "decadencia del saber desinteresado". El problema le parece a Veblen tan serio que no ve otra solución que independizar cada uno de los establecimientos docentes.⁹ En México, donde la controversia no arranca del interés o del desinterés en el saber, sino que invade la órbita misma de las convicciones fundamentales, se explicará que cobren desusada anchura las distancias entre los grupos, así como sus suspicacias y hasta sus violencias. ¿Cómo, desgarrada tan profundamente, la Universidad podrá transmitir el "sistema de las ideas vivas que el tiempo posee"? ¿Cómo, si tanto se discrepa sobre lo que está vivo y lo que está muerto, si lo que representa el futuro para unos sería para otros la esclavitud?

Esto explica, a mi juicio, que el nuevo Rector definiera, desde el día mismo de su exaltación, el propósito de fabricar una "Universidad Técnica". En otro ambiente, en condiciones diversas de las mexicanas, pudiera parecer

⁸ *Espíritu y Técnica en la Universidad*. La Plata, 1943. p. 68.

⁹ J. A. HOBSON. *Veblen*. Fondo de Cultura Económica. 1941. Cap. VI.

que se daba primacía al "saber interesado" sobre el desinteresado, al pragmático sobre el que Max Scheller llamó de "valoración". En México, por el contrario, ese programa era y es hoy, el único posible:

1.—Porque aunque la "enseñanza cultural", en sentido estricto, sea más valiosa que la técnica, el descuido de ésta, precisamente porque la técnica realiza un valor inferior, crea males de más urgente atención. Una Universidad que produce graduados sin un sistema de ideas sobre el Universo y el hombre es sin duda una universidad que se queda corta respecto de su misión; pero una Universidad que produce médicos, o abogados, o ingenieros, o economistas incompetentes, desconocedores de lo más rudimentario en sus respectivas disciplinas, es un peligro social; y

2.—Supuesto que las disputas "sobre el concepto racional y exacto del Universo y de la vida social" (así dice el artículo 3º), tanto han enconado a los universitarios, entorpeciendo la modesta pero indispensable tarea de la capacitación profesional, urge hacer un esfuerzo por lograr que todos los grupos coincidan, al menos, en que México necesita buenos técnicos, buenos artesanos de las profesiones o de la investigación científica.

El propósito es, pues, provisional, de "emergencia" como está en uso decir. Por lo demás, el grave problema apuntando en otro lugar, el del estudiante proletario o, de modo más general, el del estudiante sin recursos, al que en 1934 se marcaron rumbos alejados de la Universidad, que él no ha querido o no ha podido seguir, es algo que, aun triunfando el intento de realizar la Universidad técnica, tendrá que resolverse pronto. Ya mejorando muy de veras las escuelas técnicas del Estado; ya creando o alentando buenos colegios universitarios en la provincia. conforme a programas que parecen estar elaborados; ya revisando fundamentalmente el cuadro profesional si la Universidad por una u otra causa ha de conservar esta población para desviar con una buena y disciplinada labor persuasiva hacia las nuevas carreras a los grupos excedentes de las escuelas tradicionales; ya mediante un sistema generoso de becas estatales que coloquen al alumno pobre, digno en todas partes de estímulo y respeto pero más en

país de las tradiciones y de la estructura social de México, en plano de igualdad con el de mejores recursos. Y paralelamente a ello la vieja ilusión: la ciudad universitaria, que exigirá, igual que lo anterior, y supuesto que la Universidad será ya, ahora sí al parecer en forma definitiva un órgano público, el empleo amplio de los recursos fiscales.

Pero, y así termino mis reflexiones, ¿será todo eso posible si la Universidad no se conforma con ser el más alto, el más importante, el de más tradición de los centros docentes y de investigación del país, sino que permite ser usada como bastión —amparo si se prefiere— de quienes persiguen propósitos ajenos a la Universidad misma y lo que buscan con su dominio no es una oportunidad para servir en la búsqueda del saber desinteresado o en el dominio de las técnicas que la vida contemporánea reclama, sino, torcer el rumbo total de la vida social mexicana? Por eso los mejores universitarios de todas las tendencias apoyan el propósito regenerador, que es de un apoliticismo estricto no porque desestime la política, sino porque cree que no es la Universidad el sitio para librar batallas que a ella conciernen. De la medida en que el afán cuaje en realidad dependerá la suerte de la Universidad Nacional de México y, en gran parte, el bien del país, así en lo público como en las actividades privadas, tan urgidos ambos de gentes limpias y capaces.

LA PANACEA DEL FEDERALISMO

Por José MEDINA ECHAVARRIA

PARECE que una de las tendencias más arraigadas en los hombres es la de dar nueva vida a cosas que parecían fenecidas y la política es evidentemente el reino mágico de las resurrecciones. Hoy nos toca vivir la resurrección del federalismo. No hay, en efecto, otra idea que sea más acariciada en estos días que la federal. Mas siendo el ábrete Sésamo de dificultades dispares, nos hace sospechar que las cosas no andan muy claras en cuanto al valor de este talismán. Empieza por ser peregrina la persistencia de semejante residuo del viejo contractualismo en los días en que se ponen en tela de juicio los supuestos más caros al derecho internacional hoy en crisis. La crítica del funcionalismo incipiente considera que el error fundamental de la concepción jurídica que lo mantenía era considerar a los "Estados" como personas que entran en relaciones de cuya subsistencia o anulación pueden disponer a voluntad. Y pocos son los teóricos del Estado que hacen uso todavía de la teoría del pacto. Sin embargo, aquí está el federalismo. ¿Con qué fines? No siempre son los mismos, pues si unas veces se declara que es el instrumento necesario para formar las nuevas unidades políticas que requiere la edad, se añade en otras o se afirma simplemente que es también un medio eficaz en la lucha por la eliminación de la guerra. Hasta qué punto estos fines coinciden es cosa que no se ve fácilmente a simple vista. Y exige que ambos puntos se examinen por separado. Adentrémonos un poco en este tema de la mitología y realidad del federalismo.

Observemos ante todo que el federalismo es hoy una ilusión anglosajona. Y una de aquellas que demuestran su

inclinación —no siempre favorable para los demás— de generalizar para todo el mundo las experiencias de su propia historia política. Puede parecer en principio lógico que si el proceso constitucional de Estados Unidos maduró en un éxito indiscutible, la aplicación de sus principios a la consecución de fines análogos tiene probabilidades de producir los mismos resultados. Bastaría empero recordar la penosa historia del federalismo hispanoamericano para hacer surgir las primeras dudas. Y puestos en la duda, lo primero que tendríamos que hacer es estudiar las condiciones históricas reales que permitieron aquel éxito, con el tropiezo y todo de la guerra de secesión. Pues por lo visto hubo una guerra y no insignificante. Pero todo esto no nos incumbe en este momento. El hecho es que puede considerarse justificada la exaltación federalista de ciertos intelectuales anglosajones. ¿Pero vale esto para Inglaterra? Desde luego que no. Y sin embargo no retiro lo de los anglosajones, porque contagiados los ingleses, por razones que se me escapan, han dado alguno de los federalistas más consecuentes y fervorosos de nuestros días. Es posible que si hiciéramos una encuesta —tan de su gusto— en los Estados Unidos sobre quién es el federalista máximo, la palma recayera en Mr. Culbertson, que hizo popular en su país y fuera del mismo la idea de un ejército internacional “por cuotas”. El esquematismo minucioso que ofrece el libro del conocido experto en bridge lo ha hecho, en efecto, acoger por muchos con gran seriedad y por no pocos más con evidente ironía. La palma del federalismo corresponde, sin embargo, en realidad a un diplomático inglés, a Sir George Young, que en su obra *Federalism and Freedom* se ha atrevido a llegar a donde pocos lo hicieron. ¡Nunca nos dejará de deparar sorpresas la vieja Albión! El solo hecho de la aparición de este libro en los momentos más agudos de la batalla que daba Inglaterra para poder subsistir es algo admirable . . . si no conociéramos algunas de las razones de la libertad de que goza en ella el escritor. Porque el hecho es que este buen diplomático retirado se propone en Inglaterra en tal instante que deje de ser lo que la historia le ha hecho, para constituirse en una federación de siete nuevos y flamantes Estados. La razón es que Sir Young es

un hombre consecuente. Sabe con justeza que la justificación teórica del federalismo radica en la idea de igualdad y que el "gobierno por el pueblo, del pueblo y para el pueblo" puede complicarse hasta la falsedad si ese pueblo es demasiado numeroso. La solución no está por eso en federar los cuerpos políticos actuales, sino en "federalizarlos", es decir, en subdividirlos en tantos cuerpos menores equivalentes cuanto sea necesario. Nada menos que un principio biológico lo sostiene: "La ley de todos los organismos vivos, y esto son las democracias, es divididos o pereced". No es la federación, la aglutinación por la cúspide, sino la federalización, la división por la base, lo que constituye el principio vivo de la libertad, la igualdad y la fraternidad en estos días de capitalismo y comunismo, la ley y el orden que dará a Europa la paz buscada".¹ Quizá comulguemos muchos con Sir Young en su nostalgia filosófica por un horizonte municipal, y sin embargo. . .

Las intervenciones quirúrgicas que exigirían estos planes de "federalización" son de tal naturaleza que nos expondríamos a que durante ellas pereciera el cuerpo enfermo que se pretende salvar. Las nuevas unidades que se buscan han de tener iguales derechos, responsabilidades y representación e idénticas limitaciones en sus fuerzas armadas; pero para que esto sea viable el volumen de sus respectivas poblaciones ha de ser también equivalente. Por eso ninguno de estos pueblos puede tener una población superior a diez millones. Si una nación tiene una población que excede esa cifra, debe constituir una federación de nuevos Estados con no menos de dos millones de habitantes, pero con no más de diez. En cambio, si una nación de las existentes tuviera menos de cinco millones, tendría que entrar en relaciones federales con otros gobiernos. Esto está pensado para Europa especialmente, y por eso mismo hay que imaginar lo que supondría el intento de llevar a cabo tal concepción geométrica. "La realización de este plan — observa agudo comentarista— minaría las autoridades y sentimientos de lealtad que ahora existen, sin ofrecer ninguna garantía razonable de que pudieran dominarse las

¹ GEORGE YOUNG. *Federalism and Freedom*. p. 37.

fuerzas del caos, y de la anarquía liberadas por semejante proceso revolucionario, excepto por la aplicación posible de la fuerza bruta".² No es mi intención detenerme en los detalles propuestos por Sir Young; me basta quizá con otro botón de muestra de este tipo de construcciones ingenieriles. Cada uno de estos Estados había de encontrarse representado en el Consejo de la Unión (*Council*) por dos miembros nombrados por el Parlamento de cada uno de ellos, y en su Congreso en razón de un miembro por un millón de habitantes. Lo que haría en la Federación propuesta un total de cuatrocientos diputados, elegidos mediante un sistema de representación proporcional. Las inclinaciones matemáticas de nuestro autor no le arredran en la elección de un modo de sufragio cuyas consecuencias políticas son, por lo menos, sumamente discutibles.

Hemos reconocido en su favor que Sir George Young muestra explícitos los supuestos de su propuesta federalista. Y esto porque otras veces no se sabe con claridad lo que se persigue con el término mágico de federación o se le tiene—cosa peor—cuidadosamente encubierto. El federalismo puede significar diversas cosas, cuya neta separación es indispensable antes de entrar en una crítica de proposiciones concretas. En sus grandes líneas tendríamos lo siguiente. Hay un federalismo 1) que representa el artificio jurídico de un proceso natural de integración política y que sirve las más de las veces para acelerarlo o provocar con suavidades un parto que es de todos modos inevitable. La historia de los Estados federales clásicos es el ejemplo de este tipo de mecanismo facilitador. El éxito final no depende de la construcción jurídica conseguida, sino de la existencia de fuerzas políticas profundas que pugnaban por la unificación. Por tanto, se distingue de éste radicalmente toda otra concepción federalista 2) que sea meramente una ortopedia artificiosa aplicada desde fuera, para dar carácter de miembros a unidades políticas que todavía no lo son potencialmente por sí mismas. La historia no muestra—que yo conozca—ejemplos logra-

² HULA. *Problems of International Organization*, en "Social Research", septiembre de 1943.

dos de este tipo de federalismo. Otro es 3) el que significa en realidad un elemento de desintegración. Las intenciones de los que lo crean o propugnan pueden no ser esas, pero sus resultados son inevitables. Cuando un Estado histórico pierde su fuerza cohesiva y comienza a disgregarse dominado por tendencias centrífugas, no hay otra solución que la declinación de esas fuerzas por virtud de un cambio de signo en la conciencia pública que las soporta. Cosa que puede producirse si ciertos hechos históricos, externos o internos, provocan esa conversión. Pero es pura inocencia y tontería creer que el artificio federal puede por sí mismo acabar con el proceso desintegrador. De hecho lo provoca y acelera, en cabal semejanza a como actúa en el caso inverso de una integración de que es término y manifestación a la par. La confusión entre los referentes reales de situaciones muy distintas encubiertas por un mismo símbolo, cuando no es obra de mala fe es simple manifestación de un miope espíritu leguleyo. Por último, hay otro federalismo 4) que significa un instrumento de "incorporación" bajo una fórmula hábil y diplomática. La suspicacia levantada hace poco en el mundo —no me interesa ahora si justificada o no— por ciertas concesiones federalistas del gobierno soviético, traduce la percepción de que el último tipo de federalismo es cosa posible. Ahora bien, aunque sea posible se trata de algo completamente distinto de lo que se entiende habitualmente por federalismo en su concepción clásica.

A esta distinción entre los tipos de federalismo hay que añadir el recuerdo de ciertas experiencias decisivas, manifiestas en la mayor parte de los casos históricos de federación, y que señalan todos los conocedores. Una de ellas es el papel desempeñado por el nacionalismo. Pero otra —que es la que más nos interesa aquí— es la existencia de peligros externos comunes a las unidades independientes que se integran en federación. Los objetivos comunes que provocaron la formación de las federaciones históricas han sido muy diferentes, "pero 'siempre' —dice C. J. Friedrich, por ejemplo— se dió entre ellos el propósito de resistir una presión exterior a la que estaban expuestos

de igual manera todos sus miembros".³ Lo cual tiene importancia porque la idea federal suele salir en estos momentos a colación en calidad de un instrumento útil para hacer menos probable la guerra. Toma así aspecto de paradoja que una institución nacida las más de las veces ante el temor o la realidad de una guerra, venga a servir ahora para su supresión o prevención. Paradoja sin más escape, en efecto, que la federación universal.

En consecuencia, de todo lo anterior, es correcto sostener la necesidad de una mayor cautela en el manejo de la idea federal. Si se emplea para dar vida a nuevos cuerpos históricos, todo nos indica que sólo se puede usar con éxito ahí donde la realidad ofrezca ya en su propio seno la preformación de lo que se pretende. De otra suerte lo más probable es que no pase de ser un buen deseo—por noble que nos parezca—o una utopía de papel. Y si se quiere hacer uso del esquema federalista como un preventivo contra la guerra, las ilusiones a este respecto—excepto en un caso—son manifiestamente excesivas. Fuera del caso de una federación universal o gobierno del mundo, las aglutinaciones federales pueden quizá espaciar las erupciones guerreras, pero al precio de hacerla más gigantesca desde el principio.

Como el modelo que obsede a los nuevos federalistas es el de los Estados Unidos, bueno será, por lo que se refiere a las relaciones entre guerra y federalismo examinar el ejemplo con mayor detención. Entre los propios comentaristas norteamericanos que han hecho lo posible por sacar a luz los aspectos con frecuencia olvidados del modelo histórico en cuestión, puede elegirse por su precisa brevedad el análisis de H. Bamford Parkes.⁴ Recuerda oportunamente lo que sigue: en primer lugar, los motivos que indujeron a la federación a los trece Estados iniciales fueron más de temor que de otra cosa. Miedo de las capas dirigentes en el interior a las tendencias radicales y a la anarquía, y temor en lo exterior a la posible acción de las potencias extranjeras. Es decir, unión ante las "presiones

³ C. J. FRIEDRICH. *Constitutional government*, p. 190.

⁴ H. BAMFORD PARKES. *The World after the War*, 1942.

exteriores" de que antes se hablaba, o en su traducción correcta: organización en vista de la guerra. En segundo lugar, que ninguna unión federal impide sólo por sí misma la guerra, como demostró el episodio sangriento de la de secesión. Y en tercer lugar—cosa que demuestran también otros casos—, que las uniones federales tienden a perder en seguida ese carácter: o se disuelven o dan lugar a una centralización, esté o no reconocida en los artilugios constitucionales. Dicho en sus propias palabras: "Si hubiera de juzgarse al federalismo por la experiencia norteamericana, resaltarían sin duda sus grandes ventajas, pero aparecería también que sólo puede realizarse por obra del temor a presiones externas, que no impide las rivalidades internas ni las guerras civiles, y que tiende a una centralización del poder que resulta en detrimento de ciertas secciones minoritarias, y en particular las dedicadas a la producción de materias primas. Estas tres consideraciones sugieren que el principio federal no ofrece ninguna solución satisfactoria a los problemas a que tendrá que hacer frente la humanidad después de la guerra".⁵

NADA puede mostrar mejor el carácter quebradizo del argumento que ve en el federalismo un medio de prevención de la guerra que un examen de ciertas formas de federalismo ideológico que han disfrutado por algún tiempo de bastante boga. Clarence Streit, por ejemplo, ha conseguido imponer su nombre en círculos muy amplios, y sus esfuerzos por inculcar su panacea democrático-federal tuvieron bastante éxito en algún instante. No me interesan en este momento los detalles de sus planes, sino la idea tan sólo de que parten. Es bien sencilla por cierto. Consiste en crear un núcleo federado de Estados democráticos al que más tarde pudieran irse incorporando aquellos otros que tomaran plenamente ese carácter. La cosa parece plausible. Como el conflicto actual ha sido consecuencia de la debilidad democrática ante el ataque premeditado de los enemigos totalitarios, lo mejor que podrían

⁵ *Ibid.*, p. 155.

hacer en lo sucesivo los países demócratas es aunar sus fuerzas y dar de nuevo vigor militante a sus propias convicciones. Hasta aquí muy bien. Pero pronto se muestra la ingenuidad mental muy peligrosa de la señora Streit. Pues sin hacerse clara idea de todo el problema que va encerrado en sus propuestas, se constituye en dispensadora de la gracia democrática, eligiendo unos países como merecedores de tal título y rechazando otros como sospechosos o más o menos dañados por cierto pecado original. En libros sucesivos la elección ha sido distinta, pero siempre no menos injusta, cometiendo faltas imperdonables de comprensión histórica. No hay ninguna razón para conceder la santidad democrática a quince países (luego fueron menos), algunos de ellos harto dudosos, y denegársela a otros que realizan la idea democrática a su manera y que se han esforzado o siguen empeñados en encarnarla del mejor modo posible. No se concibe, por ejemplo, por qué un país como España aparece contaminado de un fascismo sustancial, cuando ese pueblo pocos años antes era abandonado en sus esfuerzos democráticos por los grandes santones de la idea. Quizá sea fatal incurrir en esos o parecidos errores en todo aquel que persiga una concepción semejante sin un cierto rigor de pensamiento. Pues, aparte de que no es lícito jugar con el concepto democracia con la vaguedad al uso que lo desacredita, todavía es peor confundir su encarnación concreta con la que ofrece el propio país. Y lo grave es que en ese pecado intelectual, quizá inconsciente, se traducen o pueden leerse traducidos sentimientos de arrogancia poco simpáticos. No debe haber confusión en este punto. Toda declaración de principios tenidos por superiores, acompañada de la afirmación de que sólo tales o cuales pueblos han sabido incorporarlos, suena como una reversión de signo de la antipática afirmación de superioridad que nos parece odiosa en el racismo nazi. Y hay que presumir que la reacción no es diferente. Toda afirmación presuntuosa de que se es superior por tales o cuales razones es igualmente inadmisibles y produce a la larga idénticos antagonismos y es-cisiones. Nada parece más natural que las potencias rechazadas por carecer de la gracia democrática vean en

su día en una agrupación de réprobos la manera de tomar la revancha. Aspirando todos a un mundo auténticamente democrático, hay que reconocer que el camino en modo alguno se encuentra en las proposiciones de la señora Streit. ¿No bastaría con que, santificados o no, dejaran de repetirse algunos de los pecados cometidos?

El caso de la señora Streit ha sido aducido por vía de ejemplo, pues no es el único. Lo único que importa es darse cuenta de que cualquier propuesta de federalismo ideológico —sea cual fuere su color— como un preventivo de guerra es una idea falaz. O se trata de una ideología que encubre propósitos distintos, y entonces no puede ser discutida de frente. O, si se mantiene de buena fe, contiene una ingenua y fatal interpretación de la historia. Toda federación ideológica tiende a provocar, tarde o temprano, la contrafederación correspondiente. Es quizá la manera más rápida para reverdecer en una u otra forma las guerras de religión.

HEMOS examinado hasta aquí la idea federal en sus aspectos más generales. Sin llegar a detalles que excederían mis propósitos, conviene ahora una rápida consideración de sus formas más concretas. Entre las variadas sugerencias de esa clase que hoy se nos ofrecen, cabe hacer ante todo una distinción entre los tipos de federalismo pleno, calcados, con una u otra dimensión, sobre el modelo clásico, y una nueva versión de la idea federal mucho más limitada, que quizás es por eso incorrecto calificar con tal nombre.

La propuesta federal puede referirse a todos los Estados de la tierra o a los situados en ciertas regiones mayores o menores. Tenemos así las siguientes posibilidades, de cada una de las cuales pueden mostrarse ejemplos en los planes que nos son conocidos:

- a) Federación universal.
- b) Federaciones regionales, continentales o semicontinentales.
- c) Federaciones menores.

No son muchos los que se han atrevido a llevar la aspiración federalista hasta su extremo rigor. Pues sólo cabe en su término la constitución de un gobierno mundial. Y ciertamente en puro desarrollo dialéctico nadie puede negar la consecuencia de uno de los pocos escritores contemporáneos a quien no atemoriza la acusación de utopía. "Una solución internacional de tipo federalista tiene que llevar en su conclusión lógica o a una federación mundial o a la desintegración en sus unidades, los Estados nacionales. Si la autoridad federal no posee un poder político exclusivo y monopólico en todas las esferas de la vida social, no podrá conseguir la paz del mundo".⁶ Pero la apariencia impecable de este argumento no sólo fracasa al ser traducido a la lógica de la historia, sino que se muestra vulnerada en virtud de la concepción del poder en que se apoya.

Es posible pensar en la federación universal como una especie de Sociedad de Naciones convertida en un auténtico gobierno del mundo. Esta es, en efecto, la imagen que ronda a todos sus partidarios. Y la clásica división de funciones presta a todos ellos el esquema fundamental de sus órganos. Con unos u otros nombres, siempre se perfila al lado de una asamblea legislativa, un tribunal de justicia y un centro ejecutivo de gobierno y administración. Los escollos teóricos y prácticos comienzan luego y es en su solución donde difieren las diversas propuestas. No quiero referirme ahora sino a las dificultades externas. Como habremos de ver más tarde, el problema técnico de que todo parece depender es el de la organización de un poder represivo y sancionador. Sin él como fuerza militar y policíaca, aparece problemático no un gobierno del mundo, sino su institucionalización y funcionamiento normal. La conciencia de las dificultades—aun como cuestión puramente técnica—que aquí se presentan, es lo que ha llevado a muchos al abandono del federalismo universal, y a inclinarse por soluciones de tipo regional.

Pero hay otra dificultad de carácter político no menos considerable. Pues los federalistas, a fuer de demócratas,

⁶ NICHOLAS DOMAN, *The Coming Age of World Control*, p. 175.

no conciben que el gobierno universal pueda ser de naturaleza distinta. Tratan así de transferir al organismo mundial el principio de participación individual igualitaria, que es la base del Estado democrático moderno. La extensión de ese principio a un área tan dilatada y heterogénea como es el mundo todo, plantea dificultades gigantescas. Mas ya en otro plano aparentemente más asequible, en la cuestión, por ejemplo, de las formas de representación y votación de los Estados hoy existentes en una asamblea general, se ofrecen espinosos escollos cuando se quiere dar con una solución auténtica y no formalmente democrática. Podemos suponer, sin embargo, que se han encontrado los "mecanismos" del funcionamiento democrático del nuevo cuerpo político y que han sido puestos en marcha. La duda está en si no se mostraría la inestabilidad de su base en momentos graves y decisivos. Si el problema del funcionamiento normal de los Estados democráticos consiste en una conciliación duradera de la libertad y la autoridad, muchos se preguntan si la ampliación de dimensiones que supone el nuevo Estado mundial no habría de suponer la agravación paralela y al mismo tiempo de aquel problema. Ello supondría en coyunturas decisivas la aparición de este dilema: la imposición del principio de autoridad a costa de la participación democrática de los Estados o de sus ciudadanos, o el mantenimiento de los principios democráticos, pagando el precio de una disolución más o menos pronta del organismo federal. Cuando se quiere ahondar un poco en lo anterior, pronto se llega a la cuestión de la opinión pública. Pues, en efecto, se trata de cómo hacer posible el mantenimiento de una opinión pública mundial ilustrada y alerta. Si tal cosa no parece ni mucho menos resuelta para las sociedades nacionales y apenas ahora comienza a tomarse en serio la exploración rigurosa de sus perspectivas, cuando se trata de integrarla con elementos culturales hasta hoy muy heterogéneos, el problema si no insoluble requiere por lo menos esfuerzos insospechados. Pero es más, todavía pueden señalar algunos que el problema planteado en esa forma no llega aún a sus estratos más profundos, ya que las posibilidades de una opinión pública mundial dependen

de que se den de modo previo el basamento de ciertas creencias comunes de valor universal, cuya existencia parece hoy dudosa y sin las cuales es imposible no sólo un mecanismo institucional más o menos acabado, sino aquello en que éste se apoya: una conciencia jurídica y moral común.

Las dificultades notorias de una federación universal y ciertas tradiciones de pensamiento, inclinan a sustituir lo que parece visión utópica por la concepción al parecer más realista de las federaciones de menor dimensión, continentales y subcontinentales. La sola reducción de tamaño se toma ya como una presunción de realismo. Pero es muy dudoso que la dimensión por sí sola aminore o aumente las dificultades. Y es lo que comprueba en efecto cualquier examen más detenido.

Tomemos el caso de la traída y llevada federación europea. Desde luego, nadie puede esperar que ofrezca en estas breves páginas una consideración satisfactoria de lo que es una cuestión harto compleja y susceptible de análisis desde muy diversos puntos de vista. Sí creo posible, aunque las líneas sean pocas, señalar un muestrario de los principales obstáculos que tiene hoy que vencer la realización de esa idea. Empecemos por anotar la falta de acuerdo en la determinación material de lo que es Europa, es decir, en la designación de los componentes de su Federación. En estos últimos años, a tenor de rápidos acontecimientos, los autores se han inclinado por una u otra solución. Y sus argumentos, por estar siempre a la mano, son sospechosos de arbitrariedad. ¿Pertenece el Estado insular de Inglaterra al bloque continental? ¿Cuál es la situación de Rusia? La inclusión o exclusión de estos Estados configura de modo muy distinto el posible organismo y le otorga una significación política muy diferente. En esta fase del análisis el examen de las diversas razones aducidas abriría por sí solo un panorama muy sugestivo del trasfondo ideológico encerrado en las aspiraciones federales de que tratamos.

No está en esto naturalmente la cuestión de fondo. Pues con libertad de todo prejuicio político puede uno plantearse el interrogante de si Europa ofrece en sí misma,

en sus tendencias reales, la posibilidad de una federación semejante. O sea, si en ella operan fuerzas conducentes de modo efectivo a la unión de todos los europeos, y de tal carácter que la articulación constitucional federalista no sea en su día un artificio sin cimientos, sino la traducción natural de un estado de hecho. De nuevo el argumento de tipo tecnológico y utilitario es el que parece más convincente. Pues muestra, en efecto, tendencias efectivas y necesidades reales que apuntan a la superación del mosaico político de Europa. En ningún sitio se muestra mejor que en ese continente el efecto contractivo de la técnica y la alteración del valor de ciertas instituciones por efecto de las necesidades materiales de los hombres. Más aún, en este plano y en el aspecto de los intereses económicos por ejemplo, no sería difícil mostrar contratendencias actuales que, condenadas quizá a la extinción, son por el momento realidades operantes. Con todo, podría concederse que los aspectos utilitarios de la existencia pesan en su conjunto en favor de la posible entidad continental.

Una conclusión semejante es, sin embargo, mucho más problemática en el plano de las fuerzas espirituales. La pregunta en este momento de si existe en realidad una Europa, ha dado ocasión, y seguirá dándola, a la confección de ensayos brillantes. Pues los llamados problemas de cultura —la europea, la americana, etc.— constituyen en efecto el terreno favorito para la brillantez, pero también para los bla-bla-bla más representativos. El ingenio del escritor tiene a su disposición momentos históricos diversos y plétora de figuras culturales entre que escoger, para dar, bajo capa de esquemas profundos o de cegadoras metáforas, las más arbitrarias interpretaciones. Y si, como ahora se hace, se manejan “vivencias”, no se puede pedir nada mejor. Pero las más de las veces lo que brilla es la ausencia de análisis rigurosos y no sólo del pasado histórico, sino de las condiciones actuales realmente existentes, que son el supuesto de toda acción política inmediata. La literatura a este respecto debe ser examinada, pues, con gran cuidado y tomando precauciones contra la brillantez. La apariencia externa de la Europa de hoy muestra todo lo

contrario de la unidad. No sólo la más variada diversidad de entidades institucionales, sino una rica multiplicidad de idiomas, culturas, religiones y temperamentos nacionales, difícil de encontrar en cualquier otro lugar de la tierra. Si es posible hablar de la unidad cultural europea en ciertos momentos de la historia, tal cosa puede parecer dudosa en la modernidad, es decir, a partir del Renacimiento. Ahora bien, en este punto no hay que confundir dos cosas distintas. Quizá sea posible mostrar—por bajo de esa aparente diversidad—una homogeneidad fundamental encarnada en ciertas ideas comunes que informan tanto la cultura como las formas de vida de Europa. Podría llegarse incluso a su presentación al modo esquemático y descarnado de ciertos trabajos académicos exentos de toda brillantez. Pero con ello no estaría resuelta otra cuestión. Que es la de saber si tales principios comunes se captan como tales de un modo actual y no sólo como mera contemplación o reflexión intelectual, sino como ideas operantes disparadas hacia el futuro. El problema sociológico consiste siempre en averiguar cómo piensan los hombres realmente y en qué sentido les mueven esos pensamientos a la acción. Cuando se habla de una posible “conciencia europea” se plantea la cuestión, quizá sin pretenderlo, en toda su plenitud. Ya que no se trata tan sólo de un tema de investigación teórica, sino de un problema de inmediato alcance práctico, político. Pues la existencia de esa conciencia es una condición tan necesaria para todo intento de unificación europea como la de las bases técnico-económicas sobre las que ha de apoyarse. Ahora bien, preguntarse en la fecha de hoy por la realidad de esa condición, equivale meramente a señalar una incógnita. Poco o casi nada sabemos del estado de ánimo de los europeos después de sus cinco años de experiencia con el “nuevo orden” tudesco. Fuera de ciertas reacciones elementales y primarias, sólo pueden hacerse algunas conjeturas sujetas a error. Preferibles, sin embargo, a permitirnos la peligrosa inocencia de pensar, como parecen hacerlo tales o cuales políticos en la emigración, que ahí no ha pasado nada. Pues bien, una de las conjeturas más verosímiles es la de que la situación inmediata a la libera-

ción no será nada favorable a los "sentimientos" de unidad. Quizá por eso creen algunos en la conveniencia de que la federación sea impuesta desde fuera. En su *Victory is not enough*, uno de los pocos libros sustanciosos de la literatura de postguerra, Raushoffen-Wertheimer, partidario decidido de la unificación europea, sostiene que la misma ha de producirse de modo ortopédico. "Incapaz de organizarse y peligro permanente para sí misma y para el mundo, a menos que sea unificada, no puede abandonarse a Europa a sí misma. Si las potencias victoriosas no quieren verse forzadas a la ocupación de Europa por un tiempo indefinido, no pueden eludir la responsabilidad de sugerir a la misma, o de imponerle si el caso lo reclama, una u otra forma de organización continental".⁷ La duda ahora no es si esas potencias estarán dispuestas a realizar lo sugerido, sino sobre la eficacia de su ejecución. No puedo menos de disentir del escritor austriaco.

Veamos ahora otras dificultades desde nuevos puntos de vista. Quizá una de las más decisivas es que en el camino de la federación europea se atraviesa aún el espectro de la hegemonía, la que puede ser no sólo una pretensión no renunciada, sino una fatalidad misma impuesta por la estructura real. Una organización constitucional que facilitara aun sin quererlo la cristalización de una hegemonía no podría considerarse como una solución del problema europeo. Como cuestión general hemos ya aludido a esto en otras ocasiones. No sería, pues, bastante una disposición favorable, por parte de dos o tres potencias, a renunciar a sus pretensiones hegemónicas. Suponiéndola conseguida, que no es poco, todavía sería necesario conseguir de alguna manera las condiciones reales que han de hacerla posible. Se ha hecho observar, en consecuencia, que si la situación actual de la estructura económica de Europa —entiéndase: la distribución de sus fuentes productivas— permanece inalterada, el predominio alemán sería a la larga inevitable. Cuestión que, dicho entre paréntesis, se presenta idéntica tratándose de otros esquemas unificadores. Por ejemplo, la quizá conveniente Unión Latina de

⁷ RAUSHOFFEN-WERTHEIMER. *Victory is not enough*. p. 202.

que también se habla en estos momentos, aunque con ligereza, tiene como base, si no se pretende convertirla en tutelaje galo, una industrialización intensificada de Italia y España; o sea una mayor equiparación de su potencialidad. Ahora bien, en este momento podemos dar por supuesta la viabilidad de la federación europea para advertir que otros escollos pueden presentarse desde el exterior. Una opinión manifestada con cierta frecuencia en los Estados Unidos esgrime el argumento de que semejante unificación política supondría la ruptura de aquel equilibrio de poder, cuyo mantenimiento más interesa cabalmente a la nación norteamericana. No se trata, como es natural, de declaraciones oficiales, sino de manifestaciones privadas de escritores políticos; pero no por eso deja de tener cierta importancia. Una Europa realmente unida, dada su densidad de población, su capacidad industrial y técnica, su inventiva científica y su innegable experiencia militar, constituiría el enemigo potencial más poderoso que pudieran tener los Estados Unidos tanto en la paz como en la guerra. De este juicio—cuya validez no es esta la ocasión de examinar y que meramente consigno como un hecho—pueden encontrarse expresiones diversas en su forma. No costaría trabajo formar un ramillete representativo de tales opiniones. Pero prefiero transcribir el fragmento de una carta de que hace uso el escritor austríaco antes citado, en sus deseos de convencernos de lo contrario. El valor de ese trozo epistolar está en la libertad de expresión directa que le presta su carácter privado. “Si surge alguna vez Europa como un Estado, ligado débilmente a otras áreas continentales, y el éxito corona sus propósitos, nos dominaría a todos de modo inevitable. Y como tal cosa es lo que representaría ese triunfo de Hitler contra cuya posibilidad luchamos, sería realmente pedirnos demasiado que como potencia victoriosa contribuyéramos a dar vida a lo que más tememos”. Desconozco, repito, hasta qué punto estos juicios personales pueden ser elemento de una opinión pública decisiva.

Si esto ocurre respecto a Europa, en donde existen sin duda tradiciones comunes y se ofrece una cierta homogeneidad en las condiciones sociales y culturales, no es difícil

sospechar que otras federaciones de tipo continental o semicontinental de que ahora se habla habrán de tropezar con obstáculos mucho mayores. Así, por ejemplo, en la pretendida federación de Indonesia. Si hemos de creer las opiniones de algunos expertos, se ofrecen en esta zona tales disparidades de estructura económica, de tradición cultural, religiosa y política, se dan además entre sus componentes resentimientos y antagonismos tan fuertes y viejos, que es muy problemático que una unión se produjera por el momento de modo espontáneo, o que pueda persistir sin grandes rozamientos de creársela artificialmente.

De nuevo podría creerse que dificultades del tipo de las mencionadas antes no se dan en igual forma, o que son más fácilmente superables en uniones federales de extensión menor. Aunque se podría operar con algún ejemplo americano, se piensa aquí por lo común en las varias y conocidas posibilidades de federación en el este y centro de Europa. Pues se trata en este último caso de un tema sobre el que existe una abundante aportación de tipo científico, que lo ha sacado ya del estadio inicial de los proyectos vagorosos. Existe asimismo la ventaja de la notoria semejanza de las condiciones económico-sociales de la zona en cuestión. Pero, aparte de que hoy la situación política de la misma es en extremo confusa, un examen de los supuestos reales de semejantes federaciones europeas quizá nos mostrara que los datos no son tan sencillos como piensan algunos espectadores extranjeros, y que se repetían en su ámbito más reducido algunos de los problemas apuntados anteriormente para Europa en su conjunto. Sólo quiero añadir por el momento que en los trabajos que recientemente han pasado por mis manos de escritores de esa zona, casi siempre he podido advertir la misma nota de advertencia recelosa y no sólo contra las conocidas aspiraciones del "cordon sanitaire". El sociólogo Roucek expresa tal estado de ánimo en forma muy clara. En la experiencia de su historia los "ciudadanos [de estos países] han aprendido que todas las ideas de confederación se han visto acompañadas por dos rasgos lamentables: 1) por la pretensión de que las limitaciones en la soberanía se restrinjan a los pequeños Estados, de suerte que los grandes puedan ejercer

sobre ellos sus poderosas influencias, de modo más efectivo, y 2) por la explotación de semejante sistema por parte de determinados grupos nacionales favorecidos una y otra vez y por turno por los Estados más grandes".⁸ Por lo que, dicho sea incidentalmente, tiene plena razón el mencionado autor cuando sostiene que la prédica sobre los límites de la soberanía debiera tener su primer ensayo real en las grandes capitales políticas del mundo.

De querer ofrecer, para terminar, un juicio general sobre los esquemas de federación que hombres de excelente voluntad nos han propuesto en estos años con la mejor buena fe, habría que decir que en todos ellos de modo inevitable se incurre en el defecto de arbitrariedad. Esto aun en los menos infectados de geometría. Y es inevitable porque un conocimiento perfecto de la realidad presente e histórica de todos los pueblos es casi imposible y porque aun con la mejor voluntad la perspectiva se traza desde la posición del propio país. Esa arbitrariedad es notoria en el ajedrecismo de un Culbertson, por ejemplo; pero no existe menos en muchas propuestas que pretenden estar más apegadas a lo históricamente producido. Así, cuando Mac Iver intenta situar a España en el cuadro de las federaciones europeas no sabe a ciencia cierta si encajarla en el grupo de la Europa Occidental (con Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, Dinamarca y Finlandia) o en el de la Europa Central (Alemania, Austria, Suiza, Italia); pues España, "no obstante su posición geográfica quizá tenga una mayor *afinidad* con el grupo central".⁹ No puede dudarse de la buena fe de un liberal tan eminente; su vacilación proviene de la falta de un mejor conocimiento de mi país, que como tal se declara, pero es difícil que nadie pudiéramos resolvérsela de modo satisfactorio una vez aceptadas las agrupaciones propuestas.

Para poner otro ejemplo: pocos son los escritores norteamericanos sobre estos temas que se permitan dudar por

⁸ JOSEPH S. ROUCEK. *The Sociological Weaknesses of Federations Plans for Eastern Europe*, en "Journal of Legal and Political Sociology", octubre de 1943.

⁹ MAC IVER. *Towards an Abiding Peace*, p. 142; subrayado mío.

un minuto de que la llamada América Latina pertenece por designio inescrutable a la "federación americana", etc.

CON el nombre de "federaciones para un objetivo limitado" se pretende encontrar ahora una nueva forma de vinculación internacional que escape a los inconvenientes y dificultades del federalismo pleno. En mi concepto se trata de una forma desdichada de enunciar una idea fecunda, que si encierra quizá el porvenir en su seno, se encuentra todavía en una etapa de expresión balbuciente. Por ello es sin duda excusable lo equivoco de la expresión. Pero conviene ya adelantar que si alguna vez alcanza desarrollo rotundo poco o ningún parentesco podrá mostrar con la idea federal.

Los planes federalistas tan en boga en estos últimos años dejan dos brechas a la crítica que difícilmente pueden ser defendidas con éxito. Aunque señaladas ya, conviene exponerlas de nuevo. Por una parte la federación plena, mayor o menor en sus dimensiones, exige siempre como su base una tendencia real hacia la unión entre los que han de ser sus miembros federados y no menos supone un entrelazamiento estrecho y rígido, cristalizado en una declaración formal. Por otra parte, la formación de unidades federales no resuelve en modo alguno el problema de los antagonismos origen de la guerra, porque no hace en todo caso sino reducir el número de los grupos políticos en posible conflicto. Puede añadirse que todos los planes federalistas no pueden transcender la concepción hasta ahora dominante, según la cual, toda actividad jurídico-política tiene que encerrarse en una determinada unidad espacial y estar limitada por ella. Concepción que favorece y estimula el simple traspaso a los grupos federales, en una escala mayor, de todas las condiciones que son típicas en la coexistencia de los Estados soberanos. Contra estas consecuencias de la idea federal se dirige la teoría incipiente de las "federaciones limitadas". Si la federación plena europea, americana, malaya, etc. tiene en su camino la inexistencia de una voluntad federal auténtica, o la negativa de los Estados históricos a disolverse en la nueva

unidad; si el vínculo federal parece demasiado rígido, un compromiso respecto a una acción conjunta y uniforme en determinadas cuestiones es cosa que pudiera ser aceptable y suficiente. Esto evitaría además la fijación de bloques separados y excluyentes. Los miembros europeos federados de un modo limitado en torno a ciertas cuestiones podrían a su vez formar parte de uniones federales americanas o asiáticas con respecto a otros problemas e intereses. Y viceversa. Se trata, pues, de obtener un sistema flexible, uno en donde fueran viables una variedad de "conexiones horizontales y verticales" (Brecht). Refiriéndose Laserton a esta tercera tendencia federalista (los federalismos mundial y regionales constituyen las otras dos), cree que ella nos permite resolver los problemas del mundo sin por eso convertirlo en un gobierno federal. Es la salida del dilema "federación o muerte". Los problemas monetario, de producción y distribución, de transporte, higiene, etc. pueden ser atacados con éxito en esta forma.

Esta "tercera tendencia" tiene además dos ventajas. Por un lado no exige una "respuesta inmediata y tajante al problema de la soberanía"; por otro, constituye un compromiso que puede funcionar mejor que las otras soluciones tanto en el período de transición como en la época subsiguiente. "Lo que parece singularmente cierto si recordamos que toda forma de organización es algo mezclado de crecimiento y de estructura, algo a medio camino entre lo que se desarrolla orgánico y lo que se crea por un acto de voluntad".¹⁰ La imagen que se tiene de este tipo de federalismo es la de una organización mundial constituida por una red flexible de conexiones entre diversos países, en la medida en que los fines perseguidos en cada caso sean entre sí compatibles y armonizables.

He seguido hasta aquí la terminología de algunos defensores de semejante federalismo de objetivos limitados. Pero en mi concepto es tan perturbadora como errónea. Lo que con ella se apunta es cosa distinta, y ésta, sí, sobremanera importante. Pero nada hay más difícil que la expresión de las ideas germinantes; ni la realidad por cuya

¹⁰ *Art. cit.*, p. 93.

traducción se esfuerzan se percibe de un modo definido, ni los vocablos de que se dispone están exentos de otras connotaciones. No es, por eso, extraño que en esta falsa terminología asome confusamente lo que parece ser la tarea inmediata: una nueva idea del derecho y de la organización internacionales. La que con un nombre más preciso se conoce ya como la concepción "funcional". No es la ocasión de exponer lo que son todavía muñones teóricos y vislumbres incompletos, ni yo podría ir más allá de ellos.

En esta incipiente concepción funcional se pretende que el derecho sea el vehículo auténtico de las actividades creadoras de la futura sociedad internacional y no la hueca fachada formal de las declaraciones inoperantes. Los vínculos jurídicos han de seguir a los intereses y problemas de la convivencia mundial, según el orden de su necesidad, pero no precedidos con la construcción ambiciosa de un cuadro constitucional que pretenda ser completo desde el primer día. Una red de relaciones concretas no será la solución de los problemas del mundo; no alejará por encanto y sólo por sí misma el espectro de la guerra, pero en ella irán quedando entrelazados los hombres y las naciones en lo que es el supuesto de todo lo demás: una sociedad de dimensiones mundiales. Esta concepción aún confusa, quizá constituya la faena inmediata de toda inteligencia constructiva.



ATENAS.



MOSCÚ.

NOSOTROS EN LA POSTGUERRA

Por Francisco AYALA

DE DIVERSAS maneras —y no sólo en el terreno siempre turbio de los hechos, sino también mediante la expresa enunciación de intenciones— comienza a perfilarse ya el fundamental cambio de la estructura política del mundo que ha de ser resultado de la actual compulsación bélica. El cierre de las operaciones militares —previsiblemente próximo— anuncia la organización del planeta alrededor de una breve constelación de potencias mundiales (cuatro según declaraciones oficiales; de hecho tres, o quizás tan sólo dos), que se manifiestan dispuestas a eliminar la guerra para en adelante; vale decir: a anular mediante el empleo de su fuerza cualquier intento armado que pudiera surgir de las restantes entidades políticas para alterar las relaciones de poder, reservándose así la última palabra, la decisión soberana.

Si esa pacificación del globo estuviera fundada sobre una potencia única —según ocurrió hace veinte siglos con la *pax romana* y hubiera podido repetirse ahora con una *pax germanica* en el caso de haber prosperado la otra alternativa de la contienda—, las nuevas condiciones a que los pueblos se verían sometidos tendrían un carácter férreo, de neta dominación. Pero el actual designio de pacificar la tierra se encuentra apoyado en una situación pluralista de poder, en un reducido grupo de potencias, cuyo equilibrio promete al resto de las gentes una cierta holgura de movimientos y maniobra. Ese designio no podrá ser intentado, en circunstancias tales, con criterios de rigidez que ahoguen la personalidad de los distintos pueblos; habrá de cumplirse como pacificación dentro de grandes zonas, sujetas respectivamente al control de los nuevos colosos y neutralizadas por la irradiación de su

poder. Así como, al constituirse en Europa a comienzos de la Edad moderna los Estados monárquicos, se estableció la paz interior de los territorios incluidos en sus fronteras, no obstante subsistir durante mucho tiempo todavía las estructuras propias de los antiguos cuerpos políticos implicados en la nueva unidad, también ahora es previsible la eliminación de conflictos locales armados en el seno de cada una de las zonas controladas por las grandes potencias.

Si ellas, a su vez, chocaran o no un día más o menos próximo, es algo en cambio que queda librado a la buena voluntad e inteligencia de quienes gobiernen los enormes bloques políticos en equilibrio; nada impide admitir la posibilidad y aun presumir la probabilidad de un futuro desarrollo pacífico de las relaciones mundiales; pero especular sobre ello equivaldría a especular sobre el destino, y no sería discreto hacerlo sino a base de alternativas abiertas. Atengámonos al dato inmediato y firme que se nos da como sostén político del mundo de postguerra: ese armazón plural de grandes potencias, resueltas a incluir en sus lineamientos cardinales a todas las gentes de la tierra, sometiéndolas a su organización. Sería tan insensato negarse a esta fatalidad como entregarse a ella pasivamente, con resignación o alborozo; sólo es político y tiene sentido examinarla con ánimo frío para descubrir las perspectivas que nos ofrece.

CLARO está que, hoy por hoy, desconocemos los datos básicos de esa organización, puesto que aun no existe sino en la forma nebulosa de propósitos inconcretos e iniciativas mal definidas y vacilantes. Pero justamente ese estado plástico de la situación, el hecho de que las condiciones políticas del mundo venidero sean en esta hora como cera blanda entre los dedos de los hombres, contiene la primera posibilidad o, mejor dicho, el marco y coyuntura de las posibilidades que para nosotros existen. Ahora, antes de que se haya consolidado mediante intereses constituídos el sistema de las relaciones mundiales,

podemos—en la medida que podamos—influir en su configuración.

Verdad es que tal sistema será establecido por los triunfadores. Nosotros, los pueblos de raíz hispánica, hemos estado excluidos de la dirección activa de la guerra (por más que las actitudes de los gobiernos hayan oscilado desde la participación plena al lado de los aliados, como en el caso de México, Brasil, etc., hasta la semihostilidad observada por España). Y nuestro destino quedará afectado decisivamente por las consecuencias del conflicto, sin que la *decisión* haya dependido de nosotros mismos. Ahora bien: en términos estrictos, y por lo que a esas consecuencias se refiere (esto es, en cuanto a la configuración política del mundo), la decisión no va a depender de nadie; no va a ser impartida de modo unilateral, como hubiera ocurrido, de ganar la guerra una sola potencia, Alemania, asistida de satélites; sino que va a ser convenida entre varias partes, adoptada por un acuerdo de los grandes aliados. Y esto nos abre un resquicio por donde introducir nuestra voluntad activa, haciendo sentir su eficacia en la configuración que se establezca; esto nos procura un excelente campo de maniobra.

Sería ilusorio de nuestra parte recabar un puesto recator; pero podemos aspirar razonablemente a que no se nos desconsidere y poseemos los medios para conseguirlo, apoyados en las circunstancias aludidas de pluralismo político. No se trataría, por supuesto, de emprender ningún juego de maquiavelismo barato, sino de entrar con habilidad en la pugna de poderes, haciendo fuerza de nuestra flaqueza, e integrando así nuestra personalidad histórica en el nuevo sistema de las relaciones mundiales. Una despierta conciencia de esa personalidad bastaría para lograrlo. Piénsese que toda estructura de poder necesita la anuencia de aquellos sobre quienes el poder debe ser ejercido. La dominación tiene siempre necesidad de hacerse perdonar; y de ahí que, cuando pretende estabilizarse, busque sin excepción el reconocimiento. Pide y requiere legitimación en un orden jurídico, a través del cual la organización de poder se convierte en un sistema racional objetivo de derecho, que inserta el hecho desnudo del

poder en unos trascendentes postulados de justicia, a cuya incondicionada pretensión de validez responde un general reconocimiento.

Pues bien: sabemos ya que va a montarse un dispositivo para el repartido control del planeta; pero nada firme sabemos hasta aquí del estatuto jurídico que van a recibir los pueblos sometidos a él. Y como un semejante estatuto no llegaría a adquirir su calidad y eficacia jurídica, por lo que a nosotros se refiere, sin nuestro propio asentimiento, nos conviene mucho estar atentos al problema, y afrontarlo con toda madurez de conciencia y la vista puesta en remotos intereses históricos, pues en ello nos va nada menos que la existencia como cuerpo de cultura.

QUE nuestra autonomía cultural sea respetada, es algo a lo que, en ningún caso, podríamos renunciar. Pero, dadas las circunstancias, nada le sería más nocivo que empecinarse en un mantenimiento formal de las viejas realidades políticas y de los viejos principios políticos, con ignorancia—deliberada o inconsciente—de la situación de conjunto. Porque, alterada ésta, aquellas realidades y aquellos principios, lejos de ser los mismos unas y otros, habrían quedado desvirtuados, falsificados y burlados. Volviendo al ejemplo de las monarquías surgidas en Europa al comienzo de la época moderna, sabido es cómo vinieron a integrarse por la reunión de diversos reinos, señoríos y estados en una misma soberana mano, conservando por lo pronto cada uno de ellos su constitución, su forma de señorío, sus instituciones, su derecho interno; pero como, por encima de esas estructuras, el nuevo poder soberano desarrollaba su propia estructura de dominación y su peculiar derecho, aquéllas perdieron substancia y no tardaron en quedar reducidas a inoperantes antiguallas, a puras ficciones. No otra cosa serían los actuales Estados si, una vez privados de su libertad de movimientos y con ella de la decisión última y en verdad soberana: el derecho de paz y guerra, se los dejara con-

sumirse en sus viejos caparazones. Pues así se verían, no ya privados de efectiva soberanía (tal como lo está el miembro de una Federación, que de Estado sólo conserva el nombre), sino además excluidos de las nuevas comunidades. Bajo un pérfido disfraz de independencia, estarían condenados a languidecer, hasta desintegrarse y ser absorbidos por los núcleos dominadores.

A todo riesgo, interesa mucho expresarse en este punto con entera claridad, incluso descendiendo hasta el detalle: si las decisiones fundamentales en una civilización tan estrechamente ligada y solidaria desde el punto de vista técnico quedan reservadas a las grandes potencias, resueltas a retener, centralizada en ellas, la dirección del mundo, menester será que los demás países no queden abandonados a la consunción bajo pretexto de respeto a una autonomía que esa misma civilización técnica se encarga de hacer imposible.

Mas, por otro lado, pesa sobre nosotros la gran responsabilidad histórica de preservar nuestra fisonomía cultural, salvar nuestra peculiar espiritualidad y aportar nuestros propios valores a la reconstrucción de un mundo tan amenazado por la barbarie — por las más diversas formas de barbarie.

Acaso sea admisible que las naciones auténticamente agresivas, cuya subsistencia entrañaría un peligro incesante en el porvenir, reciban al quedar vencidas un trato, no de tales naciones, sino de poblaciones a "reeducar", esto es, que se las desprenda del marco nacional para, roto éste, integrarlas y asimilarlas en otras entidades políticas; tal vez sea hasta una bendición para ciertos grupos culturales que por su volumen escaso o su distribución geográfica no han tenido posibilidad de asumir un perfil político definido y se han debatido hasta ahora en continuas agitaciones, la inclusión en los cuadros de alguna formación política más amplia y flexible que les garantice en su seno un desarrollo holgado. Pero los pueblos de raíz hispánica — como, en general, las naciones latinas del Occidente europeo — son portadores de un sentido de la vida, de unos valores culturales, que constituyen sin duda alguna el más fino patrimonio de la humanidad. La

misión histórica que se le plantea a ese conjunto de pueblos —unidos por las mismas tradiciones y por una semejante sensibilidad— es la de afirmar y hacer que prevalezcan en el mundo ese sentido de la vida y esos valores culturales. ¿A qué ponderar la dificultad de una tal incumbencia, cuando ha de llevarse a cabo desasistidos de efectivo poderío? Si de un lado hay que evitar el enquistamiento en las actuales estructuras políticas, buscando una amplia adaptación al sistema de relaciones nacido de la guerra sobre las que ha de montarse el orden futuro, de otro lado hay que evitar la absorción por parte de los colosos que, aun sin proponérselo, por una especie de efecto mecánico, tenderán a asimilarse aquellas zonas del mundo sometidas a su respectivo control. La idea de que el espíritu latino acaso terminaría por infiltrarse, como el de la antigua Grecia en el orbe romano, obteniendo a la larga una sutil victoria sobre los titulares del poder mundial, no puede estimarse en modo alguno satisfactoria: diversas consideraciones desacreditan semejante consuelo. Y antes que ninguna, la de que este sector de la civilización occidental, que por su mayor finura espiritual merece el papel monitor, posee también, según quedó apuntado, la posibilidad de hacerse escuchar, y sacar adelante su derecho en la ordenación jurídica del mundo mediante una hábil utilización del carácter plural del poder que va a regirlo.

NI el presente estado de las cosas lo consiente, ni es propósito de este trabajo adelantar nada que pudiera asemejarse, por remotamente que fuera, a un programa de acción. Las propuestas concretas no son de este lugar, y cuanto excediera a un planteamiento general del problema carecería de oportunidad aquí. Pero dentro de estos límites no habrá inconveniente en dejar apuntados tres principios básicos que parecen responder a la más elemental prudencia.

Habría que postular en primer término la urgencia de un contacto y entendimiento permanente entre los di-

versos cuerpos políticos de la Latinidad, con vistas a acentuar la conciencia de la común situación histórica y del común destino; y, sobre la base de tal conciencia, adoptar una línea de conducta congruente, que elimine las actitudes desconcertadas, desvalorizando, en atención a intereses profundos, los móviles mediatos y las contraposiciones secundarias.

En segundo lugar, se postularía la conveniencia de recabar participación lo mayor posible en los organismos internacionales de alcance mundial, donde se reúnan las grandes potencias, y resistirse en cambio al ingreso en formaciones regionales. La razón es obvia. Reclamar paridades en organismos del tipo de la Sociedad de las Naciones resultaría ingenuo, sin duda: el poder no se regala, ni las potencias mundiales van a dejarse arrebatar la dirección y la última palabra de las cuestiones decisivas; pero, en la medida en que deban contemporizar para dar lugar a un orden jurídico, cederán ciertas posiciones desde las cuales quepa defender, con mayor o menor eficacia, la posición propia, siempre que contra ella no se pongan de acuerdo los poderosos de la tierra. En cambio, el ingreso en formaciones regionales, por amplias que fueren, implica entregarse, sin defensa posible, en manos de aquella potencia que controle la región correspondiente; y, por si ello fuera poco, escindir la comunidad latina, separando a unos pueblos de otros para agruparlos en zonas distintas del globo, según criterios que revisten con ropajes de geografía intenciones de política.

Y, en fin, habría que poner hasta la última energía en conseguir que se instaure una economía mundial abierta. Entiendo que ahí está el punto decisivo, la verdadera clave del destino histórico, y no sólo del nuestro, sino del destino de la humanidad entera; por eso será también la verdadera cuestión litigiosa en los arreglos de Postguerra. Es muy verosímil que las efectivas relaciones de poder en el mundo que surge se establezcan, no tanto a través de instituciones jurídico-políticas, como a través de mecanismos económicos, tales como el Banco internacional, cuyo plan se encuentra tan avanzado. No creo arriesgado presumir que los métodos de ejercicio de la presión poli-

tica habrán de adoptar, como procedimiento normal, la vía económica, y que mediante el instrumento de la economía se reajustará el planeta, dejando tal vez que perduren en gran parte, vacías de contenido, las actuales demarcaciones estatales y su aparato administrativo. Pues bien: bastará una ojeada a la situación para convencerse de que, en presencia de los datos capitales que hemos mencionado, sólo una economía mundial abierta puede servir de garantía a la perduración de un cuerpo de cultura excluido —como el nuestro lo está— de la dirección política.

De no ser así, la existencia de grandes zonas económicas, cerradas unas frente a otras, bajo el control respectivo de las grandes potencias, colocaría a los países latinos encerrados dentro de cada uno de esos ámbitos, ante una penosa alternativa: o bien serían incluidos dentro de una misma frontera aduanera con la potencia dominante (cosa que comportaría, con toda evidencia, una rápida absorción), o bien —lo que es más probable— quedarían adscriptos con exclusividad a la potencia dominante, pero sin integrarse con ella en unidad económica —lo que comportaría una explotación de tipo colonial, tal como hasta aquí han venido sufriendola muchos pueblos sedicentes soberanos por parte de vecinos poderosos en demasía, sólo que ahora, extendida a dimensiones continentales.

Y —piénsese bien— es fatal que una de estas dos situaciones sobrevenga, si las grandes potencias cierran recíprocamente sus economías, previo acuerdo más o menos tácito sobre las respectivas zonas de influencia. Corresponde, pues, a nuestro interés vital que se establezca después de la guerra una economía mundial abierta, a favor de la cual podamos alcanzar un desarrollo armónico, dentro ¡claro está! de la estrecha interdependencia en que, por motivos técnicos, tienen que desenvolverse hoy las relaciones económicas mundiales. Pero esto no puede propugnarse sino mediante una participación activa y coordinada en los arreglos de Postguerra.

LA CONFERENCIA ECONOMICA INTERAMERICANA

SE anuncia que en el próximo mes de marzo se efectuará en Washington una Conferencia Económica, con asistencia de representantes de todos los países de América. El temario es de una gran amplitud, abarcando todos los problemas de que es posible ocuparse en una reunión de tal naturaleza. El hecho de que en el programa se hable a menudo de medios para incrementar las relaciones económicas interamericanas, y sobre todo de establecer sistemas que garanticen el libre comercio entre los pueblos del Continente, ha provocado en nosotros las reflexiones que aparecen en la presente nota.

ANTES de la guerra los países latinoamericanos comerciaban con la mayor parte de las naciones del mundo, principalmente con los Estados Unidos y las de Europa. Algunos, como Argentina, Chile y Perú, más con Europa que con los Estados Unidos; otros, como México y Colombia, más con los Estados Unidos que con Europa; pero aun en estos casos el comercio con las naciones del Viejo Continente tenía indudable significación económica. Puede decirse que el volumen del comercio exterior en el año de 1938 entre las Repúblicas Latinoamericanas y Europa, estaba representado por un 25 a un 66% sobre el total, según, por supuesto, del país de que se tratara. Argentina se hallaba alrededor del 66% y México entre el 25 y 30%.

En la actualidad, como inevitable consecuencia de esta segunda guerra mundial, el comercio exterior latinoamericano se realiza de manera principal con los Estados Unidos de Norteamérica, con excepción de la Argentina, cuyo comercio con Inglaterra, aun cuando un tanto disminuído, no ha dejado de tener importancia. El hecho indudable es que el intercambio comercial interamericano ha adquirido un volumen sin precedente, lo cual implica mayor interdependencia entre las Repúblicas del Hemisferio Occidental, una interdependencia que, apuntémoslo de una vez, tiene a la par que ciertas ventajas, peligros innegables que no sería sensato desconocer o aparentar que se

desconocen. Tiene ventajas incrementar las relaciones comerciales de los pueblos latinoamericanos entre sí; mas tratándose de los Estados Unidos la cuestión es diferente. Constituye un peligro, un serio peligro para estos pueblos, cambiar sus mercancías de modo preponderante con un sólo país poderoso, sin establecer los contrapesos indispensables, el conveniente equilibrio de las fuerzas económicas en juego.

Por otra parte, hay otro fenómeno de nuestro tiempo en materia de comercio exterior que es preciso señalar: en los años inmediatamente anteriores a la guerra, en algunos países latinoamericanos el valor de las importaciones excedía al de las exportaciones y en otros ocurría lo contrario; pero en uno y otro casos las diferencias no eran de significación y los saldos favorables o desfavorables tenían fácil arreglo. En cambio, ahora, los países latinoamericanos, tal vez sin excepción alguna, han venido exportando mercancías con un valor total mucho mayor, en ocasiones muchísimo mayor que el de las importaciones. El fenómeno es fácil de explicar: los Estados Unidos han forzado sus compras en los países de la América Latina, obligados por las necesidades de la guerra, en tanto que, obligados también por esas mismas necesidades, han restringido de manera considerable sus ventas a los propios países latinoamericanos, los que se han encontrado con una balanza comercial favorable, tan favorable que se ha vuelto en contra de los mismos territorios favorecidos.

Cuando los países latinoamericanos han podido vender más que nunca antes en su evolución económica, se han encontrado con que no pueden comprar todo lo que podrían haber comprado; todo, o siquiera una parte de lo que han menester para fomentar su agricultura, sus industrias y comunicaciones. Los países latinoamericanos han recibido y están recibiendo dólares a cambio de mercancías, lo que equivale a decir que están recibiendo y han recibido pagarés sin fecha de vencimiento, puesto que con esos dólares no pueden adquirir lo que desean, lo que necesitan en ocasiones con urgencia inaplazable. Caso curioso, pero que es preciso que subrayemos aquí: los países latinoamericanos de incipiente y escaso desenvolvimiento económico, han abierto créditos a los países fuertes y de vigorosa economía, como Inglaterra y los Estados Unidos; voluntaria o involuntariamente, mas de todos modos han cooperado con su dinero al triunfo de la democracia en el mundo. Además, hay que recordar que los países latinoamericanos han contribuido a la lucha en contra de las Potencias del Eje no sólo abriendo créditos, a pesar de su pobreza, a los Estados Unidos e Inglaterra, sino enviándoles minerales, los productos de indus-

trias incipientes, los frutos de sus tierras y también sus hombres; ya sea a levantar cosechas en Norteamérica, indispensables para la victoria, o a luchar en los campos de batalla de Europa y Oceanía.

Las consecuencias de una balanza comercial favorable y de una balanza de pagos favorable durante ya más de tres años, han sido, lógicamente, el aumento de las reservas monetarias de los países latinoamericanos, aumento que por su cuantía—por lo menos en varios de estos países—constituye un fenómeno también sin precedente en la vida económica latinoamericana.

No queremos cansar al lector con cifras, números índices y porcentos. Nuestras afirmaciones puede comprobarlas quien así lo desee, examinando las estadísticas oficiales que están al alcance de cualquier estudioso de tales problemas.

Volviendo a la cuestión del incremento de las reservas monetarias, podemos asegurar que de diciembre de 1938 a diciembre de 1943, México aumentó la suya en más de 7 veces, la Argentina en más de 4, Brasil en más de 8, Colombia en más del doble y en diferentes proporciones otras Repúblicas del Continente. Este aumento tan considerable se ha debido en primer lugar, como ya se apuntó arriba, a una balanza comercial favorable, en segundo a la repatriación de numerario al comenzar esta segunda guerra mundial, y en tercero a la inmigración de capitales de algunos súbditos del Eje y también de ciudadanos norteamericanos que han tratado de escapar a los fuertes gravámenes fiscales decretados en su país.

La inmigración de capitales, la repatriación de numerario y la favorable balanza de comercio, han producido en los países latinoamericanos un aumento en la circulación monetaria; o en otros términos: un fenómeno de inflación; y la inflación, como es bien sabido, quiere decir elevación de precios y aumento en el costo de la vida. El aumento en el costo de la vida y la elevación de precios en un lapso tan relativamente corto, ha significado y significa graves problemas gubernamentales y el sacrificio de la clase económicamente más débil, la cual así ha estado pagando su doloroso tributo en la tragedia macerante que hiere la entraña de la sociedad contemporánea. No obstante nuestro propósito de no cansar al lector, vamos a dar unas cuantas cifras, unas cuantas solamente, tomadas del Boletín de Estadística de la Liga de las Naciones: de diciembre de 1939 a diciem-

bre de 1943 los alimentos en la ciudad de México se habían elevado en 76%, en Buenos Aires en 10%, en Santiago de Chile en 97%, en Bogotá en 29%, en Lima en 67%, en Montevideo en 11% y en Río de Janeiro (diciembre de 1942) en 31%; y puede asegurarse que en general la curva ascendente ha continuado en el curso de 1944.

Por supuesto que en estas épocas de guerra, en estos tiempos de inflación, hoy como ayer y como siempre, frente a la pobreza y la miseria de las mayorías, existen unos cuantos individuos sin patria que se enriquecen rápidamente, se tornan millonarios de la noche a la mañana y comercian con el dolor y la sangre del hombre.

CLARO está que no todo ha sido negativo. Cualquier momento histórico por amargo y difícil que sea, tiene también sus aspectos afirmativos. El aspecto afirmativo, tal vez el único, de estos aciagos tiempos que vivimos en los países latinoamericanos, es el esfuerzo por industrializarnos. Al encontrar dificultades, en ocasiones insuperables, para obtener en el extranjero aquellos artículos manufacturados indispensables al desarrollo normal, el esfuerzo se agranda, la iniciativa se estimula y se crean nuevas unidades industriales, grandes, medianas o pequeñas, que vienen a llenar las necesidades insatisfechas.

Puede decirse que todos los países de la América Latina, países de estructura económica colonial o semicolonial—unos más, otros menos han dado pasos encaminados a lograr su industrialización, lo cual revela su anhelo de dejar de ser países semicoloniales o coloniales, de llegar a ser entidades verdaderamente independientes en la esfera económica, base ineludible para serlo en la realidad dramática de la historia.

Las naciones latinoamericanas que ya habían establecido dentro de su territorio industrias de cierta significación, las han fortalecido y han creado otras nuevas; y aquellas como las pequeñas de Centroamérica, que en términos generales, puede decirse que no habían dado paso alguno a ese respecto, dentro de un marco de modestia, de suma modestia si se quiere, también han logrado organizar alguno o algunos pequeños núcleos industriales; y es que no hay nada más legítimo, justo y respetable que el afán de las naciones por superarse, por elevar el nivel de vida material y cultural de sus habitantes.

PERO el objeto de esta nota no es meramente descriptivo; el objeto de esta nota es llamar la atención, sin eufemismos, escueta y llanamente, acerca de los peligros que se perciben en el horizonte latinoamericano. Hay que defender nuestras industrias que con tanto trabajo han sido organizadas; hay que defender la reservas monetarias, el dinero acumulado con sacrificio popular; pero sobre todo hay que defender a toda costa nuestros derechos de pueblos soberanos e independientes, capaces de cumplir un destino fulgurante en el devenir histórico de la humanidad.

Nuestro dinero y nuestras industrias se hallan en peligro, en grave peligro; el dinero de ser malgastado y las industrias de ser deshechas por la competencia extranjera, sobre todo por la competencia de las mercancías norteamericanas. Expliquemos las razones de nuestra honda preocupación, de nuestra inquietud desbordante; inquietud y preocupación que no tienen su origen en el odio a nación alguna, sino que nacen de nuestra pasión fervorosa, de nuestro claro amor por los pueblos de estirpe indolatina.

EL Gobierno de los Estados Unidos ha manifestado en numerosas ocasiones su criterio en contra de toda restricción al comercio internacional. En algunos casos ha hecho declaraciones solemnes a este propósito y así es preciso reconocerlo. Empero, la realidad de los últimos años se ha impuesto y el Gobierno de los Estados Unidos, en contra de su criterio, se ha visto obligado a divorciarse de sus principios. Así sucede a menudo en tiempos de guerra, en épocas de dislocación social.

Son numerosos los ejemplos de medidas restrictivas norteamericanas al comercio exterior; unas veces fijando precios incosteables para las mercancías extranjeras, otras restringiendo sin ambages su entrada por medio de su ya famosa "Orden M.63". Parece que esas restricciones, en algunos casos, han abarcado mercancías que no debieron ser tocadas por hallarse incluidas expresamente en Tratados de Comercio con países latinoamericanos.

Ahora bien, las naciones latinoamericanas han sido también —unas más que otras— partidarias del libre comercio; pero cuando se han visto obligadas a dictar medidas de protección por causas idénticas o análogas a las que han motivado las disposiciones norteamericanas, entonces se han encontrado con las protestas siempre diligentes y a veces enérgicas del Departamento de Estado. ¿Qué, tendrán razón quienes

afirman que no obstante la política de buena vecindad, ese Departamento burocrático del Gobierno de Norteamérica, tal vez obligado por las circunstancias, tiene desde hace tiempo dos pesas y dos medidas? No disponemos de elementos bastantes para contestar categóricamente a tal pregunta. Por lo mismo, nos limitamos a dejar aquí escrita la interrogación.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que desde hace pocos meses, tal vez es más correcto decir que desde hace algunas semanas, se ha advertido en algunos países latinoamericanos la invasión de mercancías de Norteamérica —excedentes de guerra— a las que se ha procurado encontrar fáciles mercados. El mal estriba en que con frecuencia esos excedentes han constituido y están constituyendo verdaderos "dumpings", con grave perjuicio para las débiles economías de los países situados al sur del Río Bravo. Ya hay ejemplos de viejas industrias arraigadas en nuestros territorios, o de industrias incipientes, de porvenir indudable porque cuentan con las materias primas necesarias y técnicos experimentados, que han sufrido y están sufriendo la competencia, no siempre leal, de los productos similares estadounidenses; más todavía, ya hay ejemplos de industrias deshechas o seriamente lesionadas por la concurrencia exterior.

Los hechos que arriba se señalan asumen caracteres de gravedad extrema; porque de no atajarse pronto el mal, serían irreparables los daños que se causaran a la vida económica y social de la América Latina; traería el retroceso industrial, la desocupación y agudas crisis. Y los países latinoamericanos deben defender su progreso económico, abandonar franca y decididamente toda política de libre comercio, protegerse elevando sus aranceles; deben controlar tanto las importaciones como las exportaciones, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos y de Inglaterra. Creemos que Inglaterra, así como los Estados Unidos, lo mismo ahora que durante varios años después de la guerra, continuarán su política de intervencionismo de Estado, probablemente cada vez con mayor decisión, so pena de crearse problemas complejos, que no les sería fácil resolver. ¿Por qué no han de hacer lo mismo los países latinoamericanos? No hacerlo así, sería quizás —óigase bien— imperdonable error, sería suicidarse a corto plazo como entidades políticas autónomas.

EN cuanto a las reservas monetarias existe el peligro de que se utilicen —por lo menos en buena parte— en la compra de artículos de lujo: automóviles caros, joyas, obras de arte de mal o buen gusto, muebles finos, telas suntuosas, pieles de zorros azules o plateados, etc., etc. Lo más lamentable es que en casos numerosos quienes adquirirían tales artículos superfluos serían precisamente los nuevos personajes enriquecidos en la coyuntura económica: los especuladores y mercaderes, usufructuarios de la catástrofe internacional. Y eso no debe consentirse; sería estúpido y criminal permitirlo, sería traicionar a los pueblos latinoamericanos.

Los excedentes de las reservas monetarias deben utilizarse para comprar máquinas destinadas a la agricultura, a los transportes, a las industrias de transformación, en una palabra, a robustecer la economía de nuestras naciones. Para lograrlo hay que dictar desde luego, con urgencia inaplazable, las disposiciones de control mejores y más apropiadas; hay que organizar en cada país el sistema conveniente de conformidad con sus hábitos financieros; teniendo siempre como objetivo evitar que al amparo de la libertad de comercio se prive a los pueblos de la América Latina del disfrute de un bien que indiscutiblemente les corresponde.

De este modo, al utilizar por una parte las reservas monetarias excedentes en obras y cosas de provecho colectivo, y por la otra, al aumentar la producción, las consecuencias serán, además del fomento económico general, el incremento de la oferta de artículos de consumo necesario y la disminución de la demanda de esos mismos artículos, puesto que se reducirá la circulación. El resultado final será la baja de los precios, con beneficio sin duda alguna, de todas las clases sociales y en forma preferente de la clase trabajadora.

COMO se desprende del breve análisis anterior, hay dos caminos a seguir: uno, la pasividad, el letargo, el no hacer nada, el temor a defenderse y a protestar aun cuando nos asista la razón y la justicia, el miedo a unirnos a pesar de que existan lazos de simpatía, principios de solidaridad y comunidad de intereses; resignados a ser siempre países pobres, de masas necesitadas, de mineros, agricultores y petroleros hambrientos. El otro, dirigir con inteligencia nuestra política comercial, manejar con sensatez nuestras reservas monetarias, unirnos para formar un solo frente en defensa de intereses sagrados y de legitimidad

indiscutible. Con estas ideas como base de acción futura, no sólo los países latinoamericanos serán beneficiados, sino también la nación norteamericana. Los hombres de los Estados Unidos verdaderamente patriotas, con visión clara de lo que más conviene al engrandecimiento de su República, saben bien que para su desarrollo industrial, para el ensanche de sus mercados, es mejor negociar con pueblos de un mediano o de un alto nivel de vida y de educación, que tratar con masas paupérrimas, ignorantes y desnutridas.

Tenemos confianza de que en la próxima Conferencia Económica Interamericana, cuya importancia para el futuro de América salta a la vista, demuestren todos sus componentes que no es verdad, como lo aseguran algunos espíritus maliciosos, que la política de "Buen vecino" es sólo una mercancía de exportación, o motivo escenográfico en el juego de los intereses norteamericanos; sino anhelo sincero de justicia internacional, que aspira a convertirse en doctrina con arraigo profundo en el corazón de todos los pueblos del Continente.

Esperemos confiados la próxima Conferencia.

Jesús SILVA HERZOG.

Aventura del Pensamiento

EL PRIMER MISTERIO DE LA CONCIENCIA

Por William PEPPERÉLL MONTAGUE

¿CÓMO se relaciona la conciencia con los objetos y hechos que revela? Este es el problema epistemológico. ¿Cómo se relaciona la conciencia con el organismo por el cual está condicionada, al menos en parte y, tal vez, totalmente? Este es el problema *psico-físico*. El segundo problema casi no puede tratarse sin tener en cuenta el primero, pero éste, el problema epistemológico, puede, creo yo, tratarse independientemente de cualquiera teoría metafísica o psico-física de la relación entre espíritu y cuerpo.

I

ENUNCIACIÓN del problema epistemológico:

La conciencia como relación única de auto-trascendencia.

El individuo, en un tiempo y espacio determinados, se relaciona directa o indirectamente de mil maneras diferentes a la infinidad de cosas que constituyen el universo. Pero sobre todas estas relaciones hay una que parece ser por completo singular: la relación de ser *consciente de*, de “darse cuenta”, de “registrar”, de “captar”, de “conocer”. Las palabras entre comillas son sinónimos de *conciencia*. Pretenden ser completamente genéricas en el sentido en que con la palabra *cogito*, en la expresión “*cogito ergo sum*”, Descartes pretendió abarcar genéricamente toda clase de experiencia consciente, no sólo el *pensar*, sino el sentir —sensible y afectivo—, percibir, recordar,

imaginar, prever, interrogar, etc., etc. En este amplio significado del término yo puedo conocer o aprehender, o ser consciente de mis propias sensaciones, de las cualidades y relaciones de esas sensaciones, de mi propia psique o de otras, de los cuerpos materiales, de cosas posibles como los habitantes del planeta Marte, de cosas imposibles como cuadrados redondos, en suma, de algo, de cualquiera cosa, física o psíquica, concreta o abstracta, sensible o no sensible, real o irreal, creíble o increíble. Lo que puede parecer como *diferentes clases de conciencia* es en realidad *diferentes clases de objetos o contenidos de conciencia*. La conciencia misma es una relación peculiar por la cual o a través de la cual un individuo, en un momento dado, puede ser puesto en *comunicación* con cualquier cosa o hecho diferente de sí mismo en ese momento. Si soy *afectivamente* consciente de una pena o de una vergüenza; si soy *perceptivamente* consciente de una estrella que brilla o de un tambor que suena; si soy *conceptualmente* consciente de un teorema de matemáticas, o de personas y hechos reales o imaginarios, encuentro la misma relación auto-trascendente en mí, el conocedor, con las cosas que conozco. Hemos dicho que esta relación entre el sujeto aprehensor y el objeto aprehendido es única y completamente diferente de cualquier otra relación entre un sujeto y otro sujeto, o entre un objeto y otro objeto. Decir que la conciencia implica la *auto-trascendencia* y que establece una relación *inmediata* entre el sujeto y el objeto es, ciertamente, verdad, pero no adelantamos mucho con ello. Explicar una cosa es relacionarla inteligiblemente y hasta cierto punto de manera homogénea a algo más amplio que ella y, en última instancia, al sistema total de la realidad. Para elucidar lo que he llamado "el primer misterio de la conciencia" y para *explicar* la relación cognoscitiva, será necesario, por lo tanto, superar su apariencia de completa singularidad afiliándola, aunque de una especial manera, a una relación de tipo más general y accesible a la razón.

A continuación trataré de explicar brevemente lo apuntado.

II

SOLUCIÓN del problema epistemológico:

El conocimiento como lo inverso de la causalidad.

En un mazo de cartas bien barajado, que se maneje honradamente, hay sólo una probabilidad entre cincuenta y una de que la primera carta que se sirva mi contrario irá seguida de la carta inmediata superior del mismo palo. Por ejemplo, un siete de corazones seguido por un ocho de corazones, o un rey de espadas seguido por un as de espadas. La probabilidad de que tales secuencias ocurrieran, por mero azar, cien, mil, un millón de veces sucesivas, es infinitamente pequeña. Si el triunfo en la partida dependiera de conseguir tal secuencia, y si cuantas veces nuestro contrario diera las cartas, se diese a su favor estas secuencias determinantes del triunfo, no una vez en cincuenta y una, sino noventa y nueve en cien o lo mataríamos o abandonaríamos la mesa disgustados, pues sabríamos que era un tramposo y que estaba jugando con cartas marcadas.

Pero la inteligencia humana descubre muy pronto que la naturaleza juega su partida con "cartas marcadas" y "dados cargados". Sus fenómenos no constituyen en manera alguna una ticocracia igualitaria en la que solamente prevalecen el azar y la distribución del azar. Cuando arrojamus agua al fuego hay un millón de cosas que pudieran ocurrirle al fuego, pero siempre sucede solamente una: el fuego se apaga. Cuando una bola de billar pega a otra, de la infinidad de movimientos abstractamente posibles que la segunda bola pudiera hacer siempre vemos que se mueve hacia adelante, con una velocidad y dirección exactamente proporcionales a la velocidad y dirección de la primera. ¿Qué probabilidad habría de que esto sucediera una vez, y otra, y otra, a menos de que los hechos antecedentes contuvieran un poder genuino mediante el cual o por el cual los hechos subsecuentes se produjeran? Las rutinas o secuencias invariables que se encuentran en toda la naturaleza y que es lo que toca a la ciencia descubrir son, o bien milagros del azar, o manifestaciones de una

causalidad real —en el sentido rechazado por Hume. Una cosa es cierta: una secuencia invariable no se explica por sí misma ni es definitiva, como creen los positivistas contemporáneos; no es la *ratio essendi* sino solamente la *ratio cognoscendi* de la causalidad. Si no implica la presencia de la causalidad, en el antiguo sentido aristotélico, entonces nos queda como única alternativa un mundo de milagro perpetuo, en el cual todas las repeticiones de una secuencia tal como el agua apagando el fuego son meramente manifestaciones increíbles del azar.

Si por el argumento dado se puede probar que la causalidad es un hecho tan real y tan común como el tiempo, el espacio o la energía, entonces podemos decir que todas las cosas o todo grupo de ellas son la causa de las cosas que les siguen inmediatamente o que tienden a seguirles. Para decirlo en otras palabras, cualquier hecho debe haber estado *potencialmente* presente en los hechos que lo produjeron.

Casi siempre descubrimos que "A" es la causa de "B", antes de que tengamos idea alguna del *cómo* o del *por qué* del proceso o de la manera en que "B" puede estar contenido potencialmente en "A". Sabemos que la bellota contiene la potencialidad de la encina, y hemos estrechado el dominio de su potencia a los genes contenidos en los cromosomas del plasma germinal. Pero en cuanto a la manera cómo el increíblemente rico mosaico de determinantes hereditarias está contenido en los genes, no tenemos noción alguna. Sabemos que ondas luminosas de cierta longitud definida producirán, a través de un ojo y un cerebro normales, las sensaciones lumínicas de rojo y violeta. Pero no podemos encontrar ningún rastro de homogeneidad entre las longitudes o las frecuencias de las ondas y las cualidades sensibles resultantes.

No siempre se considera imposible entender el mecanismo del proceso causal después de que se ha descubierto su existencia. Los Curie, por ejemplo, descubrieron que su pechblenda era la fuente causal de una nueva clase de radiación. Redujeron la causa a la nueva sustancia, el *radio*, contenido en la pechblenda, y después, finalmente, en términos de la desintegración de los átomos del radio

y de la separación resultante de los corpúsculos subatómicos *alpha* y *beta* y de las ondas *gamma*, muy cortas, todo el proceso causal se hizo inteligible. Sin embargo, nunca debemos esperar al descubrimiento de la explicación para establecer el conocimiento de un *hecho*. Siempre que la frecuencia conjunta de dos fenómenos es a la larga mayor que el producto de sus independientes frecuencias antecedentes, puede inferirse que los fenómenos están relacionados causalmente. Este es el postulado único y suficiente de toda inducción. Lo hemos justificado no de la manera circular o interrogativa en que Stuart Mill trató de demostrar su principio secundario de la uniformidad de la naturaleza, sino recurriendo directamente al principio de probabilidad.

La uniformidad general de la naturaleza y también cualquier uniformidad particular o repetición de una secuencia debe interpretarse, bien (1) como una improbable continuidad milagrosa de buena suerte (como el hombre honrado que se da los trece triunfos, mil veces sucesivos), bien (2) como una manifestación palmaria de un poder causal real por el que "A" tiende a producir no sólo "cualquier cosa", sino la cosa específica "B", que constituye su efecto.

Y ahora ¿se me reconcederá, cuando menos provisoriamente, mi pretensión quasi aristotélica de que cada causa contiene la potencialidad de sus efectos? Si se me concede esto, inmediatamente pediré un segundo favor, a saber, que se plantee la pregunta: "¿Qué es lo *inverso* de la potencialidad? Si una causa produce un efecto ¿qué "hace" un efecto, si es que algo le hace, a su causa?

Esta pregunta puede parecer, de pronto, carente de sentido. Todas las cosas marchan juntas con magnífica solidaridad del pasado al futuro. En el tiempo nada regresa al pasado; de manera que ¿cómo podría un efecto *hacer* algo a la causa que queda detrás de él en un tiempo que ya pasó? Pero recordemos que hemos sostenido la teoría de que una causa contiene su efecto potencialmente, es decir, *antes* de que el efecto ocurra; y si una causa presente puede (de manera curiosa, llamada "potencial") contener su efecto futuro ¿no es posible que un efecto

presente pueda, a su vez (también de manera curiosa, pero para la cual no tenemos aún un nombre), contener su causa pasada?

Tal vez no sea una pura desdicha, que no dispongamos de una palabra adecuada para esta "potencialidad a la inversa", en virtud de la cual los efectos contienen su causa. Asignamos nombres a las cosas que podemos conocer o ser conscientes de ellas. Si no me equivoco, con mi teoría de que la referencia intrínseca de un efecto a su causa es, en sí misma, cognoscente, aprehensora, en una palabra, *conciencia*, entonces, como es natural, no es posible que tal acto subjetivo se hubiera descubierto entre los objetos y recibiera un nombre objetivo. El *ver* no es en sí mismo algo que *se ve*. Las causas *producen* sus efectos y los efectos *revelan* sus causas. Vivimos hacia el futuro pero conocemos hacia el pasado.

Y ahora, en conclusión, quiero enunciar tres corolarios a la teoría que he expuesto.

PRIMER COROLARIO. *Si mi teoría es cierta, el "realismo" (que es la doctrina de que la conciencia no altera los objetos que descubre) no sólo es verdadero, sino que es axiomáticamente verdadero o evidente por sí mismo.*

Los psicólogos disponen del antiguo cliché de que la "introspección es retrospección". Es decir, que el individuo no puede examinar siquiera sus propias experiencias sino después de que han ocurrido. Pero considero que podemos ir más lejos y decir que no solamente la *intro-spección*, sino la "extra-spección" y aun la "pro-spección" son una retrospección. Una mesa o una silla, Sócrates, o la raíz cuadrada de menos uno—todos los objetos perceptibles o concebibles—deben haber tenido su *contenido*, cualitativo o de relación, formado y construido por la acción sintetizadora de la imaginación antes de tener conciencia de ellos. Esto sucede también con nuestra conciencia anticipada de un futuro remoto o inmediato. También aquí el contenido de lo que anticipamos debe haberse formado ya antes de que se verifique su anticipación. Pero si todo aquello que podemos conocer—introspectivo, extraspectivo y prospectivo—implica una referencia retrospectiva a lo que ha pasado antes, es ab-

surdo suponer que, como hecho pasado —como *factum*—, algo ya dado o hecho puede alterarse porque tomamos conciencia de él. Pero no debemos inferir que porque el conocimiento, como lo enfoca el realismo, no cambia cosa alguna en el acto de revelarla, no tenga ningunos efectos. Nada hay ocioso o epifenoménico respecto a la conciencia; pero sus consecuencias no se producen directamente sino a través de la intervención del individuo que tiene conciencia. La luz de una linterna no altera las piedras que ilumina, pero permite al portador de ella quitar estos obstáculos de su camino.

SEGUNDO COROLARIO. *Los efectos producidos en el individuo consciente no revelan necesariamente sus causas últimas e indirectas, sino solamente sus causas inmediatas y directas. Estas pueden coincidir o no en contenido, lugar y tiempo, con las anteriores, de manera que siempre es posible el error de percepción o ilusión y el error de concepto o delusión.* El bastón recto que se sumerge en el agua parcialmente se percibe como torcido. Debido al diferente poder de refracción del agua y del aire, el efecto visual que se produce en mí es el mismo que el que me produce habitualmente un palo torcido, y en consecuencia este es el objeto que aparece ante mí. O bien, un amigo evita encontrarme; y yo pienso que está ofendido conmigo. Pero la causa íntima de que me haya evitado puede ser el hecho de que se encontraba afligido o preocupado. Corregimos estos errores de percepción y de concepción obteniendo un conocimiento más amplio de los efectos y cuanto más grande es el sistema de efectos, más adecuadamente se puede conocer su causa última. Se evita que la ilusión del bastón torcido se convierta en un error conceptual mediante el conocimiento de la óptica elemental. Pero el pobre can descrito en la fábula de Esopo no tenía tal conocimiento, de manera que cuando soltó la tajada de carne que llevaba para apoderarse de la que veía reflejada en el arroyo y que era aparentemente más grande, perdió su comida. En la percepción siempre hay errores o aberraciones en cuanto a la cualidad, al lugar y, especialmente, al tiempo. Los efectos auditivos y visuales no llevan consigo signos sensoriales del

tiempo que los estímulos han necesitado para recorrer la distancia del objeto, que es su causa original, al organismo. El trueno que oímos y las estrellas que vemos parecen ser contemporáneos de la experiencia que de ellos tenemos; pero el tiempo verdadero en que se dieron es, realmente, anterior en segundos o en años, al momento de nuestra percepción.

TERCER COROLARIO. *Nuestra teoría epistemológica de la relación de la conciencia con sus objetos es independiente de cualquier teoría psico-física de la relación de la conciencia con el cerebro.* Los efectos en el individuo cognoscente son los que revelan sus causas como los objetos conocidos. Para un materialista esos efectos serán estados del cuerpo. Para un espiritualista serán estados del alma. Para un fenomenalista, serán estados producidos en la experiencia actual (lo que James llama "el pensamiento que pasa") por experiencias anteriores. Para un agnóstico serán estados de lo incognoscible a que pertenece la conciencia.

En resumen, la teoría de conocimiento que se propone es compatible con todas las teorías psico-físicas y no nos remite con anticipación a ninguna de ellas. Los modos del conocer a los que se refiere la epistemología son solamente un prelude a los modos del ser que constituyen el objeto de la metafísica. Y lo que hemos llamado el primer misterio de la conciencia tiene su secuela en el segundo y más grande misterio de la naturaleza última de la psique y de sus conexiones con el organismo material. Ese es el misterio que se encuentra en el corazón de toda filosofía superior.

LA HISTORIA, FORMA POETICA

Por José Antonio PORTUONDO

Las viejas Preceptivas solían incluir a la Historia entre los géneros literarios en prosa estudiados en la Retórica, y hasta añadían observaciones más divertidas que útiles, referentes tanto a las “cualidades del historiador” como a la manera de escribir la Historia. Ahora, a mucha distancia ya de la inútil Preceptiva, la Teoría de la Literatura, con ánimo científico de comprender y explicar el fenómeno literario, se pregunta si ha de incluir a la Historia entre las *formas de expresión poética*, contrariando con ello la opinión de grandes porciones de los historiógrafos contemporáneos que insisten no solamente en el carácter exclusivamente científico de su disciplina, sino que, de modo reiterado y expreso, acentúan su total desvinculación de la Poesía. La Historia que nació de la Poesía reniega hoy ferozmente de su madre natural.

Sin embargo, es preciso determinar con entera certeza lo que haya de justo o de injusto en semejante actitud. Ante todo tendremos que plantearnos qué clase de conocimiento es el histórico y en qué se diferencia de la Poesía. Y para ello empezaremos por preguntarnos qué cosa es la Poesía que con tanta fuerza despierta la animadversión de ciertos historiadores. Es muy probable que si le pedimos a uno de ellos una definición nos identifique la Poesía con el placer de mentir—horrendo, aunque reiterado pecado para los historiadores— o con esa lamentable cursilería que sólo alienta entre besos, lágrimas, lunas, lagos y demás humedades que puso de moda la decadencia romántica. Es indudable que con tal identificación andaremos muy lejos del verdadero concepto de la Poesía, la cual es, esencialmente, *expresión del ritmo o movimiento vital por medio del lenguaje*. Dilthey sostiene que “la

esencia de la poesía consiste en expresar de tal modo lo vivido y representar de tal modo la objetivación de la vida, que se exhiba con toda su fuerza el acontecimiento destacado por el poeta en su significación para el todo de la vida".¹ Con lo cual es evidente que nos acercamos de modo extraordinario al objeto de la Historia que, según Croce, es "fijar los hechos que se han dado en la realidad".² Para Dilthey "es histórica la vida en cuanto es captada en su marcha en el tiempo y en el nexo efectivo que aquí surge. La posibilidad de esto reside en la "reproducción" de este decurso en el recuerdo, que no reproduce lo singular sino la conexión, sus etapas. Lo que el recuerdo aporta en la captación del curso de la vida, es aportado en la Historia por medio de las manifestaciones de la vida que abarca el espíritu objetivo, por medio del enlace según su marcha y sus efectos. Esto es Historia".³

Mas en los conceptos anteriores es fácil advertir ya las diferencias esenciales entre Historia y Poesía que hace muchos siglos decidió Aristóteles en su "Poética" a favor de la Poesía, considerándola más científica y seria, más filosófica que la Historia, porque ésta se limita a los hechos particulares, en tanto que la primera tiende a dar verdades universales. Sin embargo, esta afirmación aristotélica no satisfizo nunca a los historiadores, y en nuestros días un historiógrafo inglés ha pretendido delimitar los campos entre ambas formas de encarar la realidad ateniéndose a criterios cuantitativos. Arnold J. Toynbee ha pretendido distinguir a la Historia de la Ciencia y de la Literatura en la forma siguiente:

1º—"Donde los datos son escasos, basta con descubrirlos, narrarlos y explicarlos: historia.

2º—"Cuando los datos son excesivos para enumerados, pero aun captables por la observación siempre que se presenten, es dable y, además, necesario, el emprender con

¹ W. DILTHEY. *El mundo histórico*. Trad. de E. Imaz. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1944, p. 191.

² B. CROCE. *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*. Trad. de J. Sánchez Rojas. Madrid, 1912. p. 183.

³ *Ob. cit.* p. 286.

ellos aquella elaboración comparativa que pára en formulación de generalizaciones y leyes: ciencia.

3º—“Si los datos son ya innumerables, prácticamente ilimitados, al punto que aun desbordan de lo existente a lo posible, entonces entra en acción una nueva técnica, para reivindicarlos como sólo ella sabe: literatura”.⁴

Es evidente que con tal criterio jamás llegaremos a advertir las diferencias esenciales entre dichos órdenes de conocimientos que Alfonso Reyes, corrigiendo el criterio de Toynbee, expresa así:

a) “La historia y la ciencia forman la familia del suceder real, transitorio en la primera y permanente en la segunda.

b) “La literatura forma por sí la familia aparte del suceder ficticio.

c) “Entre las dos familias hay, pues, una diferencia de intención”.⁵

Es en la *intención* en donde descansa, en realidad, la diferencia entre Historia y Poesía ya que, en ciertos instantes, ambas se apoyan en el *sucedec real*, porque, como advierte Dilthey, “la poesía tiene como base el nexo efectivo de la vida, el acontecer. Todo poema guarda conexión, en alguna manera, con algún acontecimiento vivido o comprensible. Configura el acontecimiento al revestir a sus partes de significación en la fantasía, según la característica de ésta de libre formación. Todo lo dicho acerca de la actitud en la vida compete a la poesía y ésta no hace sino prestar una expresión más fuerte a esta referencia vital. Cada cosa se matiza, mediante esta referencia a la actitud vital, del color que procede de ella: distante, alto, lejano. Pasado, presente no son meras determinaciones de la realidad, sino que el poeta restablece, mediante su revivencia, la referencia a la vida que en el curso del desarrollo intelectual y de los intereses prácticos se había desvanecido”.

⁴ ARNOLD J. TOYNBEE: *A Study of history*. Cit. por A. Reyes *El Deslinde*. El Colegio de México, México, D. F., 1944, p. 118.

⁵ A. REYES. *Ob. cit.*, p. 146.

“El límite de la poesía se halla —aclara el propio Dilthey— en que no existe en ella ningún método para comprender la vida. Las manifestaciones de la misma no son ordenadas en una conexión. Pero su fuerza está en la referencia directa del acontecer a la vida, con lo cual se convierte en una expresión directa de ésta; y en la creación libre que lleva a expresión plástica la significación que ha sido captada en el acontecer”.

“El reino de la vida, considerado como su objetivación en el curso del tiempo, como su estructuración según las relaciones de tiempo y de “efectuación” —añade Dilthey— constituye la Historia. Un todo jamás completable. El historiador plasma con lo contenido en las fuentes, con lo acontecido, el curso, el nexo efectivo. Y se halla vinculado a la finalidad de elevar a conciencia la realidad de este curso”.⁶

Aquí es, precisamente, en este empeño de “elevar a conciencia la realidad de este curso” de los acontecimientos en el tiempo, que ha señalado Dilthey, donde se identifican el poeta y el historiador. Ambos se han encarado con el suceder real con intenciones distintas que determinan su diferencia inicial. El poeta usa del acontecer, del suceder real, para revelarnos, sin querer explicarnos nada, el movimiento vital, y supera y aun desarticula o niega los datos del acontecer cuando así conviene a su intención expresiva. El historiador, por su parte, se atiene rigurosamente al acontecer, al suceder real, tal como se le ofrece en las fuentes, y aspira a darnos una visión fiel de lo que constituye la objetivación de la vida en el curso del tiempo. Para lograrlo solicita el auxilio de la Ciencia. La filología, la paleografía, la hermenéutica, la arqueología, la geografía, la antropología y muchas ciencias más están entonces a su servicio. En ese solo instante, anterior a la verdadera Historia que es revivencia del suceder real, actúa el historiador como científico y se sitúa en el punto más distante del poeta. Es el momento de ordenar y depurar las fuentes de la Historia, es decir, aquellos elementos documentales o monumentales en los

⁶ *Ob. cit.*, pp. 265-266.

cuales están detenidos, cristalizados, fragmentos significativos del proceso vital, del acontecer, del suceder real. Y la Historia comienza realmente cuando por la comprensión del significado de cada documento y de todos los monumentos, se capta el sentido total del proceso, y el curso detenido de las fuentes fluye otra vez en la conciencia del historiador. En ese instante surge la identidad entre el historiador y el poeta, que se acentúa en el empeño de ambos de *comunicar* el producto de sus intuiciones, de sus vivencias, de sus comprensiones. Porque, como advierte Dilthey, "el relato del novelista o del historiador, que persigue el curso histórico, opera en nosotros una revivencia. Triunfa esta revivencia cuando los fragmentos de un curso se completan de tal modo que creemos tener ante nosotros una continuidad".⁷

De este modo, sin negar los fundamentos científicos de la Historia, se afirma su calidad poética y se le incorpora sin riesgo a las formas de expresión que estudia la Teoría de la Literatura, para la cual el relato histórico es aquella forma de expresión del ritmo vital que se atiene a manifestaciones humanas producidas en el curso del tiempo y cristalizadas en fuentes científicamente comprobadas.

2

LEGADOS a este punto resulta pertinente averiguar la razón del empeño de algunos historiadores en negar el parentesco de su disciplina con la Poesía y aun de reducir el objeto de la Historia al descubrimiento y a la crítica científica de las fuentes. Lo que ocurre es que el historiador de este tipo suele partir siempre en sus afirmaciones del punto de vista del *productor* de Historia, a quien interesa de modo primordial la buena calidad de sus materias primas, de sus elementos de creación, y descuida, en cambio la opinión del *consumidor* que precisa de productos acabados, bien formados, capaces de asimilación

⁷ *Id.*, p. 239.

cabal. Lo lamentable es que cuando el *consumidor* no halla en el mercado productos idóneos concluye por acomodarse a sus sustitutos que tras de malograr su gusto y su capacidad asimilativa acaban por afectar a los productos legítimos. Esto es rigurosamente cierto—rigurosamente histórico, aunque suene a redundancia—tratándose de la Historia que ha tenido que lamentar la presencia no siempre agradable ni afortunada de sustitutivos cada vez que ha olvidado su condición poética, su destino de comunicabilidad.

Hubo un instante en que Historia y Poesía estuvieron plenamente identificadas en la épica primitiva y en los cantares de gesta, cuando el hombre destacaba del suceder real sólo aquellas porciones significativas para la vida del grupo. “El cantar de gesta—explica Dilthey—surge cuando, partiendo de una relación vitalmente significativa, que designamos como motivo, un material histórico es absorbido por la exhibición de su significación. Toda aquella parte de lo acontecido que no representa un “momento” necesario para la exhibición de lo significativo queda sacrificado”. Sobre las noticias contenidas en la épica primitiva y en la medieval comenzará a escribirse la Historia que es apenas transcripción de la epopeya en los logógrafos griegos y en los prosificadores castellanos. De las obras de estos últimos ha podido extraer Menéndez Pidal largos fragmentos de olvidadas gestas españolas.⁸

La Historia clásica de griegos y de romanos y su copia más o menos servil renacentista, es esencialmente dramática y oratoria, como hizo notar Menéndez y Pelayo. “No le basta al historiador clásico—explica—que los personajes hablen con la voz de sus hechos; no le basta presentarlos vivos y en acción; quiere trasladar al papel lo más recóndito de su conciencia y mostrarnos el laboratorio de los misterios psicológicos. Cartas que no escribieron, discursos que no pronunciaron, inadmisibles en otro género de historia, pero forzosos en ésta, vienen a

⁸ R. MENÉNDEZ PIDAL. “*La Crónica General de España* que mandó componer Alfonso X el Sabio”. En “*Estudios Literarios*”. Madrid, Atenea, s. a.



GOYA. El Tiempo mostrando a España ante la Historia.



TICIANO. España defiende la religión.

darnos en forma puramente artística la noción del carácter del héroe y el desarrollo de la pasión. Así se funden armoniosamente ciencia y arte. El historiador se lanza al mundo poético de lo verosímil, en alas de lo verdadero. En las narraciones no refiere, sino que pinta. No explica los motivos de las acciones: hace que los mismos personajes nos los refieran. Y como la pasión es el alma de la tragedia y de la oratoria, el historiador clásico, que es ante todo orador y poeta trágico, es apasionadísimo, a despecho de los preceptos de los retóricos, que le imponen la más severa neutralidad, y lejos de olvidarse de que es griego o romano, español o florentino, aristócrata o demócrata, republicano o amigo del imperio, no aparta nunca de los ojos su patria, su raza y su partido, y esculpe a sus héroes predilectos en actitudes épicas y sublimes, y a sus enemigos y émulos los rebaja y los ennegrece, o a lo sumo les da la grandeza del mal. Y así, no hay una sola de estas grandes historias que no deba sus mayores bellezas a la pasión más o menos descubierta del autor: pasión de venganza contra la democracia ateniense en Tucídides; pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito; pasión de la unidad italiana en Maquiavelo; pasión de portugués separatista en don Francisco Manuel de Melo. Aun a los más serenos y majestuosos, a los que han querido abarcar todo el curso de la vida de un imperio, a Tito Livio, v. gr., les domina la pasión por la grandeza de su pueblo, y esta pasión es la que da unidad a su obra y color y fortaleza heroica a su estilo, y perpetuidad como de bronce o mármol antiguo".⁹

Es interesante destacar en esta cita de un crítico conservador e insospechable de radicalismos, como Menéndez y Pelayo, su reconocimiento de la parcialidad en la Historia y su elogio de la pasión. Esta parcialidad apasionada, sobre la cual trataremos en seguida, está presente también en la Historia providencialista impuesta por el cristianismo en el mundo medieval como una justificación de la situación social existente, superada más tarde

⁹ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO. *De la historia considerada como obra artística*. En "Estudios de crítica literaria". Buenos Aires, Glem, 1942. p. 73.

por el neoclasicismo renacentista, con el cual convivió, apagada por las fanfarrias de aquél, una nueva forma de historia cristiana, providencialista, a la manera de Fray José de Sigüenza y que culmina en la elegante y oratoria de Bossuet.

Contra el sentido providencialista reaccionó la Ilustración, que inicia el historicismo moderno, según sostienen Dilthey y Cassirer, contra la opinión generalizada por el Romanticismo y que aun hoy defiende Benedetto Croce. Según Cassirer, "desde un principio la filosofía del siglo XVIII trata el problema de la naturaleza y el problema histórico como una unidad que no permite su fragmentación arbitraria ni su disgregación en partes. Ensayo hacer frente a los dos con los mismos recursos intelectuales; pretende aplicar el mismo modo de plantear el problema y la misma metódica universal de la "razón" a la naturaleza y a la historia. Sobre todo, la nueva forma del conocimiento natural y del histórico se hallan frente a un enemigo común y de él deben defenderse. En ambos casos se reclama un fundamento inmanente y se trata de colocar la naturaleza y la historia en su propio campo y fijarlos en su centro correspondiente. La ciencia, en cuanto tal, se niega a reconocer nada sobrenatural o nada suprahistórico".¹⁰ Con Montesquieu, Voltaire, Hume, Herder, como antes con Vico, se inicia en este siglo la Filosofía de la Historia, gradualmente apartada de la Poesía, y que culmina en el movimiento historicista del siglo XIX.

La prosaica sequedad a la que fué conducida la Historia determinó la aparición de un sustitutivo: La *novela histórica* que, a su vez, influyó sobre historiadores como Thierry que no tuvo inconvenientes en confesar su descendencia de Walter Scott. Junto a la Filosofía de la Historia de Hegel, que traicionó su propio sentido para justificar un régimen despótico, hay que recordar los dramas históricos de Goethe y de Schiller que dieron a Egmont y a Guillermo Tell más eficacia histórica que los

¹⁰ ERNST CASSIRER. *Filosofía de la Ilustración*. Versión española de E. Imaz. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1943, p. 193.

estudios eruditos de sus contemporáneos. Las revueltas circunstancias políticas y sociales en las que el proletariado asume entonces papel esencial son responsables, tanto como el dominante espíritu científico y el renacimiento de los estudios filológicos, del objetivismo de Ranke y de la historia cultural de Burckhardt. Ambos están determinados por el afán de sustraer a la Historia —y al historiador, desde luego— de los problemas contemporáneos, por el empeño de no tomar partido en la lucha encarnizada de las clases que ambos advirtieron cabalmente. Frente a ellos se levantaba, entre tanto, una Historia militante que aprovechaba las fuentes eruditas, interpretándolas con agudo sentido político que confería a los hechos pasados vigencia contemporánea, con la apasionada revivencia de sus impulsos perdurables. Esa Historia estaba contenida en obras como “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, de Carlos Marx, y “La guerra de campesinos en Alemania”, de Federico Engels. Los historiadores de la historiografía prefieren, sin embargo, muchas veces, ignorar la significación del materialismo histórico mientras conceden amplio margen a las especulaciones apocalípticas del señor Spengler, a pesar de que toda la Historia contemporánea está transida de adulteraciones marxistas que incurren en el pecado que falsamente se atribuye a la interpretación materialista: el monismo económico. Tanto en “El 18 Brumario” como en la obra citada de Engels, es posible advertir la acción recíproca entre la base económica y las diversas esferas de la superestructura, que mueve la historia. Esta interacción fué señalada también por Burckhardt y, con agudeza mayor, por Dilthey, pero ambos no quisieron llevar su mirada más allá de las superestructuras, contentándose con describir el juego dialéctico de los círculos superiores. De todas maneras, en nuestros días, como una derivación de la escuela de Ranke, pese a las inevitables aunque no siempre bien aprovechadas influencias marxistas y a la protesta de espíritus con razón inconformes como Benedetto Croce, la Historia es secamente erudita y “científica”. Como sustitutivo hace algún tiempo gozamos y padecemos el auge de la biografía novelada.

En horas de urgencias vitales como la presente, el hombre se vuelve hacia la Historia en busca de aquel sentido de continuidad en el proceso histórico que estimula y justifica su quehacer actual. Pero la Historia sólo le ofrece ilegibles y eruditos catálogos de documentos o secas estadísticas que no provocan la indispensable revivencia. Por eso vuelca su entusiasmo sobre las biografías noveladas que abren fácilmente a sus ojos perspectivas no pocas veces falsas sobre hombres cuyas existencias han sido hurgadas con el escalpelo no siempre aséptico del freudismo. Y el hombre común, hombre histórico, sobre cuyas espaldas anónimas se elabora el futuro, cree haber entendido la historia porque ha visto en paños menores a unos cuantos personajes más o menos representativos. Y de este desaguisado no tiene la culpa nadie más que el historiador erudito y falsamente objetivo que no se atreve a ser poeta ni parcial.

Porque uno de los mitos que alientan los historiadores eruditos y "objetivos" es el de la necesaria imparcialidad en la Historia, la limitación de ésta a describir los hechos tal como fueron sin intervención alguna de las opiniones del historiador. Y esto no deja de ser una ambición ingenua en los mejor intencionados y una hipocresía en quienes no se atreven a opinar a cara descubierta. Porque, advierte Dilthey, "si la Historia expone un transcurso histórico, lo hace escogiendo de entre lo transmitido por las fuentes y esta selección depende siempre de una estimación del valor de los hechos".¹¹ Toda la discusión en torno a si la Historia debe apoyarse en criterios subjetivos u objetivos parte de la falsa suposición de que es posible asumir libremente uno u otro criterio. La realidad es que la Historia es el producto de un juego dialéctico entre la realidad objetiva y el criterio subjetivo con que la encara el historiador, con respecto al cual hace muchos años escribió Croce párrafos que merecen recordarse.

"No podemos extendernos en demostrar —escribió el filósofo napolitano— la necesidad de este criterio subjetivo que se concilia con la mayor objetividad, imparcialidad

¹¹ *Ob. cit.*, p. 7.

y escrupulosidad en la referencia de los datos experimentales, siendo su elemento constitutivo en toda narración de las cosas del género humano. Basta leer cualquier libro de historia para descubrir en seguida el punto de vista de su autor, si éste es historiador digno de tal nombre y sabe cumplir con su misión. Existen historiadores liberales e historiadores reaccionarios, católicos y racionalistas en historia política y social, historiadores metafísicos, empíricos, escépticos, idealistas, espiritualistas, en la historia de la filosofía. Historiadores puramente historiadores, ni los hay ni puede haberlos. ¿Acaso carecían de orientación política o social Tucídides o Polibio, Livio y Tácito, Maquiavelo y Guicciardini, Guizot y Thiers, Macaulay o Balbo, Ranke o Mommsem? Y en la historia de la filosofía, desde Hegel, que la elevó a gran altura, hasta Ritter, Zeller, Cousin, Lewes, nuestro Spaventa, ¿quién de éstos no ha tenido su concepto de progreso, ni criterio de juicio? En la misma historiografía de la Estética, ¿hay acaso una sola obra de algún valor que no parta de un punto de vista informado en esta o en aquella dirección —hegeliano o herbartiano—, de un punto de vista sensualista, ecléctico o como sea? Tendría que convertirse en eunuco político o científico el historiador que escapara de la necesidad inevitable de tomar partido; la historia no es oficio de eunucos. Estos serán buenos, a lo sumo, para manejar esos gruesos volúmenes de erudición no completamente inútil, *clumbis atque fracta*, de esa erudición que por algo se llama frailuna”.

“Si pues es inevitable el concepto del progreso, el punto de vista, el criterio —añade Croce—, lo mejor que puede hacerse es no tratar de tapanlo, sino de extraer de él el mejor provecho. A éste se tiende por todos, con todas las fuerzas, cuando se forman trabajosa y seriamente las convicciones propias. No se dé crédito a los historiadores cuando afirman que quieren interrogar los hechos sin darnos en ellos la personalidad de quien los interroga. A lo sumo, esa pretensión peca de ingenua y de ilusa. Si verdaderamente son historiadores, darán en los hechos, aunque no lo quieran, su dirección personalísima. Otra cosa

es que ellos crean que lo han evitado, velando el concepto, que es el modo más insinuante y persuasivo".¹²

Esta opinión apasionada y violenta de Croce viene a reafirmar la docta y nada revolucionaria de Menéndez y Pelayo. Aun podemos añadir a ellas la de Dilthey que sostiene que "como los historiadores, los economistas, los maestros de derecho público, los que estudian la religión se hallan en la vida, quieren también influir sobre ella. Someten a los personajes históricos, a los movimientos de las masas y a las diversas tendencias a su propio juicio, y éste se halla condicionado por su individualidad, la nación a que pertenecen, la época en que viven. Aun en los casos en que creen proceder sin prejuicios se hallan condicionados por este su campo de visión; todo análisis llevado a cabo en los conceptos de una generación pasada nos muestra cómo en estos conceptos se contienen elementos que proceden de prejuicios de la época. Pero ya sabemos —concluye Dilthey— que toda ciencia exige validez universal. Si ha de haber, por lo tanto, ciencias del espíritu, en el sentido riguroso de esta palabra "ciencia", tendrán que proponerse su meta de un modo cada vez más consciente y crítico".¹³

Y aquí surge de nuevo el problema de lo objetivo y de lo subjetivo, ahora bajo la forma de lo absoluto y de lo relativo. Porque frente al historiador, cuyo criterio, como acabamos de ver, es siempre relativo, condicionado por su personal concepción del mundo que posee con su clase o contra ella, se levanta la realidad como algo absoluto, a cuya comprensión nos acercamos por grados. En cada oportunidad tendremos que vencer los prejuicios que se oponen a esa cabal comprensión, prejuicios que son mayores en las clases dominantes y mucho menores en las clases progresistas y revolucionarias. Y esto es así porque los historiadores que participan de los criterios de las clases dominantes ven siempre la etapa en que viven como culminación del proceso histórico, favorable a la clase dominante, como ocurrió con la exaltación de la monarquía prusiana por Hegel; o preconizan una objetividad a lo

¹² *Ob. cit.*, pp. 187-188.

¹³ *Ob. cit.*, p. 160.

Ranke que equivale, como ha señalado Croce,¹⁴ a descartarse de los problemas contemporáneos, rompiendo con ello artificialmente la continuidad del proceso histórico; o como Burckhardt recomiendan explícitamente la contemplación desinteresada de los fenómenos históricos, sin perjuicio de juzgarlos con criterios necesariamente clasistas. Los historiadores que participan del criterio de las clases revolucionarias¹⁵ y progresistas ven, por el contrario, la historia como un proceso ininterrumpido y el momento y la ordenación política y social que viven como etapa que urge superar, con lo cual están íntegramente de acuerdo con la realidad móvil y cambiante de la historia. Sin embargo, los historiadores conservadores y hasta los francamente reaccionarios, cuando parten de un planteamiento científico de los hechos, son útiles por el acarreo de materiales que sus obras comportan, porque revelan el punto de vista de sus clases y, a veces, porque sus planteamientos correctos, llevados por ellos a una incorrecta conclusión, se vuelven contra los intereses de sus clases respectivas, como ocurrió con la doctrina hegeliana, puesta de pie y contra la clase a que pertenecía Hegel, por el marxismo.

Cabe ahora preguntar si seguirá siendo parcial la Historia en una sociedad sin clases. A ello es posible responder que sí lo seguirá siendo, mas con la más alta y justa de las parcialidades, porque estará siempre de parte del más noble campeón cuando describa poéticamente, en una nueva forma de épica sin magia y con base científica, la

¹⁴ B. CROCE. *La historia como bazaña de la libertad*. Trad. de Enrique Díez-Canedo. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1942, pp. 93-122.

¹⁵ Decimos siempre historiadores "que participan del criterio de las clases revolucionarias", porque, como advierte sagazmente Marx en el Manifiesto Comunista, "finalmente, cuando la lucha de las clases se acerca a la hora decisiva, el proceso de disolución de la clase reinante, de la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento, tan áspero, que una pequeña fracción de esa clase se separa y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase que lleva en sí el porvenir. Lo mismo que en otro tiempo una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días una parte de la burguesía se pasa al proletariado, principalmente aquella parte de los ideólogos burgueses elevados a la inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico".

batalla interminable y enconada del Hombre contra su raíz y perenne adversaria, la Naturaleza.

Resumamos. La Historia se nos ha revelado como expresión poética parcial del acontecer humano, fundada en la determinación científica de las fuentes en que cristalizaran instantes o fragmentos significativos de dicho acontecer. Es científica la Historia en cuanto a la determinación de sus fundamentos, y es poética por su forma de expresión, destinada a despertar en sus lectores la revivencia del proceso histórico. Es además parcial porque en ella se expresa la concepción del mundo del historiador, que puede estar de acuerdo con los criterios de su propia clase o contra ella. Para la Teoría de la Literatura la Historia es una de las formas de expresión poética. Para el hombre común, que lo son también el historiador, el científico y el poeta, la Historia es el relato que nos inserta en el acontecer en el que somos, a la vez, actores y testigos. Testigos para narrarlo y actores para cumplir cada día, conscientemente, el deber que nuestra condición humana nos impone: hacer del presente, con la experiencia del pasado, etapa e instrumento de un futuro mejor.

EL TEMA DE LA MUERTE EN LA SENSIBILIDAD AMERICANA

Por Juan OROPESA

HAY un estilo de la muerte más profundo y, hasta cierto punto, más insoslayable que el de la vida. Aun cuando no sea fácil hacer que nuestra propia existencia discorra por cauces diferentes a aquellos que de antemano nos tiene trazados el tipo de sociedad donde nos ha tocado nacer y educarnos, hay siempre un margen dentro del cual podemos desplegar nuestro propio repertorio de gestos personales. El ser rutinarios o aventureros, el ser apegados a los usos y costumbres que nos han legado nuestros antepasados o, por el contrario insurgir en contra de ellos, es cosa que, en no pequeña parte, depende de nosotros mismos.

Está claro que la coacción que tendrá que ser vencida para rechazar los moldes vitales que están allí, aguardándonos para volcar en ellos nuestra existencia, será bien diferente en el caso del habitante de la gran ciudad o aldea, del individuo perteneciente a una estrata social sedimentada o aún en formación. Por regla general, en las sociedades improvisadas o bien presas de una profunda conmoción social, es más factible que el individuo pueda realizar lo que se suele entender como el propio destino. De aquí el *pathos* revolucionario, la irresistible fascinación que las épocas de grandes crisis ejercen sobre los espíritus inquietos y rebeldes. Es la oportunidad casi ilimitada de encarnar los papeles más insólitos, aquellos más alejados del previsible trazado de la propia existencia.

Como remate de la misma vida que es, la muerte puede hasta cierto grado, participar de lo que en aquélla hayamos puesto de sello propio y personal, pero es indudable que en el de esfumársenos, es uno de los momentos en que somos menos libres en nuestra existencia. La tradición recupera

entonces todo su perdido ascendiente y no es raro contemplar una de esas espectaculares vueltas al redil, tan hábilmente explotadas siempre por todas las religiones, la católica especialmente.

La filosofía de la muerte constituye un poderoso auxiliar para fijar el perfil de una civilización. No hay, por ejemplo, nada que como los ritos funerarios arroje luz acerca de lo que pensaron y sintieron los pueblos desaparecidos; pero sin necesidad de incursionar en las brumas del pasado, basta al presente ponernos en contacto con las relaciones que acompañan el espectáculo de la definitiva desaparición para desentrañar aquello que de más intransferible existe en una colectividad humana. Desde este punto de vista pocos contrastes como el de la diferente actitud ante la muerte separan la nuestra de la índole de los Estados Unidos.

LA herencia española aporta en nuestro caso los más sombríos tonos, los más escalofriantes residuos de lo que fué el mundo medieval en la materia. Recordemos por un instante toda la refinada delectación con que aquella edad abuela de la nuestra, a la que un gran poeta adjudicó estas dos notas —enorme y delicada— se dedicó a parafrasear la muerte. La sentenciosa poesía de los juglares, la complicada trama de los autos, las obras de los grandes místicos. Por todas partes bulle la misma preocupación: vives un instante no más mortal; ¡lo único que de seguro tienes es la muerte! Y para que esta obsesionante preocupación no desapareciera ni un solo instante del ámbito vital, se invitaba la muerte a todas partes y se la ceñían todos los atributos, desde la tiara pontificia hasta la manquera con que el siervo roturaba la gleba.

La idea de la fosa como gran niveladora de las diferencias sociales es reiterada constantemente en la plástica y en los géneros todos de la literatura, lo mismo la erudita que la popular. Una sociedad como ninguna jerarquizada aplazaba para el trasmundo toda veleidosa prosecución de la igualdad. Así en las danzas de la muerte desfilaban asidos de la mano el espectro del caballero y del villano, del

alto prelado y el humilde destripaterrones, de la simple labradora y la infanzona de pro. ¡Miraos en este espejo!, era la constante admonición con que salía al paso por todas partes el arte de la época. Y el espejo era siempre el mismo: la desnuda calavera y las tibias entrelazadas, presentes no sólo en la celda del monje, sino en las tabernas y en los caminos, en los altares y en el lupanar.

El Renacimiento se esforzó en aventar todo este aire de carroña que se respira por todas partes en el mundo medieval. Es bien significativo que una de las obras con que se inicia la literatura de los modernos pueblos de Europa—los Cuentos de Bocaccio—elija como pretexto el de que una partida de brillantes damas y soberbios mancebos de lo más granado de la sociedad florentina se dedicasen a desplegar todo el ingenio de que eran capaces, aturdiéndose con las más picantes historias de amor y de libertinaje, en los precisos momentos en que la peste hacía estragos en la ciudad.

Cuando más tarde la Reforma y las diversas corrientes que desembocaron en el libre examen—suministrando de esta manera la base en que se ha desenvuelto el pensamiento moderno—podaron mucho de la opulencia vital que acompañó al Renacimiento, el tema de la muerte reapareció a su turno, pero transformado entonces, ora en preocupación metafísica, ora en motivo de reflexiones éticas. Por su parte, la religiosidad protestante se iba a adueñar sutilmente de las reflexiones de los ascetas más extraordinarios acerca de la inanidad de las cosas terrestres, conformando un nuevo decálogo donde el éxito en los negocios y el despliegue de la energía creadora constituyesen las más infalibles señales de predestinación.

Rasgo semejante, tan agudamente acusado en los puritanos que emigraron del viejo mundo para radicarse en tierras de la Nueva Inglaterra, selló desde su origen el carácter norteamericano. El inconformismo político y religioso de los colonos los abroquelaba además contra las falsas seducciones del placer que no eran por cierto muchas en una sociedad que para labrarse su destino no contaba sino con el esfuerzo de cada quien. De aquí provino la santificación del trabajo, desde entonces elevado a ran-

go de primera virtud en un mundo que nacía justamente colocado cabe un signo antagónico del que alumbró la conquista española.

Si ésta había corrido tras el oro y el dominio, si sus grandes móviles habían sido, por una parte la ambición y la concupiscencia de los conquistadores y, por la otra, las acumuladas energías de un pueblo como el español que en su lucha secular contra el invasor había potenciado hasta el máximo la tenaz adhesión a su fe, los peregrinos que cruzaron el Atlántico en el *Mayflower* en 1620, lo hacían buscando un refugio a la intolerancia y a la opresión política, a la sazón reinantes en Europa. Eran, en consecuencia, los heraldos de un mundo por amanecer, los más característicos representantes de una clase social en ascenso que ya no cabía dentro del marco de la jerarquía feudal.

Sus hermanos de lucha serían precisamente aquellos que desafiarían las autocracias europeas, obligándolas como en el caso inglés a aceptar una fórmula de conciliación o bien extirpándolas de raíz, como en el sistema francés del Terror. A tal punto cabe la identificación entre unos y otros—entre los inconformes que trasladaban sus penates al Nuevo Mundo y los que en el Viejo continuaron dando guerra a los poderes de la opresión— que un historiador norteamericano se ha preguntado si es que no revelaron más coraje y decisión los que se quedaron en la madre patria desafiando la autocracia de los Estuardos que aquellos que optaron por ponerse fuera del alcance de la misma, contentándose con que no se les importunara y se les dejase vivir conforme a los dictados de su conciencia.

ENTRE las aspiraciones de una sociedad conscientemente empeñada desde su nacimiento en rectificar los vicios de la antigua se destaca ésta de querer restar importancia a la muerte a la que se quiere presentar como un apetecible descanso tras la jornada sin tregua de la vida. Concepto tal, pese a la hipocresía que pudiera encubrir, trasciende necesariamente del plano moral para reflejarse en

la conducta que adopta la comunidad ante sus muertos. A éstos se les entierra con toda sencillez, queda eliminado todo el *pathos* de la agonía, el llanto se hace lo menos espectacular posible, eludiéndose hasta donde ello es posible, toda expresión susceptible de descarnar la brutalidad del hecho. El eufemismo, usado tan corrientemente en los Estados Unidos en las esquelas mortuorias del *pass away* para significar la muerte, revela hasta donde se puede llegar por el camino de esquivar un tema que se juzga chocante y así la propia manera que la buena sociedad de todos los tiempos ha decretado que es de mal gusto ocuparse de la satisfacción de las bajas necesidades que impone la materia, el uso en Norteamérica condena toda alusión no velada a la muerte.

Júzgase allí que el principal deber de los vivos es el de continuar sin alteración sus actividades cualquiera que haya podido ser el desgarramiento que nos ha impuesto la desaparición de un ser querido, el de no alterar en lo más mínimo el ritmo de la vida que debe seguir fluyendo inalterable a despecho de todos los percances. Tanto por temperamento como por educación el habitante de los Estados Unidos huye de todo aquello que se le pueda aparecer con el perfil de lo irreparable. De aquí el que la madre, aun aterrada por la súbita muerte del hijo, reasuma en seguida sus tareas domésticas y sociales o el que la viuda, fresco aún el cadáver del marido, solicite antes que esquivar la compañía de la gente joven y alegre, concurriendo a los cines, saliendo de paseo, etc.

Compréndese de esta manera que el espectador procedente de otras latitudes del sentimiento, se vea obligado a concluir en presencia de todo esto, que en los Estados Unidos no hay afectos familiares y que un progresivo endurecimiento ha ido ganando todos los corazones. No olvidaré fácilmente a este propósito la expresión de un eminente profesor y político español —a quien como tantos otros el cruel destino de su patria obligó a buscar refugio en las universidades de los Estados Unidos— respecto a esta impasibilidad con que allí se acoge a la muerte. “Quisiera morir en España donde el muerto tiene derecho a ser muerto”, clamaba tras una fría sesión aca-

démica en la que se habían rendido honores a un ilustre investigador científico. Una vez realizada la ceremonia, se habían juntado varias personas en torno a la mesa donde se servían helados y alguna taza de café o de té y lo que acabó de sacar de quicio al español, arrancándole su exclamación de unamunesco cuño, fué el que allí tuvo ocasión de ser presentado a la viuda y los hijos del difunto que hablaban en tono de absoluta tranquilidad acerca de los méritos de la obra del fenecido, discutiendo además con la más circunspecta objetividad en torno a la mayor o menor originalidad de sus obras. Y ahora que la prensa toda se encargaría de refrescar la memoria del gran público a propósito de la reciente desaparición del autor, medían con ojo interesado el previsible incremento de la venta de sus obras.

Celoso como pocas personas lo son en el mundo, de lo que ellos consideran sus propios derechos, sería cosa de experimentar acerca de la reacción seguramente curiosa que presentaría un ciudadano norteamericano si alguien le insinuase que le falta un derecho por conquistar: el de ser muerto. Posiblemente —y con razón se podría agregar— se juzgaría víctima de una broma de mal gusto, o de alguna de esas dentelladas de la siempre maliciosamente orientada ingeniosidad del extranjero.

Sin embargo, vistas las cosas desde el ángulo en que se coloca un español o un latinoamericano para juzgar acerca de la muerte, la *boutade* del Profesor de nuestra anécdota resulta perfectamente inteligible. En tierras como las nuestras aun las más grises existencias dejan, en el momento en que se esfuman, un imborrable rastro. Todo concurre a dar la sensación de espectáculo, desde la tradición y las costumbres hasta el ademán y los gestos de las personas que deambulan en torno al lecho del moribundo. La participación en el dolor es una muestra de deferencia tanto como un privilegio. De aquí el que pocas cosas se puedan sentir tan en lo vivo, casi al par de un insulto, como una omisión en el oportuno aviso que nos haga congregarse en la sala del agonizante.

Y no se crea que esta teatralización de la que todos hemos empezado a ser desde chicos protagonistas más o menos

inconscientes, constituye una de esas gracias reservadas a quienes abandonan la vida rodeados de comodidades o bien disfrutando de los halagos del poder o de la gloria. Por el contrario; es en el seno de las clases más humildes donde se conservan las más emocionantes prácticas, puesto que no en balde ellas son celosas depositarias de los más abigarrados ritos en la materia donde se entremezclan, según la localidad, ora elementos de las más primitivas civilizaciones indígenas, ora supersticiones de extracción africana, todo ello amalgamado por el sin par sincretismo del catolicismo español.

POR grande, empero, que pudiera ser la diferencia de aquello que podríamos llamar el aire funerario que se respira en las dos mitades del Continente—entre los anglo-americanos enrarecido hasta producir la asepsia de los sentimientos, tal una suerte de clínica moral y entre nosotros recargado de tempestuosa corriente pasional—es mayor aún si cabe la disímil conducta observada en una y otra zona respecto a los muertos.

Si en los Estados Unidos ellos pasan *away*, es decir, desaparecen, se esfuman, en nuestras tierras la tradición al par que la educación sentimental en que desde chicos se nos sumerge, terminan por conferir a los muertos una actuante presencia que se prolonga—en el estrecho círculo familiar al menos—durante años de años. No pasa casi día sin que a propósito de este o aquel incidente, se dedique un recuerdo al desaparecido. La sombra del difunto sigue por mucho tiempo rondando en torno a las habitaciones y la vista de los sitios todos donde solía discurrir su existencia, lacera por mucho tiempo el corazón de la acongojada parentela.

Surgen así de todo este complicado venero de emociones, las más variadas consejas que van desde los cuentos de aparecidos hasta las cuitas de que son portadoras las pobres ánimas en pena, todo lo cual pervive atizado por la doctrina católica de la necesidad del Purgatorio como obligada antesala de la Gloria para todo aquel que no haya sido un santo en vida. Una existencia, de repente

truncada por aleve asechanza de un criminal, por el rayo fulmineo o un tremendo percance cualquiera, se vuelve por estas solas circunstancias, digna de recibir la consagración. De aquí la práctica de encender luces allí donde el malogrado ha rendido la existencia, especialmente cuando la tragedia ha ocurrido en despoblado. Muy pronto —y como coronación de un proceso mil veces repetido— aparece el santuario adonde se van a impetrar milagros, a demandar gracias. Más que en aquellos que aparecen en el santoral cristiano, el bajo pueblo nuestro, fía de los santos que él mismo ha canonizado a través de un ceremonial que debe, por cierto, andar mucho más cercano de lo que simbolizó la santificación de los primitivos tiempos de la Iglesia, que de todas las complicadas regulaciones con que al presente entretienen su ocio los altos prelados del Vaticano.

En gente proclive, como lo es siempre la nuestra, a dejarse arrebatar por la fantasía, no es cosa rara sorprender la preocupación por el género de muerte que el destino nos pueda tener reservada, suerte de reflexión que difícilmente torturará por un instante siquiera la mente del ciudadano corriente y moliente de Norteamérica. Pero no se crea que en nuestro caso la preocupación incide sobre la obsesión de la muerte —tema de desequilibrio psicológico que no nos interesa dilucidar aquí en manera alguna— tanto al menos como al conjunto de circunstancias que han de acompañar al trance final y sobre todo a la actitud que entonces han de adoptar los deudos.

No creemos así que alguien, con mediano conocimiento de aquellas reacciones que más comúnmente se suelen palpar en nuestro medio, se atreviese a hacer entrar en el cuadro de las extravagancias patológicas a un simple mortal por el hecho de que, dejando errar el pensamiento, asistiese imaginativamente a sus propias exequias, complaciéndose —por paradójica que la expresión pudiera resultar— en idear las imprecaciones de dolor y de llanto que se han de verter sobre su cadáver. A este respecto, sería pertinente recordar la costumbre de hacerse celebrar en vida los propios funerales, otrora tan del gusto de las

altas capas de la sociedad española e hispanoamericana que no escaparon a ella ni los propios monarcas.

Poco menos que inacabable resultaría la tarea de pretender apurar el análisis de las prácticas que tienden a reforzar esta tradicional delectación por todo cuanto contribuya a seguir haciendo pesar sobre el destino de los familiares la sombra del desaparecido; pero hay un aspecto que no deseáramos dejar al menos de mencionar —el de los lutos— los cuales hace bien poco, y todavía al presente en el seno de la más conservadora clase media, subrayaban hasta el delirio estas peculiarísimas características de nuestra sociedad. Tasado de acuerdo con una rígida tarifa, el luto había de ser llevado menos por razones de afecto que por la mayor o menor proximidad del parentesco. La idea de la cohesión familiar era la que se pretendía, de esta manera, hacer salir indemne mediante el uso de unos crespones que, por lo común, muy poco han tenido que hacer con la mayor o menor agudeza de la pena.

Si es que un juicio ha de ser externado referente a alguien que acaba de desaparecer, el uso impone siempre en nuestro medio el mostrarnos benévolos y, en ocasiones, hasta francamente apoloéticos de aquellas mismas conductas que en vida nos hubieran podido parecer merecedoras de censura. "Al muerto se le perdona todo" enuncia por su voz la siempre maliciosa sabiduría popular. Acaso rasgo semejante de lenidad, constituya una supervivencia de la primitiva creencia, según la cual el muerto necesitaba ser aplacado a través de una serie de exorcismos, merced a los cuales los vivos reconquistaban el derecho de gozar de su egoísta tranquilidad, de otra manera amenazada de naufragar, si es que se dejaba vagar sin descanso la sombra del difunto.

Emparentada íntimamente con lo anterior, está la modalidad de aplazar siempre para después de la muerte toda manifestación de agradecimiento de carácter colectivo. En nuestras sociedades rara vez se hace justicia en vida. La envidia, los mutuos recelos, las intrigas engendradas por la rivalidad, toda esa vasta red, en fin, de pequeños sentimientos que presentes en toda colectividad humana, alcanzan en la nuestra proporciones de hipertrofia, dificultan

en nuestro caso la retribución al mérito. De aquí proviene el que los más grandes entre nuestros hombres hayan perecido ignorados, en ocasiones perseguidos, víctimas casi siempre de la miseria y la calumnia. Basta, sin embargo, la intervención de la parca para que, en ocasiones, aquella misma gente que en vida se había encargado de hacérsela intolerable, dispute el honor de encabezar las cuestaciones del inevitable monumento con que siempre se quieren aplacar los manes de un difunto ilustre.

Tan sutilmente como en el individuo, trabaja a veces el remordimiento en la conciencia moral de la sociedad para determinar toda esa gama de actitudes con que se pretende ofrecer una reparación al daño ocasionado y las cuales suelen ir, desde las más ingenuas fases que ni dañan ni revuelven a nadie, hasta lo que ya reviste caracteres de refinada hipocresía, cuando media el pavoneo y la reparación se ofrenda en primer término a la propia vanidad.

SURGE aquí una vez más, el inevitable paralelismo con un tipo de sociedad tan antagónico de la nuestra como lo es la de los Estados Unidos, donde un éxito póstumo sería poco menos que inconcebible. La idea del triunfo es allí inseparable de la de una cierta retribución económica y de un reconocimiento de la obra realizada, que nunca se dilata tanto como para que el agraciado no haya de disfrutar de ella durante su existencia. La posteridad cuenta infinitamente menos para el estímulo de la creación artística, literaria o científica, que lo que representa el aprecio de los contemporáneos o, en todo caso, las múltiples oportunidades que ofrece una sociedad donde el mecenazgo de las grandes fortunas no ha cesado nunca de estar presto para ofrecer, no tanto el premio de la obra acabada, como los medios para llevar a cabo su realización. La epopeya del investigador, del erudito, o del simple inventor que realiza su obra con las uñas, y prosigue sus hallazgos guiado nada más que por la fuerza de una irresistible vocación, es así, menos frecuente en los Estados Unidos que acaso en ninguna otra parte.

Extremando aún más el análisis, descubriríamos quizás que la apelación al juicio de las generaciones del futuro a fin de que éstas decidan acerca de los méritos de la propia obra—móvil tan fácil de ser rastreado en la vida y en la obra de nuestros grandes hombres— está casi del todo ausente en el repertorio de reacciones de un conglomerado humano para el cual no hay mejor árbitro que el éxito inmediato. Es indudable que, en determinados casos, pareja limitación puede generar un exceso de actualismo que ponga en peligro la perennidad de la obra, especialmente en el campo de la creación artística o literaria. La cuestión examinada más de cerca, sin embargo, demuestra cómo el riesgo no es ciertamente mayor que el que se corre adoptando posiciones de futurismo—tal como la de aquellos artistas incomprensidos que se esfuerzan vanamente en legar cifrada su obra a la posteridad— escollo tan corriente en la producción de los países nuestros. Por un Stendhal que acierta en sus pronósticos fijando la época de mayor boga de sus obras para cincuenta años después de su desaparecimiento, hay miles de naufragos tragados por el mar del olvido, que perdieron el tiempo sellando en botellas arrojadas al azar, el mensaje que ellos creyeron digno de arribar a las costas del porvenir.

Por lo demás, cuando un pueblo como el de los Estados Unidos se interesa antes que nada en el inmediato éxito, lo que hace es confirmar una vez más sus tan acusadas características de joven comunidad. De la propia manera que en sus años mozos, el hombre cuando actúa acostumbra consultar no mas sus propios impulsos, importándole un ardite el juicio que su conducta pueda merecer de los demás, una nación en un estadio correspondiente a la juventud, se siente con fuerzas suficientes para desafiar todo criterio de valoración extraño a sus propias tendencias. Es esta despreocupación, en cambio, la que nunca le ha estado permitida a los pueblos latinoamericanos. Les pesa demasiado el lastre de las viejas civilizaciones que han modelado su idiosincrasia y así, cuando resuelven encarar un tema serio, como lo es el de la muerte, lo hacen siempre con el consciente patetismo que dimana de sus más acendradas experiencias.

ESTA patética actitud que nuestra civilización adopta ante la muerte, no podrá ser nunca justamente interpretada si se pierde de vista el extraño y complejo fondo en que ella ha evolucionado. Al aporte español—cuyas características medievales ya hemos señalado— hay que agregar los residuos, tan vigorosos en algunas partes, de las viejas comunidades indígenas. El injerto íbase de esta manera a realizar en tierras magníficamente abonadas para que surgiesen esos brotes delirantes que allí donde, como en el caso de México, el hibridismo indohispano se ha realizado de manera más plena y fructífera, han producido un verdadero y casi frenético culto de la muerte.

Todo, en efecto, concurre a su exaltación en un país donde se fundieron sin renunciar del todo a sus perfiles, las viejas civilizaciones precortesianas, con las grandes corrientes de conquista y migración que desata el impulso español en América. Reverso el más cumplido del tipo del pionero que desbravándolo incesantemente, fué plegando la enorme extensión de lo que hoy constituye el territorio de los Estados Unidos, a la voluntad humana, lo es el de esa clase de hombres de presa que sojuzgaron e hibridizaron a partir del alba del siglo xvi, los grandes imperios autóctonos del Continente.

Si de heraldos de un mundo no amanecido hemos calificado a los peregrinos del Mayflower ¿qué podrían evocar sino el vuelo de una bandada de gerifaltes—como en el símil del poeta de los Trofeos— las alucinantes aventuras de la conquista de México o del Perú, las hazañas de los grandes exploradores y aún la propia labor de los misioneros? Justamente en contrario de lo que iba a suceder en las costas de Nueva Inglaterra en el curso del siglo xvii—donde desembocó una corriente en ascenso de la historia—lo que vino a nuestras playas en las carabelas del descubrimiento primero y luego de la conquista, era la agonizante Europa feudal, protagonizada por una España que nunca ha llegado a ser del todo moderna.

Acorde con los rasgos de su plasma originario, la sociedad que desde entonces empezó a formarse en nuestras tierras, nació sellada por esas mismas características de desigualdad, de injusticia, de organización de castas que

aún hoy perviven tras casi siglo y medio de vida independiente. De la propia manera que España trasladó al Nuevo Mundo formas artísticas que en el viejo empezaban a ser superadas, fundando universidades que iban a servir de refugio al aristotelismo en derrota frente a las nuevas autoridades de Bacon o Descartes, así mismo trajo consigo una emoción de la muerte típicamente medieval. Por eso allí, donde como en el caso de la sangrienta civilización azteca, existía ya una tradición glorificadora de la muerte, se explica de sobra que hayan surgido esas violentas tonalidades que tanto desconciertan y fascinan al propio tiempo en la vida mexicana.

Por otra parte, la propia historia nacional tan llena en México de cruentos sucesos, ha conformado una extraña psicología colectiva donde paradójicamente se asocian la indiferencia por la muerte y el culto de la misma. Dándose en muchas ocasiones la mano pero exhibiendo siempre su inconfundible actitud reinan por todas partes las dos deidades de la muerte, la hispana y la azteca. Si la primera reitera el fatalismo, poniendo ante nuestros ojos la inevitable visión de nuestra postrimería aún en los momentos de mayor júbilo, la segunda enseña el desprecio de la vida, el sabérsela juzgar al primer lance. Si la calavera ha sido el símbolo del ascetismo cristiano, el *memento* de nuestro inevitable destino, la emanación de la sangre es lo que ha causado siempre el vértigo y la fascinación en las ceremonias de los pueblos primitivos. Así han confluído sobre el mismo suelo, las rachas heladas que hacen crujir los huesos del esqueleto y los vapores que se levantan de las orgiásticas ceremonias de los sacrificios humanos.

Ambos climas mortuorios—el que podríamos llamar seco por los huesos y húmedo de la sangre—envuelven las manifestaciones todas del arte mexicano. Desde las más insignificantes expresiones de lo folklórico hasta las más elaboradas concepciones de la creación individual—todo aquí aparece inmerso en una atmósfera de misterio. En parte alguna se prodigan tanto las alusiones a la muerte como en México. Así, por ejemplo, la calavera es juguete, golosina, obligada caricatura, elemento ornamental, amuleto, todo a un tiempo. Ya ella misma estaba esculpida, y

de qué imponente manera, en el arte precortesiano. Por todas partes, en los museos y en las más viejas ruinas, nos salen al paso esos cráneos tallados en gigantescos bloques donde el arte mexicano se remontó a cimas de terror y de magnificencia antes sólo alcanzadas por el pueblo egipcio.

Por su parte, el arte español tan rico y variado en todas sus manifestaciones, prodigó hasta la saciedad la ornamentación funeraria, reiterando en el muro y en el sepulcro, en las iglesias y en los palacios, la faz de la parca. En ocasiones, llevado el genio de la raza de ese gusto por lo realista, desafiante de todos los prejuicios estéticos que le es tan característico, no se detuvo ni ante la representación de las vísceras más secretas, de los costados más podridos y repugnantes de la vida. De esta manera nos encontramos con que los artistas de la escuela mexicana de pintura de los siglos XVII y XVIII juegan con los gusanos pululando en la carne pecadora, cuando sus colegas de Europa están atestando sus obras de cupidos flechadores y de graciosas ninfas, en plena fiebre senil de lo rococó.

No en balde un excepcional artista como lo fué Posada —el estudio de cuya obra es clave para entender la moderna plástica mexicana— multiplicó las alusiones a la muerte, refinando el lenguaje satírico de las calaveras y las viejas danzas de la muerte con intuición tal, que le emparenta con un Goya. Pero no hay necesidad, sin embargo, de salir a incursionar por los dominios de la creación artística en busca de testimonios que abonen este culto no poco idólatrico de la muerte. . .

La celebración del día de difuntos exhibe en México todos los refinados perfiles de un espectáculo. Desde los panes de muerto exornados de coronas, de cipreses, figurillas yacentes en su ataúd, latinazgos del ritual de oficios fúnebres, pasando por la indumentaria y los gestos de la gente que se vuelca en los cementerios a realizar el *llanto del hueso*, todo, todo, concurre a dar la sensación de un extraordinario *ballet* en el que nada se ha dejado al azar. La tan comentada procesión de Janitzio, celebrada por los nativos de la isla de Pátzcuaro que concurren con sus viandas a la tumba de sus deudos y allí, tras haber apartado la ración del difunto, celebran un convite con sus muertos, no

es sino la extrema manifestación de los mismos sentimientos, presentes ese día por dondequiera, en todo el ámbito de una tierra tan tenazmente conservadora de sus usos como lo es la mexicana.

CEREMONIAS ejemplificadoras de esta modalidad se podrían seguir enumerando indefinidamente, y si nos hemos contentado con aludir a las mexicanas, no es porque en pueblos de común raíz hispano-indígena no estén igualmente presentes las mismas características. Por todas partes se podría descubrir—sólo que refractado por las diferentes modalidades nacionales—el mismo culto de la muerte en los países nuestros. Pero la utilidad de elegir a México como punto de referencia, resulta evidente a todas luces. Por un proceso de exageración de los rasgos que le son propios, la nacionalidad mexicana aparece como empeñada a voluntad en diferenciarse de su gran vecino del Norte, a efecto de la cual mantiene con tenacidad inigualable muchas de las viejas tradiciones que, en otras partes, se han ido esfumando o desnaturalizando al contacto del cosmopolitismo y, en general, mediante la avasalladora influencia de las modas y el cine norteamericano.

Consciente de su papel de valladar de una cultura, México ha logrado hasta el presente, en parte al menos, mantener intactas las esencias de la misma; pero es indudable que en el futuro su resistencia se irá debilitando más y más, en la medida en que avance el proceso de homogeneización que caracteriza al mundo moderno. Oponerse a ello—a más de descabellada quimera, puesto que todas las endechas y suspiros de los tradicionalistas han sido incapaces de detener por un momento las transformaciones inevitables que apareja el proceso histórico—sería en el fondo pura labor reaccionaria.

Por mucho que se lo quiera disimular y encubrir, so capa de diversos pretextos, el aferrarse a los usos y prácticas del pasado, equivale a hacer causa común con lo que ese mismo pasado pueda tener de condenable o, de simplemente, rectificable. A nadie le debe estar permitido desposar el porvenir—en lo que éste tiene de más virginal y pro-

metedor— manteniendo intactas las ataduras que nos ligan a ritos y supersticiones que, a su vez, son meros residuos de estructuras sociales desaparecidas. Lo cual, naturalmente, no quiere significar que debemos precipitarnos a adoptar las reacciones y los reflejos de otros tipos de cultura, no menos amenazada que la nuestra, de invalidación.

Sólo la incorregible frivolidad de algunos espíritus bienhallados en la ola de creciente mimetismo yanqui que nos invade, pueden pretender que pueblos y gente como los nuestros, de tan peculiar psicología, empiecen a comportarse en materia tan honda y patética como lo es la concepción de la muerte, en forma que nos empareje con los angloamericanos. Lo de pretender hacer esfuerzos para parecerse a otro es, casi siempre, el más seguro camino de perder lo propio sin adquirir ninguna de las cualidades de aquel modelo que teníamos en mientes cuando nos decidimos a emprender su imitación.

Esto fuera de que, si exagerada es nuestra reacción ante la muerte y necesitada de una adecuada rectificación nuestra filosofía al respecto, el empeño lindante con la majadería que los habitantes de los Estados Unidos ponen en suprimir toda alusión a nuestro inminente fin, dista mucho de constituir un ideal. Si así lo fuera, nadie habría acertado con la solución del enigma, como ese caprichoso multimillonario que ha hecho erigir un cementerio en Los Angeles, donde están ausentes todos aquellos símbolos con los cuales de alguna manera ha aparecido emparentada la idea de la muerte, prodigándose en cambio, cuanto recuerde los aspectos sonrientes de la vida, juzgado naturalmente el costado plácido de la misma, por las ideas que al respecto pueda tener un multimillonario norteamericano, vale decir que el aire esté poblado con los sonos de la última extravagancia musical, que en las piscinas emerjan los lindos cuerpos de las *girls* aprisionados en el *maillot* de moda, que el verde césped esté poblado de innúmeros quitasoles multicolores donde se pueda beber un *high-ball*, tomar un refresco o descifrar las palabras cruzadas que trae la última edición del periódico favorito, todo ello encuadrado en ese marco de aséptica *kermesse* que ha popularizado por todos

los rincones del globo el arte de los fabricantes de anuncios de los cigarrillos Chesterfield y la Coca-Cola.

Ello no obstante, para bien o para mal de la humanidad —probablemente para lo primero— hay temas que no se pueden escamotear tan fácilmente como lo quisiera la frívola desenvoltura de los grandes magnates. La muerte es, precisamente, uno de esos temas. Si alguna olvidada verdad hay que la impar crisis que al presente sacude aquellos que juzgábamos más firmemente asentados cimientos de la sociedad, se ha encargado de sacar a flote, es ésta de que no existe vida digna de tal título, si no estamos dispuestos gustosamente a sacrificarla antes que abdicar de ciertos atributos que le dan sentido y enaltecimiento, tales la libertad, la propia dignidad, y en general, las conquistas sociales, políticas y económicas que la rebelión nazi-fascista había jurado abolir a través de la siembra gigantesca de una infección a la que no había escapado ningún rincón, por olvidado que fuera, del planeta.

Tarde se levantaron para aceptar el reto, las fuerzas que, en vez de ahogar al monstruo en su nacimiento, le prestaron alas y hasta le señalaron candorosamente las metas que debía proponerse. En castigo de esta lenidad, el exterminio de la bestia está costando la sangría más grande que recuerda la historia. ¡Y todavía si los actuales sacrificios sirvieran para aleccionarnos en el futuro! Una segunda recaída podría comprometer sin remedio, la suerte del género humano, postrándolo en forma tal, que el regreso a la edad de las cavernas dejara de ser un simple tropo de la candente oratoria política de nuestros días.

La prontitud para arrostrar el sacrificio es inseparable de todo ideal de vida aspirada a ser llevada en plenitud. Es por ello que la visión de la muerte no nos puede ser arrebatada, sin junto con ella privarnos de uno de los resortes de superación de la condición humana. Quizás muchas de las fallas que advertimos en el tipo que nos ofrecen los Estados Unidos como expresión de su ideal de vida, dimanan de este empeño en escamotear la idea de la muerte.

Para que una civilización aspire a convertirse en centro de gravitación de todas las tendencias que sacuden al mundo, necesita adquirir ese pleno dominio de sí misma que la

haga aparecer imperturbable aún en medio de las mayores catástrofes.

Tomadas por separado, las dos Américas ofrecen demasiados puntos vulnerables. Si la nuestra aparece inerme ante la existencia, los Estados Unidos en cambio, se nos representan como chiquillos fácilmente aterrables por el *coco* de la muerte. Por paradójico que ello pueda resultarnos a primera vista, la ciencia plena de la vida, exige el saber morir también. Pero este conocimiento no debe llegar nunca al punto de causarnos inhibición para las tareas de la vida, que es el extremo en que ha caído el mundo latinoamericano.

Aprender a vivir nosotros es, entonces, lo que nos hace falta, tanto como los norteamericanos están necesitados de adquirir una mayor familiaridad con la muerte.

PERSONAS Y LUGARES

TODA filosofía tiene su raíz en la vida, o si se quiere, con más precisión, en una vida, en la vida de un hombre que come y bebe, tiene padres y hermanos, vive en un lugar de la tierra, mecido por un paisaje, acunado por el viento, la lluvia, el monte o el mar, incitado por todas las voces de la tierra, humillado por la presencia de lo infinito, exaltado, con ira y amor, a las más altas cumbres de lo increado. Incluso cuando se asoma a los abismos de lo inhumano o de lo sobrehumano—Spinoza, Nietzsche, San Juan...—son su arranque y su aspiración humanos y, en lo humano, divinos. Sólo la pedantería escolar ha sido capaz de perder de vista esta verdad perenne o de extasiarse con aire paleta ante un “descubrimiento” de esta índole.

¿Qué sería el templo sin el hombre? Toda filosofía, aun la más objetiva y científica, es la revelación de un misterio y, en su último designio, la proyección luminosa de un afán de salvación. Por su Idea fué Platón perseguido y desterrado y estuvo a pique de verse sometido a esclavitud. Descartes, desde su predilecta soledad, sueña proyectos de organización científica que otorguen a los hombres el dominio sobre las cosas, la salud y la longevidad de su cuerpo y el mejor dominio de las pasiones del alma. En el alma de Spinoza—el imposible—las líneas geométricas trazan rayas incandescentes; el motivo más íntimo de su pensamiento es el anhelo político-religioso de la Bienaventuranza suprema y, para no perderla, sufre, con resignada paciencia, la fulminante excomunión de las tres grandes comunidades eclesiásticas dominantes en el mundo contemporáneo. Sin la Revolución francesa y la tragedia divina y humana que se desarrolla en los libros de la Historia sagrada, perderían los tres cuartos de su sentido los grandes momentos de la metafísica alemana. Leibniz, el matemático, anduvo obsesionado con la idea de la unión de las Iglesias cristianas. El positivismo—de aspiración en apariencia tan fría—ha nacido del genio obcecado de un hombre que buscaba, en las tormentas del siglo, por la religión de la Humanidad encarnada en el amor de una mujer, el equilibrio inmovible de la “tradición y del progreso”...

He escogido, entre los filósofos, aquellos que, en opinión de la mediocridad ilustrada, más se han apartado por caminos diversos y aun

opuestos de la realidad de la vida y de las preocupaciones más directamente humanas. No hablemos de los demás.

De ahí la importancia de conocer al hombre y el mundo que lleva en el alma para llegar a la comprensión de su pensamiento. La filosofía no es biografía, pero lleva siempre una biografía en su entraña y una vida personal en su raíz. Aspira a la eternidad y capta en sus mallas amplios jirones de ella. Pero la contempla desde un lugar y un tiempo y su substancia se nutre del trigo de la tierra y de la fragancia del paisaje. No hay árbol sin tronco ni tronco sin raíz. Por las hojas la savia recóndita se asoma a la luz y absorbe la energía telúrica. Merced al tronco su agilidad no se desparrama o se evapora, adquiere compás y ritmo, oscila sin desvanecerse, resiste impasible a las furias del tiempo.

Santayana—de Santillana del Mar, corrupción fonética de Santa Juliana—nos ofrece en un bello libro¹ el “transfondo de su vida”. Mucho de ello se podía sospechar por la simple lectura de sus textos filosóficos. “Por el fruto se conoce el árbol”. En alguna de sus obras autobiográficas nos habían indicado ya interesantes atisbos de su estructura personal. Era, sin embargo, preciso un trabajo de reconstrucción. Ahora nos presenta su cuerpo entero al aire, desnudo y libre. Y por poco que precisemos la mirada nos damos cuenta de que las raíces flotan en la atmósfera. Guardan sus adherencias. Penden de ellas pesados tormos. No han perdido el olor de la tierra. Pero ostentan su desnudez desarraigada.

Aunque nacido en Madrid, su raíz española está en Avila—tierra y ciudad de plata, desnuda y blanca, seca y alta—y en un segundo plano en Reus, arbozada en la abundancia verde de los algarrobos, en el corazón de la Cataluña mediterránea y romana. Los apellidos castellanos y gallegos—Ruiz Santayana, Reboiro—se entrecruzan con los catalanes—Carbonell, Borrás—. A través de las islas Filipinas no tarda en tomar contacto con una stirpe de la más opuesta prosapia. Su madre Susana, catalana de Reus, de tradición catalana y rural y de educación liberal y librepensadora, era viuda de un americano de Boston de la familia de los Sturgis, perteneciente a la alta burguesía industrial, liberal y puritana. De Manila a Boston, de Boston a Avila, el alma española de Santayana se desarrolla y educa, a partir de la adolescencia, en el ambiente optimista y emprendedor de las escuelas norteamericanas. Su estancia en Inglaterra y

1. GEORGE SANTAYANA. *Persons and Places. The Background of my life.* New York, 1944.

sus estudios en Alemania con Paulsen penetran en su alma pero de refilón. Dos lugares eminentes absorben toda su predilección: Avila y Harvard. En Avila pasa los primeros años de su vida y a ella vuelve siempre con amor. En Harvard hace sus estudios universitarios y en sus aulas enseña durante más de veinte años. Ni en España pudo hallar encarnación más pura ni en América lugar más delicado. Ni en la una ni en la otra alcanzó, sin embargo, nunca, satisfacción ni reposo. En América fué siempre "un español desterrado". En Harvard encuentra ricas bibliotecas y generosidad intelectual. Pero también penuria de espíritu y confusión moral. Sólo "huyendo de aquel tióvivo es posible dar sentido a algo o llegar a conocer el propio espíritu". Avila, caballeresca y grande, por la austera inspiración de sus montañas, sus oscuras iglesias y sus murallas almenadas, caduca y silenciosa, no puede hacer ya más que estimular la imaginación y prestar realidad a la historia. A una y a otra se inclina con ternura, pero la ternura se matiza en el primer caso con el desdén, en el segundo con la infecunda añoranza. Ni puede vivir en ésta ni consagrarse a aquélla. De ahí que su vida carezca de consagración y su consagración de vida. En Avila despierta. En Harvard gana su pan.

Católico en lo más profundo, su catolicismo carece de Dios. Educada en la disciplina puritana halla en su optimismo de la prosperidad el vacío del tedio. En ello coinciden el liberalismo, el protestantismo y el judaísmo. Detestan el ideal de la unión con Dios a la altura de Dios como lo anhelan el ascetismo, el misticismo, el platonismo y la inteligencia pura, al tratar de ver las cosas bajo la forma de la verdad y de la eternidad. Se contentan con aceptarlas bajo especie de tiempo, de apariencia y sentimentalidad. . . De ahí que, entre los anglosajones, el liberalismo sea una doctrina de ricos, optimistas y emprendedores. En España un rico difícilmente llega a ser liberal—el liberalismo de los latinos es una doctrina de pobres, triste y amarga—. Desprecia la prosperidad traducida en eficacia. Libre del mundo, se consagra a la belleza. Y la belleza conduce a la eternidad inmóvil.

Católico, sin Iglesia ni Dios, librepensador sin fe ni en la prosperidad ni en el progreso, su psicología de desterrado desemboca en el escepticismo de la "fe animal". Bajo un manto de esplendor y de belleza, su filosofía es la proyección luminosa de un tronco reseco, amargo y, en su última raíz, trágico.

Es una filosofía de soñador solitario, reducido, tras la crítica de sus sueños infantiles, nutridos en la pompa de la tradición romana, a la afirmación de la belleza del mundo y a la resuelta aceptación de su carácter transitorio y caduco. No hay en el cambio despertar, rectificación ni apostasía. Ni es tan siquiera un despertar. Sólo cambian los materiales de la ficción. Posee nueva substancia para sus sueños y otros términos para expresar su secreta aspiración. Es la filosofía de un artista que ha renunciado a la trascendencia. "En lugar de ser un poeta fracasado me convertí en un músico mediocre; y en ambas direcciones fui simplemente un artista. No había, en última instancia, en ninguno de los casos, salida material: inevitablemente todo terminaba en nada. Pero en ambos casos era una música fugaz de ideas, una visión dramática, un tema para el discernimiento dialéctico y para la risa. Y descifrar ese tema, esa visión y esa música, era mi única vida posible".

En religión, como en cualquiera otro soñar despierto, se siente, sin embargo, realista. "Sé que estoy soñando y, por tanto, estoy despierto". La decisión está tomada. No oscilará ya más entre distintas concepciones del mundo. Sólo hay una representación posible: la historia real de la naturaleza y de la humanidad. Las religiones, *todas* las religiones y las filosofías idealistas, *todas* las filosofías idealistas, son soliloquios y fantasmas. Pueden ser elocuentes y profundas. "Como el soliloquio de Hamlet, pueden ser excelentes críticas reflexivas de la totalidad de la comedia". Sin embargo, forman parte de ella y su valor crítico reside enteramente en la fidelidad a los hechos y a los sentimientos que los hechos despiertan. La verdadera realidad, la única fuerza activa y eficaz, es la materia, poderosa y misteriosa. La materia es la substancia de los dioses.

Hay, sin embargo, dioses. Y puedo preferir idealmente una Atlántida a una isla real. Pueril sería, empero, consumirse en pos de ella y abandonar los imperativos de la realidad. La luz del espíritu es pura y abre los ojos a todas las posibilidades ideales. Pero la luz es alumbrada por algo que no es ella y cae indefectiblemente sobre la sombra que la encendió. Todo su resplandor surge de una psique animal, de un corazón vivo y perecedero.

En su primera vuelta a España visita Zaragoza y la virgen del Pilar, "el santuario de la caballería y del patriotismo español". No le importa que la leyenda sea pueril. En la parte trasera del altar hay una ventanilla oval a través de la cual el jaspe del pilar es accesible al público. Allí besó la piedra gastada por los besos de las ge-

neraciones. Sin fe ni esperanza, este beso le sirvió para avivar en sí mismo el sentido de su fortuna precaria y de sus eternas demandas. "Besé de consuno la belleza de lo bello y la vara que me golpeó y me echó de su presencia".

Si toda filosofía tiene su raíz en la vida, una vida sin raíz debía forzosamente producir una filosofía desarraigada. Es la filosofía del "desterrado". Penetrante y aguda, su espléndida arquitectura literaria toma su savia de un alma escéptica. De ahí la fría y escalofriante "objetividad" con que considera todas las cosas del mundo—incluso su padre y su madre—. . . De España "nada en la vida o la literatura de aquel tiempo le atraía de un modo particular". En inglés se consagró a decir "tantas cosas tan poco inglesas como fuese posible".

Así se explica que en 1912, desde el momento en que una herencia le permitió abandonar la cátedra "que siempre había odiado" y dejar de ganar su pan, perdido en el "yard" de Harvard—objeto de su ternura y de su desdén—, hiciera rumbo a Avila y desde Avila a Roma. Roma—católica y pagana, con su manto de esplendor y de belleza—se convirtió en centro irresistible de atracción para este católico ateo henchido de honda piedad para todas las cosas del universo. No en vano había opuesto siempre a todo afán entusiasta o "fanático" la ironía y el desdén, rechazando toda tentativa de levantar el espíritu mediante la proyección moral o religiosa de un mundo mejor y preferido "la desolación a la borrachera".

En los ámbitos de la Roma imperial habrá sentido, acaso, la resonancia de los antiguos escépticos, henchidos también de desolada calma, replegados también en sí mismos, desterrados en su propia tierra.

Allí la encontraron las tropas aliadas, solo y solitario, ajeno a los cuidados del mundo, cultivando su huerto, sin que la menor resonancia de los cataclismos actuales hubiera logrado perturbar la calma de su hermética paz.

Joaquín XIRAU.

MAX WEBER

YA va para meses que aparecieron los dos primeros volúmenes de *Economía y Sociedad*, de Max Weber. Acaban de salir los dos últimos.¹ Que sepamos, no ha habido ningún comentario ni en las revistas técnicas ni en otras de tipo más general en las que también cabía hablar de esta obra cuya traducción representa la contribución mayor de estos últimos años al estudio de las ciencias sociales en los países de nuestra habla. Bastante a desgana adoptamos este tono enfático y hasta un poco pedante, pero ante el desgobierno, fruta mixta de la incuria mental y del halago turístico, de que padecen ciertas zonas de nuestra actividad intelectual, no queda otro remedio que asumir un tonillo impertinente que a los "bien pensantes" hasta les puede parecer interesado.

Aunque Medina Echavarría, que es el responsable de la temeraria decisión que supone la traducción de esta obra, es buen amigo mío, no ha de ser ello óbice, como diría un jurisconsulto, para que yo trate de poner las cosas un poco en su punto. *Economía y Sociedad* es una obra de la que Ortega y Gasset decía que era de imposible traducción. Ya está traducida y el imposible vencido, pero en tal forma que su lectura resulta hasta más clara en español. Desde hace más de diez años andan con el propósito de traducirla destacados sociólogos norteamericanos y no hay hasta la fecha indicios de que haya cuajado nada. Hace cuatro que se comenzó a distribuir la ingente tarea de su traducción española entre diversos colaboradores y en un año se han unificado y puesto en la calle los cuatro volúmenes, acompañados de unos índices analíticos precisos e ilustradores que mejoran la edición alemana.

Max Weber es el miembro más destacado de toda su ilustre familia, a pesar del éxito extraordinario que ha tenido entre nosotros la obra de su hermano Alfredo: *Historia de la cultura*. No pretendo discutir la legitimidad de este éxito, pero sí me atrevo a sostener que

1 MAX WEBER. *Economía y Sociedad*: I, "Teoría de la organización social", traducción, con una nota preliminar, de José Medina Echavarría; II y III, "Tipos de comunidad y sociedad", traducción de Juan Roura Parella, Eduardo García Maynez y Eugenio Imaz; IV, "Tipos de dominación", traducción de José Ferrater Mora. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

la obra de Max está en un plano tal de genialidad y de monstruosa erudición que intimida cualquier propósito de fraternización. De Max se sabe de oídas algo sobre sus estudios en torno al capitalismo moderno y el espíritu puritano y algo también de su invención metódica de los *tipos puros* o *ideales*. Es decir, que no se sabe gran cosa y, sobre todo, que se sabe en un "poco más o menos" lo más alejado del rigor escrupuloso, que bordeó y hasta traspasó los linderos de la locura, característico de Max Weber y que al lector menos dispuesto le comunica algo de su innegable tortura. Por eso me permitiría aconsejar que se comenzara su lectura, aplazando un poco la comprensión sistemática, por algún capítulo del volumen segundo—*sociología de la religión*—o del tercero—*la ciudad*—o por el cuarto—*sociología de la política*—para después de estar un poco nutrido y excitado por el inmenso material histórico que trata de ordenar en estos capítulos abordar el volumen primero—*teoría de la organización social*—, pura desolación esquemática, que en su seca abstracción ramificada podría parecer excesivo casi siempre, ocioso muchas veces y sin duda difícil y antipático. Pero no es artificioso más que en la medida en que lo son todas las construcciones científicas de la mente humana con las que el hombre trata de dominar el caos de la realidad, en este caso la más caótica de todas, la del mundo histórico y social humano.

Max Weber, como todos los grandes sociólogos—¡y sus manes me perdonen este calificativo!—, está acuciado por el problema político: el de la convivencia humana. Como dice Dilthey, nuestra época—la suya y todavía la nuestra—marca una nueva era histórica, aquella en la que el dominio de la naturaleza se prolongará con un dominio científico de la sociedad. A eso tiende también todo el esfuerzo de Dilthey con su *fundación de las ciencias del espíritu*, siguiendo para ello un camino bien distinto del de Max Weber. Opone *ciencias del espíritu* a *ciencias de la naturaleza*, por considerar que su objeto, la vida histórico-social, exige para ser estudiada científicamente otras categorías que las acostumbradas por las ciencias de la naturaleza. El éxito de éstas es lo que nos ha puesto en una falsa vía. Pero más que en esta oposición entre *comprensión* y *explicación*, abundantemente explicada en todos los manuales y en tantos ensayos más o menos filosóficos, donde divergen prácticamente los caminos, es en la manera de entender el concepto de *causalidad*. Según se la entienda se podrán aplicar, fundamentalmente, los mismos métodos que en las ciencias naturales, o no. Fundamentalmente, pues ya el mismo Comte defendió cierta particularidad del método sociológico al recomendar la de-

ducción a partir de grandes hechos históricos, invirtiendo así la marcha de las otras ciencias, donde la inducción, por ejemplo de los hechos biológicos, se veía completada después por las deducciones que la química y la física, ya maduras, ponían a su disposición. Así también, Max Weber elaboró la metodología especial de las ciencias sociales, dentro del marco general de las ciencias, incluyendo —contra la pretensión de Durkheim de estudiar los hechos sociales como si fueran cosas— el *sentido* de las acciones sociales —su comprensión, por lo tanto— y creando los tipos puros —de feudalismo, por ejemplo, o de patrimonialismo— que no se dan nunca en la realidad pero que han sido inspirados por ella, extremando algunos rasgos idealmente, para que sirvan de pauta en la medida de las desviaciones que la realidad presenta siempre y hagan factible una *imputación causal*, una explicación causal de las realidades históricas en una aproximación probabilística a base de esas desviaciones.

Un hecho cualquiera, natural o humano, no es posible explicarlo exhaustivamente como tal hecho, pues las condiciones que concurren a su producción son infinitas. La explicación exacta que la ciencia natural pretende dar de ciertos hechos se debe a que se para, por decirlo así, en unas cuantas condiciones, las que le interesan por ser suficientes para la previsión de los hechos en la *medida* en que pretende preverlos. Un ejemplo: el derrumbe de unos terrenos, la ciencia puede explicarlo, puede decirnos a qué obedeció el derrumbe, a qué se debió que tuviera tales proporciones y que ocurriera en aquel punto y hora. Pero ¿podría explicarnos por qué “esta piedra” derrumbada está donde está? Ni puede, ni le interesa la historia de esa piedra. Ni puede ni le interesa, por lo mismo, prever el momento exacto en que se va a producir, en otro lugar, otro derrumbe parecido: las circunstancias de que depende esta determinación son infinitas. La causalidad, la imputación causal —y la forma de la ley que la expresa, por tanto— se mueve entre dos polos: el de la identidad entre la causa y el efecto, que es lo que tratan de establecer las leyes físicas, y el de la absoluta indeterminabilidad del efecto porque concurre en su producción absolutamente concreta, individual, una cadena infinita de causas. Ahora bien, el punto de vista de la física se orienta, en lo posible, hacia el primer polo; el punto de vista de la sociología no tiene más remedio que orientarse hacia el otro, pues su material son los hechos históricos, concretos, su imputación causal es de tipo concreto, singular —por qué se produjo *sólo* en el occidente europeo el capitalismo industrial—. La sociología no se puede permitir el lujo de abstraer entre las condiciones

de los hechos aquellas que permitan el establecimiento más o menos aproximado de una identidad—a tal o a tales causas tal efecto—, pues se encuentra ante el hecho "entero y verdadero", que es el que hay que explicar. Y de estas explicaciones íntegras, que no pueden ser más que probabilísticas, es de donde espera sacar alguna luz para una previsión o modificación de los hechos sociales, históricos, que, como tales, tienen la singularidad y concreción del *bic et nunc* y, sobre todo, del *así*.

Sin querer me he metido por caminos enrevesados y los menos apropiados para una nota en la que no se trata más que de llamar la atención del lector curioso sobre una obra extraordinaria y de estribaciones abruptas. Pero no tenía, tampoco, más remedio, a conciencia de que la indicación, siendo imprescindible, quedaba sin embargo dibujada en los aires con los humos de la divagación. Es uno de los problemas más difíciles con que se encara el estudio científico de la realidad en los campos divergentes de la naturaleza y de la historia, del hecho general y del hecho concreto, de la repetición y de la progresión, y no voy a pretender ni tan siquiera entresacarle su verdadero nervio. Es también una indicación probabilística y aproximada, con una clara finalidad práctica que nublará su nebulosidad.

El caso es que Max Weber, inducido por la índole especialísima de la materia que traía entre manos, se ha adelantado a la ciencia física en una concepción probabilística de la causalidad—precedido en esto por un sociólogo *avant la lettre*: Hume—y muchas de sus lubricaciones metodológicas cobran ahora una actualidad innegable. La sugestión para los tipos puros me parece que le viene del viejo Tönnies, pues a sus dos esquemas de *comunidad* y *sociedad* deben sus *tipos puros* la fecundidad genética que muestran en su aplicación al material histórico—así, del *patrimonialismo* se engendran idealmente como casos límites el *feudalismo* y el *estamentalismo*; la idea pura de *carisma* hace posible, a través de la *objetivación* del carisma, la comprensión, y la imputación causal aproximada, de las más diversas instituciones y fenómenos históricos, por ejemplo, la construcción de las pirámides de Egipto—y ellos le inspiran la atención prestada al fenómeno de la *racionalización* como tendencia acusada y progresiva del occidentalismo y de la historia. Como también creemos que, por otra parte, su formación religiosa, su familiaridad con la Biblia, le ha permitido la asombrosa contribución que para el estudio de la vida religiosa de la humanidad significa el deslumbrante capítulo que dedica en el volumen segundo a la sociología de las religiones. Y la impresión que le

produjo la obra de Marx le ha llevado a aquilatar con penosa escrupulosidad lo que en cada realidad social se debe a las condiciones económicas y lo que puede deberse a lo que él llama "legalidad propia" de una forma jurídica o religiosa o política. Nada hay comparable a estos estudios insistentes de Max Weber en los que aborda este intrincado y apasionante problema de la estructura y las superestructuras.

Esta obra monumental, esta obra titánica, pues no encuentro otro calificativo más justo para la hazaña de este coloso que se debate con un angustioso rigor científico en el inmenso mundo histórico que le acarrea una erudición más que asombrosa increíble, puede significar, si es bien aprovechada, una buena sacudida ordenadora en el estudio de las instituciones históricas de nuestros países, empezando con las medievales y continuando con las de la colonia. Ya no me atrevo a decir si también para las civilizaciones precolombinas, pues poco, muy poco, sé yo de ellas, y Max Weber apenas si las tiene en cuenta, pero quién sabe. . .

Para terminar: creo que con este libro hay tela que cortar para mucho rato. Un clásico del que los estudios sociales se están y se estarán nutriendo durante mucho tiempo. Está bien que los impacientes tiren por la calle de en medio y ante la necesidad de encararse con los problemas concretos de nuestros días olviden la tradición arquitectónica del pensamiento científico y se pongan a estudiar, como Dios les da a entender, es decir, con los consabidos métodos empíricos, problemas concretos. Tampoco Max Weber nos da, propiamente, un sistema doctrinal, al que no han podido sustraerse, por lo general, los grandes sociólogos: nos ofrece un método sistemático y el ejemplo ambiciosísimo de un intento de comprensión *efectiva*, causal, de la realidad histórica que arroja ya mucha luz sobre el conocimiento del hombre. Tan ambicioso es su intento que, obedeciendo en su raíz a un sentido de responsabilidad política, como destaca agudamente Medina, remueve colateralmente la tierra y en vez de encontrar el tesoro que buscaba —la aplicación práctica— produce, como en el ejemplo baco-niano, una espléndida cosecha que enriquece los graneros del hombre. También en Dilthey tendríamos esta remoción fecunda de tierras realizada en un afán imposible de llegar a un conocimiento de alcance práctico. Pero aquí asoma otro problema peliagudo y no es cosa de seguir.

Eugenio IMAZ.

Presencia del Pasado

EXPLORACIONES EN XOCHICALCO¹

Por Eduardo NOGUERA

Damos las gracias al Sr. Eduardo Noguera, Director del Museo Nacional de México, por haber tenido en cuenta las limitaciones de nuestra revista y haberse impuesto la tarea de abreviar su importante estudio sobre las ruinas de Xochicalco, originalmente más detallado y extenso. Gracias a la amabilidad del señor Noguera podemos ofrecer a nuestros lectores las primicias de una investigación que viene a modificar en forma notable algunas de las líneas fundamentales del horizonte arqueológico mexicano.

INTERESANTES por todos conceptos son las ruinas arqueológicas de Xochicalco, situadas a treinta y ocho kilómetros de Cuernavaca. Su fama data desde muchos años atrás, cuando en 1777 fueron visitadas por el Padre Alzate, de quien poseemos una relación que, si no del todo exacta, al menos es la primera noticia de cierta amplitud y revela desde entonces, la importancia de estos restos prehispánicos.²

Desde esas fechas hasta nuestra época ha sido visitada por innumerables personas y la literatura sobre Xochicalco es ya bastante considerable. A su vez las exploraciones emprendidas en tan rica zona han proporcionado sufi-

¹ Este trabajo no debe considerarse como un estudio definitivo, ni analítico o monográfico. Es una breve relación de las cuatro temporadas de exploración llevadas a cabo en esa zona y sus inmediatos resultados, sujetos a modificaciones cuando la investigación total se termine.

² Existe, sin embargo, una referencia todavía más antigua, de Sahagún, (SAHAGÚN, *Historia General de las Cosas de Nueva España*. Introducción al 1er. libro, p. xvii).

ciente material para empezar a conocer los antecedentes y posibles relaciones de esta ciudad arqueológica.

Peñafiel y Seler, como investigadores más modernos han dejado sugestivos informes e interpretaciones acerca de los monumentos que componen esta ciudad en ruinas, sin dejar de mencionar los trabajos que en 1910 emprendiera don Leopoldo Batres, a quien se le debe la consolidación y reconstrucción del monumento, al parecer más importante, y el que lleva el sello artístico de los constructores de Xochicalco.

Puede decirse que Xochicalco es una ciudad sagrada a la vez que fortaleza. Todo un cerro de grandes proporciones, de considerable altura y forma irregular ha sido acondicionado por la mano del hombre para sobre él construir terrazas, plazoletas, pirámides, adoratorios, patios, juegos de pelota y pequeños edificios que quizás sirvieran de habitación a los jefes o sacerdotes de esa población preterita. Toda la eminencia principal está remodelada por la mano del hombre. A lo lejos descúbrense, como escalinata gigantesca, las enormes terrazas que van ascendiendo hasta culminar en la porción más alta donde se forma una amplia plazoleta que sirve de base al monumento principal de toda la urbe. En asociación a esos elementos arquitectónicos, que le dan un aspecto de ciudad religiosa, adviértense altos y empinados murallones lo mismo que varios sistemas de fosos que permiten suponer pudiera ser defendido en caso de ataque y de escalonamiento muy difícil (Plano I).

Tal es, a grandes rasgos, el aspecto de grandiosidad de Xochicalco. Actualmente se llevan a cabo sistemáticas exploraciones que poco a poco van arrancando los secretos que guarda esta ciudad en ruinas, y ya algo se conoce, un poco de su pasado ha sido revelado y mucho de la artística habilidad de esos antiguos arquitectos y escultores se ha podido vislumbrar al contemplar el monumento principal que tanta fama le ha dado.

De todas las zonas arqueológicas del centro de México, Xochicalco quizás constituye el enigma mayor a la vez que el que mejores luces puede aportar, ya que reúne características muy especiales que le distinguen de los otros



Xochicalco. Monumento principal.



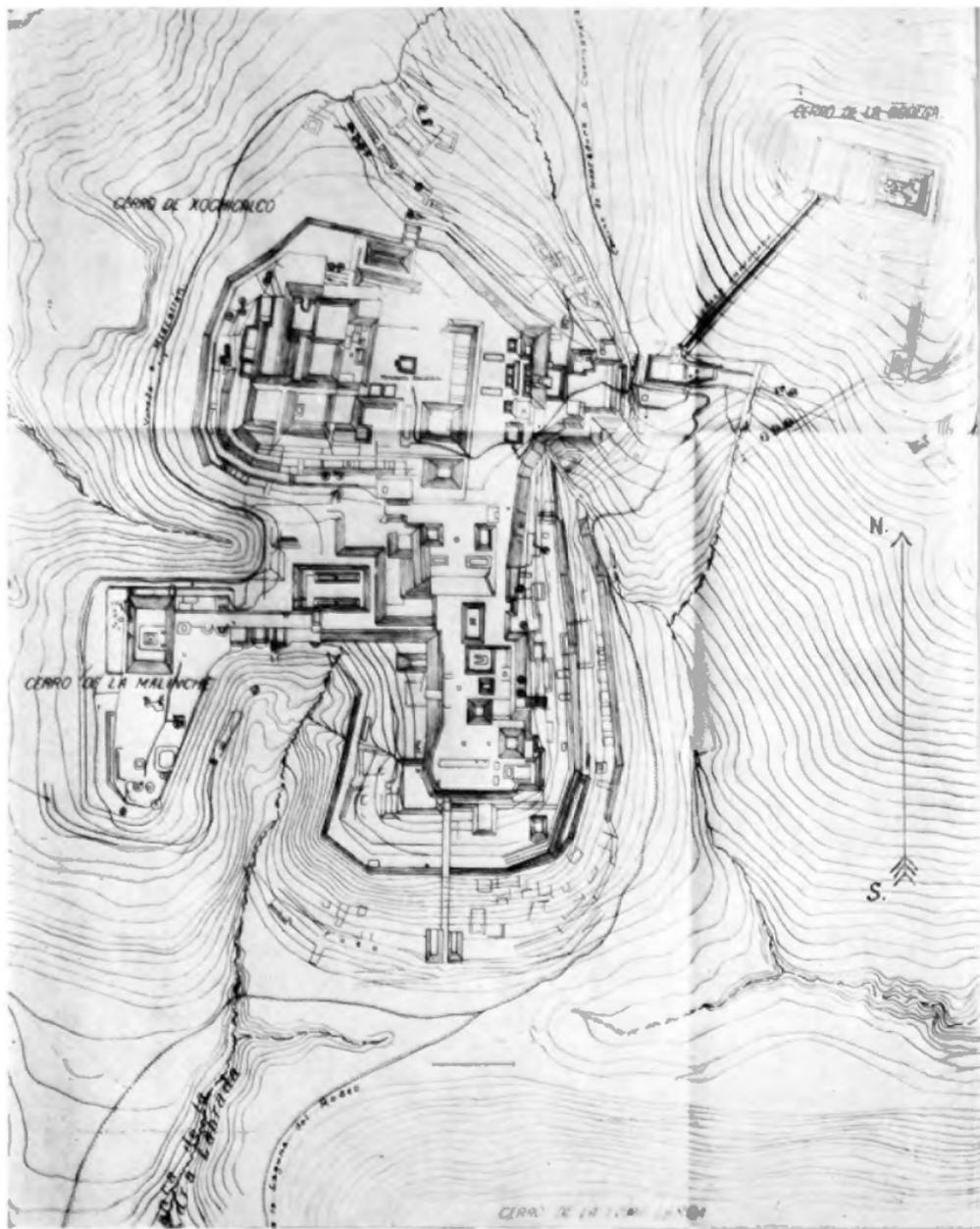
Sacerdote o guerrero en posición sedente.



Símbolo cronológico en la parte N. E. del edificio.



Monumento principal. Detalle.



PLANO 1.

centros culturales. Gracias a las investigaciones que hasta la fecha se han realizado allí, se ha llegado a una probable identificación de su verdadero origen, de las culturas con que puede relacionarse así como a determinar su antigüedad, el tiempo que duró esa civilización y las influencias que recibió o envió a otras regiones.

Faltaba una detenida exploración para poder indagar acerca de su verdadero significado y aunque todavía las exploraciones emprendidas desde 1935 no han logrado llegar a conclusiones definitivas, bien sea porque no han sido éstas muy intensas por falta de suficientes elementos dada la extensión de la zona arqueológica; bien en atención a las condiciones especiales del lugar cuya exploración presenta numerosas dificultades, el caso es que aún falta mucho por hacer para obtener datos más precisos.

A pesar de ello algo se ha adelantado y con los materiales hasta hoy descubiertos, algunos informes se han obtenido, a la vez que distintos problemas han surgido que aguardan su completa explicación.

De cualquier manera, la siguiente exposición comprende, más que nada, un resumen de lo que se ha hecho hasta la fecha y de los problemas que se presentan, a la vez que muestra algunas conclusiones en forma hipotética, que esperamos poder comprobar y resolver en definitiva cuando con mayores elementos se intensifiquen los trabajos y salgan a la luz más amplios datos.

TEMPORADA 1934-1935

TENIENDO en cuenta que fuera de las exploraciones emprendidas por Peñafiel en 1887³ y más tarde por Batres⁴ no se habían practicado exploraciones sistemáticas en la región, que permitieran conocer de una manera más segura los antecedentes de estos vestigios, dispuso el entonces Departamento de Monumentos iniciar excavaciones en diferentes puntos de la zona y al que esto escribe se le asignó la dirección de los trabajos con la colaboración

³ PEÑAFIEL, 1890.

⁴ BATRES, 1912.

de los señores Benalí Salas, Wilfrido Du Solier y Jorge Medellín.

En primer lugar las excavaciones de carácter arquitectónico consistieron en la exploración de los edificios situados al oriente del monumento principal, descubierto y consolidado con anterioridad, resultando ser una serie de pequeñas cámaras que sirvieron quizás de habitaciones. A continuación se practicó una ancha trinchera que partiendo de la cumbre de la eminencia de Xochicalco en su lado poniente se llevó hasta las terrazas más bajas, hecha con el fin de conocer los perfiles de los edificios, su material de construcción y averiguar con exactitud el número de terrazas de que consta la ciudad, al menos en ese lado.

Conjuntamente con esas excavaciones se practicaron cortes estratigráficos para lo cual, y en vista de que no se conocían las condiciones del terreno, hubo necesidad de hacer un reconocimiento de toda la zona con el fin de encontrar superposiciones de culturas o suficiente sedimentación para el acumulamiento de los desechos y fragmentos de cerámica que permitieran reconocer la sucesión de culturas o las diversas etapas que sufrió la cultura representada en Xochicalco.

Una vez encontrados los lugares propicios se hicieron varios cortes iniciándolos en la ladera poniente, al pie de la terraza más baja en donde aparecían a flor de tierra numerosísimos fragmentos que hicieron sospechar que el sitio era adecuado para tales investigaciones. Fueron seguidas de otros numerosos y que a continuación sólo se indican, en la imposibilidad de tratar con detalle cada uno de ellos.

Lado W. del cerro de Xochicalco	7 cortes
Juego de Pelota	3 ..
Montículo situado arriba del Juego de Pelota	2 ..
Plataforma W. Temazcal	1 ..
Cerro "La Bodega"	4 ..
Depresión al E. de la Meseta superior	2 ..
Montículo al lado de la "Chimenea de los Subterráneos"	2 ..

Montículo sobre la plazoleta al Norte del Juego de Pelota	1 cortes
Terrazas Plataforma W	8 „
	<hr/>
	30 cortes.

Todo este material fué adicionado al que se reunió en las temporadas posteriores y, finalmente, en 1944 quedó debidamente clasificado y estudiado y el cual ha servido para obtener algunas conclusiones.

De un total de treinta cortes, parte de los cuales aportaron suficiente material, se compone la primera exploración de esta naturaleza que se emprende en Xochicalco.

TEMPORADA 1941

Las exploraciones de 1941 iniciadas el 3 de noviembre y terminadas el 24 de diciembre del mismo año, pueden considerarse como una continuación de las practicadas en 1934-1935.

En esta temporada, la exploración de mayor importancia que se llevó a cabo en Xochicalco, fué empezada en noviembre por el señor Pedro Armillas en el Juego de Pelota. Algunos días después se intensificaron las exploraciones en los lugares que se mencionarán, estando los trabajos a cargo de distintos investigadores. El autor de este escrito tuvo a su cargo la dirección de todas las exploraciones y el señor Armillas, continuó explorando el Juego de Pelota; el señor Lorenzo Gamio, la señorita Josefina Ortiz Rubio y por algunos días la señora F. Müller, se dedicaron a hacer estudios stratigráficos y otras cortas exploraciones, cuya importancia se juzgó suficiente para que fueran emprendidos esos cortes.

También colaboraron en estos trabajos, como auxiliares, los señores César Sáenz y Francisco Lima, quienes como estudiantes de la Escuela de Antropología, fueron designados para hacer su práctica.

Finalmente, y como encargado de los trabajos administrativos, quedó nombrado el señor Rafael Orellana.

La exploración principal consistió en el descubrimiento del gran Juego de Pelota situado en la terraza más baja y correspondiente al lado sur del cerro (Fig. 1). Este monumento ya había sido explorado en forma inicial, pues se habían descubierto los anillos de piedra y demostrado, por lo tanto, que se trataba de un Juego de Pelota (Plano II).

El señor Armillas tuvo a su cuidado toda la exploración del citado Juego, practicando varias calas destinadas a localizar los diferentes muros y pisos de la estructura, y delineó, calculó y levantó un plano completo del edificio.

El Juego de Pelota se conforma a la forma clásica de estos edificios, es decir, un gran espacio limitado por muros paralelos y terminando en sus extremos afectando una doble "T" o "I". En el caso del edificio de Xochicalco, se puede observar esta misma forma, con la particularidad de que conserva dos grandes anillos de piedra que servían para pasar a su través la pelota de hule.

TEMPORADA 1942

LA temporada 1942 se inició el 23 de noviembre y se continuó hasta el 31 de diciembre. Los trabajos consistieron esencialmente en la prosecución de las obras emprendidas en la temporada anterior (1941) intensificándose en el Juego de Pelota.

Este trabajo consistió en el descubrimiento de todo el piso interior del referido edificio, empezando por la doble "T" en su extremo S.E. A la vez, se terminó la limpia de la gran escalinata situada en la plataforma Sur, en su lado exterior.

Debido a las condiciones especiales de Xochicalco que impiden la subida de camiones, el descubrimiento del Juego de Pelota se hizo con lentitud en atención a que sólo se pudo disponer de unas cuantas carretillas de mano y los demás operarios tuvieron que recurrir a xundes (canastos) por lo que tenían que caminar un largo tramo hasta arrojar el escombro en la barranca más inmediata. Se piensa, para ganar tiempo, utilizar en la próxima tem-



Fig. 1.—Aspecto del Juego de Pelota al iniciarse las exploraciones de 1941.



Fig. 2.—Vista en conjunto del Juego de Pelota durante los trabajos de 1942.



Fig. 3.—Interior del Juego de Pelota. Vista tomada desde el Este hacia el Oeste. Temporada de 1942.



Fig. 4.—Escalinata exterior sur y corredor. Vista desde E. S. E. La alfarda del primer término es la S. E. consolidada en 1942.



Fig. 5.—Plataforma al Sur del Juego de Pelota conteniendo doce pilastras. Explorada en la temporada de 1943-1944.



Fig. 6.—Vestibulo de las pilastras y entrada a la cámara Este. Edificio B.



Fig. 7.—Edificio B.—Pilastra del vestibulo y plataforma de los nichos.



Fig. 8.—Edificio B.—Vista del caño del desagüe en el patio inferior y escalinata de comunicación. A la derecha entrada a la cámara N. E.



Fig. 9.—Detalle de la posición original del anillo sur del Juego de Pelota, cuya espiga yace dentro del núcleo del paramento.



Fig. 10.—El anillo y paramento sur, tal como quedaron en la temporada de 1943-1944.



Fig. 11.—Toda la parte central de la plataforma sur del Juego de Pelota, consolidada y reconstruida en 1943-44.

porada el pequeño ferrocarril Decauville que existe en la zona de Teotihuacán con lo que se violentarán mucho los trabajos.

A la vez que se limpió en su totalidad todo el piso del Juego de Pelota y se tuvo especial cuidado en apilar todas las piedras que fueron encontradas en el curso de las excavaciones, a fin de utilizarlas en su debida oportunidad cuando se hagan obras completas de reconstrucción y consolidación, se emprendieron otra serie de exploraciones en el mismo Juego de Pelota. (Figs. 2 y 3).

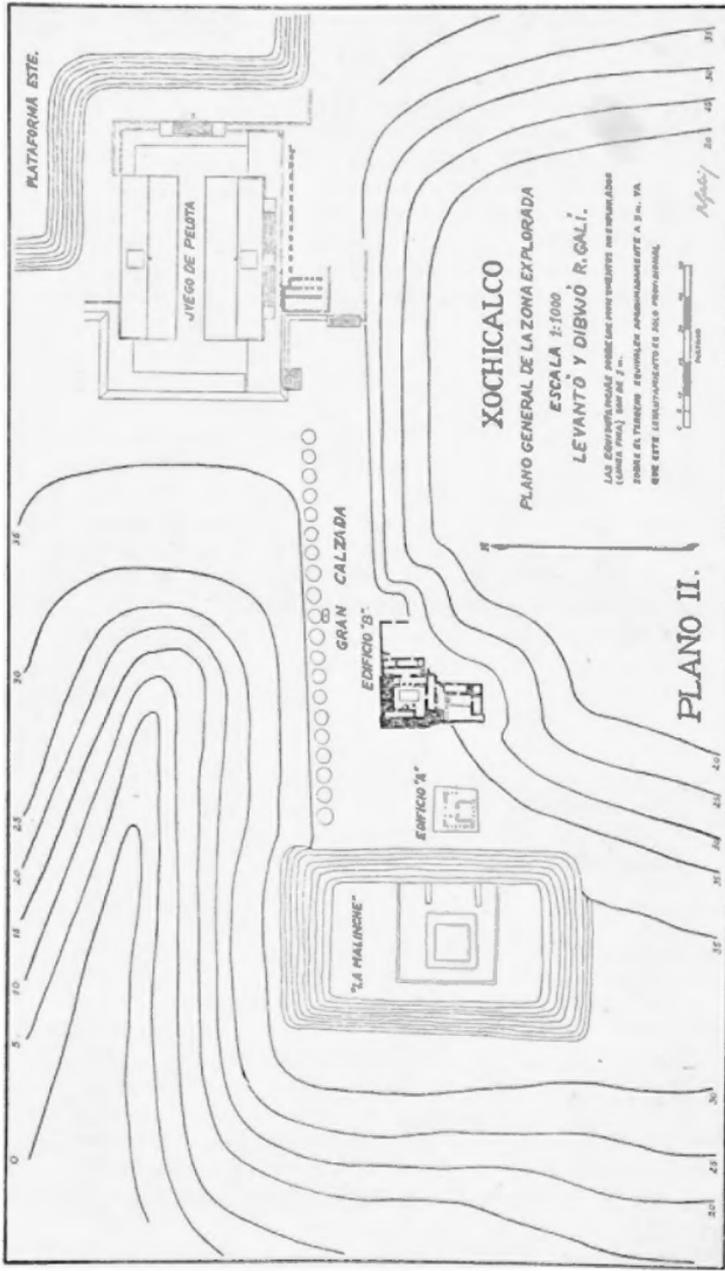
Los sistemas de construcción de Xochicalco fueron debidamente estudiados, observándose que las construcciones son de laja, piedra sin cortar, conglomerados de piedra, concreto y estuco según se ha podido apreciar en los diferentes edificios explorados. Así por ejemplo, en el caso del montículo "C", explorado en la calzada de La Malinche, se pudo comprobar que está compuesto por una serie de capas formadas por piedra, constituyendo un conglomerado reforzado por piedras más pequeñas al que sigue otra capa de piedras sueltas y de menor tamaño y en la parte superior se halla rematada por un doble piso.

Por lo que se refiere a las reconstrucciones efectuadas en Xochicalco en la temporada de 1942, consistieron, en el Juego de Pelota, en reponer las esquinas S.E. de la Plataforma Sur, cuyo derrumbe era inminente. Se consolidaron las alfardas Poniente y Oriente de la gran escalinata Sur (Fig. 4). Al mismo tiempo fueron consolidados todos los pisos y el pequeño muro en talud que se halla al pie de la gran escalinata.

TEMPORADA 1943-1944

LA cuarta temporada comprendió desde el 16 de diciembre de 1943 hasta el 29 de enero de 1944.

En primer lugar se continuó la limpia de la esquina S.W. del Juego de Pelota, en su parte exterior, recogándose toda la piedra que salió durante la exploración y apilándola como en ocasiones anteriores en lugares convenientes para tenerla a mano cuando se proceda a la



XOCHICALCO

PLANO GENERAL DE LA ZONA EXPLORADA

ESCALA 1:1000

LEVANTÓ Y DIBUJÓ R. GALÍ.

LAS CONSTRUCCIONES FUERON RECONSTRUIDAS
 (COMA FIJA) POR M. J. M.
 SOBRE EL TERRENO EQUIVALENTE APROXIMADAMENTE A 3 m. VA
 QUE ESTE LEVANTAMIENTO ES SOLO PRELIMINAR.



PLANO II.

R. Galí

consolidación y reconstrucción. Este trabajo permitió conocer cómo terminaba la Plataforma S. pudiéndose apreciarse que remata en una esquina bastante bien acabada.

Al mismo tiempo que el anterior trabajo se procedió a la limpia de dicha plataforma Sur, lográndose descubrir una serie de 12 pilastras colocadas sobre un piso de estuco formando una larga plataforma, situada exactamente al pie de la Gran Escalinata que sirve de acceso al Juego de Pelota en ese lado. (Fig. 5 y Plano II). A la vez, se retiró el escombros depositado al pie del paramento para continuar su reconstrucción y colocar el anillo en su posición original.

Conjuntamente con lo anterior, el licenciado Juan Valenzuela estuvo encargado de la exploración del edificio o sistema que provisionalmente hemos llamado "B", situado sobre la Calzada de La Malinche y a pocos metros al oriente del edificio "A" y al suroeste del Juego de Pelota (Plano II). Esta exploración resultó muy interesante por la serie de datos que se obtuvieron.

Esta estructura fué explorada en una pequeña proporción durante la temporada anterior por el señor Galí, logrando descubrir unos muros en la esquina N.E. y parte de lo que se presumía era un patio, pero no pudo continuarla por haberse terminado el tiempo y el dinero para su prosecución, por lo que en esta temporada se reanudó la exploración por el arqueólogo Juan Valenzuela.

Después de haberse hecho este trabajo con el cuidado necesario tanto en lo referente a su exploración como al retiro de escombros que en esta ocasión pudo hacerse con mayor violencia gracias a que disponíamos de la Vía Decauville, casi toda la estructura quedó al descubierto, con excepción de una parte en su lado Oriente, razón por la que no se logró resolver si se unía a la estructura contigua situada hacia ese lado o si se trata de un edificio independiente (Plano III). Esta exploración dió a conocer la existencia de un patio central situado a un metro cincuenta centímetros más bajo que el nivel de la calzada de La Malinche, el que ocupa el centro aproximado de toda la estructura (Fig. 6, Plano III, A). Al Oriente ocurre la entrada a un gran vestíbulo al que se sube por un escalón

de treinta centímetros y limitado por dos pilastras (Figs. 25, 26; Plano III, B). En su lado norte se forma una pequeña cámara cuya base consta de un pequeño tablero con nichos sobrepuestos a un pequeñísimo talud (Fig. 7; Plano III, C). Estos son nichos dobles de gran profundidad, hallándose recubiertos de estuco. Las medidas de todas las cámaras y vestíbulos de este edificio se podrán apreciar en el plano III levantado por el señor Ramón Gali.

A través de una entrada se llega a otra larga cámara situada al Oriente del vestíbulo (D). Esta cámara, también a un nivel más alto que dicho vestíbulo, está igualmente recubierta de estuco y contra su muro Oriente, aparece un talud cubierto de estuco.

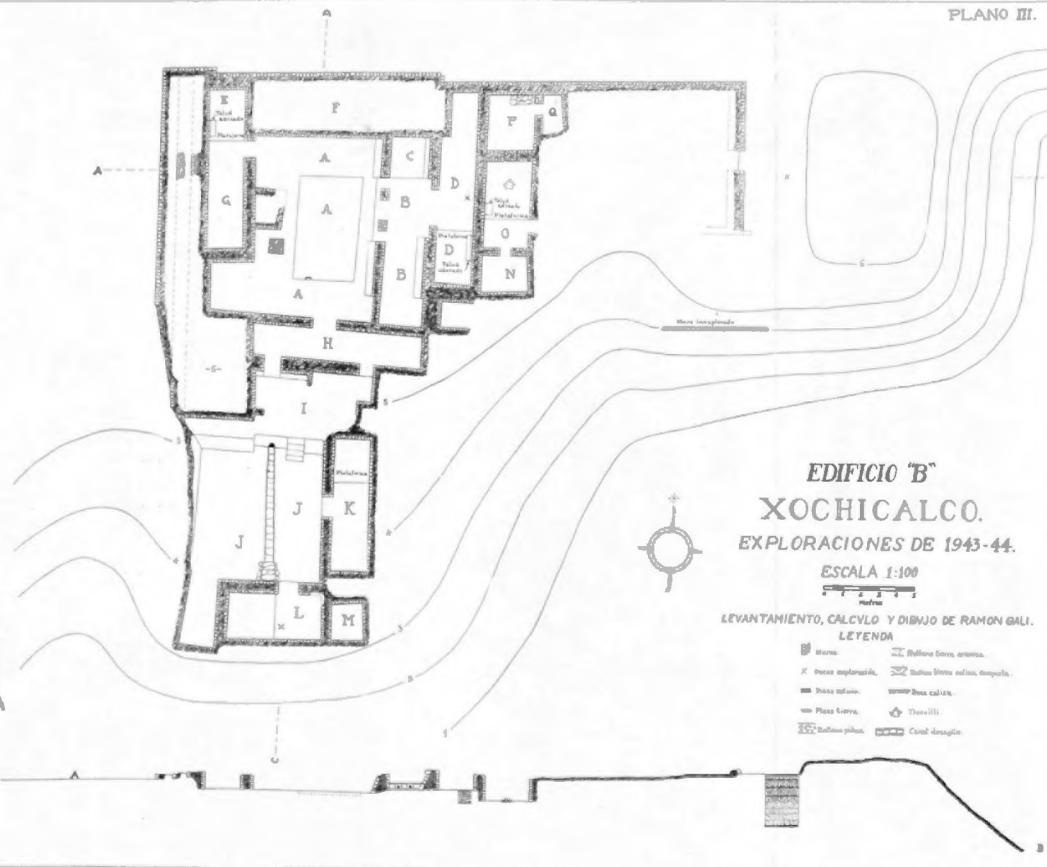
Al Poniente y Norte del patio central se hallan otras cámaras análogas (F, E, G) con sus muros en buen estado de conservación, con la particularidad de que la cámara N.W. (E) en lugar del tablero de nichos, tiene una plataforma compuesta de una cornisa de piedra a modo de escalón y en el lado poniente se hallan tres losas bien cortadas y colocadas en talud.

Al pie del muro Este y en el centro de la Cámara "D" se encontró el piso cortado, pero se pudo observar que lo había sido en épocas prehispánicas.

Como detalle interesante de la exploración del patio "A", debe mencionarse el hallazgo del desagüe del mismo, consistente en una losa cortada a la mitad de su circunferencia, de cara cóncava y con perforación en el centro. Esta piedra va unida a otra que va adherida al muro del patio, la que también tiene una perforación central de quince centímetros de diámetro y toda recubierta de estuco.

Continuando la exploración hacia el Sur se descubrió una puerta que da paso a otro angosto pasillo (H) que se halla comunicado por una puerta en su lado S.W. con otro vestíbulo (I).

Se sigue explorando y descubriendo la parte sur y poniente del edificio, lo mismo que la del norte, para averiguar en qué forma se unía a la Calzada de La Malinche. Por medio de calas se descubre toda la parte exterior del



EDIFICIO "B"
XOCHICALCO.
 EXPLORACIONES DE 1943-44.

ESCALA 1:100
 metros

LEVANTAMIENTO, CALCULO Y DIBUJO DE RAMON GALI.

- LEYENDA
- Muro
 - Muro explorado
 - ▨ Muro sin explorar
 - ▤ Pisos de tierra
 - ▥ Pisos de caliza
 - ▧ Estuco pilas
 - ▩ Estuco de barro, arena
 - Estuco de barro y caliza, con yeso
 - Pisos de caliza
 - ▬ Trazos
 - ▭ Canal drenaje

edificio en su lado poniente, y que consiste en un bajo muro atalusado. En cambio la exploración hacia el Sur descubre una escalinata angosta de cuatro escalones de alto peralte hechos de piedra tallada, con la particularidad de que el más alto procede de material más antiguo vuelto a usar, pues era fragmento de una canal bien cortada (Fig. 8). En consecuencia, vemos un brusco cambio de nivel en toda la estructura, es decir, la parte sur se halla a un metro cincuenta centímetros más abajo que el lado norte y aquí se forman otra serie de cámaras limitando un patio (Plano III, J).

Continuando la exploración hacia el Oriente, se encuentra una puerta que da acceso a otra cámara semejante a la del piso superior, con la particularidad única de que la plataforma de esa cámara se halla recubierta de estuco, conservando todavía muchos restos de pintura roja (Plano III, K).

Al proseguir las exploraciones en los lados sur y oriente del edificio se descubre otra serie de cámaras análogas a las del nivel superior. Esta misma exploración permitió reconocer otras cámaras en su extremo sur, (L, M), pero la falta de tiempo impidió llegar a resolver en definitiva cuál es y cómo se hacía la entrada a este edificio, presumiéndose sea por medio de terrazas situadas en la ladera que sirve de asiento al Juego de Pelota, Calzada y Pirámide de La Malinche.

Una vez terminada la exploración en el lado sur, se continúa por el N.E. y a poco se descubre una cámara de muy pequeñas dimensiones con puerta de entrada al Norte (N), la que comunica a otra provista de plataforma y talud ornamental, aunque de menores dimensiones que las otras cámaras (O), y en el piso un "Tlecuilli" conservando aún sus tres piedras y de forma clásica. Todo el perímetro del "Tlecuilli" está revestido de piedras cuadradas, pero no cubiertas de estuco.

Al norte de la cámara del "Tlecuilli" y separada por un muro y una puerta hay otra cámara (P) y en el extremo N.E. se encontró una última cámara cuya exploración no se alcanzó a terminar por falta de tiempo.

CONSOLIDACION Y RECONSTRUCCION

SIN duda, la reconstrucción más importante efectuada durante esta temporada fué la reposición del anillo de piedra del Juego de Pelota, en la que presumimos fué su posición original, lo mismo que la reconstrucción del paramento Sur.

A efecto de consolidar toda esa porción y colocar el anillo en su lugar original de la manera más aproximada posible, se tomó como base el hecho de que el piso de estuco termina al pie del sitio en que se hallaba la espiga del anillo. Pero la circunstancia más elocuente y en que nos apoyamos para esta reposición consiste en que la espiga del citado anillo se encontraba aun dentro del núcleo del muro, de lo que se supone, con bastante fundamento, que no debió caer de muy alto sino que simplemente se desgranó el muro y el anillo se volteó (Fig. 9). Esto se puede aceptar si tenemos en cuenta la construcción tan poco sólida ejecutada por esos antiguos arquitectos, cuyo solo material fué piedra y lodo. Por otra parte, tomando en consideración el peso tan considerable del anillo y en atención a los recursos arquitectónicos y su técnica tan elemental para dar solidez estructural, es de dudarse mucho que esta piedra haya sido colocada más alto y sólo sostenida por la espiga, razón por la cual tenemos la convicción de que se colocó empotrada la espiga en el muro y apoyada una de sus caras sobre el piso de estuco.

De cualquier manera, y faltos de datos más precisos, creemos que fué lo más acertado el haber solamente endeerezado el anillo de su posición caída colocándolo en el sitio en que se hallan estas piezas en otros juegos de pelota.

Efectivamente, un hecho que refuerza nuestro procedimiento en este sentido es la comparación con otros juegos de pelota cuyo anillo se encuentra todavía en su posición original, como así ocurre en Cobá, donde todavía el anillo se encuentra empotrado en el muro y es, exactamente, como en Xochicalco, en la intersección del talud y el paramento vertical (Fig. 10).

Por lo que se refiere a la profundidad en que la espiga iba empotrada en el muro, nos basamos en el dato de que

el estuco afortunadamente se había conservado en la cara que estaba en contacto con el suelo y que la parte cubierta de estuco era lo único que estaba visible.

Por otra parte, por lo que se refiere a la colocación en sentido horizontal, si se pudo hacer con exactitud, ya que se tomó como base el centro del adoratorio o altar situado en la parte superior y central de la plataforma sur, cuyos muros están en buen estado de conservación y en su sitio original, por lo que se tomó el centro de ese altar para colocar el citado anillo.

En cuanto a la reconstrucción del paramento en que iba empotrado el anillo lo reconstruimos hasta determinada altura, apoyándonos en el alto actual de la plataforma que conserva todo su núcleo en su altura original. Una vez colocado el anillo se procedió a consolidar y reconstruir todo el centro de esa plataforma, y la parte superior del paramento reconstruido quedó protegida por gruesa capa de cemento con la debida pendiente para impedir la filtración del agua (Fig. 11).

LA ARQUITECTURA

TODAVÍA faltan numerosas exploraciones en los monumentos, siendo preciso al menos la investigación total de algunos de los muchos sistemas de construcción que hay en Xochicalco para poder conocer mejor su arquitectura. No necesitamos repetir al detalle las muchas descripciones que se han hecho de esta ciudad en ruinas, tal como en la actualidad se encuentra, que deberán modificarse cuando se explore más detenidamente. Nos limitaremos aquí, por tanto, a bosquejar una brevísima descripción para hacer resaltar algunas de sus características peculiares.

De conformidad con el plano adjunto (Plano I) y ajustándonos a lo expuesto por el arquitecto Marquina,⁵ Xochicalco está construido sobre una elevación de corta altura con un eje ligeramente mayor de Sur a Norte sufriendo un ensanchamiento hacia este último rumbo. En su lado Poniente ocurre otro sistema a un nivel más bajo

⁵ MARQUINA, 1928, pp. 15, 16.

denominado "La Malinche". Todavía a un nivel inferior, en esa misma dirección, existe otro grupo de edificios. Hacia el N. E. se halla el pequeño cerro llamado "La Bodega" que contiene varias construcciones, unidas al grupo principal de Xochicalco por ancha calzada dispuesta sobre la pendiente de este cerro.

En toda la porción norte de la elevación con dimensiones aproximadas de Mts. 400 de E. a W., se hallan varios grupos de edificios distribuidos con relación a un eje principal E-W., pero no con exacta orientación ya que se hallan desviados cinco grados al S.E. con relación a la línea verdadera.

Aproximadamente en el centro de esta parte del cerro que es la más alta, se halla un patio rectangular de Mts. 120×80 conteniendo el monumento principal, el único explorado totalmente y reconstruido y el que le ha dado mayor fama a Xochicalco. Este patio está limitado por plataformas y pequeñas pirámides destacándose un grupo de habitaciones en su costado oriente que fueron descubiertas y exploradas en 1935.

El resto de la ciudad ofrece características muy análogas entre las que sobresalen los sistemas de patios rodeados de pirámides o plataformas, algunas de grandes proporciones como la denominada "La Malinche" y situada en el extremo W, o el sistema de La Bodega. Hay también calzadas pavimentadas tales como la que une el Juego de Pelota, ya explorado, y la calzada que conecta el grupo principal con La Bodega. Son frecuentes, igualmente, los juegos de pelota o lo que se supone que sean por tratarse de plataformas alargadas y paralelas. Altas murallas que limitan las terrazas, fosos en distintos rumbos y un grupo de subterráneos que se extienden por buena parte del interior del cerro, completan los aspectos más salientes de Xochicalco.

Como podrá apreciarse en el referido plano, los constructores de esta ciudad supieron adaptarse de manera notable a la forma del cerro, consiguiendo una completa simetría ya que los edificios están distribuidos en varios grupos unas veces unidos, otros independientes, resultando verdadera unidad arquitectónica.

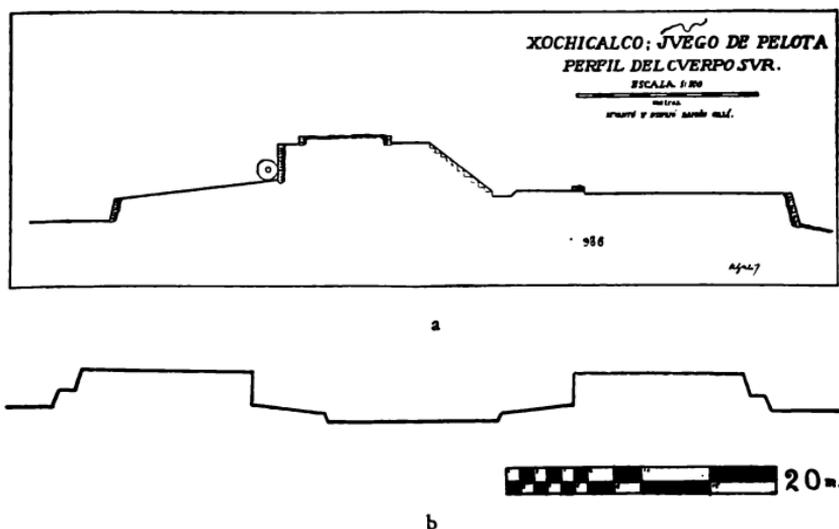


Fig. 12.—Perfiles de Juego de Pelota: a, Xochicalco (según Galí; b, Tula (según Acosta).

De acuerdo con esas características el arquitecto Marquina opina que esta ciudad puede considerarse como un tipo intermedio entre las ciudades toltecas del centro de México y las mayas del sur.

Estudiando ciertos detalles arquitectónicos se observa que el talud es mucho mayor que el tablero, que aquí aparece en forma de cornisa. Iguales proporciones se notan en El Tajín. En cambio, en Teotihuacán es de mucho mayores proporciones. A su vez en las ciudades mayas, como Chichen Itzá, el referido talud es también mayor que el tablero sólo que la inclinación del talud es distinta.

Por lo que se refiere al Juego de Pelota, existe una decidida analogía, casi identidad, con Tula. En primer lugar sus dimensiones son muy parecidas; el de Tula mide: Mts. 67.40 de largo máximo y el de Xochicalco Mts. 69.21; pero no sólo esto, sus semejanzas en detalle son es-

trechas como es la inclinación del talud, el paramento, el exterior de las plataformas, la presencia de nichos, escalinatas en la plataforma sur, y pequeñas escalinatas de acceso al juego. Tal parece en muchos de sus aspectos la copia uno del otro, correspondiendo ambos en todos sus pormenores al tipo B según lo clasifica Acosta,⁶ con la diferencia de que en Xochicalco si se encontraron los anillos (Tlachtemalacatl) (Fig. 12 a y b).

Volviendo a la zona maya en busca de analogías, tenemos Cobá, primeramente, en donde existe un juego de pelota conservando aún el anillo colocado, como ya lo hicimos notar, en la intersección del talud y el paramento.⁷ (Fig. 13 a). En Copán se halla una cabeza de guacamaya en ese mismo lugar con la circunstancia de que el perfil es sensiblemente semejante al de Xochicalco.⁸ (Fig. 13 b). Otro tanto puede decirse del Juego de Pelota de Guaytan en el Valle Motagua, Guatemala.⁹ (Fig. 13 c). En cambio, en Piedras Negras, la Estructura K-6 está desprovista del anillo, pero sus perfiles son muy parecidos variando el talud que es de menor inclinación.¹⁰ (Fig. 13 d). Estrechas o lejanas analogías pueden también establecerse con juegos de pelota de Yaxchilan, la Estructura R-11 de Piedras Negras o con Calakmul, Río Bec, Becan y Uxul de Campeche,¹¹ y fuera de la zona maya con Yucuñudahui, Oaxaca, pero su examen y comparación nos tomaría excesivo espacio.

Hasta hoy y con los pocos datos que se tienen es todo lo que se puede decir acerca de la arquitectura propia de Xochicalco por lo que nuestras comparaciones se basan únicamente en el Juego de Pelota que es el edificio más explorado. Faltan todavía muchas exploraciones que emprender para conocer, al menos, un sistema completo de edificios que sirvan de segura guía para reconocer sus verdaderas relaciones y con ello comprobar exactamente su época de construcción.

⁶ ACOSTA, 1940.

⁷ POLLACK, 1932.

⁸ Datos proporcionados por Linton Satterthwaite; y Morley, 1943.

⁹ SMITH, A. L. y KIDDER, A. V., 1943.

¹⁰ SATTERTHWAITE, 1944.

¹¹ RUPHERT, K. y DENISON, J. H., 1943.

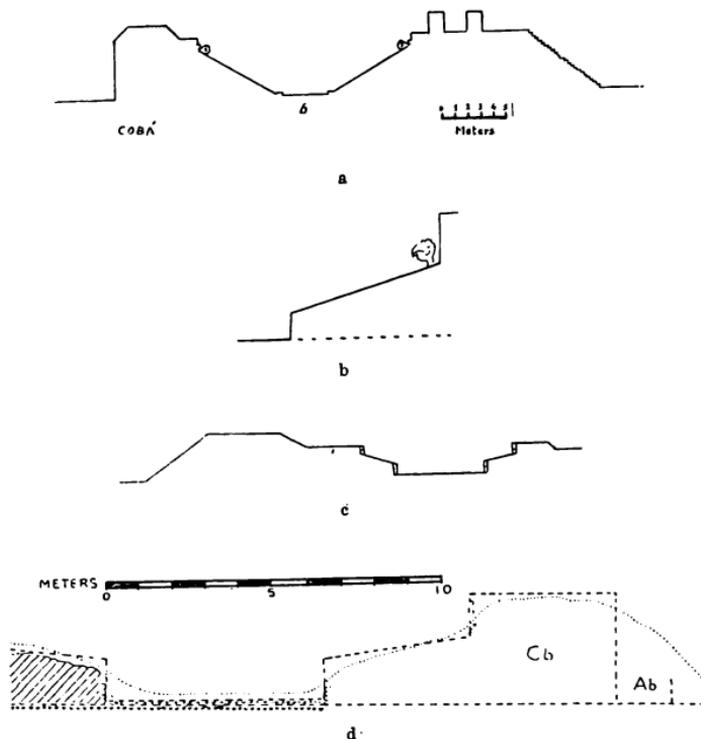


Fig. 13.—Juegos de Pelota en la zona maya: a, Estructura XVIII, Cobá, (según Pollock); b, Copán (según Morley y Satterthwaite); c, Guaytán, Guatemala (según Smith y Kidder); d, Estructura K-6, Piedras Negras (según Satterthwaite).

A la vez que el monumento explorado ha sido el principal contribuyente al renombre de Xochicalco, sus relieves han motivado varios estudios ampliamente publicados,¹² pero todavía su significado no ha sido demostrado de manera absolutamente convincente. Existen al respecto varias interpretaciones como las de Mena, Palacios, Meyer y otras

¹² PEÑAFIEL, 1890; SELER, 1908; MENA, 1910; PALACIOS, 1918; NOGUERA, 1929.

de menor extensión. Por otra parte, como no es el objeto de este estudio preliminar intentar ninguna investigación interpretativa, que se hará más adelante cuando se tengan más conocimientos y la región sea mejor explorada, sólo expresaremos en forma concreta nuestra propia opinión acerca del significado que en resumen expresan estos hermosos relieves. Nuestro modo de pensar es que se trata únicamente de un registro y corrección calendárica como así lo asienta Palacios apoyándose de manera preferente en el relieve situado en la esquina N.W. en que se ve parte de una figura humana que colocada dentro del signo "Calli" reúne con la mano derecha, abierta sobre el numeral 1, una fecha con otra, por medio de una cuerda, y con la izquierda tira el signo XI "Ozómatli".

A nuestro entender no sólo expresa el registro de un calendario sino que en forma alegórica anuncia el cambio de todo un sistema, es decir, la adopción de uno nuevo que sería el nahua-mixteco y el abandono del antiguo maya-zapoteca significando, igualmente, la llegada de nuevas gentes o de otras influencias culturales.

En cuanto al estilo de los relieves, en especial el tipo étnico de las figuras humanas, es de un decidido sabor maya mejor que zapoteca. Expresión del rostro, frente huidiza, al parecer deformada, tratamiento del cuerpo, elegante y vistoso tocado, delicadeza de la postura del personaje, no se puede menos que pensar en las obras de los mayas si se buscan analogías. Indicios y aun grandes sugerencias ofrecen algunos relieves de la zona maya, indicándonos que de allí es de donde pueden proceder el origen, la inspiración o, en último caso, influencias del arte expresado en Xochicalco.

Ante este intrincadísimo y delicado problema, atentos a la enorme extensión de terreno que separa una de otra cultura y entre las que había poderosas civilizaciones, no es el momento para intentar afirmar las verdaderas y posibles relaciones con el solo apoyo de la arquitectura hasta que nuestros conocimientos sean más extensos. Veremos por ello qué es lo que la cerámica recolectada puede decirnos al respecto.

LA CERAMICA

ANTES de las exploraciones y con anterioridad al estudio de la cerámica de Xochicalco se presumía que ese material ofrecería marcadas relaciones con culturas del centro de México y se tomaba como hecho establecido que no sería más que una repetición de los tipos comunes a Teotihuacán, o culturas post-teotihuacanas (Mazapa, Coyotlatelco, Tlahuica y en general Mixteca-Puebla) o, en último caso, relacionado con culturas conocidas. Pero su estudio y análisis, contrariamente a lo supuesto, conduce a distintos resultados.

En efecto, a consideraciones análogas a lo expuesto por el arquitecto Marquina respecto a la pretendida relación de Xochicalco con ciudades mayas, se llega por el estudio de la cerámica. Todo el material recolectado desde la primera temporada de 1934-1935 ha sido debidamente clasificado y estudiado por la señora E. Florence Müller lo mismo que la elaboración de las tablas estadísticas por lo que queremos expresarle nuestro reconocimiento por esta paciente labor que ha servido de importante base para este estudio. Nos corresponde ahora hacer en una forma más extensa la descripción e interpretación de este nutrido acervo a fin de procurar encontrar el origen de esta cultura y sus posibles relaciones.

El examen de la cerámica de Xochicalco revela varios tipos característicos muy poco diferentes en cuanto a la clase de barro y sus componentes y de mayor homogeneidad por lo que se refiere a las formas. En cuanto a la decoración ésta es sencilla.

A continuación describiremos cada uno de los tipos esenciales con sus respectivas variantes comprendiendo todo el material encontrado en la zona durante las cuatro temporadas y en seguida nos referiremos a las posibles secuencias allí desarrolladas.

En vista de que no disponemos del suficiente espacio para exponer una extensa clasificación, sólo se considerarán a grandes rasgos los tipos de cerámica más característicos, que ya dijimos fueron clasificados por la señora E. Florence Müller.

En un trabajo futuro se hará el análisis y clasificación detenida.

Cerámica anaranjada A.

Esta cerámica comprende dos grandes grupos: cerámica ordinaria y otra más fina y con sencilla decoración.

Esta última ofrece mayor variedad en cuanto a sus formas y decoración de toda la encontrada en Xochicalco, Es al mismo tiempo la que alcanza el porcentaje más alto y por lo tanto se puede considerar como la más característica y propia de esta zona. Es a la vez la que tiene mayor variedad de subtipos.

Desgraciadamente no se han podido recuperar ejemplares completos para poder decir las variantes de sus formas, pero sí se puede afirmar que la más constante, por no decir única, es de cajetes.

A su vez estos cajetes ofrecen ligeras variantes. Tenemos un tipo de cajete de fondo plano, cuerpo de paredes divergentes y otro cuyo fondo es convexo, con paredes un poco más divergentes con la interesante particularidad de tener un pequeño reborde basal que no alcanza el tamaño de moldura, cuya presencia es muy significativa en esta clase de vasijas por las relaciones que permite establecer (Fig. 14 e, g). El tercer tipo es menos numeroso, con fondo semi-plano y cuerpos divergentes o convergentes (Fig. 14 f, h). El cuarto tipo comprende cajetes sin soportes (Fig. 14 i).

En contraste con la relativa sencillez y poca variedad de formas de los cajetes, encontramos mayores diferencias en cuanto a los soportes. Los hay de distintos tamaños y formas. Se observa, además, cierta relación en cuanto a la forma del soporte con la del cajete.

En primer término tenemos soportes que podríamos llamar esféricos alargados, con perforación y que corresponden al primer tipo de cajete. Naturalmente el tamaño del soporte está en relación con el del cajete. La segunda variante, frecuente en el segundo tipo de cajete, es muy interesante. Se trata de grandes soportes huecos y de forma esférica, que con relativa frecuencia se caracterizan por

servir de sonaja provista de ancha perforación rectangular (Fig. 14 j, k). Un tercer tipo consiste en un soporte cilíndrico algunas veces cortado en su base (Fig. 14 l, o). Excepcionalmente se encuentran soportes semi-esféricos llenos de pequeñas perforaciones (Fig. 14, m).

Con menor frecuencia y correspondiendo a una etapa más reciente, se encuentran soportes planos y pequeños en cajetes de cuerpo muy divergente, pero constituyen una minoría (Fig. 14, p). Como última forma de soporte están los circulares que pertenecen a cajetes de pequeño tamaño (Fig. 14, ñ).

La decoración, en extremo sencilla, de esta clase de cerámica, es pintada, esgrafiada, en relieve y de pastillaje.

En abrumadora cantidad la decoración es pintada. Esta decoración es muy sencilla, consiste principalmente en bandas rojas en el borde de las vasijas, unas veces en el interior, otras en el exterior o en ambas caras (Fig. 14, g, h). Además de esta banda y como motivo decorativo se encuentran grandes discos rojos dispuestos en el interior del cuerpo del cajete y en su base (Fig. 14, g).

En mucho menor cantidad hay fragmentos con decoración policroma consistente en bandas rojas y negras, limitando un espacio blanco (Fig. 14 q). Un solo fragmento contiene decoración muy elaborada, compuesta de rombos blancos delineados por rojo dispuestos sobre un fondo anaranjado; pero esto es lo excepcional (Fig. 14, r).

No obstante el corto número de fragmentos con decoración de relieve, ésta es variada. Esta decoración se encuentra en la parte exterior de la vasija, en forma de bandas. Los motivos decorativos comprenden grecas alternadas, rombos concéntricos, etc. aplicados después del cocimiento de las vasijas (Fig. 14, t, y). Hay un fragmento de decoración sellada con un motivo muy elaborado, pero debido a su pequeño tamaño no se puede identificar; parece ser un motivo simbólico (Fig. 14, s).

Cerámica anaranjada B.

Este tipo de cerámica se distingue por llevar una capa de pintura en las paredes exteriores que le dan un espec-

to de laca o recubierta brillante. Se trata de una gruesa capa de color anaranjado que tiende a desprenderse al rayarla con la uña, la que guarda analogía en cuanto a su técnica con la Cholula en donde es muy abundante.

Cerámica anaranjada C.

Bajo este título incluimos una clase de cerámica de coloración naranja, de barro muy semejante al de tipo A, y de formas bastante parecidas, por tratarse de cajetes con soportes semiesféricos; pero difiere un poco en cuanto a las paredes que son rectas y divergentes o hacen una pequeña curva y son de fondo plano.

Lo más interesante al par que característico de esta cerámica, es su tratamiento exterior, en donde se aprecia la técnica que hemos denominado de "brochazos", que también ocurre en Cholula. La mejor descripción que se puede dar, es que esta técnica da la impresión de que los ejemplares fueran de madera y que trataron de imitar las vetas.

Cerámica anaranjada fina.

Denominamos así un tipo de cerámica que corresponde a platos o cajetes de fondo muy somero como única forma. Están hechos de un excelente barro, magnífico cocimiento y de gran sonoridad.

A nuestro modo de ver, se trata de una cerámica que se relaciona con el anaranjado fino que se encuentra en las culturas post-teotihuacanas que se extienden hasta Chichén Itzá.

Estas vasijas son de un color crema o rojizo y van decoradas con una gruesa banda negra o roja en el exterior. En cambio en el interior la banda es más delgada o forma cortas ondulaciones.

Cerámica roja.

Esta cerámica se distingue de las otras por su bonito aspecto debido a su excelente pulimento. Uno de sus grupos es de extraordinario acabado. El barro es de color café cla-

ro, casi crema, de fina textura, y su mayoría lleva un baño de rojo oscuro, habiendo algunos fragmentos de este rojo finamente bruñidos. Por otra parte, no es muy abundante esta cerámica, pues alcanza un porcentaje muy bajo y, por lo tanto, no podemos precisar las variantes de las formas. Sin embargo, podemos decir que se trata de cajetes de forma igual a las de la cerámica naranja y café claro. El cuerpo del cajete hace un ángulo pronunciado con el fondo y están provistos de grandes soportes huecos.

Cerámica rojiza.

Encontramos en esta clase de cerámica objetos de gran tamaño que corresponden, indudablemente, a grandes vasijas, braseros, posiblemente comales, y otras vasijas rituales.

Cerámica café claro.

Esta cerámica ofrece características muy semejantes a las de color naranja.

Tenemos un tipo de mucho interés provisto del reborde en la base y con paredes verticales, que es tan característico en la cerámica anaranjada. Hay una variante de cajete de fondo plano, paredes rectas divergentes y con soporte plano.

Cerámica café oscuro.

Por la corta cantidad de los fragmentos encontrados de esta cerámica no es posible decir mucho, pero sí se pueden sacar algunas conclusiones interesantes.

Desde luego tenemos el hecho de contar con ejemplares de formas iguales a las del grupo de cerámica anaranjada. Hay una variante en que el barro es más oscuro, de una tonalidad café y está recubierto de un baño café oscuro. Encontramos las mismas formas de cajetes de cuerpos divergentes y soportes análogos. Por su parte la decoración

es igual consistente en discos rojos o bien grandes triángulos dispuestos en el interior del cajete. (Fig. 15, a-c.).

Notamos una diferencia en cuanto al tratamiento, porque algunos pocos de ellos fueron pulidos con palillos. Pero comprobamos que se trata de la misma época y de la misma tendencia artística al observar que entre esta cerámica hay fragmentos con el reborde que, según vimos, es tan frecuente en la cerámica anaranjada (Fig. 14, e, f).

Es muy interesante el hallazgo entre este grupo, de fragmentos decorados, que son del más subido interés porque se trata de dibujos hechos en profundo relieve o "Champlevé" que nuevamente nos vienen a recordar las obras de los mayas, pues presentan un sabor marcado de esta cultura. (Fig. 14, g-j).

Cerámica crema.

En cantidad comparable a la café oscura se encuentra esta cerámica que no ofrece característica especial ya que representa solamente una variante de las otras teniendo en cuenta la misma forma de cajetes e iguales soportes. Su diferencia radica más bien por ser de una tonalidad más clara, francamente crema.

Sin embargo, hay algunas formas distintas, como son grandes cajetes de pequeñas asas planas y dispuestas hacia arriba (Fig. 16, a). Otros tienen asas de forma ordinaria y el cajete, de borde plano, va pintado de rojo (Fig. 16, b).

Cerámica negra.

Esta cerámica se distingue de los otros grupos por estar hecha de un barro café más oscuro. En muchos de los fragmentos se ve el cocimiento imperfecto porque el núcleo está sin cocer, pero en otros es completo. Por su parte el barro es de una textura un poco más áspera si la comparamos con los otros grupos de cerámica. El tratamiento exterior e interior de las vasijas es muy bueno, porque están perfectamente pulidas. Algunas ofrecen variedad en

cuanto al color pues el exterior es negro y el interior un poco más claro.

Desde luego tenemos grandes ollas de corto cuello volteado y con amplia abertura, y algunas con asas (Fig. 16, g h); pero la mejor relación la encontramos por las formas cajetes de paredes divergentes, fondo convexo y reborde en idénticas a las que hemos visto en los otros grupos, es decir, la base (Fig. 16 i, j). Otros carecen de este reborde, pero la inclinación de sus paredes y su aspecto es igual (Fig. 16, k).

Hay algunos fragmentos de verdadero interés porque tienen decoración de profundo relieve, que corresponden a partes de una figura humana o tocados, y esto, nos vuelve a recordar las culturas del Sur como la maya o la zapoteca (Fig. 16, q, r).

Sin embargo, el punto más interesante que ofrece esta cerámica, no obstante su corta cantidad, es la presencia de unos pocos fragmentos que tienen todos los visos de ser teotihuacanos, no tanto por el barro o el tratamiento exterior, sino por su forma. En efecto, se trata de vasijas de fondo plano, paredes verticales y provistas de pequeños soportes tal como se encuentran en la cultura teotihuacana (Fig. 16, n, o.).

La conclusión que se desprende del estudio de este tipo es que corresponde a la misma cultura expresada por los otros grupos de cerámica por tener las mismas formas, el mismo acabado e igual barro, con la excepción de unos pocos fragmentos que parecen mostrar un cortísimo contacto con la cultura teotihuacana.

Cerámica gris.

Es de sumo interés esta cerámica por las comparaciones que permite establecer debido a la analogía que señala con otras culturas. No obstante su corto número encontramos fragmentos cuya forma es igual a la de los otros tipos ya descritos. Es decir, los cajetes son de paredes rectas divergentes y con un ligero reborde en la unión del cuerpo con el fondo (Fig. 16, a, b). La segunda, que es más abundante, comprende cajetes en forma de casquetes esféricos con

una banda de un gris oscuro o negro en el borde exterior y en el tercer tipo el interior es gris o negruzco (Fig. 16, c. d).

En cuanto a los soportes, son pequeñísimos conos y hay un solo soporte semiesférico y uno anular (Fig. 16, e, g-i). A pesar de su corto número, tenemos un fragmento de crecido interés pues contiene decoración en "champlevé", ante lo cual todo lo que podemos decir es que tiene un decidido sabor maya, que más adelante, al terminar este estudio, nos permitirá establecer puntos de comparación (Fig. 16, f).

Cerámica falso plumbate.

Indudablemente el hallazgo de cerámica del clásico tipo "plumbate" hubiera sido de grandísimo valor. No obstante su ausencia, ocurren algunos fragmentos que están relacionados con ese tipo teniendo en cuenta que en su cara exterior llevan un cierto brillo metálico, pero al hacer un examen más cuidadoso se ve que no tienen todas las características inherentes, ya que la cara interior no ofrece los mismos aspectos, sino que es de un pulimento común y corriente.

En realidad el "plumbate" o plumizo por regla general es muy escaso en las distintas zonas arqueológicas en donde se encuentran poquísimos fragmentos, ocurriendo lo mismo con la cerámica que describimos; y atentos al hecho de que en otras zonas vienen asociados y que se encuentran en capas superficiales podemos considerarlas como manifestaciones muy recientes.

Entre los fragmentos hay algunos decorados con una banda de líneas esgrafiadas simulando una cuerda o bien un línea en relieve que separa una faja con decoración esgrafiada de un motivo simbólico (Fig. 16, k-m.).

Material de la superficie.

Como siempre hemos procedido antes de iniciar alguna exploración estratigráfica o pozo, se recogió todo el material de la superficie. A pesar del corto número de ties-

tos encontrados, son muy significativos porque se pueden identificar con bastante exactitud.

No necesitamos describir ni ilustrar estos fragmentos por ser de sobra conocidos. Tenemos, desde luego, fragmentos que se relacionan con la cultura Matlazinca o Tlahuica; otros que tienen ligera analogía con la Coyotlatelco, y un tercer grupo que tiene todos los visos de ser azteca. Dado su corto número en comparación al acervo tan considerable de los otros fragmentos de cerámica, sospechamos que no hubo ocupación muy reciente del lugar y que, al aparecer, los pueblos pertenecientes a las culturas que existían durante los últimos años antes de la conquista, sólo llegaron a Xochicalco cuando esta ciudad se había extinguido y su cultura desaparecido.

Figurillas humanas de barro.

Como ocurre con bastante frecuencia en las excavaciones de carácter estratigráfico, las figurillas humanas no son muy abundantes, cosa muy sensible ya que son el mejor indicador cultural. Así sucedió en Xochicalco en donde fueron halladas unas cuantas. A pesar de ello son muy significativas, permitiendo establecer los mismos contactos que señala la cerámica.

En primer lugar tenemos una figurilla de un tipo arcaico, no muy abundante en el valle de México, que por su forma, clase de barro y otros detalles recuerda ejemplares propios de Michoacán o posiblemente Guerrero, y ocasionalmente se encuentra en el Estado de Morelos.

Hay otra figurilla de mejor acabado, y sentido artístico, que por su expresión, tratamiento y técnica, la relación mejor que permite establecer es con la cultura maya (Fig. 17, o.).

En cuanto a las demás figurillas, por estar moldeadas, por encontrarse en la superficie y por su aspecto general, nos inducen a considerarlas como de culturas más recientes (Fig. 17, n.).

CONCLUSIONES

Es verdad que la zona arqueológica de Xochicalco no es un sitio ideal para excavaciones estratigráficas, debido a que está situada sobre una eminencia natural que fué acondicionada para construir una ciudad y por tal motivo hubo constantes remociones del terreno. Además, es bien sabido que las ciudades sagradas, dedicadas a fines religiosos, como son todos los visos que fuera Xochicalco, se conservaban limpias. De ahí que no es frecuente, por no decir ausente, la acumulación de basura o desechos. Algo semejante ocurre en las ciudades mayas donde los arqueólogos de la Institución Carnegie y de universidades americanas han tropezado con la misma dificultad: no encontrar acumulamientos propios que servirían para reconocer las etapas evolutivas de la cultura o culturas allí representadas.

Las excavaciones estratigráficas se hicieron con el debido método, se buscaron los lugares más apropiados en donde se supuso encontrar superposiciones de capas y, puede decirse, no se dejó sitio alguno sin hacer sondeos como se habrá observado en la primera parte de este trabajo al tratar de las exploraciones.

En tal virtud la investigación estratigráfica de Xochicalco nos permite emitir las siguientes conclusiones, pero tenemos que hacer hincapié en que son provisionales y sujetas a cambios que se harán cuando se extiendan las exploraciones arquitectónicas y de otro carácter en esa rica zona. Son, en cierto modo, las primeras impresiones que se tienen de esta cerámica.

Ahora queremos emitir nuestra opinión, basada en el estudio de ese material, que creemos aporta algunas luces para resolver algo acerca de la cultura de Xochicalco y sus relaciones.

Ya que la cerámica de Xochicalco ofrece muy poca variedad en cuanto a su decoración tenemos que apoyarnos de preferencia en las formas.

En primer lugar tenemos una forma especial de cajetes que corresponden a varios tipos de cerámica, que ya hemos

descrito y que se distinguen por un reborde basal¹³ (Fig. 14, e, g; fig. 15, e, f; fig. 16, i, j; fig. 17, a, b). Pues bien, esta forma es frecuente en un tipo de cerámica del mismo Estado de Morelos. En las colecciones del Museo Nacional hay un lote catalogado como procedente de Totolapan, Mor., recogido por el Obispo Plancarte y clasificado como de cultura arcaica que ofrece formas no idénticas, pero sí análogas a las de Xochicalco teniendo en cuenta el reborde aludido y el fondo cóncavo.

Vasijas con este reborde característico y forma semejante se encuentran, igualmente, en Monte Albán I, naturalmente hechas del barro gris propio de esa región.¹⁴ Por su parte, en Xochicalco también ocurren vasijas de barro de ese color aunque en menor cantidad.

Más significativo es el hecho de que vasijas de forma casi idéntica a las de Xochicalco se encuentran en Guaytan, San Agustín Acasaguastlan, Guatemala, que han sido recientemente descubiertas y descritas por Smith y Kidder.¹⁵

A primera vista parece un poco atrevida esta afirmación tomando en cuenta la enorme distancia geográfica que existe entre estas dos zonas; pero como las regiones intermedias no han sido exploradas y no pudiendo, por ello, establecer los nexos en esas zonas intermedias, tenemos que buscarlas en las más apartadas. No solamente existe semejanza en la forma de las vasijas mencionadas sino que hay otras en esa misma zona de Guaytan que tienen decoraciones de discos rojos que recuerdan mucho lo que es tan frecuente en Xochicalco.¹⁶ (Fig. 14, g; fig. 15, b.).

La etapa cronológica a que pertenece esta clase de vasijas sería del Período Lato como así lo llaman Smith

¹³ Creemos oportuno insistir en que este reborde no llega a constituir una verdadera moldura basal (Basal flange) que es lo característico de Tzakol, sino que es una pequeña moldura o saliente en la base de las paredes del ejemplar.

¹⁴ Colecciones del Museo Nacional de Antropología y Caso, 1938, Fig. 14 (4), Fig. 35 (6).

¹⁵ SMITH, A. L. y KIDDER, A. V., 1943; Fig. 24 c; Fig. 30 a; Fig. 31 a-c; Fig. 33 a-c.

¹⁶ SMITH, A. L. y KIDDER, A. V., 1943; Fig. 47 c.

y Kidder, y el siguiente el Magdalena de esa región. El Período Lato es sensiblemente contemporáneo del clásico Tzakol de Uaxactun y el Magdalena algo más reciente que el Tepeu.

Sin embargo, vasijas con reborde o ángulo basal ocurren asimismo en Uaxactun, desde el período Chicanel¹⁷ por lo que hay la posibilidad de que este rasgo cerámico llegara posteriormente tanto a Guaytan como a Xochicalco, aunque esto no parece aplicársele a la última zona.

De comparable antigüedad y forma son algunas vasijas que describe Ekholm en el área Tampico-Pánuco¹⁸ y algo semejante se nos ofrece en Tres Zapotes y Cerro de las Mesas correspondiendo a los períodos antiguos respectivamente.¹⁹

A efecto de esclarecer nuestras suposiciones, el Sr. Alberto Ruz tuvo la gentileza de examinar nuestra colección ya que él ha trabajado con detenimiento en algunas de las zonas de la región maya y tiene gran familiaridad con esa clase de cerámica. Él cree ver en nuestro material algo que le es conocido y que le da un aire mayoide. Reforzando la impresión del Sr. Ruz recordaremos el hallazgo de la figurilla que tiene todo el aspecto maya o mayoide (Fig. 17, o); y los fragmentos con decoración en relieve de igual carácter (Fig. 15, g-j; fig. 16, m, q, r).

Por nuestra parte, al permitirnos el Sr. Ruz examinar su colección, encontramos, en efecto, muchas semejanzas; desde luego la misma forma predominante de cajetes con el característico reborde, aunque las paredes cierto es, no sean tan divergentes; pero su aspecto es muy análogo y señalan la misma idea. Todavía más, entre la cerámica de Campeche y otros lugares de la zona maya investigada por el Sr. Ruz, hay algunos tipos de cerámica que puede decirse son idénticos a los que hemos denominado Anaranjado B, que llevan una recubierta o laca.

Igualmente debo mostrar mi agradecimiento al Sr. Du Solier por sus sugerencias y por haberme permitido obser-

¹⁷ SMITH, 1936, Lám. II, 16, 17.

¹⁸ EKHOLM, 1944; Fig. 5 a-f; Fig. 13 b, d, e.

¹⁹ WEIANT, 1943; Fig. 32 (36, 38, 55; Fig. 33 (6); DRUCKER, 1943; Figs. 45, 46, 50, 54.

var su material del Tajín. Aquí se encuentra una gran semejanza en cuanto a la forma de las vasijas, clase de barro y aun motivos decorativos en relieve que hallan paralelo con lo encontrado en Xochicalco (Fig. 16, q. r), por lo que se refiere a la cerámica negra y correspondiente a la etapa más antigua.²⁰

Es cierto que la forma de las vasijas de Xochicalco no es absolutamente idéntica a todas las que comparamos puesto que hay variaciones en cuanto a la altura, inclinación de las paredes y los soportes, pero junto con la presencia del reborde característico lo predominante son cajetes de aspecto muy semejante.

Aun podemos extender nuestras comparaciones con ejemplares del N. W. de México, en donde la Dra. Kelly encontró nutrido material en Apatzingán y allí también vemos ese reborde, igualmente en cajetes y que suponemos correspondientes a una etapa antigua ya que no ha publicado todavía sus resultados.

En cambio el Sr. Pedro Armillas, quien bondadosamente examinó nuestra colección, no encontró nada en concreto que pudiera relacionarse con la zona explorada por él en la cuenca del Balsas Medio, pero, a su vez, tiene la impresión que Xochicalco está relacionado con culturas más al Sur.

En pocas palabras, todo este acervo nos está mostrando que se trata de una etapa muy antigua comparable al arcaico del Valle de México y de Monte Albán I, y que posiblemente corresponde al período Mamom-Chicanel de la zona maya, a los períodos antiguos de Tres Zapotes y Cerro de las Mesas, Ver., al I y II del área Tampico-Pánuco, y al Período Lato de Guaytan que parece ser un poco posterior a Mamom-Chicanel, puesto que Smith y Kidder lo encuentran contemporáneo con Tzakol.

Siguiendo nuestras comparaciones en forma cronológica trataremos de establecer relaciones con la cultura teotihuacana. Examinando lo que hemos encontrado en Xochicalco, tenemos, hasta hoy, muy pocas pruebas. Ya

²⁰ Faltan conocer *in extenso* los estudios de los señores Du Solier y García Payón para llegar a más firmes conclusiones.

vimos que solamente entre la cerámica negra aparecen algunos fragmentos que ofrecen relaciones con Teotihuacán, pero esa corta cantidad no nos permite creer que hubo grandes contactos con esa cultura (Fig. 16, n, o). Fuera de ese material no encontramos objetos tan típicos de los teotihuacanos como serían vasos cilíndricos, soportes de loza, candeleros, etc., ya que el hallazgo de algunos tiestos con decoración negativa y de "cloisonné" no implica necesariamente que sean producto de los teotihuacanos en vista de que no es un rasgo únicamente de esa cultura puesto que aparece en distintas regiones y en variadas épocas.

Por tal motivo es de pensarse, a falta de otra mejor explicación, que no hubo verdaderos contactos entre los pueblos de cultura teotihuacana y los de Xochicalco durante ese período y por razones desconocidas, ya que nos resistimos a admitir que Xochicalco fuera abandonado durante ese tiempo y vuelto a ocupar posteriormente, pues como lo indica la secuencia de cerámica siguió habitado hasta épocas más tardías.

En apoyo a la idea de que Xochicalco no fué abandonado en esa época y que tuvo relaciones más bien con las culturas del Sur, lo vemos en la presencia, aunque en menor cantidad, de cerámica gris, que es común a Monte Albán III y quizás IV en forma de platos de fondo somero con una banda gris casi negra que procede indudablemente de Oaxaca (Fig. 17, c, d). Además, la forma de cajetes comunes en Xochicalco sin el reborde peculiar y soportes globulares, pueden encontrar paralelo con lo que correspondería a Monte Albán II.¹

La comparación de otros tipos de cerámica más sobresalientes de Xochicalco muestra otras conexiones. Desde luego, tenemos fragmentos que se relacionan con Cholula como son los hechos con técnica de brocha que dan la impresión de ser de madera, cuya frecuencia es alta en Cholula.

Lo mismo podemos decir de los clasificados como falso plumbate que tienen cierto brillo metálico y cosa igual

²¹ Colecciones del Museo Nacional de Antropología, y Caso, 1938, Fig. 42.

ocurre en Calipan y en Cholula. Su hallazgo es muy significativo ya que éstos se encuentran asociados con los de técnica de brocha y recuerdan tipos encontrados por el Sr. Ruz. (Fig 17, k-m).

Estos son los únicos elementos hasta hoy que nos permiten establecer mejores relaciones con Cholula y culturas de esas regiones.

Entre los fragmentos de Xochicalco hay uno que hemos llamado de Cerámica Anaranjada Fina. Buscando analogías, vemos que a lo que más se asemeja es a vasijas procedentes de Otates, cerca de Jalapa, Veracruz. La semejanza consiste en que el barro es idéntico así como en llevar bandas negras en el borde. Posiblemente nuestra comparación esté equivocada, pero hasta ahora no hemos encontrado semejanza con otras culturas de México, y entonces tendríamos dos tipos que relacionarían Xochicalco con culturas del Golfo.

Quizás más estrechos contactos y que apoyan lo observado por el Juego de Pelota, se pueden establecer con Tula por medio del tipo de cerámica con banda roja sobre fondo anaranjado o blanco que ofrece una gran analogía. Esta relación debió ocurrir en épocas ya más recientes.

Además, la presencia de algunos tiestos del conocido Anaranjado Fino y trozos de alabastro y cobre nos están indicando un período determinado, igualmente tardío.

Toda la cerámica fragmentada que se encuentra en la superficie de Xochicalco corresponde a los últimos períodos prehispánicos como ya lo hemos anotado al referirnos a los tipos de Mazapa, Coyotlatelco, Tlahuica, Matlazinca y probablemente Azteca I. Por su corta cantidad y por el hecho de haberse encontrado sobre la superficie del terreno y, al parecer, no asociados con ningún edificio, nos inclinamos a pensar que fueron dejados por gentes de esas culturas cuando Xochicalco ya estaba abandonado y ellos no hicieron su morada allí.

Como hasta esta fecha no se han encontrado vasijas completas que serían una mejor base para nuestras comparaciones, no podemos por ahora y con el material a nuestra disposición llegar a más seguras soluciones.

Repitiendo lo que hemos dicho, nuestras conclusiones son francamente hipotéticas y sujetas a rectificación para lo cual esperamos las sugerencias y puntos de vista de los especialistas acerca de esta investigación preliminar.

Con los datos obtenidos hasta hoy, a continuación presentamos una tabla comparativa de las etapas culturales que suponemos están allí representadas, que por ningún motivo deben considerarse como definitivas y permanentes. Tampoco pretendemos que indiquen necesariamente relación sino que son fases quizás contemporáneas. Se trata sólo de la primera piedra o armazón, que en nuestro propósito sirva de apoyo para sobre él construir, corregir o rectificar, a fin de sentar las verdaderas etapas y relaciones que muestre Xochicalco cuando se explore con más amplitud.

TABLA COMPARATIVA Y PROVISIONAL QUE MUESTRA ETAPAS DE CONTEMPORANEIDAD ENTRE XOCHICALCO Y OTRAS ZONAS ARQUEOLÓGICAS DE MEXICO

XOCHICALCO	CENTRO DE MEXICO	OAXACA	ZONA MAYA	VERACRUZ
Xochicalco IV	Mazapa-Coyotlatelco-Tula-Cholulteca I-Azteca I.	?	Chichén Itzá I.	Tajín III (?)
Xochicalco III	Teotihuacán III.	Monte Albán III	Tepeu	
Xochicalco II	Teot. I Ticomán.	Monte Albán II (?)	Tzakol	Tajín I (?)
Xochicalco I	Zacatenco-Copilco.	Monte Albán I.	Mamon Chicanel	

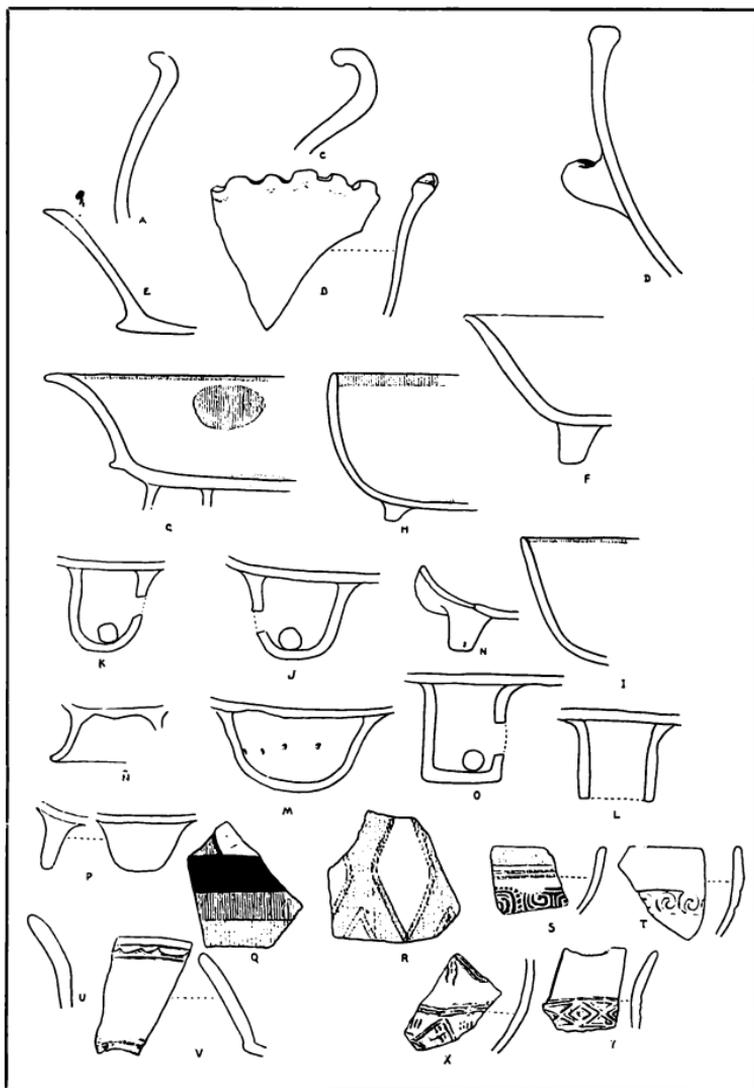


Fig. 14. A-Y, Cerámica anaranjada A.



Fig. 17. A-J, Cerámica gris; K-M, Falso Plumbate;
N-O, Figurillas humanas.

CONCLUSIONES GENERALES

Es preciso recalcar el hecho de que Xochicalco es una de las zonas más difíciles de explorar, por diversas circunstancias. Desde luego el hecho de encontrarse relativamente aislada sobre un alto cerro, lejos de poblaciones con toda clase de elementos y, en seguida, el de no disponer de agua, no sólo para las obras de reconstrucción sino aun para el mismo consumo de los trabajadores, son obstáculos serios. Además, las mismas condiciones topográficas de la elevación impiden el acceso de camiones ya que se necesitarían hacer grandes obras de acondicionamiento para el uso de dichos vehículos, motivando, por lo tanto, que las exploraciones se hayan tenido que hacer con lentitud y salvando numerosas dificultades. Si a ello agregamos, como oportunamente lo hicimos notar, que aquí no se encuentran muchos basureros ni gruesas capas de terreno, necesarias para hacer completas exploraciones estratigráficas, se comprenderá por qué, hasta hoy, los resultados no pueden considerarse como definitivos.

Por otra parte, en Xochicalco no se ha dispuesto de mayores fondos teniendo en cuenta la extensión de la zona, para hacer exploraciones prolongadas. En realidad, sólo se han iniciado excavaciones preliminares, algunos sondeos y reparaciones, pero tenemos la convicción de que cuando se disponga de suficientes elementos para hacer una detenida exploración, por ejemplo, cuando se descubra todo un sistema de edificios o quizá se consigan hallar tumbas u ofrendas conteniendo vasijas completas, se obtendrán datos más seguros a fin de encontrar las relaciones y el verdadero origen de esta interesante cultura.

De cualquier manera, como resultado de los trabajos emprendidos hasta esta fecha se han podido establecer algunas conclusiones provisionales que en cierto modo, vienen a aclarar lo que se había considerado como una incógnita y ha sido motivo de la mayor perplejidad, cual es la presencia de relieves de un estilo completamente exótico a lo que es característico en las culturas del centro de México. La existencia de figuras de un estilo franca-

mente mayoide estaba fuera de lugar. Junto con esto observamos la arquitectura propia de esta zona, lo que ya manifestamos nuestra concordancia con lo expuesto por el Arq. Marquina: ofrece analogías con ciudades mayas, no solamente en su plan sino aún algunos detalles arquitectónicos.

El edificio más explorado ha sido el Juego de Pelota sobre el cual ya hemos hecho comparaciones y establecido relaciones provisionales. El perfil de este edificio ofrece semejanzas con los de la zona maya, especialmente con los del Antiguo Imperio. Al mismo tiempo encontramos un notable parecido con el perfil del Juego de Pelota de Tula y se sabe que éste es de épocas recientes según las últimas exploraciones. Esta contradicción se puede explicar si admitimos que la influencia cultural representada en Xochicalco, pudo haber venido de la zona maya en épocas más antiguas, cuando todavía las culturas del centro de México no influían poderosamente allí. Por esta razón es posible que el Juego de Pelota haya conservado su forma original tanto en Xochicalco como en Tula, puesto que el Juego de Pelota de Chichén-Itzá, que es contemporáneo de Tula, es muy distinto, a más de otros elementos comunes en ambas zonas, pero ausentes en Xochicalco.

Igual cosa se puede decir de otros rasgos arquitectónicos propios de Xochicalco que tienen más analogías, al parecer, con las ciudades del Antiguo Imperio maya.

Todavía más elocuentes son las conclusiones alcanzadas con el estudio de la cerámica puesto que ofrece analogías muy marcadas y frecuentes con culturas del Sur en etapas antiguas, y elementos más recientes lo relacionan con culturas del centro de México y del Golfo, indicando en conjunto una larga y antigua ocupación del lugar.

En pocas palabras, podemos suponer que llegaron influencias culturales mayoides y se establecieron en Xochicalco, dejando allí su sello característico, pero quedaron cortadas por circunstancias desconocidas y posteriormente se establecieron con las del centro.

A fin de no alargar más esta discusión enteramente provisional y en busca de una explicación de la cultura de Xochicalco, terminaremos diciendo que tiene visos de ser más antigua de lo que se creía, de ofrecer un marcado sabor maya y de haberse desarrollado como un fenómeno aislado, no recibiendo, por causas que no podemos explicar en estos momentos, influencias de las culturas del centro de México, de las que se hallaba rodeada, sino en épocas más tardías.

Estos resultados tendrán que ser modificados cuando se exploren más detenidamente las regiones intermedias entre Xochicalco y las zonas zapoteca y maya, donde quizás se encuentre la verdadera solución y aparezca el camino por donde llegaron estos elementos.

Finalmente, ante la imposibilidad de tratar en este trabajo muchos otros puntos, tanto de carácter arqueológico como consideraciones históricas que han surgido con motivo de esta investigación, los dejamos pendientes para estudios futuros cuando se emprenda la investigación integral de esta ciudad en ruinas, que vendrá a aclarar muchas incógnitas de la arqueología de México.

BIBLIOGRAFIA ¹

- ACOSTA, Jorge.—*Exploraciones en Tula, Hgo.* (Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, Vol. IV, No. 3, Sept.-Dic.). México, 1940.
- ALZATE Y RAMÍREZ, José Antonio.—*Descripción de las Antigüedades de Xochicalco.* (Gaceta de Literatura de México, Suppl., tomo II, Noviembre 20). México, 1917.
- BATRES, Leopoldo.—*Les Ruines de Xochicalco.* (La Nature, Paris, tome 14). Paris, 1886.
—*Las Ruinas de Xochicalco.* (Reseña de la Segunda Sección del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, México, 1910). México, 1912.
- CASO, Alfonso.—*Exploraciones en Oaxaca. Quinta y Sexta Temporadas 1936-37.* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Pub. No. 34). Tacubaya, 1938.

¹ Esta bibliografía se refiere únicamente a los trabajos a que se hace referencia en este estudio. La bibliografía de Xochicalco hasta hoy día constituye un acervo de numerosísimas obras cuya inclusión sería muy extensa.

- DRUCKER, Philip.—*Ceramic Stratigraphy at Cerro de las Mesas, Veracruz, México* (Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bulletin 141) Washington, 1943.
- EKHOLM, G. F.—*Excavations of Tampico and Pánuco in the Huasteca, México*. (Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. Vol. 38. Part. V). N. Y., 1944.
- MARQUINA, Ignacio.—*Estudio Arquitectónico Comparativo de los Monumentos Arqueológicos de México*. (Contribución al XXIII Congreso Internacional de Americanistas. Secretaría de Educación Pública). México, 1928.
- MENA, Ramón.—*Notas acerca de Xochicalco*. México, 1910.
- MORLEY, Sylvanus G.—*Archaeological Investigations of the Carnegie Institution of Washington in the Maya Area of Middle America, during the Past Twenty-Eight Years*. (Proceedings of the American Philosophical Society. Recent Advances in American Archaeology, Vol. 86, Number 2. February 10). Philadelphia, 1943.
- NOGUERA, Eduardo.—*Guía para Visitar las Principales Ruinas Arqueológicas del Estado de Morelos. Xochicalco*. (Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Tomo XXI, Núm. 3.) México, 1929.
- PALACIOS, Enrique Juan.—*What the Hieroglyphics of the Great Monument of Xochicalco say*. (32d, Annual Archaeological Report, Appendix to the Report of the Minister of Education, Ontario). Toronto, 1920.
- PEÑAFIEL, Antonio.—*Monumentos del Arte Mexicano Antiguo*. Berlín, 1890.
- POLLOCK, Harry.—*Preliminary Studies of the Ruins of Coba*. (Carnegie Institution of Washington. Publication 424). Washington, 1932.
- RUPPERT, K. y DENISON, J. H.—*Archaeological Reconnaissance in Campeche, Quintana Roo, and Peten*. (Carnegie Institution of Washington, Publication 543). Washington, 1943.
- SAHAGÚN, Bernardino de.—*Historia General de las Cosas de Nueva España*. (Edición de Carlos María Bustamante). México, 1829.
- SATTERTHWAITE, Linton, Jr.—*Piedras Negras Archaeology: Architecture, Part IV. Ball Courts*. (University Museum, University of Pennsylvania). Philadelphia, 1944.
- SELER, Eduard.—*Die Ruinen von Xochicalco*. (Zeitschrift für Ethnologie). Berlín, 1888.
- Die Ruinen von Xochicalco*. (Gesammelte Abhandlungen zur Americanischen Sprach- und Alterthumskunde). Berlín, 1904.
- SMITH, R. E.—*Preliminary Shape Analysis of the Uaxactun Pottery*. (Carnegie Institution of Washington). Guatemala, 1936.
- Ceramics of Uaxactun: A Preliminary Analysis of Decorative Technics and Designs*. (Carnegie Institution of Washington). Guatemala, 1936.

- SMITH, A. L. and KIDDER, Alfred V.—*Exploration in the Motagua Valley, Guatemala*. (Contributions to American Anthropology and History, Vol. VIII, Núms. 40 to 43. Publication 546. Carnegie Institution of Washington). Washington, 1943.
- THOMPSON, J. Eric.—*Excavations at San José, British Honduras*. (Carnegie Institution of Washington, Publication 506). Washington, 1939.
- WEIANT, C. W.—*An Introduction to the Ceramics of Tres Zapotes, Veracruz, México*. (Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bulletin 139). Washington, 1943.

DE COMO LOS RIVALES DE EUROPA INTRODUJERON EL ZAFARRAN- CHO EN EL CARIBE

Por *Germán ARCINIEGAS*

EUROPA es, ahora, una historia de colores. Tres rapazuelos son los reyes de Inglaterra, Francia y España. El de España es el menor. Sus dos rivales, que le han visto coronarse con paternal señorío, empiezan a mirarle con sorpresa, recelo y envidia: los límites de sus reinos se ensanchan hasta lo inverosímil, sin que la criatura rompa una lanza. Enrique VIII, el de Inglaterra, le lleva ocho años de ventaja, y seis Francisco I el de Francia. Cuando Francisco se peina la barba, Enrique se la peina. Si Francisco se la corta, se la corta Enrique. Francisco tiene fama de ser uno de los más hermosos príncipes que se hayan conocido. Carlos empezó a reinar a los diecisiete años; Enrique a los dieciocho; Francisco a los veintiuno. Enrique y Francisco son alegres, resplandecientes, y tienen suelta la lengua. Carlos es taciturno.

La rivalidad comienza entre Francisco y Carlos. Personifican dos actitudes opuestas frente a la vida. Francisco es el Renacimiento. Se ha criado entre poetas, músicos, cortesanas. Entre la moral y la política, no vacila. Con la misma facilidad con que empeña la palabra, la olvida. Luis XI dejó por herencia un consejo profundo: no comprometerse jamás con intención de cumplir. Francisco es el primero que levanta el esplendor de la corte. Viajando de una punta a la otra del reino, sin dormir dos semanas en el mismo castillo, se mueve con centenares de criados, y nobles, damas, caballeros, músicos, cantantes escuderos, guardias, caballos, perros, literas, vajilla de oro y plata, trajes, armaduras, telas, todo, menos su mujer, que queda haciendo los oficios de la casa. Es una inmensa compañía

de teatro que ofrece al pueblo un espectáculo costoso, pero en donde todas las variedades son de primera clase. El que hace el papel de rey es rey de verdad, y el que hace de lacayo es lacayo hasta el fondo del alma. En los anillos y collares y brazaletes del rey, los diamantes, perlas y rubíes son de ley. Danzas, banquetes, juegos de cañas, fuegos artificiales, bien valen lo que pagan los campesinos por sostener la corte, y por eso aquí no hay comuneros que discutan al rey los subsidios: todo el mundo paga el tributo alegremente, y cuando los nobles se emborrachan, se emborracha el pueblo. Cuando entra el rey, sobra que se le anuncie con pífanos, tambores, banderolas: es de todos el más hermoso, y como decía Homero de Aquiles, sobresale como un toro en medio de la vacada. Le gusta que los criados le vistan y desvistan con publicidad, porque es tan hermoso de carnes como de ropas. Es el gran jinete, justador y galán. Le llaman unos el príncipe del Renacimiento, otros el Rey Caballero; en los papeles de estado "El Rey muy cristiano". Cuando entra prisionero en España, las mujeres se precipitan a ver al más famoso protagonista de amoríos, y le tienden los brazos para que las cadenas no parezcan sino ardientes eslabones de carne morena. Así entra el derrotado en Pavia. Carlos, el vencedor, se retira a una iglesia silencioso.

La primera impresión que debió grabarse en la mente de Carlos, cuando niño, fué la aparición de Juana, su madre, un día en Flandes. Bramaba ira. Fué a hacerle escena a Felipe el Hermoso que, como es de rigor entre reyes, tenía su amante. Juana busca a la amante cortesana —una muchacha, después de todo, distinguida—, y como una tigre se le lanza: la grita, le arranca los cabellos, la araña. Haga de cuenta el lector una de esas animadas escenas de la plebe que se ven por las callejuelas de Toledo o por los arrabales de Sevilla. Carlos —tenía cinco años— se dió cuenta entonces de quién era su padre, quién era su madre, y quiénes los de la corte de Flandes y quién el pueblo de España.

En cuanto a Francisco, sabemos que el primer suceso que deslumbró su infancia fué la llegada de César Borgia a la corte. Traía la bula que Luis XII suplicó al papa para

anular su matrimonio. Quería cambiar de reina por otra más placentera y que le regalara con un hijo varón. Alejandro VI le hizo la gracia, y para mayor solemnidad trajo la bula César, su hijo, que maravilló a la corte con el suntuoso, turbulento derroche de su persona y su cortejo: fué el Renacimiento que entró a Francia de un golpe.

La madre de Carlos es loca. La de Francisco, Luisa de Savoya, no sólo es lúcida, sino que es una águila. Linda viuda a los 18, puso su ambición en el trono. Si Luis XII no tenía hijo varón, venía a heredar la corona el hijo de Luisa. Y la verdad es que a Luis XII no le sirvió la bula del papa: cada vez que la reina nueva tenía algo que anunciar, era una hija. Luisa de Savoya respiraba. Una vez hubo varón: Luisa palideció. Murió la criatura: Luisa respiró. Después de todo, sobran los temores: que Francisco sería rey, lo había profetizado San Francisco de Paula.

Y mientras Luis XII avanzaba hacia la tumba y Francisco hacia el trono, Luisa de Savoya mantenía su corte, y en ella Francisco era el niño mimado. Se criaba entre las hijas bastardas que dejó su padre, y al lado de su hermana, la prodigiosa Margarita de Angulema, y de la antigua amante de su padre, que era ahora compañera de su madre. Reinaba una despreocupada liviandad, pero Luisa tenía los ojos fijos a donde debía mirar. El preceptor de la familia era el poeta St. Gelais, que tradujo para Luisa a Ovidio y a Boccaccio. Se habló de los amores de Luisa y el poeta. Pero ella, además, sentía que su corazón se inclinaba con violencia hacia el más apuesto caballero del reino: el duque de Borbón, condestable de Francia. En este escenario se levanta Francisco I.

Francisco, rey, hace alarde de su juventud. Su mujer, Claudia, a quien guarda gentil consideración, no hace sino criarle hijos. Vive retirada. Sólo se hará memoria de ella en una especie nueva de ciruelas: la ciruela Claudia. Que algo quede de haber sido reina de Francia. Luisa, la reina madre, que no pierde detalle, siempre le tiene—buscada por ella—una amante a su hijo: que sea la más linda mujer del reino. Francisco inicia su reinado haciendo la guerra de Milán. Gana la batalla de Marignano, en donde flota la pluma voladora de su gorro sobre gavillas de lanzas, y

rompe enemigos como quien pisa cáscaras de huevo. Es un hermoso torneo. Se gasta dinero, se mata gente. Pero regresa el rey con el mejor trofeo: Leonardo da Vinci, que se enrola a la corte del vencedor. Francisco le colma de honores, compra sus más hermosos cuadros y así principia a formarse el tesoro del Louvre. Francia va coronándose de castillos. Jardineros italianos trazan el dibujo de las eras, juegan con el agua en cascadas y surtidores. Al fondo, el genio de Vinci.

Y así, hasta que llega el momento en que van a medirse las fuerzas de Francisco de Francia y Carlos de España: la batalla por la corona de Alemania. Siete son los electores. ¿Cuánto cuestan? Antes de que Carlos lo haya pensado, Francisco empieza a negociarlos. El arzobispo de Treves se ofrece por 150,000 escudos y una pensión de 4,000 libras. Además, que le dé Francisco la segunda hija del rey Luis, René, que tiene ocho años, para casarla con el príncipe de Brandeburgo. El arzobispo de Mayence pide tanto en escudos, tanto en pensión, y capelo de cardenal. Y así cada uno. Voto que se contrata, compromiso que se firma en pergamino, y se jura por Dios y los santos. Ya tiene Francisco la mayoría. Pero los electores siguen negociando. El arzobispo de Mayence seis veces cambia de opinión y así seis veces sube la propina. Y así todos: el conde palatino, el duque de Sajonia, etc. Si es preciso, —dice Francisco—, ¡gastaré tres millones de ducados! Alemania se convierte en un inmenso mercado en que no sólo los electores venden sus votos, sino los nobles sus influencias. Un día llega, con fuerte escolta, la recua de mulas con cuatrocientos mil escudos para sobornos que Francisco manda en fuertes alforjas de cuero.

Francisco ha empezado a negociar los votos dos años antes de que muera el emperador Maximiliano. Para mayor abundancia ha redactado un escrito fanfarrón donde muestra los evidentes méritos que tiene sobre Carlos. “Carlos, —dice,— es un joven inexperto: yo, en cambio, he ganado la guerra de Milán, probado mi destreza en las armas, mi experiencia en los negocios del mundo”. Su corte es la más brillante. Su reino, el más antiguo de los reinos europeos y el primero convertido a la cristiandad: “cuatro

veces el tamaño de Inglaterra, —escribe el canciller inglés—, cuatro veces más en habitantes, con cuatro veces más dinero, y mejor crédito que todos los demás”. Frente a Francia, Italia es un mosaico que los reyes de Europa y los papas usan como campos de batallas. España está apenas formándose: una generación atrás era colección de pequeños reinos. Inglaterra es una isla en la penumbra. Enrique VIII, que aspira también a comprar los electores y envía a sus ministros para negociar, ve claro que no puede competir ni con Francisco, ni con Carlos. El papa, Medici ahora, se coloca del lado de Francia, y, para aumentar las ofertas, autoriza para que Francisco ofrezca capelos de cardenal.

Los delegados del rey de España llegan tarde al mercado electoral. Pero el viejo Maximiliano, que vigila por la suerte de su nieto, toma el negocio entre manos, urge a Carlos por dinero, ata y desata, hasta dejar, cuando entrega su alma a Dios, casi destruidos los trabajos de Francisco. Entre el pueblo alemán se prefiere a Carlos, porque quieren gente de su sangre. Pero lo que decide el negocio es la liga de los banqueros en que se apoya a Carlos. El oro de los Fugger y los Welser barre a Francisco. Carlos les empeña hasta la camisa. El 18 de junio se reúnen los electores en la iglesia de San Bartolomé, en Franfort. Después de la misa, en que piden inspiración al Espíritu Santo, sobre la primera página del Evangelio de San Juan, van jurando uno a uno: “Por la fe que me liga a Dios y al sacro imperio romano, juro que elegiré según mi discernimiento e inteligencia, y que daré mi voto conforme a mi conciencia, libre de todo pacto, de todo precio, de toda arra o cualquier otro compromiso. Que Dios y todos los santos me socorran!” Luego, empiezan a deliberar. Todavía se hacen las últimas ofertas. Al fin, por unanimidad, votan a Carlos. Carlos queda endeudado hasta la coronilla, pero es Emperador. Francisco, mundano y listo, se declara satisfecho. En el fondo, jura guerra al mocosuelo de vestido negro.

LA suerte ha sido veleidosa con Francisco. El papa, que le había ofrecido capelos de cardenal para que distribuyera entre los electores, le abandonó a última hora. Enrique de Inglaterra, que se había reunido con él en la fiesta más lujosa de su reinado, en el campo de la tela de oro, acabó íntimo de Carlos. A Francisco le parece estarlos viendo abrazarse al otro lado del cánel, y es la verdad. Carlos ha ido a ver a Enrique, y las veladas que pasan en el castillo de Windsor son dulces reuniones de hogar. Carlos abraza a la reina: está encantado con su "tía Catalina". Enrique, para despedirle, le acompaña hasta dejarle en la nave, "haciéndose el uno al otro grandes caricias, por el mucho amor que se tenían". Luego, los dos la cargan sobre Francia. Empiezan los primeros zafarranchos. Hay una guerra alegre. "Los ingleses, conforme a lo capitulado, hicieron una gruesa armada y fueron a correr con ella toda la costa de Bretaña y robaron muchos ganados y prendieron muchos bretones, saquearon muchas villas, quemaron muchas aldeas y el día de la Magdalena saquearon una buena villa llamada San Pol de Lión, donde decían valer el saco cuatrocientos mil ducados, y en todo esto ni hallaron peligro en la mar ni resistencia en la tierra; y a 25 de agosto halláronse en Flandes juntos los españoles y alemanes e ingleses y flamencos, y hecho de todos un gran ejército entraron por tierras del rey de Francia robando, quemando y asolando todos los lugares por donde pasaban, y esto por todo el mes de septiembre y octubre, y como sobrevino el invierno y cargaron las aguas y nieves por donde se deshizo todo el campo, el rey de Francia recuperó en pocos días todo lo que habían tomado. . ."

Así es como se pelea en estos días: haciendo guerra sin declararla, en asaltos de piratería. La fiesta de la violencia es uno de los más atractivos números en el programa de los reyes. Francisco piensa en la revancha. Piensan en ella los pescadores de Bretaña: los piratas. Los ojos de Francisco se vuelven al Caribe. De América saca el oro Carlos para sus empresas en Europa. Las pepitas de Cortés contaron en la compra de los electores, y cuentan ahora en el pago de la deuda. ¿Qué derecho asiste a Carlos

para ser el único usufructuario de esas tierras? El papa Alejandro VI dió una bula fantástica otorgando a los reyes de España y Portugal el derecho a repartirse el Nuevo Mundo. ¿Tenía derecho para hacerlo? ¿Le pertenecían esas tierras?

Para Francisco de Francia, Alejandro no fué sino un papa español, un Borja mejor que un Borgia, que quiso ser parcial en favor de su patria. Los embajadores de Castilla le dirigían —cosa insólita— sus discursos en español. Roma había sufrido con él una avalancha de costumbres españolas. Y, cosas sentimentales: del primer oro de América, los reyes católicos se apresuraron a enviar a Alejandro VI las primicias: Alejandro lo destinó a decorar su propia iglesia, Santa María de las Nieves, Santa María la Mayor. Y así, brillando en el techo que decoran las armas de los Borjas, ese oro es como una cuna fabulosa en que se mecen. Colón bautizó con el nombre de este santuario a una de las Antillas Menores. Todo esto, para Francisco, son coqueteos domésticos. La bula no le obliga. Y en medio de una carcajada pantagruélica exclama: "El sol alumbra para mí, lo mismo que para los demás: y yo querría ver la cláusula del testamento de Adán que me prive de reclamar mi parte en el mundo".

Y así, la bula va ahogándose en medio de esta carcajada que repiten luego, con las mismas palabras, los piratas, cuando asaltan las islas del Caribe. Por desventura, no es mejor la idea que los españoles tienen del papa Alejandro. López de Gómara, en sus anales de Carlos Quinto, hace del papa este retrato de miniatura: "Muere Alejandro, papa de yerbas que por yerros del botiller le dió su hijo el duque Valentín, César de Borja. Era natural de Játiva, docto, liberal y magnífico, mas profano y así puso fausto en la iglesia; fué mujeril y tuvo mucho hijos, que honraron como hizo Lucrecia, de la cual dijo Pesquin que fué hija nueva y amiga por el duque Valentín, el cual procuró hacer rey. Se metió en muchas guerras y gastos, no sin infamia, hizo el castillo de San Miguel Angel y el caguizami de Santa María la Mayor. . ."



GROS. Francisco I y Carlos V visitando los sepulcros de la iglesia de St. Denis.



Francisco I en la batalla de Pavía. Arriba: según un grabado antiguo.
Abajo: según tapicería de Van Orley.

Y EN este momento, aparece el pirata. Se llama Giovanni de Verrazano. Aunque es de Florencia, asalta las naves de España como pirata francés. Los españoles le llaman Juan Florentín unas veces, otras El Francés. En estos tiempos la guerra se hace con mercenarios: cosa excelente, porque pone al abrigo de los combates a los campesinos, la gente de paz, y queda la pelea en manos de los que, por tener el alma atravesada y por ser de profesión pendencieros, son excelentes soldados. Quienes acompañan a Juan Florentín son franceses de trapo y cuchillo, es decir: que están en su elemento lo mismo meciéndose en unos palos sobre las olas, que buscando pleito y liquidándole de un golpe. A Verrazano o Florentín, se le mira como a una autoridad. De mozo, anduvo por Siria, por el Cairo, negociando en sedas y especias. Parece que acompañó a los portugueses en sus viajes a Oriente, a los españoles en sus exploraciones del Caribe. Es tipo que sabe muchos secretos. Y tiene ciencia: fija la posición de una nave con tal exactitud que Hieronimus, su hermano, con datos que él le da, hace en 1529 uno de los mapamundos más exactos y completos que se conozcan del Nuevo Mundo.

La hazaña grande de Verrazano, que le hace célebre y temible, es su asalto a las naves que traen el mayor tesoro de Cortés, recogido al tomar la Ciudad de México, después de la muerte de Moctezuma. Oro, perlas, esmeraldas, objetos labrados en las más lindas formas, máscaras con incrustaciones de piedras de colores, mantos riquísimos en donde las figuras de pájaros y flores están dibujadas con plumas de mil tonos, tigres vivos, de todo viene en la flota que Cortés envía a Carlos V con una carta relación que es como el remate de su conquista. Con viento próspero, salen de Veracruz las naves. Sólo se registran a bordo los pequeños incidentes que siempre hacen de cada viaje un drama popular de treinta días, en que alternan el rezo y los puñetazos, las alegrías y los sustos. Por asunto de faldas, al capitán Quiñones le abren de un espadazo la cabeza, muere: le arrojan al mar. En la tormenta, uno de los tigres se sale de la jaula: corren los soldados; unos a esconderse y sacarle gambetas tras las

velas, otros a alistar lanzas y espadas: en la función quedan muertos el tigre y un soldado, fuera de cuatro heridos. En fin, cosa de poca monta. Pero de pronto: Corsario a la vista. Es Verrazano que se lanza al asalto. Estocadas, unos cuantos muertos, y al final dos naves, las que llevan el gran tesoro, quedan en manos del pirata. Con tan espléndido botín, entra en La Rochelle. Oviedo dice que vale ciento cincuenta mil ducados. Las perlas solas pesan 680 libras. El azúcar, dos mil arrobas. Muy leal, el pirata se apresura a informar al rey Francisco y a entregarle su parte del botín.

Ahora, por reacción, el mar queda infestado de españoles. En España, la ira lo mismo levanta la soberbia del emperador que el ánimo de los humildes. Las cortes piden se castigue a estos franceses. El emperador proclama la guerra a los corsarios, ofreciendo la mitad de la presa a quien ponga la mano en Juan Florentín. El rey Francisco está contento. Verrazano no ha descubierto un continente, pero sí un nuevo camino para hacer la guerra.

MIENTRAS el rey Francisco hace la desventurada campaña de Italia y cae prisionero, Verrazano sigue pirateando como puede. Cuando regresa el rey de su prisión, le da patente de corso, y Verrazano le escribe cartas contándole de sus aventuras. Los banqueros de Lyon contribuyen para equipar sus naves. En Dieppe el nombre de Verrazano es una bandera. El corsario toca en muchas partes de la costa de América, y su nombre queda vinculado al de los grandes descubridores. Es todo un ilustre navegante. Para los españoles que sufren sus zarpazos una y otra vez, sigue siendo un pirata ladrón, y al fin, en batalla naval, lo hacen prisionero. El relato del cronista de Carlos V se parece mucho a los cuentos pintados para niños. "Andaba en aquel tiempo por la mar un famoso corsario francés que había nombre Juan Florín, el cual había diez y ocho años que andaba robando a españoles y a Venecianos y a italianos y a todos los enemigos del rey de Francia, el cual le daba en cada un año 4.000 co-

ronas porque asegurase sus naos y hiciese guerra a sus enemigos; y a 3 de octubre se toparon en cabo de San Vicente seis galones de vizcainos con el corsario Juan Florín, y como reconociesen el armada del dicho corsario acordaron de investirle y pelear con él, y aferradas las naos de los unos con las de los otros fué entre ellos una tan denodada y reñida pelea que duró desde las ocho de la mañana hasta las dos después del medio día y ofendiendo y defendiéndose mucho del corsario Juan Florín, mas al fin como era llegada la hora de su infeliz fortuna echaron el galeón en que él venía al fondo y a él le tomaron preso, y puesto en la cárcel confesó haber robado y echado a fondo 150 naos y galeras y galeones y zabras y bergantines, y que una vez tomó una nao del Emperador que venía de las Indias con más de 30.000 pesos de oro. . . Luégo que fué el emperador avisado, envió a mandar que le ajusticiasen, y como ya venian con él los que le habian prendido toparon con el correo que llevaba el mandado de su Majestad en el Colmenar de Arenas, a cuya causa fué en aquel lugar degollado en la plaza, y al tiempo que le leyeron la sentencia dijo estas palabras: ¡Oh Dios que tal has permitido!, ¡oh fortuna que a tal punto me has traído! ¿es posible que habiendo yo muerto a tántos, a manos de un hombre sólo tenga yo que morir? Ofrecía 30.000 ducados por el rescate de su vida. Mas el buen emperador más quiso dar fin a sus maldades que codiciarse de sus dineros”.

A VERRAZANO le bajan la cabeza, pero su fama, el dinero que agarró y la curiosidad que han ido levantando sus descubrimientos se extienden en Francia entre las gentes de mar y aventura. Donde es mayor el entusiasmo es en Dieppe. Este es el puerto viejo, tradicional, en donde se han formado los marineros atrevidos y los golosos comerciantes que hacen piraterías y otros negocios por los contornos del canal de la Mancha.

Dieppe en Normandía y con Bretaña al fondo, en Francia, y Plymouth, con Devon al fondo, en Inglaterra, son las dos grandes escuelas. Robándose mutuamen-

te, y asaltando a los vecinos, han venido practicando las artes del abordaje, la bandera negra y el botín. En los libros de estos tiempos y de los pasados, se ven abundantes relatos de estas prácticas, que encuentran el caluroso aplauso de los reyes.

De Dieppe es Juan Terrier, que figura entre los primeros que se lanzan al asalto de las naves en el Caribe. Y de Dieppe los D'Ango. Jean D'Ango es toda una celebridad. Es vizconde, y de los burgueses ricos; favorito de Margarita de Angoulême; el rey Francisco, cuando viaja por Normandía, se aloja en su casa; es banquero y acaba arruinándose por dar en préstamo enormes sumas a un mal pagador: al rey. En su casa se reúnen marinos, geógrafos, artistas, nobles, piratas, comerciantes. En su mesa redonda parece estar pintada con sus colores más vivos la rosa del mar. Los pechos respiran aire salado, tempestuoso, incitante. Que el canal esté nublado y tempestuoso, o que haya cielo azul y aire transparente, todo es igual. Estas gentes conocen su mar, saben esconderse en la niebla y desafiar a la luz del día. Sobre los menudos empedrados de las callejuelas que van a los muelles, resuenan las botas con música de hierro y de madera. Cuando Jean D'Ango despacha a sus corsarios se les ve un hermoso aire como de bandidos que salen alegres de la cueva. A Jean D'Ango la aventura le viene de familia. Su padre armó los primeros corsarios que fueron a los asaltos del Caribe. Jean ahora lleva su audacia hasta meter su flota por el Tajo y sitiar al rey de Portugal. Sus expediciones en América cubren desde las Antillas hasta el Canadá. El rey no sólo le da patente de corso, sino que acaba por formarse una compañía, aprobada por el rey. Como dice la carta, del botín que se tome a los enemigos de la Santa fe católica y del rey, una décima parte será para el rey. Doscientos ochenta millones de maravedíes se toman en un solo asalto a la flota que llega del Caribe. En esta forma, Dieppe es cuna de las aventuras que vinculan el nombre de Francia al turbulento destino del Caribe.

LA vida en las islas del Caribe cambia de faz. En los puertos sólo se habla de corsarios y piratas. Las ciudades son pequeñas fortalezas que los enemigos asaltan y queman sin mayor esfuerzo. Cada español es un centinela inexperto. A veces grita: ¡Al arma! sin motivo; a veces, cuando grita, ya tiene el cuchillo del francés a un palmo de la garganta. A los propios hijos de Castilla —así le ocurre a Hernando de Soto, en Santiago de Cuba— suelen cerrárseles los puertos del rey de España porque se les confunde con la ralea de Verrazano. La lucha, siendo violenta, es pintoresca. Se combate con muchas cortesías de tono medieval, y bellaquerías de antigua y nueva usanza. La cortina para el primer acto, se alza con un encuentro del Sevillano Diego Pérez y un corsario francés, que puede servir como estampa típica de la época. La escena, Santiago de Cuba. Año de 1538. Y así:

Cuando el corsario entra en la bahía, está amarrado allí el barco de Diego Pérez. Uno y otro están bien artillados, y sus gentes armadas de hachas, espadas, cuchillos y puñales. Pueden equilibrarse en una balanza. Se disparan unos tiros, como señal de combate. Las naves se juntan, se aferran, y sobre los puentes empiezan cuchilladas y puñetazos. La pelea dura todo el día: apenas si se dan breves descansos para pasar unos sorbos de vino, tragar unos bizcochos, aplicarse en las heridas unos trapos de vinagre. Cuando llega la noche, las naves están salpicadas de sangre, hay mucho ojo negro, mucha dentadura desportillada, mucha hinchazón, pero el combate está sin resolverse. Como fin del primer acto, un toque caballeresco: Acuerdo de los dos capitanes de no pelear en la noche, porque a la luz de las antorchas nadie sabe a quién golpea. Los dos bandos se retiran a descansar, y entre los capitanes se cambian presentes de vino y conserva, fruta seca y verde, palabras ceremoniosas. El Diego Pérez y el corsario se sienten unos príncipes. Es bonito pelear en esta forma. En cuanto aclara el alba, cada cual se ajusta las correas, se lava la sangre, se tapa las heridas, se apresta a los puñetazos. Está convenido que no habrá tiros de artillería, porque disparar con ballestas y arcabuces es propio de gentes cobardes, de ánimos caídos. Lo

valiente es parar el golpe con el propio brazo. Apenas los maliciosos apuntan, con el cronista, que el no ofenderse con artillería es sólo por temor de perecer ambos sin provecho alguno. Brillan de nuevo las espadas y corre la sangre. Cuando cae la noche, el corsario y Pérez están con sus gentes extenuadas, pero los propios golpes les levantan el ánimo. Nuevos regalos y cortesías. Sobre las duras tablas se tiran los atletas y duermen como piedras. A la alborada, como en el día anterior, cada bando se alista para el encuentro. Otra vez se juntan y aferran las naves y se cierran los puños. Se alcanzan a oír los gritos de la gente en la playa, que ha madrugado a ver cuchilladas y pescozones. Las autoridades abandonan a Pérez a su propia suerte y arrojo, como si el único interés comprometido en el juego fuera el de los singulares luchadores. Pérez ha suplicado a los de la ciudad que si pierde su barco o lo matan, reúnan lo que valga y se lo den a él o a sus herederos, pues es pobre y no tiene en el mundo sino esa vela. Negado al margen. Pero el sevillano, que tiene ahí puesta su honra, por sólo dejarla limpia empuña la espada con mayor brío. Y sigue la pelea al cuarto día. Mueren unos cuantos de lado y lado, pero llega la noche sin decidirse nada. Cuando menos, los dos jefes están vivos. Quien más ha perdido es el francés, pero esa noche, como siempre, acepta el desafío para el día siguiente, y cada cual se retira a curarse, a comer y a dormir. Quinto día. El farol del alba poco a poco alumbra la bahía. Los del sevillano empiezan a alistar las armas y pugnan por ver la silueta de la nave del francés, no vaya a llegar sin estar ellos a punto. Vana esperanza. Ya está el aire limpio como un cristal, y del francés no ha quedado sino el recuerdo. El maldito huyó. Diego Pérez se rasca la cabeza y suelta tres o cuatro palabras, escogidas entre las más gruesas de su vocabulario. Estaba seguro de que hoy era el día de su victoria.

PERO de todas las aventuras marítimas de los franceses en estos días, hay una que se hará inmortal. La anima el espíritu de un médico burlón y atrevido, que viaja en

barco de papel. Quiero decir, que se reduce a un libro. Todo en él es fantasía, y todo en él es realidad. Las islas que descubre son de novela, pero de novela histórica. Las balas que dispara contra Carlos V son palabras que inventa con su pluma desenfadada: pero a veces el sarcasmo hierde más que la lombarda. Si Vespucci o Colón pintan en sus cartas monstruos que no han visto, paraísos que sus fantasías fingen ver en las tierras americanas, ¿por qué no le ha de ser lícito a este diablo ingenioso concebir un archipiélago en las Antillas, por donde desfilen los grandes del mundo en un carnaval literario? De todo cuanto ocurre bajo el reinado de Francisco I, esta manera nueva de los descubrimientos es la que está más cerca de la gracia del Renacimiento. Aquí el arte no encuentra obstáculos, y como el autor es un navegante prodigioso que sabe sortear los escollos de la corte, las asechanzas de los frailes, que ríe a mandíbula batiente de los sabios de la Sorbona, que canta verdades a que el propio Erasmo no se atrevería, sus viajes maravillosos se editan y todo el mundo se divierte, sin que logre detener su vuelo la mala voluntad de los inquisidores, y sin que, como fuera de esperarse, el autor muera asado en la hoguera. Lluven sobre el libro condenaciones del parlamento, censuras, piedra, cuanto se quiera. Pero el libro se empina, la barca de papel se alza en medio de las olas revueltas, y el ruido de las aguas contra la proa se resuelve en una carcajada universal.

Entre otras circunstancias favorables para el autor, está el gusto con que le lee Francisco I. Francisco es el héroe de la novela, y siguiendo esta bandera el autor dispara contra Carlos V o contra el papa, con un entusiasmo que no siempre se sabe si nace del júbilo o de la ira. Jamás podrá perdonar un francés a Carlos V que hubiera tenido preso al rey Francisco, con sólo una ventana para ver ora la luz, ora el paso de los pájaros, ora el tedio de las nubes navegantes. ¡Pensar que así cortaba el vuelo ágil del rey de los franceses ese emperador frailerero! El autor mira al pasado de los alemanes, los ostrogodos, los sajones, que fueron invencibles, y los ve ahora bajo el yugo de Carlos el gotoso. "Parece —dice— que los pueblos de allende el

Rhin nos estuvieron pidiendo mano para su venganza y alivio, para gozar otra vez de sus antiguas libertades". Con este pensamiento en la mente, y estos estímulos en el ánimo, el autor despliega las velas. "En el mes de junio —dice— y en el día de Vesta, el propio día en que Bruto conquistó a España y subyugó a los españoles, habiendo pedido la bendición de su padre, el buen Gargantúa. Pantagruel se hizo a la mar. . ."

El diario parece de un marino curtido por el sol. No falta detalle sobre el estilo de las naves, y está el nombre de cada uno, con sus insignias. Como es natural, es una botella, la botella sagrada, la que guía al almirante. Y consultada como oráculo, ella señala el mismo derrotero que a Colón. Es decir: ir a Catay, no cometiendo el error de los portugueses, dice, que dan ese rodeo inútil por el Africa, doblando el cabo de Buena Esperanza, sino navegando por encima de la línea equinoccial, sin perder el norte. De esta suerte, las islas del viaje de Pantagruel, cuando lo proyecta, son las propias Antillas del Caribe.

Pero como el autor es irrespetuoso, cuando llega a la isla de los papagallos, por ejemplo, y se pregunta por el origen de estos pájaros estupendos, resuelve que no son sino de la familia de los frailigallos, los obispigallos, los arbozispigallos, los cardenaligallos, de donde surge una fantasía agresiva que es antítesis de lo que vieron y acataron Colón y sus católicos monarcas.

Como nuestro relato debe ajustarse a los viajes reales, y descartar los imaginarios, por fuerza hay que dejar de lado estas aventuras, no obstante ser las más divertidas y graciosas. Pero sería imperdonable no haber registrado esta consecuencia literaria de las exploraciones del Caribe: si sólo sirviera nuestro mar del siglo XVI para telón de fondo del libro de Francisco Rabelais, ya este destino sería bastante para su inmortalidad.

VOLVIENDO al hilo del relato, a tiempo que los franceses entran a saco en el Caribe, unas veces como piratas, otras como corsarios, siempre bajo la mirada graciosa de su rey, hay otros —los alemanes— que llegan bajo ban-

dera de Carlos V, como manda la ley. Estos alemanes son banqueros que hacen del emperador lo que les da la gana, porque no sólo le prestaron el dinero para que se coronara, sino que son el obligado prestamista cada vez que Carlos está en apuros. Y está en apuros trescientos sesenta y cinco días del año.

En materia de deudas todos los reyes son igualmente frescos y empecinados. No hay expediente a que no acudan para conseguir dinero. Gastan—cosa muy de caballeros—siempre más de lo que tienen. Empeñan sus joyas, sus trapos, sus reinos, sus familias. Negocian con las dotes de sus hijas y con su propia sangre, ofreciéndose en matrimonio a la familia que pague mejor. Todo esto es tan común y universal, que acabamos de familiarizarnos con el sistema, no obstante que, visto el asunto en su cruda desnudez, resulta poco decente.

El rey de Francia y el emperador de Alemania son dos botarates. Francisco tira el dinero en palacios, serenatas, cortesanas, fiestas y vestidos. Carlos en guerras y coronaciones. Desde el punto de vista de la contabilidad el resultado es idéntico. Francisco empeña la dote de su novia cuando le faltan años para casarse. Luego, arruina a su amigo Jean D'Ango, que acaba viendo crecer la ortiga en su palacio, después de haber sido la joya de Normandía. Al duque de Borbón le arrebató sus propiedades. La causa real de este asalto es para enrojecer a cualquiera: porque el gallardo duque, de quien se ha enamorado la madre del rey Francisco, no se casa con ella sino con una muchacha que le ha gustado más. A veces las situaciones del rey son tan difíciles, que acude a expedientes de los que llevan a un pobre a la horca. Así, cuando paga su propio rescate al emperador Carlos V con las de buena ley, mezcla cantidades de monedas falsas. Descubierta la estafa, los de España ponen el grito en el cielo: los de Francia doblan la cara de vergüenza. Y sigue la fiesta.

Pero Carlos V no se queda a la zaga. Su propio matrimonio lo negocia dos veces con hijas del rey de Francia, y una con la del de Inglaterra. Como es natural, se casa con otra. Cuando el rey de Inglaterra le pasa un cartel de desafío, entre las razones que aduce para retarle

está la de haberle prestado 500,000 escudos, que Carlos no le paga, no obstante tener plazo cumplido de más de cuatro años. Carlos presta dinero de quien lo tenga, así sea su mayor enemigo. Y da en prenda lo que le pidan. Al rey de Portugal empeña las Molucas por 350,000 ducados. Y así, no tiene por qué sorprender que empeñe a los Welser la gobernación de Venezuela. Por las mismas deudas, entrega a los Fugger el derecho para que conquisten y colonicen a Chile.

Y así, durante veinte o treinta años, agentes de los banqueros alemanes andan regados por los cuatro puntos del Caribe. En la Española están sus agentes comprando oro, vendiendo vidrios. En México adquieren minas de plata. Pero donde mayores esperanzas han fundado es en Venezuela, porque los muy ingenuos han creído en El Dorado y otras fábulas. Una serie de gobernadores alemanes, nombrados por los Welser, mantienen durante veinte años la exclusiva dirección de la colonia. No le duele a Carlos V hacer esta concesión: los Welser han sido muy liberales en sus préstamos y, después de todo, Carlos es no sólo rey de España, sino emperador de Alemania: su familia es la de Hapsburgos: su sangre, de la calidad que requieren los del otro lado del Rhin para probar que son de la misma ralea.

TRAS los españoles, y los franceses y los alemanes, vienen los ingleses, los daneses, los holandeses, los escoceses al mar Caribe, hasta convertirlo en la gallera internacional que todos sabemos. La historia de las rivalidades de los reyes, se mezcla con las de los comerciantes, y entrambas amparan la piratería, el filibusterismo, el contrabando y las bucanerías. El Caribe tiene entonces tema para tres siglos de las más lindas historias de bandidos. Lo que queda descrito en las páginas anteriores no es sino una estampa inicial de esta cadena de pintorescos y divertidos episodios.

Bogotá, noviembre de 1944.

EL INDIO EN LAS BELLAS ARTES

TREINTA años escasos tiene ahora Salvador Toscano, y ocupa ya un lugar distinguido en el sector del conocimiento en que decidió especializarse.

Al lado de Octavio Paz, de Rojas Garcidueñas y de Rafael López Malo—para sólo mencionar a unos cuantos—perteneció a la antigüedad estudiantil que en la Universidad Nacional siguió inmediatamente a la famosa hornada del año de 1929. No ha sido el menor de sus méritos el haber evadido el camino tentador de la oratoria para iniciar trabajos de menor brillo momentáneo, pero de huella más honda y perdurable.

En el libro suyo que recientemente nos ha entregado la Imprenta Universitaria,¹ encontramos una vigorosa síntesis del arte prehispánico de México y de la América Central. Junto a la exuberante riqueza de fuentes de información antiguas y modernas, Toscano brinda finas observaciones personales. Y a pesar del amplio caudal de conocimientos acumulados, el contenido de su libro es la negación de toda esa tramoya machacona y pedantesca con que frecuentemente nos agreden algunos señores de aficiones historiográficas y aspecto respetable.

Sería inútil el empeño de agregar algo a lo que de modo tan preciso han dicho en elogio de esta obra D. Alfonso Caso y D. Manuel Toussaint, en la Nota Preliminar y en el Prólogo que la acompañan. Pero hay un aspecto en el que deseamos insistir. En el largo y escabroso proceso de comprensión de lo indio por las gentes de cultura occidental, este volumen marca una contribución de primera importancia.

EN el libro de Toscano, después de la descripción de una estela o de un dintel, surge insistente la noticia: "Actualmente en el Museo Británico", "en el Museo de Basilea", o bien, "en el Museo Etnográfico de Berlín".

¹ SALVADOR TOSCANO. *Arte Precolombino de México y la América Central*. México, Imprenta Universitaria, 1944.

Y no deja uno de advertir que a pesar de los tres siglos de dominación, la riqueza de los museos españoles en objetos arqueológicos de México es minúscula comparada con la de los demás de Europa. Parece como si el gran pueblo conquistador y colonizador no hubiese mostrado nunca un verdadero entusiasmo por conservar vestigios de las culturas indígenas que le tocó vencer.

¿Será que el habitante de España circunscribió su interés, y prefirió salvar para la cultura occidental al hombre de estas regiones, sin cuidarse demasiado de las cosas por él fabricadas? Por otra parte, no es fácil hallar la manera de conciliar la devota simpatía de algunos anglosajones por el arte indio, con el asco físico que la cercanía de los creadores de ese mismo arte les produce.

Cada una de las estatuas de dioses aborígenes que nuestros museos custodian, tiene una historia semejante. En la atmósfera mágica de aquellos pueblos que tenían excepcionalmente desarrollado el instinto de ceremonia religiosa, las deformaciones que se introducían en el duro modelado de cada piedra o en las delicadezas del barro y la obsidiana, eran intencional y cuidadosamente calculadas. Provocar el temor parecía ser uno de los atributos básicos de la divinidad.

El mundo angustiado y rítmico de las religiones indias, dejóoplejo al conquistador occidental. Muchos secretos religiosos están ocultos todavía en las grecas y los frisos.

Incapacitado para entender la intención recóndita de aquel lenguaje simbólico, los ritos sanguinarios llevaron a la mente del hombre ibérico la seguridad de una conexión diabólica.

Con afán universalista y en lucha frente a lo que podría debilitar la unidad de su imperio, España llegó a prohibir el estudio de las cosas de los indios. La Real Cédula que en abril de 1577 declaró secuestrados los manuscritos y papeles de Fray Bernardino de Sahagún, ordenaba: "y estaréis advertidos de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y manera de vivir que esos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios nuestro Señor y Nuestro".

No es sino hasta el siglo XVIII con Clavijero, que lo prehispánico empieza a perder su carga de diabolismo; y en el XIX se inicia ya el rescate sistemático de los vestigios ocultos bajo tierra.

Las lecciones de humildad que brinda gratuitamente la actividad científica, han obligado a los arqueólogos a pasar de las fabulosas edades cosmogónicas a las rigurosas clasificaciones basadas en horizontes estratigráficos.



Altar 2 de La Venta.
La Venta, Tabasco. Cultura olmeca.



Decoración escultórica en una escalinata de Copán. Copán, Honduras.
Cultura maya del Antiguo Imperio.



Sacerdote maya de Jaina. Cerámica.
Isla Jaina, Campeche. Cultura maya del Antiguo Imperio.



Cabeza de cerámica. ¿Cultura olmeca?

Para edificar su bello libro, Salvador Toscano ha desempeñado tareas de explorador, fotógrafo, erudito, esteta y hasta las de revisor tipográfico. En sus tablas cronológicas han quedado resueltas dificultades importantes.

A veces, después de discutir en todos sus aspectos algún problema que no tiene todavía solución satisfactoria, un "*en todo caso*", nos pone al tanto de la reserva honrada del que se ha aventurado a fondo en el laberinto del México prehispánico.

Esta obra que es el más completo testimonio que se haya reunido hasta hoy para exhibir el espíritu creador de los pueblos, que dentro de nuestro territorio fueron vencidos por la conquista, está destinada a influir de modo decisivo en la valoración de lo indio.

En sus páginas, el mexicano encontrará elementos para definir mejor algunas regiones de su atormentada vida interior.

Arturo ARNAIZ Y FREG.

Dimensión Imaginaria

REQUIEM

Por Humberto DIAZ CASANUEVA

IN MEMORIAM

MANUELA CASANUEVA DE DIAZ

1887-1944

"Levantáronse sus hijos y la predicaron por beatísima; y su marido también la alabó".

PROVERBIOS. XXXI, 28.

I

COMO un centinela helado pregunto: ¿quién se esconde en el tiempo y me mira?

Algo pasa temblando, algo estremece el follaje de la noche, el sueño errante afina mis sentidos, el oído mortal escucha el quejido del perro de los campos.

Mirad al que empuja el árbol sahumado y se fatiga y derrama blancos cabellos, parece un vivo.

Pero no responde nadie sino mi corazón que tiran reciamente con una larga sogá.

Nadie, sino el musgo que sigue creciendo y cubre las puertas.

Tal vez las almas desprendidas anden en busca de moradas nuevas.

Pero no hay nadie visible, sino la noche que a menudo entra en el hombre y echa los sellos.

¡Oh, presentimiento como de animal que apuntan! Terrible punzada que me hace ver.

Como en el ciego, lo que está adentro alumbra lo distante, lo cercano y lo distante júntanse coléricos.

Allá muy lejos, en el país de la montaña devoradora, veo unas lloronas de cabelleras trenzadas.

que escriben en las altas torres, me son familiares y amorosas, y parece que dijeran

“unamos la sangre aciaga”.

¿Hacia dónde caen los ramilletes? ¿por qué componen los atavíos de los difuntos?

¿quién enturbia las campanas como si alguien durmiera demasiado?

Aquí me hallo tan solo, las manos terriblemente juntas, como culebras asidas y todo se agranda en torno mío.

¿Acaso he de huir?, tomar la lancha que avanza como el sueño sobre las negras aguas? No es tiempo de huir, sino de leer los signos.

¡Cómo ronda el corpulento que unta la espada! las órdenes horribles sale a cumplir.

De pronto escucho un grito en la noche sagrada, de mi casa lejana, como removidos sus cimientos,

viene una luz cegada, una cierva herida se arrastra cojeando, sus pechos brillan como lunas, su leche llena el mundo lentamente.

II

¡Ay, ya sé por qué me brotan lágrimas! por qué el perro no calla y araña los troncos de la tierra, por qué el enjambre de abejas me encierra

y todo zumba como un despeñadero

y mi ser desolado tiembla como un gajo.

Ahora claramente veo a la que duerme. Ay, tan pálida, su cara como una nube desgarrada. Ay, madre, allí tendida, es tu mano que están tatuando, son tus besos que

están devorando.

¡Ay, madre!, ¿es cierto, entonces? te has dormido tan profundamente que has despertado más allá de la noche, en la fuente invisible y hambrienta?

¡Hiéreme, oh viento del cielo! con ayunos, con azotes, con puntas de árbol negro.

Hiéreme memoria de los años perdidos, trechos de légamo, yugo de los dioses.

A las columnas del día que nace se enrosca el rosario repasado por muchas manos,

y el monarca en la otra orilla restaña la sangre.

y todas las cosas quedan como desabrigadas en el frío mortal.

¿Acaso no ven al niño que sale de mí llorando, un niño a la carrera con su capa en llamas?

Yo soy, pues, yo mismo, jamás del todo crecido y tantos años confinado en esta tierra y contrito todo el tiempo, sujeto por los cabellos sobre el abismo como cualquier hijo de otros hijos

pero únicamente hijo de ti. ¡Oh, dormida, cuya túnica, como alzada por la desgracia llega al cielo y flota y se pliega sobre mi pobre cabeza!

III

¿PUEDE callar el hombre si está roto por los hados? jactarse de rumiar su polvo? le basta el silencio como un caudal sombrío?

¿No pertenecen los sordos himnos a los vivos de la coraza partida?

Aunque las palabras no puedan guiarnos debajo de las piedras porque están llenas de saliva,

(son los carozos que arroja la caravana)

yo he de cantar porque estoy muy triste, tengo miedo y

las horas mudas mecen a mi alma.
Yo vuelvo el rostro hacia el lugar donde la sombra cubre
a su recién nacida.
Palpo la piedra oscura que junta los labios, la mojan lá-
grimas y se enciende un poco y tiembla como si todavía
quedaran sílabas cortadas.
Tú eres y no otra, tú que me estás mirando de todas par-
tes y no me pudiste mirar de cerca,
cuando las gradas de piedra aparecieron.
Vi de lejos el ángel que hendía la montaña,
vi tu corona de sudor rodando por la noche,
tu regazo lleno de hielo.
Ahora estamos de orilla a orilla y te llamo y los árboles
se agitan como si fueras a aparecer alumbrada por el
cielo.
Madre, ¿qué estás haciendo tan sola en medio del mar?
Y solamente responde mi propio corazón como un bron-
ce vacío. ¿No tienes una cita conmigo? no me dejarás
entrar en el valle donde vagabundean las castas y los
cuerpos desahogados perseveran?
¿o tal vez no puedo traspasar el umbral porque los muer-
tos se arrojan coronas unos a otros y no me es dado en-
tender los huesos ávidos?
Pero tú sólo estás dormida,
bañada por la luz perpetua del amor
y tu abrasada voluntad vaga entre las cosas terrenas
como un coro desvelado que crece y me arrebató cuando
te llamo en el silencio.

IV

PERO hay un rincón del mundo donde el árbol tiene
una quemadura, un aposento en cierta parte del mundo
donde mis manos están presas
y mis días lo llenan y lo que allí fué consumido he de

representarlo y nada puede ser eludido,
porque el hombre está hecho de la obediencia a los poderosos pastores,

Yo sé ¿cómo no he de saberlo? Yo sé que allí se encierra el zumbido, el cirio llora sin cesar sobre los tejados y en derredor el vuelo del ciclo de las tormentas.

Allí he de llegar como todas las veces al término de un viaje, los regalos atados por una cinta húmeda.

Madre, ¿dónde estás? (Yo esperaré hasta que vuelvas, me dijiste).

¿Dónde está la encina pura en que han hecho alianza los hermosos pájaros?

¿Dónde la gota de ternura del tálamo? la leona de los cachorros?

Y en vano buscaré lo que ahora está solamente dentro de mí y los parientes susurrarán como desvalidos

y las hermanas con el rostro débil por el luto me mostrarán el lecho donde las raíces de la muerte crecieron como locas.

¡Oh, no me mostréis, hermanas, oh noble padre herido por el aletazo, no me mostréis las arenas cernidas, la estera de las pisadas!

Pero dejadme repetir "madre, ¿dónde estás?" e impacientarme hasta que el arpa rociada de sangre comience a sonar

y el río nocturno pase ardiendo y una mujer sumergida llena de saetas

pase por mi propia casa y no se detenga
y la terrible llaga cunda dentro de mí.

V

Ay, solamente allí, en el mudo aposento donde fué bebido el cáliz

y rota la envoltura sudorosa y recobrado el lado ciego

del tiempo
y disueltos los ojos en el fulgor lunar,
solamente allí me daré cuenta.
Desde aquí alcanzo a ver las sillas alineadas para los ne-
gros huéspedes,
las ofrendas para aplacar a los mensajeros del que exten-
dió el brazo,
alcanzo a oír los chasquidos y las puertas de plata que se
entornan.
Y todo allí mismo donde antes en la larga mesa, sin es-
torbarse, veinte hombres y sus mujeres comulgaban.
Parece que todavía oigo sonar el vino como una ocarina,
el canto de las amistades antiguas y los blancos matri-
monios
y los dulces besos que henchían la viña
y el padre con su puñadito de risa comiendo la gallina;
allí el sueño de los sencillos germinaba sin miedo
porque tú eras el conjuro
y a través de tu alma
anudábamos nuestros lazos terrestres.
Mi ser melancólico añora el bien perdido. ¡Ay, madre,
no te supe amar!
Y todo vuelve a la memoria nublado por el llanto,
todo vuelve y rueda al vacío
y un oscuro temor me queda como rastro
y vierto el llanto sobre los despojos,
el llanto del niño que lavará el desierto.

VI

Yo el arrodillado, un hombre grande, parece que sola-
mente ahora te descubriera, a ti, la más visible
y la menos percedera, la más dolorosa y la que reía co-
ronada de espigas,
la que me hizo pasar de los cubiles a las tiendas del día,

escurrido a la orilla del pozo y todavía trabado por los dioses, la que me dió el principio y ahora es la postrera. ¡Oh, tú, en el centro del tiempo!

¿acaso eres solamente la errante que no ha de arribar jamás, la que blanquea el linaje y siempre hilándonos la vida desde su cuerpo alzado como un huso en los círculos secretos?

De rodillas escucho pasar la noche, la enorme noche de barro que pasa por el mundo, aquí en este país tan lejano, donde la nieve parece el llanto congelado de los sueños.

Y por doquiera pañales oscuros palpitantes y alas maternas arrugadas.

Y alguien sola y desnuda me está mirando y rompe sus ataduras,

y sus ojos pasan a través de mi rostro

y una rosa matinal se abre en mis sentidos.

Tu hermoso retrato de doncella ¿cómo puede jamás borrarse?

más apacible surge y palpita en el silencio, transparente surge entre tus dulces cartas.

Pero ¿acaso no fuiste siempre la misma doncella tan viva y presente, la sandalia insomne, la espiga que hacíamos alumbrar todo el día?

la amante que obstinadamente desgarraba el panel

y llenaba de danzas la torre estremecida?

En tus manos, los vasos sagrados,

en tus senos, las mansiones,

en tu frente, la pluma blanca del templo.

Tan pura, tan temporal ¡oh voz celeste, vena clara, busto como un haz de flechas y llevado como un abrazo!

Caminabas como debajo de un palio, sin advertirlo jamás, viniste a servir, no a holgar,

a alzarte como una sembradora en que los ángeles daban voces,

toda la casa sentía que velabas, suavemente tus alas dirigián,

y muchísimas eran las tinieblas que tu corazón cazaba y grande la hoguera que te consumía.

Y ahora lo que manaba de tu alma pródiga ¿quién te lo ha de retornar? y lo que obtengas ¿cómo has de distribuirlo si a ello estabas acostumbrada?

Y si no puedes desde la sombra convidarnos del don extraño que posees al rasgar los velos, si el tumulto te lo impide y el dédalo no tiene puertas,

¿cómo ha de ser tu congoja ante nuestros platos vacíos?

Allí en el espacio suntuoso, lo que comen los dioses te parecerá un poco ajeno si no puedes alargar la mano a través de la tierra, como de una mesa siempre puesta y alzar de nuevo la cuchara de la fuente.

Yo sé que estás llena de zozobra y confundida pisando esas veredas brumosas y no sabes qué hacer con el bronce informe que te sale del cuerpo,

y prefieres los trabajos y el apego a las criaturas

y el poco de eternidad a través de ellas te place más que el exceso,

y las grietas de la tierra desearía tu amor saciarlas.

Yo te conozco, oh, madre, yo sé que te has olvidado de apagar

el anillo de oro y el reloj entre los dedos te sigue susurrando

y las costuras llenas de signos te enredan los pies

y la loza en que asomaba el día sigues secando

y el pájaro que se abismaba en tu pecho sigue oyendo

y las flores que vestías de blanco y rojo sigues regando

y te falta el brasero del invierno para tus lentas manos ateridas en medio de las aguas.

¡Oh madre infinita, tierra inmensa, vida conforme a los pactos!

Si tú mueres, muero y en ti me extravió como el buque

en la tempestad
y el que tira tus cenizas contra la peña, a mí mismo me
está estrellando.

Pero si mueres quedas también viviendo a través de mí
como el fruto que una y mil veces sube al monte y no
teme la escarcha y desapareces consumida y tornas a apa-
recer restacada y en tus vaivenes de súbito veo que pasas
por los ojos de mi hija

como una cinta fulgurante

y le templas sus facciones y le soplas el naciente espejo.
¡Oh doncella que descienes montada en un águila, con
una granada en la mano y que eternamente madura
y con hilos de oro que enredas para la fiesta!

La vida y la muerte osas mezclar y tan extraña afinidad
alabo entre visiones.

¡Oh madre mía, te yergues tan segura en el caos terrible
y anhelas sosegarme!

¡Oh esposa maternal, oh hija mía, como lenguas de la
misma antorcha, como tibios eslabones en la sucesión del
tiempo

y libradas de la misma rueda oscura que mueven las
edades,

todas y una sola a la vez, confundidas en la espiral,
ahí en el profundo sueño mortal, transfiguran a mi alma!
Os digo: conjurad la sierpe que viene a beber al seno,
la madre salvará a los chiquitos del rebaño lanzado a la
carrera!

Pues todo hombre entra o sale del mundo, hundido en
una cuna de muchas aguas,
resbala y chispas deja el flujo de su sangre y resbala de
nuevo

y las Madres le pasan la mano llena de ojos.

IX

LA que te hizo una seña desde los reinos estériles, estaba
fajada con lino y su simiente seguía derramándose,
porque allí hay tantas y tantas madres, subiendo y bajando,
y cubierto de polen el vestido suelto, la escalera de las
madres,
cuyo primer tramo como también el postrero ajusta la
tiniebla.

(¿Por ventura los dioses son también madres y el cetro
que nos golpea crece en las entrañas?)

Allí te aguardaban la anciana de los zarcillos que avisa
en los sueños, la que escribe cartas al soldado muriente,
la pobre de los suburbios que estira la escudilla,
la que sostiene al pobrecito difunto con sus uñas,
la higuera secada de raíz.

Y todas hacen señas, piensan que sólo convalecen; como
leonas no sueltan los cordones de la tierra,
abstraídas entre los astros no entienden del poderío de la
muerte

y concertan visitas a las casas de barro, con las viejas
trompetas tratan de anunciarse.

Y en verdad, ¿no nos sentimos a cada instante concebidos
por ellas? Juntos dormimos, nacemos y nos desprendemos,
anochece y queremos pasar otra vez al seno
y así disponen los inmortales nuestro tránsito.

Tú has de saber algo más sobre esto, los humanos no son
sagaces,

tal vez solamente los pequeños comprenden los prodigios.
Yo sólo sé que andas por corredores húmedos, cauces de
ceniza,
alumbrada por teas,
de pies y manos cogida en la rueda,

allí donde el molinero no permite el habla
y parece que soñarás con los ojos abiertos.
De súbito me siento extrañamente confortado ¿acaso enton-
tonces aplastas la cabeza de sierpe, pisas el suave madero
de la luna y unguida por óleos furiosos, atraviesas el puente
que se cimbra entre las dos orillas,
siempre con un niño en brazos, siempre eternamente,
siempre pasándole tu sangre, siempre los sellos ardientes
y dando un gran rodeo
para salvarlo de los muertos?

X

SI pudiera cerciorarme que estás acompañada tierna-
mente,
que el dios lar te narra viejos sucesos
y no te atemoriza el torvo ceño de aquellos extranjeros
y vuelas acompañada de un tropel benigno!
Nosotros los hijos vamos entrando tan solos en la muerte
y una nube nos envuelve y separa uno del oro y un ma-
dero seco se lleva la corriente.
Pero las madres, ¡ay, las madres! ¿no quedan obligadas y
regresan ceñidas por los nudos del amor? no nos acompa-
ñan en los trances y más tarde salen a recibirnos?
¿no son ellas las que cumplen los ritos perpetuos de la
tierra?
y ¿cómo el hombre puede escudriñar los secretos y me-
dir los límites si no lo amamantan?
¡Ay, madre! te implora el niño ¿dónde te encuentras aho-
ra? dónde velas, dónde cuelgas los nidos vacíos y cómo
me dictas la sagrada lección?
A veces creo que nos movemos en piezas contiguas, pa-
rece que caminaras sobre arenas, como presos nos agita-
mos y nos entendemos a golpes en el muro.

¿Dónde está el escondrijo y el trueno que lo guarda? los vallados ¿quién los salta? el lienzo que te cubre ¿quién lo entiende?

Te implora el niño, las ascuas revuelve con su mano tan poco ejercitada, su silla coloca junto al barranco.

Te implora el niño y tú no vienes como entonces, cuando salías del muro como una monja brillante, con un pocillo trémulo en la mano y librabas mi alma del gran miedo.

XI

LA establecías de nuevo sobre la tierra, porque esa era tu misión

y tu lámpara de oro impedía que los lobos se acercaran demasiado

y en la noche llena de pozos y señales, el torrente de tu leche era el único sendero.

¡Ay! Yo sé que tu mandato era ponerme en el atrio, calmarme el designio terrenal

y aguardabas pacientemente que el mocito caminara en dos pies y agitara cada cosa como un pandero

y mezclado con los pollos del águila o asido al caballo espumoso, con la honda llena de granizo, atravesara el bosque y despertara la ciudad,

atribuído al tiempo, repartido entre los semejantes, lleno de invocaciones y de himnos.

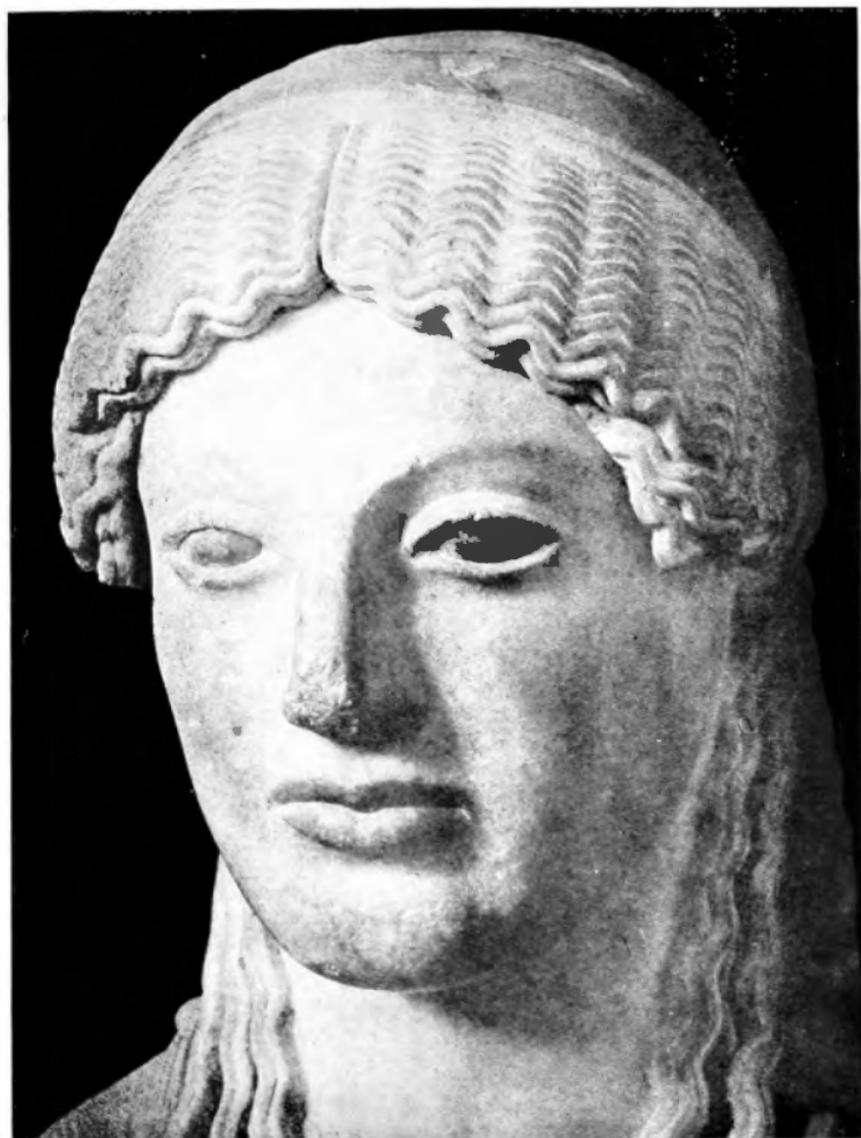
Y las nociones que me diste fueron llaves,

los pasos que me enseñaste fueron señas,

los ojos que me abriste, torrecillas.

¿Dónde está mi fe ahora? dónde la vida más profunda que el sueño? la verdad presumida? el entendimiento alzado del suelo?

Las nociones que yo mismo he descubierto van saltando



Estatua griega de principios del siglo V.



TICIANO. Assunta.

como topos que socavan un muro
y todo en vano porque los ojos están cosidos,
porque los pasos llegan al muro
y nada puedo ver solamente lo que me enseñaste a ver,
y nada puedo nombrar que no sea para confusión
y nada puedo cumplir, solamente la costumbre pura.
¡Ay, madre! aquí en el fondo de mí me gritas y todavía
tratas de guiarme, tu mano tiembla entre mis sentidos,
y entre ellos como una ciega entre frágiles columnas
vas ahora
y me entregas de nuevo la tibia raíz, siempre de nuevo la
enseñanza del amor, las tablas de la vida.
¡Ay, madre! aquí en la noche me gritas, tu vestido puro
se arremolina, como una colina se alza,
como un incendio que consumiera la profundidad del
bosque,
allí donde los dones de la tierra me aguardan todavía.

XII

ESTÁS aquí delante de mí, apiádate, entonces, no necesitas gritarme para que te oiga. He de aprender a invocarte, a interpretar tus ecos.

(Si no te pude decir adiós es porque el adiós no existe entre nosotros).

Te acercas un poco indecisa como una candela en la mano de otro que te aproximara a la ventana y luego te retirara

porque debes alumbrar con más espacio sideral en las bóvedas sin fin y bendita perpetuamente.

¿Pero tal vez necesitas que te ayude? el ronco susurro de las preces ¿no enreda tus pasos?

Tal vez desearías que te pasara el rebozo, estabas tan débil, tan fatigada de sentirte ir llamada por los ajenos.

¡Si hubiera una iglesia profunda para encerrarme y pedir algo por ti, si hubiera una iglesia en el mundo!

¿A quién pedir? a quién decirle?

“no la apuren, ha sufrido tanto y luego no puede vivir dentro de la muerte sin mirarnos”.

He de buscar un monte, una ribera, una piedra de ermita salvaje en que yo pueda estar solo, de pie en el éxtasis de la noche inmensa,

sólo frente a los alambrados acechando a los guardianes en sus rondas,

lamido por silenciosos animales, rondado por los sueños de los niños

y vea pasar claramente el carro entre las estrellas, la palma que te conduce ancha como el firmamento.

Y llorar, nada más que llorar, ver como te pierdes en el mar, como una llamarada entre los tímpanos,

y sentir que permaneces, sin embargo,

permaneces como una respiración contenida de la tierra, llorar y esperar que pasen los años

y de la cara en llanto salga un destello

y un día venga mi hija corriendo entre la yerba y me muestre la granada vertiginosa, la paloma encendida, el sueño arcano

que renace del fondo de la tierra!

Ottawa, Canadá, julio de 1944.

EL AVENTURERO

Por D. J. VOGELMANN

TANTO se prolongó en el tiempo de la noche, más pleno que el tiempo del día; en el tiempo de la pampa, el más dilatado de los tiempos terrestres; y en el tiempo de la pena, el más tiempo de todos los tiempos, sin rastro de eternidad, tanto se prolongó la insólita aventura en ese tiempo tardo de la penada noche pampeana, que al cabo el aventurero, agotado en cuerpo y alma por interminables caminatas nocturnas, perdió la noción del pasado.

Abatida la memoria, apocada la voluntad de recordar, ya no podía avanzar en el pretérito sino apenas unos pasos vacilantes, desganados. Carecía de fuerzas para volver la cabeza, tan siquiera en el tiempo. La vida memoriosa había concluído para él.

Quedaba, sin embargo, una imagen, una sola imagen fija; aún permanecía fija en él esa imagen, y surgía y se le plantaba delante, como si saltase de la zaga al frente. Mas lo cierto era que asimismo iba desvaneciéndose: pronto, en el próximo recodo del tiempo, se postraría también ella, definitivamente abrumada, cubierta por la fatiga, que es la agonía del tiempo, por el sueño, que es su muerte.

Pero aún persistía. Aún veía el aventurero, allá en el nacimiento de su aventura —un trecho antes que todo él se convirtiese en andanza, en caminar y caminar, en planta de pie, en dolorida planta de pie todo él—, los grandes ojos grises de la amada postrera, enormemente abiertos en violento abandono. Y en torno a ellos la piel palidecida, la primorosa piel palidecida de aquel rostro de ángel rebelado, que luego, sin cambiar de palor, se evadía en llameantes lenguas de pelo. Colmaba, la imagen, un primer plano de dimensiones gigantescas, pero ya iba esfumándose más y más al correr de las noches; su potestad se extinguía,

menguó su grito. Ese grito también le era visible. Antes que oírlo, oírlo saltar de esa boca tan silente que lo había proferido, y que ahora, en la gran imagen que más y más se disolvía, conservaba un dejo de inexplicable dulzura en los labios amargamente sellados, más que oírlo veía él ese grito, esa áspera voz, veía la palabra misma que era el cuerpo del grito: soez, increíble, en la inmovilizada violencia de sus iris. Era un grito casi ahogado, y a la vez penetrante, sordamente penetrante y repetido sin fin, como si llegase emitido por la garganta exacta de una máquina. Aflorando de oscuros subsuelos, irrumpía en plena noche primera. Sombrío, cargado de *delirio tremendo*, hendió aquel grito —ahora ya sólo visible, ya casi del todo fenecido— la dicha inaugural y plena, y partió la cima del gozo: fué alta señal vesánica, comprendida en súbito sesgo, tal como comprende, con vehemencia de rayo, el gran espanto final. Fué aquel grito, sombra resonante de la demencia, nítida sombra de la locura, enhiesta, soberana.

Por cierto, el aventurero ya no concebía enlace alguno entre la obstinada visión de la amante enloquecida en su abrazo y su progresivo desvalimiento actual. Todo vínculo causal caía ahogado en el desganado, se anulaba en la gran fatiga. El ya sólo sabía que se hallaba dolorosamente caminando; que así seguiría caminando sin término, hasta el fin.

Y entonces, sólo entonces, mientras su vida era ese caminar, comenzó su extraña aventura. No antes; no allí donde, acaso, hubiera querido darle comienzo la aparición, el rostro en llama viva de la loca bienamada postrera, quién sabe cómo surgido de un mundo pretérito al cual ya ningún ojo se abría.

No; la aventura germinó en la misma andanza, en la fatidica sucesión de pasos. Y del propio centro de la fatiga brotó.

Era, pues, lo que al extenuado aventurero acontecía, esto meramente: desechada la memoria, perdido hasta el apetito por las remembranzas, se había salido el hombre de los goznes del tiempo; mas era sin embargo sobre un riel del tiempo, que bordeaba recurrente las aceras de un callejón sin salida del tiempo, donde él realizaba su marcha.

Venía caminando por carreteras de tierra o a campo traviesa, mas a ningún punto del espacio enderezó jamás su paso. Tenía, eso sí, una meta; pero situó su meta en el tiempo.

Su meta era el Día. Trasponer la frontera de la noche y llegar, por fin, al día: esto era, real y prácticamente, su meta.

Se había lanzado a la aventura con el primer paso de esa marcha a través de las noches sin fin, al huir de la enloquecida —y de su propio insufrible presente—, al claudicar y dejarla sola, allá en la solitaria estancia. Echó a andar, entonces, por el camino de tierra que atravesaba la chacra en monotonía cabal. Era el mundo la llanura, la sabana inmensa de la pampa; polvo, estrellas, aromas de cardo florido; y un horizonte cerrado, confín de la noche visible. En este mundo puso su fuga, y caminó. Arqueó la espalda y caminó, azotado por el hórrido recuerdo. Caminó y caminó, sin tregua ninguna, para así trasponer el desamparo. Caminó hacia el espejismo del olvido, para hundir, en su remanso, la memoria toda. Para ahogar allí su culpa, tal vez, esa culpa que él no podía desafiar. Pues, por cierto, nada sabía de su culpa. No la conocía de frente. La culpa cabalgaba en su nuca, y él no podía verle la cara. Y así, aquella noche primera, caminó hasta el tremedal de la fatiga, y allí cayó exhausto, junto a un poste del alambrado, del terminante alambrado infinito.

Cuando despertó, rodeábalo una noche nueva —cayó en la cuenta de que había dormido el día entero— y con renovado horror reanudó la caminata ciega. Esa caminata que, absorbiéndolo, se tendía de fatiga a fatiga.

Al comienzo comprendía, con vaga extrañeza, que cada vez caía rendido antes del alba y volvía en sí, dolorido aún de cansancio, ya muy entrada la noche. Pero luego, luego ya vivía la noche enteramente; ya sólo conservaba el puro conocimiento de la noche.

Había perdido la imagen del día. Su memoria quedó desnuda de ella, como si jamás la hubiese poseído. Sin embargo, con el vano saber del ciego, sabía siempre que el día existe. Sólo que, gracias a ese saber tan equívoco, el día cambió de forma: convirtiéndose, para él, en sitio. Ya

no fué tiempo el día, sino espacio. Un punto al cual se podía llegar caminando, una tierra prometida. Una ciudad encantada, con murallas y con torres.

En su andanza—sin duda ni salía del mismo vasto paraje y volvía infinitamente sobre sus propios pasos—tocaba a veces éste o aquel pueblito, sumido en el sopor de la noche árida. Y llegaba a alguna fonda tan sólo adormilada, o despierta del todo, y obtenía allí alimento y proseguía luego, sin demora, el viaje inexorable.

En tales ocasiones, preguntaba a veces por el día. Y le contestaban los paisanos que aún faltaba mucho, o que ya faltaba muy poco. Pero él nunca llegaba. Mucho antes del amanecer le vencía el sueño total. Mucho después de ido el sol, despertábalo la noche nueva de la pampa, y de nuevo lo arrojaba en el polvoriento camino hacia el día. Muchas veces luchó; porque, de pronto, llegar al día se le antojaba la liberación. Pero el cansancio, el sueño, la noche, vencieron siempre. Las raíces de su ser ya estaban fijadas en la noche, inarrancablemente.

Cuando por fin, con el corazón quebrado, dejó de caminar definitivamente, y los cuervos se posaron en su pecho a pleno sol, no había alcanzado a saber —la aparición de la mujer postrera hacía mucho ya que se retirara del cielo de su marcha— si ese quedar hundido en la noche perenne, la irremisible expulsión del día, implicaba una indulgencia, una dichosa conmutación de su pena, o si era eso justamente su verdadero, su gran castigo. (No llegó a saberlo; pero lo cierto es que tal incógnita nunca le atormentó. Consumado el ocaso del recuerdo, él tan sólo había querido salir de la noche —llegar al día).

PEQUEÑA SINFONIA DEL NUEVO MUNDO

Por *Luis CARDOZA Y ARAGON*

... **P**ERO más adelante iba el Portador de Cristo, Cristo-pherens, Paloma Mensajera de Cristo, Christophorus Columbus, ciego en su obsesión, doblegado por su destino que le hizo descubrir el Nuevo Mundo, donde pocos siglos antes, y aun en aquellos días los hombres se quemaban en la más extremada cima del fervor, con los dioses presentes en sus más mínimos actos, inundándolo todo con su fiebre.

Desde la cubierta de su carabela pudo contemplar una procesión bañada en sangre, que gemía monótonos cantos. La hemorragia, las salmodias y los lamentos acompañados por atabales bajo el sol a plomo como única, inmensa flecha de luz dura, componían una serpiente emplumada de atónita ternura sin límites.

En lo más alto de la pirámide, en medio de blancas pilas de cráneos, contra un fondo de fémures, sobre fétida alfombra de sangre, Xochipilli imploraba al cielo algo prodigioso para el dolor eterno de los hombres. A sus pies, dioses menores de maíz amasado con sangre, entre círculos de corazones tan frescos que a veces aun saltaban con ese tumbo súbito del pez ya casi muerto, eran atendidos por niños que les quemaban copal con tal abundancia que una nubecilla, como la sombra láctea de un ópalo, señalábase en el ámbito y llegaba hasta el Portador de Cristo, entremezclada al olor de las entrañas de las doncellas sacrificadas, listas ya para la comunión del pueblo y los sacerdotes.

No pocos días llevaban las celebraciones. Ellas no fueron en vano y la lluvia derramóse sobre las sementeras y lavó varias veces las rojas escalinatas de los templos.

Hecho piedra y azoro, el estupor recorre los interminables encajes que constituyen el cuerpo de miles de serpientes de tezontle y granito: suben y bajan y se trenzan con vértigo tal que parecen inmóviles. Sin embargo, la sorpresa del Cristo-pherens no se nutrió tanto en ello cuanto en mí que, con elegancia de ciprés, modesto y seguro de mi destino, ascendía entre diez sacerdotes que empuñaban sus obsidias.

Cuando llegamos a la más alta plataforma, me despojaron de la piel de doncella que vestía y quedé totalmente desnudo. Vi sobre mí el inmenso cielo azul sin más nube que la de los pebeteros, y allá lejos, la Palma Portadora del dios extraño, triste también como estas divinidades siempre en llamas y cuya viva ceniza se concentra en cráneos y serpientes de Coatlicue, diosa de la Tierra y de la Muerte.

Me recuerdo tan bien que se podría dudar si recuerdo o sueño. Afirmo que estas palabras en que una niñez, la mía y la tuya, hombre del Nuevo Mundo, describen con minuciosidad y secreto regalo una secuencia armoniosa de acontecimientos y sensaciones, poseen la inconfundible veracidad característica de lo que se ha vivido. Suma de recuerdos, de sueños, de esperanzas: todo es Presente, todo, aún pasado y porvenir, como acontece con el suicida que se precipita: mientras cae reconstruye lo más ardoroso y lacerante de su vida.

Mi pasado, tan antiguo, y mi futuro, tan remoto, de súbito reúnen algunos de sus hilos, los entretejen, y yo me quedo casi estupefacto, en una atmósfera de martirio de santos, sacrificios humanos, corridas de toros y espasmos de cuerpos bajo las alas de mi vida: el amor y la muerte.

Aun con la mayor sencillez, arduo es fijar un poco de ese infinito Presente. Pero no es fácil, asimismo, decidir su abandono. Ni fácil ni sencillo es una cosa o la otra. Más insumisa y hacedera me parece la necesidad de intentar detenerlo, y a veces con baluceos, a fuerza de ver claro, librarnos de la obsesión, aunque haya oscura interferencia y el mensaje permanezca descifrado a medias.

Del ascenso a la pirámide me recuerdo tan exacta y tan precisamente como de lo que hice esta mañana. Nada

hay extraño ni misterioso en ello, y no requiere interpretación alguna: no se trata de un sueño cuyos detalles no sabría indicar en qué se fundan sus orígenes o qué cosas íntimas atañen.

La inmensa plaza parecía rodeada de canales y lagos de sol. La luminosidad era extrema, como sólo existe en un persistente relámpago de inverosímil pertinacia. La multitud inmensa, frenética y musical, contrastaba con aquella impasibilidad del cielo sin una nube. El sol, inmóvil en el cenit, y todo como enardecido y sereno al mismo tiempo, bajo su canora presencia imperial.

Sonaban los teponaxtles, opacos, densos, sordos y potentes. Y entre ellos, como una enredadera, el hilillo rojo y agudo de las chirimías que colgaban sin cesar su guirnalda. Me era familiar su recóndito hervor geológico. Producía en mí sosegada exaltación extraña.

No se le parecía al canto de los grandes tambores escuchados en Troya, frente a sus murallas, en el vientre del caballo. Sonaban como de otro color, más que de otro tiempo, aunque el ámbito fuese igual en lo tenso y luminoso. Esta sensación de aire inmóvil y estirado, me queda aún de ambos recuerdos, con mayor claridad que muchos otros detalles, acaso más importantes.

Podría referir mil cosas y conversaciones ocurridas en el vientre del caballo. Podría contaros algo de esa mujer desollada a quien amé como sólo una vez puede caber en la vida. A veces recuerdo algunas palabras de Dante, las que imagináis justamente más lejanas de este misterio. Y sólo algunas de estas palabras casi divinas, son dueñas por momentos del resplandor irrevocable que podría acaso conllevarle.

Lo cierto es que voy cayendo con mi niñez y la del Nuevo Mundo, con la mía y la tuya, niñez teológica y exaltada, donde Dante ha surgido no como una sombra, sino como un amigo limpio del cardenillo de las estatuas, llevándome hacia los cantos, los pífanos y los atabales de la divina comedia de los sacrificios.

Pesa por ello, a veces como una maldición, llevar imborrable la helénica figura de Elena en el fondo de las pupilas. Después la hemos buscado en relieves y ánforas, en

las páginas de Iliada, en donde cruza su sombra eternamente. El ciego inmortal la reconstruye, pero no osa describirla. Y nos la deja como extraña encarnación del misterio y destino helénicos, borrado en su tacto sabio su perfil de reina. ¡Demasiado puro su metal!

Fácil es admirarla como constelación y darse cuenta de que en el fondo del alma de todos nosotros que la vimos alguna vez o de aquellos que la presintieron, es más real y resplandeciente que esas mismas constelaciones que vió ella, en brazos de su amado, bajo el cielo de Troya.

Aquí mismo, boca arriba, tirado sobre el ara, con el cuerpo casi roto para que mi pecho sobresalga y reciba con gula el pedernal, estoy contemplando ese mismo cielo que tiene encendidas las mismas estrellas que la hicieron soñar, borradas por la presencia del sol en este instante en que me precipito en el vacío.

Yo sé que esas estrellas cantan allí, aunque no las perciban mis ojos. Y sé que Elena, en el cielo nocturno de la vida, canta tranquila y húmeda, radiante, cierta y puntual como esas estrellas que me niega la luz del sol.

Cumplidamente me doy cuenta de que voy cayendo y que mi paracaídas no se abre, ni se abrirá jamás. Por otra parte, mi intención es no abrirlo. La seguridad de tenerlo, de poder tirar una correa y tornar al mundo de todos, complica mi sentimiento y mi adoración. Pone sabor de diabólica especie en mi espíritu mientras divago recorriendo plazas y calles de Troya, Quirihúá, Nueva York o Florencia, y otras ciudades cuyos nombres venideros no puedo recordar.

Veo grupos de doncellas vestidas de blanco y adornadas con plumas de guacamayos y quetzales: son rústicas vestales, tan apasionadas como las más apasionadas. Y en el lado opuesto, veo un grupo de jóvenes que durante años han hecho también vida litúrgica para ser dignos ayudantes de los sacerdotes en los sacrificios. Veinte lunas yo había sido cuidado por ellos con la más refinada atención, hasta tornarme divino con la muerte en la piedra sagrada. Ni aquí ni en Troya, la guerra no fué favorable a mi designio, a mi ahinco ya exasperado por el deseo de retor-

nar. Y puesto que no perdía la vida en batalla, decidí ofrecerla para la gran festividad.

A mi espalda, los sacerdotes dan los toques postreros a un dios, de grandes proporciones, hecho de pasta de maíz. Los atabales y las chirimías siguen resonando bajo el cielo altísimo. El olor del copal llega a veces prendido a la cantilena: los mancebos y las docellas han empezado sus cantos y sus danzas. El alarido del pueblo enajenado por el fervor y su desesperada necesidad de comunión con los dioses por medio de la muerte, borra a los mismos teponaxtles y cubre su marejada la pirámide.

Nuevas salmodias se escucharon en tanto que atabales y teponaxtles construían recio cimiento de sonido oscuro para la delicada fragilidad salvaje de los gemidos. Saludé a los seis puntos cardinales. Y me tendí en la piedra de los sacrificios.

El sol, derribado sobre mí, fijábame en el ara. Y a pesar de su borbotón inacabable, pude mantener los ojos semicerrados hasta que se nublaron un segundo, y de nuevo se abrieron de par en par, allá, al otro lado, mientras mi corazón pulsaba todavía en la diestra en alto del Pontífice. El corazón del hombre fué transformando en estrella. Ascendió y ascendió la estrella roja.

Una ventana se abrió en mí. Pude ver mejor cómo este pueblo, dulce y brutal, mezclaba su desesperación y su furia de eternidad con la más exquisita y escrupulosa ternura. Por la ventana entró el pedernal —madre de luz y fuego— y por ella salió mi corazón.

Y fui dios.

Cerré mis párpados. Quedé, por fin, inmóvil. Los cielos altísimos se colocaron abajo. La pirámide se asentó en las nubes. Una ola de sangre borró helénicas sombras y luces pertinaces.

¡Sabía que mi cuerpo sería devorado con más amor que el de la mejor de las madres al besar a su hijo más amado!

Era como morir dos veces y renacer dos veces.

El maíz secular del cuerpo de dios se mezcló con mi carne.

¡Antropófagos! ¡Antropófagos! gritó frenético el hombre vestido de hierro. Su espada temblaba.

Jamás les habían sacado el corazón a ellos. Jamás ellos habían visto por la ventana abierta por el pedernal hasta lo más hondo de la primera sangre.

Antes y después realizaron mil proezas en que el amor y la muerte, que alientan en el centro mismo del polvo y de la vida, fueron los guías únicos. ¡Habrían comprendido!

Solemnidad: la palabra poco dice, ya sin virtud. Sin embargo, es la que surge en el espíritu, impoluta ante la larga, lenta ceremonia. Una liturgia totalmente posesada por la más frenética voluntad desatada hacia lo sagrado. Muchas veces había asistido a los sacrificios del Quinto Mes. ¡Cómo envidiaba a quienes iban a subir a la piedra de sacrificios! Me sentía, como todo este pueblo hondo y elemental, en una atmósfera al rojo blanco y terriblemente tirante, donde la caída de un pétalo encerraba vastas significaciones y resonancias. Un aire macerado de dioses, henchido de asunciones, fanáticamente embebido de locura y de fiebre.

Todas las lamentaciones sobre la brevedad de la vida acudieron un instante a mi memoria mientras el pedernal, fuertemente empuñado, ascendía para descargarse contra mi pecho y abrirlo. Recordé viejos cantos y deseé terminar pronto para renacer al mismo tiempo que las flores solares abrían sus corolas.

Esta pasión de un pueblo era, necesariamente, solemne: ir a la muerte por el camino de la divinidad y a la divinidad por la muerte. Y los dioses también morían, morían mágicamente al ser compartida su efigie de maíz y al ser sacrificados en la persona divina.

Clima de himno, de perpetuo himno como el mar. El pueblo no tenía otra razón de ser que vivir y morir para los dioses. Y no en parábola, sino en la verdad ansiosa, real de la muerte. ¡Qué mundo prodigioso éste en que nada, absolutamente nada, era profano! No hay palabras para explicarlo. Pensad por un momento: mundo en que todo es sagrado. Me sigue pareciendo trágicamente portentoso.

Jamás había existido, ni acaso existirá, pueblo tan votivo, tan entregado a lo sobrenatural como a una droga. Su lenguaje es rudo y sencillo; pero su parábola suprema siempre es la muerte. Y por ello es tan inimaginable su mundo. Todo es mágico y desemboca desbocadamente en lo divino.

Lo humano, enredado en la pompa y en el mito, es huella, vértebra pontifical que une la profanidad anegada ya con esencia de los dioses. Lejos de crear los dioses plenamente a su imagen y semejanza, guiándose por la perfección de la figura humana éstos surgieron a imagen y semejanza de su metafísica, de sus ansias absconditas.

Siglos más tarde, en los trópicos, muchas veces he visto los mismos dioses, tristes como el oso polar, y de pronto los he recordado en su apogeo —¡Oh Coatlicue! ¡oh Xochipilli!— lejos de sus parques de aclimatación teológica. Les falta el clima espiritual necesario, a pesar de que en torno a ellos guarden todavía hasta para el más profano, con sólo que tenga un ápice de memoria, una aureola de metal incorruptible, ámbito propio donde conservan su naturaleza de perpetua centella.

Borremos, aunque sea por un instante, el recuerdo del nacimiento de Venus, la serenidad de Apolo, la sonrisa de Elena. ¡Yo que la admiré desde los ojos del caballo de Troya, os lo aconsejo! ¡Qué profano, que humano el mundo de la bella Elena! Y ahora, ved el dorso de la medalla: qué bárbaro y sagrado este mundo siempre primero y virginal, con su dios solar, Huitzilopochtli, con su infinita Serpiente Emplumada que sigue y seguirá pasando sobre esta tierra. La muerte que nos trajeron los hombres cubiertos de hierro, nos juzgó como hombres. La nuestra nos juzgó como dioses.

Soy antorcha de nuevo, la más viva en esta mañana en que no puedo percibir los luceros y sólo les adivino. Un carámbano de luna se borra a medida que asciende la plenitud del día. La más viva tea porque será el sacrificado. Los demás arden con mi luz reflejada. Desde que nací, jamás caminé sobre la tierra: estaba poseso y mis pies iban apoyados en su pasión. La muerte me libera para despo-

seerme, para entregarme a mí mismo, a mi condición divina y hacerme poseedor.

¡Pasión de lo Absoluto!

En este mundo primitivo me arrebató la pasión huracanada. Hoy ya nadie puede, por tu fausta intervención, ¡oh, bella Elena, interesarse en ofrecer corazones a las feroces divinidades funestas! Todo lo hiciste para apresurar el nacimiento de claridades y armonías. ¡Necesitamos nuevo esplendor! Acaso existirá otro semejante en un mundo supercivilizado —los extremos se tocan y me tocan— cuando la nación misma de Dios esté ya reabsorbida dentro de una poesía que, naturalmente, sólo sé que habrá de ser. Pero ¿quién puede intuir siquiera su más próxima, y aún muy remota, presencia? Evoco la pasión y el ámbito, y no me resigno, sombrío como un huérfano de todo, a mendigar mientras canto mi *corrido*.

Mundo primordial, el único suficiente: todo lo de la tierra es demasiado poco. ¡Oh, Segismundo, sólo tú lo sabes! ¡Y acaso tú, Lázaro de amianto!

Nuevas salmodias resonaron.

Entonces me encontré con Dante, a veces tan teológicamente azteca, y una alondra dijo en mi oído alguna de las palabras que Francisco dedicó a los pájaros. No había cesado de manar mi sangre en el ombligo de la creencia cuando otra vez el Florentino con su triste cara de pederal, se alejó por el puente, vivo como un mito, sin olvidarme, ya que pensaba que la estrella del crepúsculo es en otras tierras la misma estrella de la aurora.

Mis pasos prosiguieron por la selva oscura, no cerca aun de la mitad del camino de mi vida, y encontré a Cuauhtémoc, colgado de un árbol, disolviéndose suavemente en el espacio. Invisible y persistente en los bosques siempre crepusculares del Nuevo Mundo: no hay árbol en que no penda como fruto, sus pies llagados todavía, mientras los ríos distantes retumban como los remotos tambor de madera.

Sigo caminando y las piras de la inquisición alumbran la mesa donde trabajo. Un cráneo de azúcar, de esos que venden en todas las dulcerías mexicanas el Día de los Muertos, me ve fijamente, pero como sin insistencia. Ro-

jas y brillantes son sus órbitas, y adornos de merengue rosa y celeste y rombos de papel dorado recorren su estructura, como diminutas serpientes emplumadas que simulan arterias, venas. . .

Los niños comen con delicia estos dulcecillos macabros. La calavera que tengo sobre mi mesa es de tamaño natural y lleva este nombre en la frente: Luis. Todas las ventas de dulces tienen los aparadores llenos de tales golosinas, como si fuesen pequeños Tzompantles. También los niños compran pequeños féretros comestibles a los cuales se les puede levantar la tapa para encontrar en ellos huesecillos humanos de caramelo. Hay millares de cráneos de azúcar o mazapán, con nombres diminutivos de hombres y mujeres, tal como los leemos escritos con flores en las chinampas de Xochimilco. Los hay de chocolate, color de tierra, con blancos dientes de merengue sólido, de dura crema.

¡Si recordara el nombre de la doncella cuya piel revestí habría encargado al dulcero un cráneo en cuya frente leyera tal nombre! Y aquí estaría junto al mío de azúcar, con sus letras de merengue en la frente, ahora, mientras hago memoria de aquella nuestra no muy lejana aventura definitiva.

Pero no creo que un azar insignificante haya sido el que te guió, muchacha, con este tétrico regalo. Tú no sabes por qué escogiste una calavera con mi nombre, y tú tampoco sabes por qué la escogida por mí no lleva el tuyo.

¿Cómo te llamabas?

¿Acaso tienes tú mejor memoria?

Veo tus proporciones y recuerdo aquel traje vivo y sangrante. Tal vez si te coronase con amapolas y flores amarillas, te recordaría mejor. Y con oscura inquietud, como una hostia dada por el ángel inicuo, parto ahora nuestros cráneos de azúcar para comerlos mientras hablamos de los últimos sacrificios en la plaza de toros.

He amado a la mujer. La he visto tendida junto a mí, inmortalmente desnuda, brillar en la noche como un lucero. He escuchado el rumor de su sangre, caracol vivo, mi propia sangre en ella, con la sangre de todos, infinito

mar. Ha sido tan perfecta que ha tenido siempre la forma y la grandeza y la dulzura de mi deseo.

Sin embargo, a ninguna recuerdo como a la doncella sacrificada el día anterior a mi muerte divina. Breve y morena, su cabeza alcanzaba la altura de mi corazón. Una corona de amapolas y flores amarillas ennegrecía más su cabello que ondulaba sobre senos y muslos. Delicada y esbelta como la guirnalda del canto de las flautas. Pétreo y unánime como el retumbo telúrico de los teponaxtles.

¡Qué extraño destino el nuestro! Fué desollada y yo vestí su piel en votivas nupcias misteriosas. Conocí el mundo por dentro, por el revés, por donde se ven las costuras y también sus más escondidas perfecciones.

Entré en su piel, la llené, la rebasé con ímpetu fálico esparcido por todo mi ser. Mis manos y mis pies la traspasaron y sus dulces manos pequeñas y sus piecitos de plata pendían inertes sobre mis antebrazos y pantorrillas.

Me estremecí como no me estremecí ni con el golpe del pedernal, duro de luz y fuego. Su piel sangrienta, a un tiempo, adhirióse poro a poro a mi cuerpo. Sentí infinita succión que me arrancaba la vida. Los sacerdotes me asieron para que no me desplomase. Ella parecía quererme con el amor de todas las madres. Yo estaba no sólo en su vientre sino en su cuerpo todo, en la tierra toda. Mi ombligo temblaba, y el de ella también temblaba, fundidos en secreta confluencia. La Serpiente Emplumada se mordió la cola.

Cuando me quitaron su piel me pareció surgir de su vientre, que yo era prodigiosamente parido sólo para morir. Y me dí cuenta de que siempre nos ocupamos y preocupamos muchísimo más por la muerte que por el nacimiento. Nadie se pone luto porque alguien ha nacido. Nadie se entristece, nadie llora ni desespera por ello. Por el contrario, es motivo de alegría y esperanza. Y nacer es tan oscuro, tan trascendente y misterioso cual morir.

El ciclo de la creación y el aniquilamiento, la vida y la muerte, lo conocí en esos instantes. ¿Cómo podría decir tales arcanos? Mi recuerdo se estanca muy torpemente, porque las palabras se desvanecen en la memoria al querer insinuar lo prodigioso del rito.

Me hallé en compacta tiniebla. Una tiniebla que nacía en mí, compacta y balsámica. No sentía desazón alguna, ni zozobra. Mis ojos, muy lentamente, fueron acostumbrándose y dentro de la oscuridad surgieron los perfiles de mi nuevo paisaje, de mi nueva naturaleza. Asistía a la creación de un mundo.

Mi cuerpo fué devorado. Sólo mi cráneo blanqueaba ya en el Tzompantle, al lado del cráneo de la doncella que habité. Juntos experimentamos la infinita dulzura de la descomposición. Juntos sentimos con qué dulzura y clemencia la podredumbre nos tornaba en ceniza. Se desgarraron nuestros dientes. Fué todo como un incendio que principia lento y va creciendo hasta llegar a la hoguera. Luego mengua, poco a poco, hasta enfriarse en el mineral. Mi carne había conocido tal éxtasis en el amor: ¡un segundo! Ahora duraba eternidades. Un amor sin fatiga, terriblemente dulce, terriblemente inmóvil y obstinado. Muy pronto mi aclimatación fué perfecta: imagino que entonces empecé a percibir el reverso de la medalla. Y me sentí jocundo y hermoso como el fuego.

HABIA pasado la tarde mientras escribía estas notas en la casa en que vivo hace ya varios años. La lámpara bañaba la mesa de trabajo. Cuando me sentí fatigado, cuando sentí que ya no podía recordar más, apagué la lámpara y la habitación quedó sumergida en oscuridad cerrada.

Me puse de pie y caminé a ciegas, como muchas veces lo había hecho, con la seguridad mecánica de quien se sabe de memoria el tamaño de su estancia, la posición exacta de los muebles. Buscaba la puerta de salida y dí los cinco pasos necesarios para alcanzarla. Caminé no sé cuánto tiempo y, repentinamente, al advertir que habían cedido el muro y el piso, mis brazos se estiraron con angustia de pesadilla, y lancé un alarido.

Seguí caminando en mi salón sin muros, posiblemente hasta el amanecer. Nada podría afirmar sino que para distraer mi zozobra recorrí estos dominios con la misma pasión de los anónimos escultores primitivos que tallaron a Xochipilli y a Coatlicue.

A veces dudo si eran otras y no éstas las páginas que *entonces* escribí. Ahora me encuentro *al otro lado*. Sé que es el *otro lado*, pero no sé cuál de ellos.

¿Lo sabré alguna vez?

Y héme aquí, de nuevo, torpe y nostálgico, con mi invisible, rota, insobornable espada de arcángel.

Nada es más difícil que tener la certeza de estar vivo o de estar muerto.

POETAS JOVENES DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

I. GEOGRAFIA ESPIRITUAL

UNA vasta e impresionante geografía, una diversidad racial extrema, una industrialización creciente y febril que devora la materia, el tiempo y la vida humana sin saciarse nunca, son las principales características que influyen en la poesía actual de los Estados Unidos. El descubrimiento y la colonización del Oeste, en el siglo pasado, abrieron un nuevo horizonte al espíritu norteamericano, asomado hasta entonces a la ventana única del Atlántico y al uniforme panorama poético de Inglaterra. Los vaqueros, los agricultores y los mineros de California y de Texas, hicieron sonreír desdeñosamente a los "caballeros de Boston"; pero la poesía se rejuveneció y echó sus raíces más profundamente en la tierra natal. A fines del siglo XIX, el mapa espiritual de los Estados Unidos ofrecía tres zonas diferentes: el Este con su poesía resonante de ecos europeos; el Oeste con su contribución de poesía democratizada, naturalista, animada de vigor popular y autóctono; y el Sur con su poesía negra de lamento y de trabajo.

El soplo poético del Oeste se ha hecho claramente perceptible en Carl Sandburg, discípulo de Walt Whitman y voz mayor entre los poetas vivos de su país. Uno de sus libros encierra en el título el significado total de su poesía: *SMOKE AND STEEL*, publicado en 1920. En efecto, de humo y de hierro está compuesto el material poético de Sandburg, o sea de dulzura impalpable y de fuerza, de emoción que se eleva y de flexibilidad potente. Sus *POEMAS DE CHICAGO* y *BUENOS DIAS AMERICA* son la realización de una alta e intensa poesía para el pueblo.

Mas, Sandburg se acerca ya a la ancianidad, como Wallace Stevens, ese otro gran poeta de nuestro tiempo. En realidad, los dos rumbos más opuestos que existen en la poesía norteamericana de comienzos del siglo, son Sandburg y Stevens. Este último es el ermitaño del arte, el celeste constructor que trabaja con materiales de color y de música. Su poesía es comparable únicamente a la de Reverdy. Los libros de Stevens: *HARMONICA*, *IDEAS DE ORDEN*, *EL HOMBRE DE LA GUITARRA AZUL*, son como escalones de una sorprendente arquitectura, cuya cúpula es *PARTES DE UN MUNDO* (1942). En esta colección de poemas, la sobriedad y el efecto artístico alcanzan su estado perfecto y aparece un fulgor de simplicidad, como "*el agua en un bocal brillante, un mundo de blanco, un mundo de agua clara*".

Wallace Stevens es el poeta de la conciencia vigilante. Las palabras usadas por él adquieren un valor de evocación original. Sus frías pinturas —"*Los edificios azules en el aire del verano*", "*Paisaje con un barco*", "*Estudio de dos peras*", "*Las hojas de encina son manos*"— se animan con una especie de iluminación interna. La luz radiográfica de esta poesía lo penetra todo, dejando al descubierto el espectro de las cosas, sin su vana vestidura temporal:

Las rudas hojas caen.

La lluvia cae. El cielo

cae y yace con los gusanos.

No estaría completo el panorama poético de comienzos de nuestro siglo sin los nombres de Edgar Lee Masters, E. E. Cummings, William Carlos Williams, Horace Gregory, Marianne Moore, iniciadores o exponentes de esas diversas escuelas que se han llamado Folklorismo, Imaginismo, Experimentalismo, Poesía Social. Todos ellos viven actualmente y trabajan en su oficio de belleza, oficio de hombres. En el invierno pasado, Lee Masters, ya anciano, con los cabellos emblanquecidos por la ceniza del tiempo, fué encontrado en un cuartucho lamentable en Nueva York, agonizando en la soledad, habitada tan sólo por el hambre y el frío inclemente. Los poetas lo supieron y colectaron unas cuantas monedas con las que arrancaron a la muerte al autor de *SPOON RIVER ANTHOLOGY*, libro que mereció en su tiem-

po (1914) el calificativo de "pequeña comedia humana americana".¹ Era una colección de breves epitafios en que se relataban los dramas insignificantes de la gente sencilla de la zona central del Oeste.

En uno de los puntos más elevados de la geografía espiritual de los Estados Unidos, se halla E. E. Cummings, sorprendente inventor de imágenes, hombre dulce e irascible que ha descubierto el secreto de la nueva ternura, mezclando en sabias proporciones la fantasía y el patetismo. A pesar de que comparaciones como "*Tu boca es un coro de música*" evocan a Apollinaire, el espíritu y la técnica de Cummings están más cerca de Reverdy, los poetas surrealistas franceses y, especialmente, Saint-Pol-Roux. Esas "*grandes campanas ventradas que se levantan cantando*", esos "*pensamientos blancos como la lana*", esa "*voz enorme y astuta de la muerte oculta en una fragilidad de amapolas!*" Las IMPRESIONES están escritas con el mismo procedimiento de anotaciones superpuestas al azar, sin puntuación en escala enumerativa, que suele usar el mágico creador de LA LUCARNE OVALE y LES ARDOISES DU TOIT.

También se le ha llamado experimentalista a William Carlos Williams por su preocupación de elaborar una poesía propia. Mas, la verdad es que este gran crítico interpretativo de UN VIAJE AL PAGANISMO, no puede ser clasificado dentro de ninguna escuela literaria. Sus últimos libros PRIMAVERA Y TODO (1923), POEMAS COLECCIONADOS (1934), han dado la medida de su extraordinaria sensibilidad. Una muestra de sus justas imágenes se halla en su reciente poema Paterson: *The Falls*, donde dice: "*La cascada, peinada en líneas rectas —cuelga del labio de la roca, claro discurso*"—. Las estrofas de su *Paz en la tierra* son populares por su emoción directa y el candor infantil de su alegoría de las constelaciones:

Está despierto el Arquero!
El Cisne está volando!
Oro contra el azul
Una Flecha está vibrando.

¹ LOUIS UNTERMEYER: *Modern American Poetry*. Harcourt, Brace and Company. Nueva York, 5ª edición. 1936.

*Hay cacería en el cielo.
Duerme en paz hasta mañana.*

*Las Osas están afuera!
El Aguila está graznando!
Oro contra el azul
sus ojos están llameando!
Duerme!
Duerme en paz hasta mañana.*

*Las Hermanas yacen juntas
con sus brazos enlazados:
Oro contra el azul
su cabello está brillando!
La Serpiente se retuerce!
Orión se encuentra escuchando!
Oro contra el azul
su espada está chispeando!
Duerme!
Hay cacería en el cielo.
Duerme en paz hasta mañana.*

(PEACE ON EARTH).

Horace Gregory es uno de los iniciadores de la poesía auténticamente proletaria. Le han reconocido como tal los jóvenes. Su amor por el pueblo, su actitud compasiva, hecha de dolor e indignación al mismo tiempo, están patentes en cada una de las páginas de su *CASA DE PENSION DE CHELSEA* (1930) y en *NO HAY RETIRADA* (1933). Dos años después publicó sus *COROS PARA SOBREVIVIR*, y en 1941, una antología de su obra, bajo el título: *POEMAS 1930-1940*. Estos últimos libros le han dado una estatura definitiva entre los más altos poetas de su generación.

Las imágenes sutiles de Marianne Moore se han hecho célebres por su valor gráfico. El lagarto es una "rugosa espada con pequeñas patas", el elefante tiene "una piel color de niebla", los cangrejos son "móviles lirios verdes". Sus *POEMAS SELECTOS* se publicaron en 1935, con una introducción muy elogiosa de T. S. Eliot.

II. DOS POETAS MAYORES

LA influencia europea, sobre todo francesa, palpable en Stevens, se agudiza en T. S. Eliot, hombre de Missouri y estudiante de la Sorbona y de Oxford. Eliot es el introductor del simbolismo en lengua inglesa. Mas, su sed de conocimiento, su búsqueda incesante de una luz en la tremenda noche humana, le han llevado por nuevos caminos, desde el clasicismo hasta el realismo máximo. Su órbita de veinte años que abarca PRUFROCK (1917), POEMAS (1920), TIERRA BALDIA (1922), LA ROCA (1934), ASESINATO EN LA CATEDRAL (1935), POEMAS COLECCIONADOS (1936), es una de las grandes realizaciones poéticas de nuestro siglo.

Sobre su arquitectura verbal, su maestría melódica, su tono filosófico, Eliot hace revolotear siempre el enlutado estandarte de la nostalgia, como una postrera señal en medio del naufragio. Poesía de un mundo en ruinas, habitado de sombras y *hombres vacíos*:

*We are the hollow men
We are the stuffed men
Leaning together
Headpiece filled with straw. Alas!
Our dried voices when
We whisper together
Are quiet and meaningless
As wind in dry grass.*

(THE HOLLOW MEN)

La canción de amor de J. Alfred Prufrock y Gerontion se cuentan entre los poemas que han marcado más hondamente su influencia sobre las generaciones jóvenes. Igualmente, el virtuosismo formal y el cotidianismo de Eliot han sido imitados extensamente, no sólo en los Estados Unidos, sino también en la América de habla española, especialmente en México, Chile y Uruguay.

Hay sin duda cierto clima interior común entre Eliot y Archibald MacLeish; pero no pasa de ser temperatura cordial semejante y acento contemporáneo. MacLeish no escribe en la ceniza himnos de derrota. Su poesía, en los mejores momentos, exhala un aliento sutil y vital, como en

los *Frescos para la ciudad de Mr. Rockefeller*, o en *Arte Poética*,² donde dice:

*Un poema debe ser sin palabras
Como el vuelo de los pájaros.*

o en ese delicioso estribillo de *Antes de Marzo*:

*La gaviota
Se encuentra con su imagen en el agua de invierno.*

El tono elegiaco de MacLeish es personalísimo: tiene la sobriedad clásica del epitafio sobre la tumba que encierra una existencia cumplida o de la inscripción memorable sobre un monumento. Su fatalismo, a veces exento de tristeza, es la constatación de un fenómeno natural, la anotación de un enigma eterno:

*Luces! Luces! Las mismas estrellas! La misma luna!
Aún sobre la tierra!*

.....
*MacLeish sube
La escalera construida por sus antepasados.*

THE HAMLET OF ARCHIBALD MACLEISH.

*Qué son los muertos para nosotros en días de fortuna?
Nos han dejado muros de pie, rutas construidas,
Nos han dejado sillas en las habitaciones,
Qué más queda ahí de ellos?...*

*Habladme conquistadores....
Oh Hermanos! Huesos ahora en la lluvia!*

*Otros sin nombre ya son aquí sombras
Frías en la pequeña luz como grillos de invierno
Con su vieja muerte.. .*

(CONQUISTADORES)

*Nuestra historia es grave, noble y trágica
Muchos de nosotros han muerto y nadie los recuerda
Muchas ciudades han perecido, se han roto sus canales.
Hemos vivido largo tiempo con honor en la tierra.*

(MEN)

² ARCHIBALD MACLEISH: *Poems 1924-1933*. Houghton Mifflin Company. Nueva York. 1933.

Este último poema, construído sobre una frase de Apollinaire —“*Notre histoire est noble et tragique*”— y su *Epístola a Leon Paul Fargue* muestran otra de las características más interesantes de MacLeish: su inclinación a la poesía francesa, que no es sino un aspecto de su ferviente universalismo. Universalismo que no excluye, naturalmente, el amor a su país de nacimiento:

*Esta tierra es mi tierra nativa. Y sin embargo
 Suspiro por mi casa, los techos rojos, los olivos. . .
 Cómo puede un hombre cuerdo tener dos patrias?
 América es el Oeste y el viento que sopla,
 América es una gran palabra y la nieve,
 Un camino, un pájaro blanco, la lluvia cayendo,
 Un fulgor en la mente y la llamada de las gaviotas.
 América no es una tierra ni un pueblo,
 Es la forma de una palabra, un latigazo de viento.
 América es única: muchos hombres juntos,
 Muchos con una sola boca y un solo aliento.*

(AMERICAN LETTER)

La verdadera ruta poética de MacLeish comenzó con *MATRIMONIO FELIZ* (1924) y ha seguido en una curva ascendente con *LA MARMITA DE TIERRA* (1925), *CALLES EN LA LUNA* (1926), *EL HAMLET DE ARCHIBALD MACLEISH* (1928), *TIERRA RECIEN DESCUBIERTA* (1930), *CONQUISTADOR* (1932), *POEMAS* (1933), *PANICO* (1935). Su obra sigue multiplicándose bajo la sombra quieta y protectora de la Biblioteca del Congreso, en Washington, donde el poeta trabaja como bibliotecario desde hace varios años.

III. LA NUEVA POESIA

LA nueva poesía en los Estados Unidos tiene numerosos representantes que gozan de renombre y que señalan con sus obras los rumbos poéticos del futuro. En la primera línea se hallan Pare Lorentz, George Dillon, Merril Moore, Robert Pen Warren. La poesía de Lorentz, torrencial y elocuente, lleva en sus aguas inmensas el sello de Walt Whitman. Su libro *EL RIO*, ornado de ilustraciones musicales y fotografías, publicado bajo los auspicios de la “Ad-

ministración de Fianzas de las Haciendas”, fué saludado con gran entusiasmo por el público norteamericano.

George Dillon es uno de los poetas más recónditos de estos días. Su sentimiento melancólico se refleja en imágenes depuradas, en estrofas que se suceden con suavidad incorpórea como los pasos en el sueño. Sus libros más conocidos son: MUCHACHO EN EL VIENTO, publicado cuando el autor tenía apenas veintiún años de edad, y LA PIEDRA QUE FLORECE, que obtuvo el premio Pulitzer de Poesía y que es un manual de nostalgia y de exaltación de la vida elemental. Dillon ha sido durante varios años uno de los Editores de la revista POETRY: A MAGAZINE OF VERSE, actualmente es soldado del Ejército de los Estados Unidos y se halla “*somewhere in the Pacific*”. No se podrá olvidar fácilmente su poema *Memoria del Lago Superior*:

*Conozco un país de anónimas playas luminosas
donde la arena duerme inbollada hasta ser piedra.
El granito crece en alta voz entre hoyos y colinas
cerca del agua henchida...*

*Sobre la montaña, el cielo está en todas partes.
El lago caído pesadamente bajo los pies
como en el fondo de un pozo de aire
y la isla, sobre él, pequeña como una hoja.*

*Ese país fué todo el conocimiento que nunca podré adquirir.
Fué toda la sabiduría que no podré obtener nunca.
Fué allí donde miré las ramas que arden
en colores como la memoria de una ola.*

*Fué allí donde busqué, en el suelo forestal,
la gris pluma del ala de la chachalaca.
Fué allí donde aprendí a no buscar nada más
mirando los ojos azulmarinos de la primavera.*

Desigual y arbitrario, pero atormentado de una auténtica necesidad de disciplina es Merrill Moore, el poeta que ha tenido que valerse de la taquigrafía para trasladar diariamente al papel sus innumerables poemas. La preocupación de la forma le ha llevado al uso del soneto como alto vaso musical para contener su emoción desbordante y gaseosa. Solamente ha publicado una parte de su obra en

dos volúmenes de juventud *EL RUIDO QUE HACE EL TIEMPO* (1929), y *EL HOMBRE DE SEIS LADOS* (1935). Sus sonetos que desarrollan a veces perfectos argumentos psicológicos han sido calificados de *dramas en miniatura*. Sus imágenes objetivas de la naturaleza delatan al contemplador feliz:

*Como si pequeños pájaros esparcieran su pimienta en el cielo
deslizándose al sur con las nubes hacia el extremo de la tierra
donde picotear gusanos y caracoles en las arenas húmedas
o lodosas, mezcladas con sal . . .*

*Los vientos corren sobre el hielo dispersando hojas de la maleza
y haciendo sonar como una matraca las semillas del sicomoro.*

(IT IS WINTER, I KNOW)

Se ha comparado la obra de Roberto Pen Warren a la de los poetas ingleses. Su intensidad filosófica descansa en la mejor tradición del Este, como se puede constatar en sus *TREINTA Y SEIS POEMAS* magistrales, entre los que hay piezas de antología como la *Hacienda en la Montaña de Kentucky* y *El Bubo*, al que apostrofa con expresiones intensamente líricas: "mortal sombra sedosa", "oh suspendida garra de escamas", "honda garganta fatua"! La emoción simple y condensada encuentra su perfecta medida en estrofas como ésta:

*Hay diversas maneras de morir
perdido entre las rocas, aquí, en cualquier tiempo.
El viento, abajo, al Este, puede a veces mentir
su nivel en la nieve, dando azotes al cedro
y aturdiendo con soplos la pesada cabeza
para que inicie un frío, eterno sueño.*

(HISTORY AMONG THE ROCKS)

La última generación de poetas que llegan apenas a los treinta años, se divide en dos grupos perfectamente demarcados: el de los continuadores del movimiento simbolista, seguidores de MacLeish y de la tradición poética del Este, y el de los poetas sociales. En el primer grupo hay nombres de la significación de James Agee, Archibald Fleming, James Palmer Wade. Agee es poseedor de un temperamento sensitivo que oscila entre la amargura y el

humorismo. Su libro de poemas *PERMITIDME VIAJAR* (1934) es la revelación de una poesía profunda, neoclásica en la forma y simbolista en el fondo.

Archibald Fleming ofrece igualmente las características de un simbolismo rejuvenecido y novísimo en su libro *LA ISLA LLAMADA PHAROS*, publicado en el mismo año que el libro de Agee, los dos con prólogo de MacLeish. Las imágenes de Fleming son de la más fina calidad poética:

I.—*El lento tren de la serpiente, negro y oro.*

(THE JUNGLE)

II.—*Los hombres oyen, encima de sus cabezas, danzar la destrucción sobre el curvo techo del universo como sobre un tambor.*

(THE DESTROYERS)

James Palmer Wade, en su obra todavía no Coleccionada, delata un anhelo de aplicar los métodos simbolistas a los temas de la vida común. Su tono familiar, cargado de nostalgia, relata los episodios de la ciudad, "*la ciudad increíble de nuestra derrota*".

El grupo de poetas sociales es más numeroso: Paul Engle, Edwin Rolfe, Delmore Schwartz, Eunice Clark, Selden Rodman, Josephine W. Johnson, Muriel Rukeyser. En todos ellos hay el mismo sentimiento de rechazo contra las esclavitudes modernas, de noble ternura para la angustia diaria de las masas y de esperanza en el seguro mundo mejor que se cuaja en la nebulosa del futuro, entre el humo y las lágrimas.

La poesía de Paul Engle tiene un eco de Sandburg en su expresión solemne, desbordada y optimista. Engle es uno de los más auténticos poetas americanos de nuestro tiempo. Sus cantos fervorosos a la tierra nueva, a la nueva humanidad, agrupada bajo los signos bienhechores del arado y de la espiga, son modulaciones de la voz continental. Su libro *CANCION AMERICANA* (1938) exalta la hazaña civilizadora del hombre en los nuevos estados, desde el día aquel en que "los pulsos del mundo se conmovieron con la palpitación —del corazón de América y la sangre universal —se encaminó por las arterias del mar —encontrando cada grupo de hombres un país igual al

suyo propio: —los finlandeses cerca de los lagos de Minnesota, los alemanes, —en las praderas de Iowa, los ingleses, —en las colinas y valles de Berkshire. Las gentes del Sur —dejaron sus danzas alegres y sus viñas sazonadas de luz solar. . . y se unieron —a los polacos en las ciudades de acero. . .”³

Selden Rodman, típico y multifásico hombre de Nueva York, es no solamente uno de los Editores del mensual político COMMON SENSE, y el poeta cordial y profundo de TRIUNFO MORTAL Y OTROS POEMAS (1932), sino también el compilador de una interesante *Nueva Antología de la Poesía Moderna* en lengua inglesa. Su alacrida lírica se convierte en certero gusto crítico, como lo prueba igualmente su última *Antología de Poemas sobre la Aviación*. (The Poetry of Flight).

Edwin Rolfe, modesto obrero de Philadelphia, se alistó en la Brigada Internacional, en España, en defensa de la democracia. Su sensibilidad de hombre que ha visto la injusticia y la muerte desatada, se subleva frecuentemente contra el gran culpable del desangre universal: el Nazifascismo. En 1936, publicó su primer libro PARA MIS CONTEMPORANEOS, manual de poesía proletaria.

Eunice Clark y Josephine W. Johnson trabajan en el mismo clima de insatisfacción y amargura subversiva. Se inclinan generosamente a restañar la herida de las multitudes. Eunice Clark se ha preocupado más del costado artístico de su poesía social, pero dejando siempre viva la angustia humana:

*Hombres, mujeres en las ciudades, multitudes, millones
retrocediendo, multiplicándose sin un plan anual
el pueblo es almacén de héroes, floreciendo
cuando seca la muerte las demás plantas.*

(THE PEOPLE HAS NO OBITUARY)

Delmore Schwartz pintó un gran mural poético en su SHINANDOAH (1941), largo poema en que relata la vida de un judío del Bronx.

³ SELDEN RODMANS: *A New Anthology of Modern Poetry*. The Modern Library. Nueva York, 1939.

Muy pocos han llegado entre los jóvenes, en el plano poético, a la altura de Muriel Rukeyser, la más cabal expresión de estos últimos años. Sus parientes espirituales son Verhaeren, Whitman, los poetas unanimistas franceses. Su sed de cordialidad colectiva y de solidaridad humana, su sensibilidad moderna y multitudinaria, palpitantes en poemas como *City of Monuments* o *Efforts at Speech Between two People*, evocan al heroico Jules Romains de la época de UN ETRE EN MARCHÉ y de A LA FOULE QUI EST ICI. Otras veces, esta mujer extraordinaria recuerda a Mayakowsky y a los más recientes poetas rusos, o a los futuristas más señalados. Pero, en la mayor parte de su obra, Muriel Rukeyser es original, única. "La potencia conmovedora de sus diálogos —dice el penetrante crítico Louis Untermeyer— revela la tensión y el terror del mundo contemporáneo".⁴

Muriel Rukeyser, en plena juventud, fué apresada en Alabama por su intervención en las agitaciones obreras. Ha estudiado aviación, periodismo, estadística. A los veintinueve años de edad publicó su libro *TEORIA DEL VUELO* (1935), uno de los más intensos manuales poéticos de la vida moderna. Su riqueza verbal es sorprendente y su expresión atropellada, infatigable y numerosa, sugiere la prisa del tráfico en las grandes capitales. Sus páginas poéticas son como plazas hirvientes de multitud. La edad de acero y de maquinismo en que vivimos ha encontrado en Muriel Rukeyser su voz inmensa y exacta:

*Estad orgulloso ob pueblo de esas tumbas
de esas cinceladas palabras de ese gran precedente
Desde esas ruinas ciegas resplande nuestro monumento.*

*Muertas Armadas navales del cerebro aparecen
La piedra celebra su selección final
cuando el aire tiembla una voz sola
una voz fuerte y hábil prevalece:*

*No depositéis esperanza en la piedra aunque la piedra
abrigue la raíz: Ved esas cargas demasiado grávidas
puestas sin nada seguro sino el riesgo*

⁴ LOUIS UNTERMAYER: *Obra citada.*

*sobre la parálitica columna
del alto obelisco memorial*

*de acusación erecto y dirigido contra
un estéril ciclo congregado sobre Anacostia:*

*Cede, Gettysburg! un mundo sacudirá tu gloria:
sangre de los hambrientos cayó ligeramente sobre esta llanura
esta batalla aun no está enterrada con su mortandad*

*Sepultura y campo de batalla
todo el verde Sur es oscuridad sombría
las blancas cúpulas están moldeadas en noche
Pero visible aún sobre el parque*

*el veterano de la Guerra Civil
ve desorden en las ciudades tumbas
los cuernos de caza de medianoche soplando para libertar
a los esclavos aun no emancipados.*

(CITY OF MONUMENTS)

Su segundo libro U.S. 10. (1938) revela un nuevo aspecto de Muriel Rukeyser: su gran vigor en la poesía descriptiva. Según Selden Rodman, este libro es: "el prefacio de una ambiciosa valoración de la costa del Atlántico".

Las ciudades, en los Estados Unidos, se pueden comparar a monstruosas formaciones madreporicas que van cubriendo rápidamente la tierra y las aguas, conquistando el campo, colonizando el mar. El campo ha sido devorado, rebanada tras rebanada, por esos gigantes de mil ojos y de innumerables manos de acero, que la magia moderna de la Industria ha creado para su servicio. Desdeñosas, frías máquinas humillan por todas partes a lo poco que sobrevive de naturaleza y de paisaje. Estaciones de gasolina con sus medidores pintados de color rojo, automóviles que empujan al trazo del horizonte como fugaces toros amaestrados, inmensos carteles de anuncios, camiones de transporte, hoteles para viajeros y *moteles* para carros, han acabado con el magno misterio, el poderoso silencio y la soberana soledad del campo. La vida de la ciudad se extiende e impera. Aun las actividades espirituales tienen que amoldarse a esa realidad circundante. De este modo,

la poesía en los Estados Unidos es esencialmente urbana, civil.

En cambio, en la América del Sur, se cultiva la poesía de la vida natural. El hombre está más cerca de la tierra, de las plantas y de los animales humildes. Más cerca de las sensaciones orgánicas, del mundo de las cosas telúricas. Esta es la mayor constatación que se puede hacer al examinar la poesía americana de lengua inglesa y la poesía americana de lengua española: la primera es civil, la segunda natural. Corresponden las dos a etapas diferentes en el desenvolvimiento económico del mundo y son los frutos respectivos de una civilización agraria y de una civilización industrial.

En los dos platillos de esa balanza pintoresca, irregular y desmesurada que es nuestro Continente, se han arrojado objetos distintos: en la América del Norte una masa inmensa de ciudades; en la América del Sur una grandiosa cantidad de tierras. Pero con estos dos volúmenes se establece el equilibrio continental y se completa la obra del espíritu, en un magnífico himno a dos voces —geórgico y urbano— en una fusión de campos y de máquinas.

REFLEXIONES SOBRE TOMAS MANN Y SU JOSE

CUANDO yo era estudiante de Yale, tenía como tesoro inapreciable entre mis posesiones el retrato de un hombre de barba blanca, vestido con una bata de piel de topo gris y un rojo capelo de satín. Debajo de este retrato se leían estas palabras: "El escritor más grande de nuestros días". Era Anatole France. Treinta años más tarde, la misma opinión semiculta de la clase media hubiera probablemente otorgado este título, al retrato de un burgués perspicaz y afeitado, de cabeza cuadrada, con el cabello cortado al rape y una nariz prominente de campesino germano, llamado Tomás Mann.

Anatole France no era ni con mucho, el escritor más grande de su tiempo. Pero sus dotes explican su vasta gloria contemporánea. Desde Voltaire a Renan y desde Proudhon a Flaubert poco a poco había ido madurando en el pensamiento burgués una opinión que buscaba lecturas para halagar su orgullo de "buen conocedor". Era una elegante cultura anticlerical y socialista con añoranza romántica, disfrazada de realismo, de sátira y erudición por el pasado clásico y pintoresco. Con prosa clara y estilo suave y accesible, Anatole France reflejaba este gusto. La clase media de occidente aceptaba, lo que se había resistido a aceptar de varias generaciones de escritores pioneros, los cuales al fin, de esta manera vicaria, venían a imponérsele.

Mann es el ejemplo de una edad muy diferente y de clima muy diferente también. Su fe democrática no es como la fe política y económica del francés, sino moralista.

Su realismo revela la decadencia, no de una clase, sino de un mundo. Su sátira, al revés que la de su predecesor, no es ni social (como en *La Rebelión de los Angeles* y en *La Isla de los Pingüinos*) clásicamente universal, sino interna y psicoanalítica.

Mientras Anatole France, escéptico en religión, creía en el racionalismo y en la psicología simplista del progreso del siglo XIX, Mann aplica la psicología de Jung a los arcanos del alma y a los mitos que se ocultan detrás de la Historia. Y en lugar de la sabiduría clásica que llevó a Anatole France a escribir sus cuentos deliciosos y sensuales sobre la Francia Gálica, Roma y Grecia, el nuevo favorito—ante el

colapso de todo el mundo clásico y de sus modos de pensar y satirizar—, retrocede hasta Palestina y Egipto.

Los libros de Mann, antes de la tetralogía de su José eran adaptaciones del romanticismo alemán al realismo francés. *Tristán, Tonio Kroeger, Der Tod in Venedig* registran la experiencia de los hijos hipersensibles de Novalis y de Tieck, en una civilización que camina rápidamente a su destrucción interna. La hora estaba madura para la gran síntesis estética de este colapso: de aquí Joyce y Proust. *Der Zauberberg* (1924) es el inventario más obvio de Mann. El simbolismo del Sanatorio en la cima de Europa donde alemanes, italianos, judíos, franceses y rusos, convalecientes de las clases ociosas, discuten la enfermedad del mundo al través de su patología personal, es demasiado esquemático para el arte grande. La trama de los caracteres fotografiados del libro, es el realismo competente, pesado, indiferenciado de toda una generación de novelistas franceses. Su psicología es inoportunamente vienesa. Y los personajes, al revés que los de Proust, bajo sus limitaciones de clase y sus discusiones sin límites, carecen del plasma vivo y humano. *Der Zauberberg* está muy lejos de ser una gran novela. Pero como acogió en forma accesible los rumbos de toda una generación de escritores profundos, que el pensamiento vulgar se resistía a aceptar, vino a ser el tesoro perfecto para aquellos que querían "conocer" sin pagar el alto precio que el descubrimiento y la experiencia del nuevo arte reclama.

Durante nueve años, después de *Der Zauberberg*, Mann se durmió en sus laureles entre los que contaba el Premio Nobel. Sus pequeños cuentos como *Mario de Zauberer*, eran glosas de *Der Zauberberg*. Sus ensayos sobre temas literarios, eran cultos pero no profundos. Sus escritos políticos reflejaban el liberalismo de una clase que contempla el fracaso del movimiento radical que se esconde todavía en una metodología básica para encontrar al hombre y se entretiene en remendar el viejo humanismo que se hunde. . . Y en 1933, cuando Tomás Mann tenía ya 58 años, aparece el primer volumen de *Joseph und Seine Brüder*.

Recuerdo la emoción con que leí los primeros capítulos. En *Der Zauberberg*, Mann había perdido algo el lírico estilo luminoso y nítido de sus primeras novelas, aquel estilo que le colocaba entre los raros escritores de la buena prosa alemana. Aquí aparece de nuevo su vieja elocuencia clarísima, levantada hasta las complicadas alturas de la sinfonía. Como convenía a lo que anunciaba el Preludio que sería el verdadero argumento de la novela, Mann, parecía que iba a descender

hasta las oscuras "coulisses" de su tiempo, para recrear la visión de la Persona. El padre de José no fué simplemente Jacob, sino todo el linaje de los Jacobs. Abraham no fué una eminencia individual, aunque vívida, sino una cordillera de montañas con vastas ligaduras subterráneas. Y los grandes mitos, —el Diluvio, Babel, el Jardín del Edén, se construyeron con la experiencia de generaciones insondables... que ellos habían visto, y temido, y soñado. Misterios continuamente presentes como una dimensión perpetua de la vida inmediata. Esta revisión de la Persona, de lo que es el hombre, ha sido la aportación mayor de los escritores más importantes de nuestros días: de André Gide, de Marcel Proust, de Paul Claudel, de Franz Kafka, de Yeats y de Synge; de los grandes escritores recientes de España, Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez. A pesar de las diferencias inmensas entre ellos, estos descubridores (y otros) han expresado la necesidad dominante y subconsciente todavía de nuestros días: el redescubrimiento del hombre por sí mismo en un mundo que sus propias invenciones y rebuscas durante tres centurias han sepultado en el caos. Tomás Mann parecía que venía a unirse a esta exaltada compañía, al volver a contar una de las historias más fructíferas del mundo.

Era un traspaso extremadamente difícil. Con frecuencia en el primer volumen, José es simplemente un individuo, vívidamente pintado; Jacob tan sólo el patriarca sutil y castizo que ha ganado el nombre de Israel en lucha oscura con el ángel del Señor. Con frecuencia, aun aquí, recordamos la clamorosa pintura detallada de Ingres y Delacroix y nos parece que Mann está describiendo sencillamente otra hazaña de las escrituras heredadas.

Pero en el arduo descubrimiento del arte original que busca una nueva religión de la Realidad en la conciencia del hombre, no debemos esperar perfección. ¿Qué verdadero gran escritor no está lleno de fracasos? (Pienso en dos solamente: Dante y Racine.) El libro de Mann conforta por lo menos, aunque no cumpla su promesa.

Mediante el uso brillante de tirones, intermedios, oportunas narraciones, prolijas alusiones poéticas y gráficos *close-ups*, Mann nos da, al comenzar su historia, la dimensión de la profundidad, una organización que es el sello de lo eterno dentro del tiempo.

Este primer volumen de *Die Geschichten Jaakobs*, Jacob y sus hermanos, apareció en el año de la ascensión de Hitler al poder. Durante algún tiempo Mann trató de seguir viviendo en Alemania, pensando honradamente que podía dar la batalla al enemigo con más

eficacia en casa que fuera. No logró nada desde luego. Mann, con su típico pensamiento liberal no se dió cuenta del demonismo de los nazis. Se retiró a Suiza, a Zurich, donde sin duda, estuvo en relación íntima con Jung cuya psicología del "inconsciente colectivo" vino a ser un factor tan importante en sus concepciones. Al fin se embarcó para América. Por entonces ya había escrito los tres primeros cuentos de la Tetralogía. Sin embargo, el exilio en un país de otra lengua y de un *ethos* extraño... que es siempre un peligro mortal para el escritor cuyos materiales deben ser las substancias sutilísimas y renovadas de continuo de su propia tierra y lengua —no puede explicar este fracaso de Mann en el cumplimiento, aunque sólo fuere en parte, de su magnífico propósito creador.

Ya en la primera novela, como he dicho, hay lapsos. En *Der Junge Joseph* (1934) la segunda, los lapsos crecen y dominan. Y la tercera, *Joseph in Aegypten*, es meramente brillante novela histórica. Una obra de fina artesanía y de auténtica erudición, una obra que está dentro de la tradición de *Salambó*, aunque sin la medida monumental de Flaubert. Desde luego es infinitamente superior a las novelas históricas corrientes, aunque a mi parecer, la imaginación poética es más débil que en *The Long Journey*, la reconstrucción pre-histórica de Johannes V. Jensen. El programa del preludio permanece olvidado. El panorama dentro de las "coulisses" (bastidores) de la personalidad humana queda obstruido. En su lugar nos ofrece abundantes alusiones eruditas. En realidad, *Joseph in Aegypten* queda sólo superficialmente dentro del marco estético de los primeros dos volúmenes. El lenguaje es menos luminoso, la técnica en el retrato de los personajes es más convencional y la voluntad creadora ha reculado hacia el método frívolo y realista de gran parte de los novelistas del siglo XIX.

La cuarta novela, *Joseph der Ernahrer* difiere intrínsecamente de las tres anteriores. Lo que la une a ellas es el cuento, desde luego... la maravillosa narración bíblica. Pero no es un excelente ejemplo siquiera de la novela histórica, ni una aventura atrevida en la recreación de la Persona... La acción lleva a José de la prisión, después de su infortunada huida del impuro Putifar, al encumbramiento a que le asciende *Ikhmaton*, el Faraón, cuyo genio religioso anticipó Moisés¹ (según la tesis inspirada, pero sin fundamento de Freud). El libro pinta los años de abundancia y de escasez; la gran tarea de

¹ Véase *Moisés y el Monoteísmo* de Freud, libro infortunado que el maestro del psicoanálisis, debía haber psicoanalizado antes de publicarlo.

José dirigiendo el imperio y el encuentro en el hogar con Jacob y los doce hermanos. . . el preludio en Egipto desde el cual los hijos del inmortal Israel habían de volver a Palestina y extenderse por el mundo. Muchos de los personajes están dibujados con gran destreza plástica. El mismo José, Mai-Sachme su fiel chambelán, en otro tiempo alcaide de la prisión, y el flexible Faraón, una especie de Tonio Kroeger en un escenario arqueológico y teologal.

Los críticos al considerar este último volumen "aburrido" y sobrecargado de erudición, me parece a mí que están tan equivocados como cuando dijeron del *José en Egipto*, disparates como éste: "Es grande para nosotros. Y lo será para los que vengan detrás de nosotros. . . es a la vez contemporáneo y clásico". "Marca la llegada de una verdadera literatura universal tal como la previó Goethe y a la que aspiró la más alta aspiración de la Humanidad de hoy y de mañana". Esto, desde luego, es el nadir de la ignorancia y de la histeria, y marca el nivel usual de nuestros criticastrós. Los primeros volúmenes de la serie José, los reciben con alabanzas impertinentes. En *Joseph der Ernabrer*, Mann ha ensayado con gran éxito una olímpica novela de humor. Su gran ambición inicial del primer volumen ha desaparecido por completo pero la energía creadora que merma en el tercer cuento, ha crecido de nuevo. Mann se hace jugueterón. Las teologías, los ritos místicos, la política imperial, las procesiones estupendas, las sostiene en el aire ante nosotros, como el juglar habilidoso con su traje gayo que en la feria del pueblo juega con las bolas doradas. El libro es una serie de "suertes nobles" y de "trucos legítimos" que revelan su dominio artístico sobre un material inmensamente difícil y la gran sabiduría sentenciosa que ha ido acumulando con los años. Y como no sea un espectador estragado que quiera escaparse a otro lugar, Mann lo retiene con el dinamismo apremiante de la historia bíblica, que continuamente sugiere que el encubramiento de un pastor a la corte de Egipto significa el encubramiento de todas nuestras almas.

Sin embargo, a pesar de lo entretenido del libro y de la rica sustancia literaria que contiene, el exaltado propósito estético del Preludio se ha desvanecido. Como una obra de arte creativo formal, la Tetralogía en conjunto no es más significativa, por ejemplo, que los cuatro volúmenes de *La Historia Contemporánea* de Anatole France. Durante una generación, el *gourmet* que la relea, se verá recompensado, al saborear la visión de la Palestina y el Egipto pre-mosaicos, igual que

en el otro caso del *París de fin de siglo*, con el mismo dulce placer meditativo.

El rasgo peculiar de escritores, que como Anatole France o Tomás Mann, gozan de excesiva estimación durante su vida (aparte de que sean o no sean verdaderos talentos) es que representa el espejo de una modalidad pública madura ya. Más bien que el sembrador de la semilla, que si ha de crecer debe quedar algún tiempo en soledad y silencio, son, en su obra, la flor de otros más creadores que araron y sembraron. Por esto, el valor principal del José de Mann, tal vez radique en la psicología social que le movió a escribirlo.

Un autor eminente del norte de Alemania, contemporáneo del antisemitismo germano en su mayor virulencia, un "buen europeo" que durante un cuarto de siglo ha cultivado toda la gama temática del pensamiento de Europa, elige para su más ambiciosa obra final, contar otra vez una historia clásica hebrea. Es un signo apremiante de los tiempos. Y profundamente significativo resulta que la historia hebrea haya inspirado a Mann el mejor de sus escritos. Seguramente no hubiera sido así si el asunto fuese extraño al espíritu europeo. He aquí una convergencia entre el hombre y un tema demasiado profundo para ser fortuito.

Al mismo tiempo ocurre otra convergencia de igual importancia. Sholem Asch, novelista tan lejos de Mann en cultura, perspectiva y preparación como el *ghetto* polaco, del Munich y del París anterior a la guerra; no un "buen europeo" sino un judío del gremio oriental, escribe sus mejores libros sobre El Nazareno y San Pablo. . . la llama personificada mediante la cual el espíritu de su pueblo se clava en la Europa occidental.

Esta convergencia dual de poetas a la vez tan diferentes y tan representativos de su tiempo y de sus pueblos respectivos, tiene un significado. Detrás de esta convergencia hay fuerzas que trabajan y yo sospecho que son una llamada del destino. Especificar esta llamada, es algo que queda más allá del propósito de este ensayo casual. . . Pero ¿quién puede dudar que ella anuncia la nueva y renovadora convergencia de Israel con occidente? Y que demuestra una vez más que, mientras Israel está sangrando aún sobre la Cruz, el Mundo le pide al Crucificado que siga viviendo.

Waldo FRANK.

Truro, Mass. Noviembre 1944.

VERSOS ESCONDIDOS DE GUSTAVO ADOLFO BECQUER

LA OBRA en verso de Bécquer, tan breve como la de Fray Luis de León y la de Garcilaso, se encierra en un solo y pequeño volumen, sus *Rimas*, y coinciden también los tres poetas en la circunstancia de que no llegaron a ver nunca en un libro publicados sus versos.

Esta verdad, tan sabida, me llevó a considerar que de tales poetas, para mi gusto los mejores de la poesía castellana, habían de existir versos ocultos que algún investigador afortunado tal vez llegaría a descubrirnos.

De Garcilaso puedo decir que me informaron de la existencia de unos poemas inéditos conservados en la Biblioteca Municipal de Nápoles, pero al enterarme de que dichos poemas estaban escritos en latín, no llegaron del todo a interesarme.

De Gustavo Adolfo Bécquer sí puedo presentar hoy un interesante descubrimiento que no se debe, tengo que confesarlo, ni a la casualidad ni mucho menos a un gran esfuerzo de investigación erudita.

A la casualidad sí le debo otro hallazgo poético, cuando hace poco en esta ciudad de México descubrí en un tenderucho de libros viejos cierto manuscrito con la obra inédita de Juan de Arriola, poeta calderoniano en su expresión frecuente, pero a veces con cierto particular acento precursor de la mejor naturalidad neoclásica de nuestro siglo XVIII, manuscrito del que hice entrega a mi querido y admirado amigo el poeta Antonio Castro Leal, por su condición de profesor de literatura en la Universidad Nacional de México.

El descubrimiento nada casual de unos versos escondidos de Gustavo Adolfo Bécquer, tampoco supuso por mi parte un gran esfuerzo de investigación. Nacieron naturalmente de una reposada lectura de su prosa, en cuya flúida llaneza florecieron de pronto.

Nada de sorprendente tiene el que un escritor en prosa, sin darse cuenta, emplee el octosílabo de nuestro romancero, pero la insistencia continuada en algunos párrafos, sin modificación de tan cadenciosa medida resulta por demás extraordinaria. Así sucede en algunas páginas de las "Leyendas" y en las "Cartas desde mi Celda" de Bécquer.

En una antología de los versos escondidos de Bécquer no podrían faltar los siguientes:

*"Logré abrir la carcomida
y casi deshecha puerta
del pequeño cementerio
que por casualidad había
encontrado en mi camino
y éste se ofreció a mi vista.*

*.....
Nadie habla allí de la muerte
con ese lenguaje enfático.*

*.....
Dos o tres álamos blancos
corpulentos y frondosos
entretegiendo sus copas.*

*.....
El arado abre un profundo
surco en el patio de armas.*

*.....
La primera vez que tuve
ocasión de presenciar
este espectáculo lleno
de animación y de vida. . .*

*.....
Cuando los monjes llegaron
al peristilo del templo. . .*

*.....
Como una gota de agua
sobre el tablero de mármol. . .*

*.....
Huérfano, oscuro, sin nombre,
y sin familia, a él le debo
cuanto soy. Yo le he servido
en el ocio de las paces. . .*

*.....
El escudero del conde
no es sino un galán de justas. . .*

*.....
Donde dicen que hasta el cielo
es más limpio y más azul. . .*

*.....
Luego, envueltos en la nube
del polvo que levantaba
el casco de sus caballos. . .*

*Al verle la multitud
levantó un clamor inmenso
para saludarle y entre
la confusa vocería...
... pero al dirigirme al lecho
torné a ver la misma mano,
una mano hermosa, blanca...*

*En el monte de las ánimas
murmuró palideciendo...*

*Se oyó el rumor de un caballo
que se acercaba al galope...*

*Pronto volvió a incorporarse
más pálida, más inquieta...*

*Para reunir su bueste
a la del rey Don Fernando
que va a sacar a Sevilla
del poder de los infieles..."*

Y no se crea que tan sólo octasilabos libres son los que forman parte de estas leyendas en prosa. Sin duda los temas moriscos llevaron al poeta al romancero, tan presente como escondido en sus páginas. Dos ejemplos puedo citar de romance oculto dentro de su prosa, tan natural en su acento, medida y asonancia, que de no estar impresos sin la correspondiente división en cada verso se diría que intencionadamente los compuso el poeta.

La siguiente cuarteta puede servir de ejemplo:

*"Los cristianos comenzaron
a cejar y a replegarse.
En este punto la mora
se inclinó sobre su amante...
...
Siguiéndolo entró en la cueva
donde encontró los cadáveres
del caballero y su amada..."*

Y en otra ocasión, también sobresalen en la prosa estos cuatro versos, el segundo y el cuarto aconsonantados:

*"Sobre el que vi aparecer
alta, seca y harapososa,
semejante a un esqueleto
que se escapa de su fosa..."*

Nada tiene pues de particular que en su primera carta desde el Monasterio de Veruela, al hacer un envío al periódico de su colaboración dijese a sus compañeros con todo el tonillo de una copla andaluza:

*"Allá van esas cuartillas,
valgan por lo que valieren..."*

Pero no es sólo el verso del romance el que me saltó a la vista durante mi última lectura de las prosas de Bécquer. A veces comienza uno de los párrafos de sus narraciones como una rima:

*"Vagando al acaso
por el laberinto
de calles estrechas..."*

Versos de seis sílabas tan cadenciosos como los siguientes:

*"Nobles caballeros,
sencillos pastores...
.....
El sol que doraba
las agudas flechas
de los arbotantes
.....
las sombras tendidas
antes por el suelo.
.....
Cada mujer tiene
su sonrisa propia".*

A veces su elevación lírica le lleva al endecasílabo:

*"Pastores que seguís con lento paso..."
.....
"Lirios silvestres que crecéis felices..."
.....
"Tocad el alalí de vuestras trompas!*

Endecasílabos que a veces anuncian el verbo sonoro de Rubén Darío:

*"que recuerda el ibis de los faraones..."
"Anfora de oro de forma antiquísima
llenas de rubies, copas cinceladas..."*

Pero aun mejor anticipo del acento de la poesía modernista lo encontramos en los versos de nueve sílabas:

*"fragmentos de arcadas románicas
incluidas en lienzos de muro..."*

.....
*"En el pórtico de una iglesia
y sentado al pie de un enebro..."*

Al señalar los anteriores versos, escondidos en la prosa de Bécquer, nunca lo hice con la intención de hacer menoscabo del estilo admirable del gran poeta, sino para salvar una poesía lejana que me da la ilusión de haber florecido por primera vez ante mis ojos.

Manuel ALTOLAGUIRRE.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganará la luz. . .*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. I.
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. II.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK. (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.

Precio por cada volumen (excepto el N° 6):

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.

APARECERÁN A CONTINUACIÓN

- Breve historia de la sociedad capitalista*, por JESÚS SILVA HERZOG.
Crisis humana, por JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA.
Los nuevos argonautas, por ALFONSO REYES.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1945:

(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES.	5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México	4 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Antonio Carrillo Flores El problema universitario de México.

Jose Medina Echavarría La panacea del federalismo.

Francisco Ayala Nosotros en la post-guerra.

Nota, por Jesús Silva Herzog.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

William Pepperell Montague. El primer misterio de la conciencia.

José Antonio Portuondo La Historia, forma poética.

Juan Oropesa El tema de la muerte en la sensibilidad americana.

Notas, por Joaquín Xirau y Eugenio Imaz.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Eduardo Noguera Exploraciones en Xochicalco.

Germán Arciniegas De cómo los rivales de Europa introdujeron el zafarrancho en el Caribe.

Nota, por Arturo Arnaiz y Freg.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Humberto Díaz Casanueva Réquiem.

J. D. Vogelmann El Aventurero.

Luis Cardoza y Aragón Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo.

Jorge Carrera Andrade Poetas jóvenes de los Estados Unidos.

Notas, por Waldo Frank y Manuel Altolaguirre.